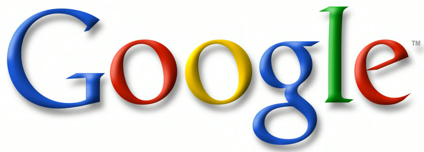


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`


NEDL TRANSFER
HN 5XIC M

Digitized by Google

KC 11029



HARVARD
COLLEGE
LIBRARY

Digitized by Google

Serafina Loring.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

LAS TARDES DE LA GRANJA.

NUEVAMENTE TRADUCIDAS Y REFUNDIDAS

por

D. JOSÉ LOSAÑEZ,

Regente de segunda clase, profesor de lenguas vivas y catedrático cesante del Instituto de Segovia.

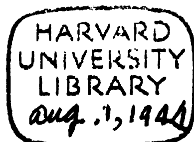
TOMO III.

MADRID: 1855.

SE HALLARÁ EN EL IRIS DE LA ILUSTRACION,
plazuela del Anjel, núm. 12.

Digitized by Google

K.C 11029



Mrs. Mathew Bartlett

ESTA NUEVA TRADUCCION ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

Imprenta de D. Ramon Campuzano,
calle del Ave María, núm. 17.

Digitized by Google

LAS TARDES
DE LA GRANJA.

TARDE XXXI.

LA JUSTICIA.

Todo en el mundo es falible;
Todo está sujeto á error;
Solo el Supremo Hacedor
En la ciencia es infalible.
Su poder indefinible,
Equitativo desquicia
Lo qué ignorancia ó malicia
Del hombre quiso fallar,
Porque siempre ha de brillar
Pura y recta su justicia.

La historia de Mr. Ledoux había interesado á Armando mas que á sus hermanos. Ya suponía que el talento allana las distancias de la riqueza ó de la

Digitized by Google

cuna; pero se admiraba que se hallasen hombres tan poco esclavos de la preocupacion, que sin oposicion entregasen sus hijas al hijo de un labrador. Él tambien estudiaba, dibujaba, sabía música y otras habilidades, que, aunque escaso en bienes de fortuna, le permitian aspirar á un brillante partido, y esto le sirvió de un poderoso estímulo para aplicarse mas en adelante.

Embebido se hallaba en estas reflexiones cuando Palemon le envió á llamar: subió al cuarto de su padre, y este le dijo: Hijo mio: como tú eres el mayor de mi familia, debes sustituirme en mi ausencia; y así, por dos ó tres dias te encargarás del cuidado de la casa. Miguel, el labrador vecino, no vá á París, como pensaba; y he resuelto hacer este viaje, para entregar yo mismo á Mr. Bertier el dinero que necesita mi bienhechor Delacour: está muy infeliz y no debo perder un instante en su alivio; pues el necesitado que espera un pago ó un socorro, cuenta los dias, las horas y aun los minutos, y es obligacion muy sagrada socorrerle con prontitud. Voy, pues, á ponerme en camino; tú como mayor, y que ya no te se puede llamar muchacho, debes tener grande vigilancia, y cuando vuelva me participarás todo lo ocurrido en mi ausencia; pero delante de tus

Digitized by Google

hermanos, pues no me gustan delaciones secretas, que suelen rebajar ó exagerar las cosas. Esta es la llave de mi papelera, donde hallarás el dinero necesario para mantener la casa en mi ausencia, que, á lo mas, será de cuatro dias; y llevarás una razon exacta de todo el gasto.—Padre, mucho agradezco vuestra confianza; y espero que á la vuelta os convencereis de que no la he desmerecido.—Así lo creo hijo mio. Inmediatamente se difundió por la casa la noticia del viaje del anciano, que consternó á los muchachos: parecía que estos se veían amenazados de la mayor desolacion, y que perdían para siempre todas sus satisfacciones, sus placeres y felicidad. Palemon los reunió, y les dijo: Sabed que trasfiero todos mis derechos á vuestro hermano Armando; obedecedle como á mí mismo; seguid sus consejos, que yo desde ahora apruebo cuanto él hiciere.

Los muchachos abrazaron á su padre, derramando lágrimas, mientras que la buena Marcela, en un rincon de la sala, murmuraba entre dientes porque no se la confiaba el manejo de la casa. Palemon montó á caballo, se despidió de sus hijos, y partió.

Parecía que la casa se había convertido en un

Digitized by Google

melancólico desierto al faltar la presencia del anciano. Todos los muchachos se miraban con el corazon oprimido y los ojos llenos de lágrimas; y Armando, con ciérto aire de autoridad, les encargó que fuesen á entregarse á sus respectivas ocupaciones; pero todos se negaron, y fué el primer movimiento de insubordinacion, y acaso de envidia, especialmente de parte de Benito y Adela: en aquel era era efecto de un sentimiento vil que no sabía vencer, y en esta un esceso de vanidad que la inspiraba la reflexion de que era mas natural fiar el cuidado de la casa á una persona de su sexo. Armando se enfadó y le contradijeron; replicó y le contestaron; véase pues la guerra declarada. Armando, colérico como un tigre, se retiró á su cuarto, diciendo que él apuntaría dia por dia, y hora por hora, todos los actos de desobediencia de sus hermanos; pero estos le dejaron decir, se le rieron en su cara y se fueron todos á jugar al patio, á cuya puerta se presentó un hombre que traía un bulto bastante grande, y dirigiéndose á Benito, le dijo: ¿Vive aquí el labrador Palemon?—Sí señor.—Siendo así, entregadle este regalo. —¿De parte de quién?—El que le envia no quiere ni aun que se sospeche quién es: á Dios.

El hombre se retiró; y Benito, confuso, levantó

Digitized by Google

un blanquísimo lienzo que cubría una soberbia empanada, cuyo delicioso olor escitaba el apetito. Al momento le rodearon los demás, y le preguntaron: ¿Qué te ha dado ese hombre?—Una empanada.—¿Para quién?—Para papá.—¿Quién la envia?—No ha querido decirlo, ni el que la envia quiere que se sepa.—Veámosla: ¡caramba! ¡que grande! que buena pasta! ¡qué olor!—Atended, dijo Benito, me ocurre una idea; papá está ausente, y tardará en volver; no sabrá quién le ha hecho este regalo, y tampoco necesitamos decírselo á Armando. Guardémosle, y le comeremos á las horas de merendar.—¡Oh! no, dijo Adela; eso sería mal hecho.—Pues bien, si eres tan escrupulosa, no probarás ni un bocado.—Si padre lo sabe...—¿Pero quién se lo ha de decir? ¿nosotros?—Pero....—Vaya, vaya, ¡tantas ceremonias para comer una empanada! Yo sabré decidirte, dijo Benito; y al instante arrancó un pedazo de la sabrosa pasta, se la engulló á vista de sus atónitos hermanos, y luego esclamó: ¡Qué buena! ¡qué rica! ¡no he probado casa mejor en mi vida!

¿Qué partido debian tomar sus hermanos? ¿se lo dirian á Armando? ¿Permitirian que Benito solo se regalase? La empanada ya había sufrido una embestida; una de sus murallas estaba con brecha

Digitized by Google

abierta, y esta no se podía cubrir; el asalto era fácil: por tanto, se resolvieron á darle, y cada cual como valiente campeon, se armó de un resplandeciente cuchillo para arruinar los indefensos flancos de aquella plaza. Pero sería imprudencia hacerlo en el patio: un cenador de la huerta era sitio mas á propósito para consumar el sacrificio; atropelladamente cogió cada cual un pedazo que se iba comiendo por no perder tiempo, y Benito se llevó el resto al cenador: allí no podian ser descubiertos, ni temían que se declarase su arrojo por parte del que había enviado el regalo: podian, á su parecer, ser golosos impunemente. Mas ¡ay! pronto se verá que nuestros héroes no lo habian previsto todo.

Cada cual de los muchachos se apoderó nuevamente de una porcion de la atractiva empanada; se deleitaban y saboreaban al mismo tiempo que comian. Adela miraba con tiernos ojos á Leon, quien, como tenía la boca llena, nada la decía, asi como tampoco Julio; y en tanto, Benito comía con tal ánsia, que amenazaba no dejar migaja. Se regalaban, y ninguno hablaba. Nada les distraía, nada les divertía tanto como esta sabrosa ocupacion.

Cuando menos lo esperaban se presentan Armando y Marcela: esta traía en la mano un pedazo de

Digitized by Google

la misma pasta que devoraban con tanta complacencia. ¿Quién se lo habría dado no habiéndola llamado á comunidad? Vamos á saberlo. ¿Qué es esto? ¿qué haceis aquí? preguntó Armando con una voz de trueno.—Hombre, yo no sé nada, respondió Benito metiendo en la faldriquera los restos de su racion.—¿Nada sabes? replicó Armando; pues yo veo que todos estais comiendo. Vamos, hablad. Todos permanecieron silenciosos.—No es difícil saberlo, aunque se obstinen en callar, dice Marcela; ya os he referido que me hallaba junto á la puerta de la leñera que cae al patio, donde está encerrado de dia nuestro perro *Galaor*, el cual gruñía sin cesar; y por saber lo que quería, le abrí; salió, y al instante vi que cogió un pedazo de empanada: díle un grito terrible, y como es tan dócil, lo dejó; yo lo recogí y os dí parte, Armando, pues como en casa no había la menor cosa de masa, al instante conocí que sería alguna picardigüela de estos señoritos; y ya estais presenciando que se engullen sin duda algun regalo que hayan traido á vuestro padre, y del que no tendríamos noticia á no ser por el maravilloso olfato de *Galaor*.

Los muchachos quedaron aturdidos. No advirtieron que se les había caido en el patio un pedazo de

Digitized by Google

la empanada, cuando tanta prisa se dieron á tomar cada uno su porcion para no dejar de comer hasta llegar al cenador de la huerta. El pícaro perro, goloso como ellos, y escitado tambien su apetito por el olor, quería salir de la leñera para participar del banquete, y todo lo descubrió. No se atrevian á hablar ni una palabra. Armando volvió á preguntarles, y Leon fué el único que tuvo valor para decir la verdad. Hizo Armando que le entregasen el resto de la empanada, y sin detenerse fué á apuntar esta escena en su diario.

No pintaré la tristeza en que toda la mañana estuvieron sumergidos los golosos. Al declinar el dia se reunieron en el terrazo, no para jugar, no para divertirse, sino para suplicar á su hermano que borrase del libro verde una falta de que ya estaban muy arrepentidos. Armando se resistió, porque si su padre llegaba por casualidad á saberlo, le haría cargo de este injusto disimulo. Los muchachos duplicaron sus ruegos, y Marcela, que tenía muy buen corazon, se puso de su parte, hasta que Armando consintió en borrar la nota, bajo la condicion de que sus hermanos, hasta el regreso de su padre, no volverían á ponerle en la precision de delatarlos. Todos se lo prometieron; la alegría renació en la asamblea, y

Digitized by Google

aun escitó su risa el petardo que había dado *Galaor* á los delincuentes. ¡Es de maravillar, esclamó Benito, cómo se descubre todo!—Y por unos medios que no se pueden precaver, añadió Leon.—Dios lo dispone, dijo Adela.—Sí, concluyó Julio; el delincuente siempre comete alguna imprudencia que lo descubre.

¡Si bien lo supiérais! esclamó la buena Marcela. Yo sé una historia terrible, que tiene mucha conexion con lo que habeis dicho.—¿Una historia? dijo Leon; ¿quereis hacernos el favor de contarla?—¿Y por qué no?—Pues bien, Marcela, referidnos esa historia si no es demasiado larga.—No por cierto, no es larga, y es muy interesante: mi madre conoció al pobre Aubrí, que era un droguero, á quien le sucedió.—¡Hola! ¿con que es una historia verdadera?—¿Verdadera? lo mas que puede ser una historia: ahora la oireis; estad con atencion. Los muchachos se acercaron á Armando, el cual temía que Marcela iba á fastidiarlos; pero por no desagradar á su buena ama de gobierno, se resolvió á escucharla. Marcela se quitó los anteojos, dejó la labor, y á su modo dió principio á la historia en estos términos:

Digitized by Google

HISTORIA DEL DROGUERO AUBRÍ.

En una ciudad de provincia, que se llama... se llama... no me acuerdo... y es mucho, porque mi memoria es tan..... pero al cabo, el nombre de la ciudad no hace al caso; tal vez me acordaré conforme vaya hablando. Digo, pues, que vivía en una ciudad de provincia un droguero llamado Aubrí, el cual entendía muy bien su oficio, y sabía hacer su negocio: tenía una infinidad de parroquianos, al paso que dos drogueros, que acababan de abrir tienda en una callejuela poco frecuentada, no despachaban sino muy pocos de sus géneros. Estos que eran jóvenes, y se llamaban los hermanos Martin, concibieron tal ódio contra Mr. Aubrí, que resolvieron perderle: para esto se valieron de muchos medios que no les aprovecharon; y Mr. Aubrí, conociendo su mala voluntad, recurrió varias veces á la justicia, para que contuviese sus insultos y calumnias. Pero ellos no se desanimaron; y viendo que les era imposible vengarse abiertamente, se valieron de la traicion para deshacerse de aquel hombre á quien aborrecian.

Mr. Aubrí no tenia hijos, y le ayudaba en el co-

Digitized by Google

mercio su muger, que era de bastante capacidad. Para descansar de las tareas de la semana, había comprado Mr. Aubrí una casita de campo, poco distante de los arrabales de la ciudad, y pasaba en ella todos los domingos. Su muger salía el sábado por la mañana á fin de prepararlo todo para servir á su marido, el cual iba á su casa de campo el mismo dia, despues de haber cerrado la tienda, que era siempre muy de noche. Nunca atravesaba la ciudad; y tenía la costumbre de pasar por una calle de árboles, lindera á un bosque que estaba justamente detras de la ciudad, al pie de las casas del arrabal. Los hermanos Martin, que sabian todo esto, resolvieron aprovecharse de la soledad de la noche, y del tiempo en que pasára por allí Mr. Aubrí, para cometer la mayor iniquidad. ¿Creeis que le esperaron para asesinarle? nada de eso; mas astutos en su venganza, se manejaron de distinto modo.

Había en la calle de Mr. Aubrí un mozo muy tonto y pesado, á quien él varias veces había echado de la tienda porque le molestaba. A este buscaron los Martin, y le dijeron: Nicolás ¿quieres ganar diez luises?—¿Pues no he de querer? vaya, vaya, ¿quién pregunta eso?—Pues bien; mañana que es sábado, á las nueve de la noche estarás en la

Digitized by Google

calle de los Castaños, que allí nos encontrarás. Esta era precisamente la calle de árboles por donde pasaba Mr. Aubrí para ir á su casa de campo. Los malvados fueron á las ocho á aquel sitio; se ocultaron en el bosque, y vieron que Mr. Aubrí pasaba á la hora acostumbrada, sin recelar la menor cosa del horrible lazo que le disponian. A muy breve rato se presentó Nicolás, reconociéronle, y salieron del bosque. Entonces el tonto les preguntó: ¿Y los diez luises? ¿qué tengo de hacer para ganarlos?—¡Poca cosa, respondió el mayor de ellos; aquí están, y serán tuyos con tal que grites tres veces de modo que te oigan: *Mr. Aubrí ¿qué os he hecho? ¿por qué me quereis asesinar?*—¿No es mas que eso? repuso Nicolás riéndose: ¡valiente empeño! pero supongo que no le vendrá mal á Mr. Aubrí.—¿Qué mal? vaya comienza: dilo tres veces, y el dinero es tuyo.

El infeliz gritó á todo gritar, por dos veces: *Mr. Aubrí ¿qué os he hecho? ¿por qué me quereis asesinar?*—Mas fuerte y con mas dolor, le dijo el mayor al oido; y Nicolás volvió á repetir con voz dolorosa las mismas palabras. Apenas acabó, reclamó la suma prometida; pero ¡oh maldad! el hermano mayor le tiró un pistoletazo, y cayó muerto á sus pies. ¿Os estremeceis, hijos mios, y os compadeceis acaso

Digitized by Google

del pobre Nicolás, víctima de una astucia á que se había prestado sin saber cuáles serían las consecuencias? Esperad, y oireis cosas que os maravillen.

Los dos hermanos tomaron su dinero, y dejando en aquel sitio el cadáver de Nicolás, se retiraron por sendas estraviadas, y volvieron á la ciudad. Entre tanto, á las voces de Nicolás y al tiro se abrieron las ventanas de las casas que caían hácia aquella parte, y desde ellas clamaron las gentes: *Favor.... justicia.... al asesino....* Los criminales esparcieron la voz de que pasando casualmente por junto á aquella calle de árboles habian visto el modo horrible con que trataba Mr. Aubrí á un tal Nicolás: que tambien los habian visto luchar; y que al fin Mr. Aubrí habia tirado un pistoletazo; pero que ignoraban el resultado.

Los vecinos acudieron y rodearon el cadáver; llegó la justicia, se informó, los Martin declararon lo que llevo referido, y los vecinos dijeron que habian oido las esclamaciones de Nicolás. Fué la justicia á la casa de campo de Mr. Aubri, y le encontraron cenando tranquilamente con su muger, sin el menor recelo de la desgracia que le esperaba. Le prendieron, le encadenaron, y le llevaron á la cárcel. Preguntó el motivo de su prision, y solo le di-

Digitized by Google

jeron que bien lo sabía. Al infeliz le presentaron al dia siguiente el cadáver, y se estremeció al verse acusado de asesino. En vano negó, en vano representó el ningun interés que le resultaba de cometer semejante homicidio, pues los dos hermanos sostenian haberle visto Matar á Nicolás; y otros testigos insistian en las esclamaciones de este antes de oir el pistoletazo. El desgraciado Aubrí, nada sabía de estas declaraciones; pero sí presumía que su desgracía era obra de sus enemigos, los únicos que se presentaban como testigos de vista, y los mas encarnizados en su pérdida. El juez, hombre íntegro y delicado, daba como dicen, largas al asunto, porque no podía persuadirse de que fuese delincuente un hombre de su reputacion, y cuya buena vida y costumbres eran generalmente conocidas. Pero en fin el asunto aparecía claro: había dos testigos de vista y mil de oidas; la prueba rayaba en evidencia: el crimen de Aubrí por este medio estaba probado. Ya se había valido de cuantos medios le sugirió su inocencia, pero eran débiles contra pruebas tan concluyentes. El desgraciado Aubrí fué condenado á horca, y sufrió la pena en la misma ciudad donde había sido estimado por su buena conducta y probidad.

¿Llorais, hijos mios? eso prueba vuestro buen

Digitized by Google

corazon. Pero voy á lo mas admirable de este suceso, que parece increible, aunque se verificó ni mas ni menos como yo lo cuento. Por casualidad, uno de los cirujanos del pueblo estaba de concierto con el verdugo para que le entregase el cuerpo del primer delincuente que fuese ajusticiado, á fin de hacer la diseccion del cadáver. Cabalmente el cirujano era amigo de Mr. Aubrí: juzgad cuál sería su dolor viendo entrar en su casa el cadáver de un hombre á quien había estimado, y á quien nunca había creido culpado. Pero ¡oh juicios de Dios! cuando el sensible cirujano estaba tristemente contemplando el cuerpo, un ligero suspiro que exhaló le hizo ver que no estaba inanimado. Llamó á su muger y la dijo: Amiga mia, he aquí á Mr. Aubrí; aun puedo salvarle; solo quiero que me ayudes á ponerle en esta cama, y que el secreto quede sepultado entre nosotros.

Estos dos compasivos esposos aplicaron el mayor esmero en socórrer á Mr. Aubrí, el cual, despues de algunos dias recobró sus sentidos, y al cabo de un mes el uso de la voz. Todo lo que había pasado le parecía como un sueño; miraba dónde se hallaba, y se maravillaba; pero el cirujano y su esposa le estrecharon en sus brazos; él los reconoció y cayó en un delirio, convencido de la triste realidad

de su suplicio. Poco á poco se fué recobrando; y cuando ya pudo hablar, agradeció á sus amigos tantos favores, y les juró que se hallaba inocente. Madama Aubrí recibió la noticia del estado de su esposo con la mayor alegría; pero supo contenerla y portarse con discrecion. En fin, su marido se restableció del todo, quedándole solo una especie de ronquera que hacía su voz desagradable, y la cabeza inclinada hácia la espalda; pero, aunque estropeado para toda su vida, vivió á lo menos para acreditar su inocencia. Este era su designio, del que no se apartó á pesar de los prudentes consejos de sus amigos, y de las lágrimas y ruegos de su esposa, á quienes dijo: Pues unos malvados me han perdido, yo tambien quiero perderlos, para lo cual se me proporciona un medio escelente. Ya han pasado ocho meses desde que sufrí mi castigo, y estoy tan otro, que casi es imposible conocerme. Me presentaré al juez, en quien reconozco mucha integridad, y le diré: La franqueza con que me presento os descubre mi inocencia; y no podrá menos de creerme. Además de esto, os vuelvo á decir que tengo un medio escelente para confundir á mis asesinos.

A pesar, pues, de las reflexiones de sus ami-

Digitized by Google

gos, Mr. Aubrí esperó á una noche en que se halló mas fuerte para atravesar la ciudad, y se presentó en casa del juez de su causa. Pidió audiencia, y le introdujeron en el gabinete del magistrado, á quien dijo: Señor, ¿me conoceis?—A la verdad... tengo alguna idea... muy confusa... antes de ahora os he visto. — Así es: teneis en vuestra presencia, señor, al desventurado Aubrí.—¿Vos?... ¡Cielos! — Sí, señor: yo soy el infeliz Aubrí; vivo por una dichosa casualidad, y vengo á juraros mi inocencia.—¿Vuestra inocencia? pues yo os he sentenciado sobre pruebas bien claras y convincentes.—Yo no sé como se ha conducido este asunto; ignoro los manejos de mis calumniadores; pero me hallo inocente. Os lo juro; ¿á ser criminal, me presentaría á vuestros ojos?—Es cierto... (el juez quedó un rato pensativo, y luego añadió) es muy cierto; y aun os confieso que me ha costado mucha repugnancia creeros culpable de tan atroz delito. Sosegaos, buen hombre, y hablemos. Decidme: ¿no sospechais quién ha podido perderos? — Los dos hermanos Martin eran mis enemigos declarados.—¡Ciertamente que sus declaraciones han sido terribles! ¿pero los vecinos que oyeron las voces de Nicolás...—Eso me

confunde, no sé á qué atribuirlo; pero mis enemigos, sin duda darán la esplicacion de este enigma. Haced que vengan á esta casa; yo concurriré á la hora que me señaleis, y oculto detrás de estos tapices...—Ya os entiendo... Venid mañana á las siete de la noche; los citaré, y veremos si se puede descubrir algo.

Despidiose Aubrí del juez, el cual mandó al instante que los dos Martin se presentasen á las siete y media de la noche del siguiente dia. Estos miserables gozaban tranquilamente el fruto de su perfidia. Desde la ruina del inocente Aubrí, prosperaba su comercio, y cada dia se aplaudian entre sí del partido que habian tomado. Cuando les intimaron la órden del magistrado, no concibieron la mas leve sospecha del objeto para que eran citados; y creyendo que sería para alguna cosa relativa á su comercio, se presentaron á la hora señalada. El juez, afectando mucho misterio, les hizo entrar en su gabinete, y cerró la puerta con toda seguridad; pero quedaron atónitos al oir las razones del magistrado, que fueron estas: Amigos mios, yo os he llamado para ver si puedo conseguir el sosiego de mi alma y de mi cuerpo. Hace ocho meses que me siento interiormente atormentado, y el sueño huye de mis ojos. ¿El

Digitized by Google

droguero Aubrí, á quien condené por vuestras deposiciones, era efectivamente criminal?—¿Pues, señor, ahora teneis esa duda?—La tengo, sí, y muy fundada. ¿Con que vosotros le vísteis en el momento?...— Sí señor, le vimos lo mismo que ahora os vemos.—Mucha es mi inquietud.—Perdonad si no os entendemos; ¿al cabo de ocho meses teneis escrúpulos, y volveis á examinarnos sobre los delitos de aquel malvado? Nosotros fuimos testigos como los demás, y á esto se reduce todo.—Voy á hablaros con franqueza. Acaso me tendreis por ignorante y aun iluso; pero lo cierto es que se me aparece el difunto Aubrí... le veo... me jura su inocencia, y os acusa á los dos.—Pero perdonad si nos atrevemos á decir que eso es una estravagancia: ¿es posible que creais semejantes ridiculeces? ¡un magistrado! —Sí señores, las creo porque las veo.—Sin duda os quereis chancear.—No por cierto: veo á aquel infeliz por las noches; se me presenta como un horroroso espectro.—Pero si eso fuese así, mas regular sería que se nos apareciese á nosotros, nos degollára, ó... ¡qué sé yo!... vaya, vaya: señor, esas son ilusiones y cuentos de viejas; los muertos no vuelven por acá.—Sin embargo, algunas veces...¿pero qué diríais si le viérais como yo le veo?—Eso es imposi-

Digitized by Google

ble.—Me ocurre una idea, y es que nos pongamos á orar; pudiera ser que se apareciese en este mismo cuarto.—¡Ya teníamos que esperar!—Para Dios no hay imposibles: hagamos lo que he dicho.—Pero señor...—Amigos, hacedme este favor: ¿qué os cuesta satisfacerme? ¿tal miedo teneis de ver á Aubrí, que no podríais soportar, como yo, su presencia?—No es eso, señor; sino que no somos tan simples que creamos....—Pues bien, si nuestra oracion no produce efecto, yo os permito que os riais cuanto quisiéreis de mi credulidad. Pongámonos de rodillas, y procuremos juntos aplacar el alma de aquel desdichado.

Los dos hermanos se miraban atónitos sin que pudieran concebir cómo cabía tan ridídulo pensamiento en un magistrado; pero al cabo se resolvieron á complacerle, y todos se arrodillaron delante de una santa imágen del Salvador. Entonces el juez esclamó: Alma del desgraciado Aubrí: si no cometiste el crímen que te imputaron, y si te es permitido dejar la region de los muertos para confundir á los vivos, te ruego que te presentes...Los hermanos se echaron á reir; pero el magistrado, sin hacer caso, prosiguió: Alma del desdichado Aubrí: ven á confundir á tus calumniadores.

Digitized by Google

A estas palabras, Aubrí, vestido de blanco, salió de donde estaba escondido, y señalando á los hermanos, dijo: Vedles aquí: estos mónstruos son los que me calumniaron. Los delincuentes, aterrados con tan inesperada aparicion, cayeron en tierra, y solo pudieron decir: Sí... sí, tiene razon; nosotros dimos muerte á Nicolás: retírate, horrible fantasma y déjanos lugar para el arrepentimiento.

Aubrí se retiró. Unos testigos prevenidos para el efecto, oyeron la declaracion de los dos miserables, que al instante fueron encerrados en la cárcel, donde espusieron todas las circunstancias del caso, y recibieron luego el correspondiente castigo. El pobre Aubrí vindicó su honor; se le dieron todas las posibles satisfacciones públicas y pasó dias felices acompañado de su querida esposa, del cirujano y su muger, á quienes había debido tanta dicha.

Esta es la historia, hijos mios. Por ella veis que Dios nada deja sin castigo, y que tarde ó temprano se llegan á decubrir los delitos. Mucho hablaron los muchachos sobre este suceso, y mucho rieron pensando en el terror que causaría á los malvados la repentina aparicion de Aubrí. Armando se sonrió viendo la satisfaccion que esperimentaba la buena Marcela por la impresion que había hecho el suceso

Digitized by Google

en sus hermanos; pero se propuso no dar lugar al insaciable deseo que ella tenía de hablar, y todos se retiraron muy complacidos del entretenimiento de aquella tarde.

Digitized by Google

TARDE XXXII.

LA INSUBORDINACION.

Quien la senda del deber
Por su capricho abandona,
De independiente blasona
Y se niega á obedecer
A quien debiera temer,
Sepa en su estulta demencia,
Que tan funesta insolencia
(Y el tiempo doy por testigo)
No quedará sin castigo,
Que Dios ama la obediencia.

El siguiente dia se pasó sin órden ni concierto: los muchachos paseaban, jugaban y á todo se dedicaban escepto á sus acostumbradas tareas; la autoridad de Armando en nada les contenía, y tuvo al fin que abandonarlos y retirarse á su cuarto á apuntar en su diario los disgustos que le causaban sus hermanos: llegó la insubordinacion de estos á tal estremo, que

Digitized by Google

sin contar con él y á propuesta de Benito, resolvieron hacer una espedicion al dia siguiente á la quinta de Emiliano, saliendo despues de almorzar y volviendo á la hora de comer.

Resueltos ya nuestros cuatro amotinados, no pensaron mas que en la ejecucion de su proyecto. ¡Qué placer para ellos verse libres y hacer cuanto se les antojase, sin tener nadie que los fiscalizase! Brilló por fin la aurora del deseado dia; almorzaron sin decir nada al severo Armando, que se volvió á su cuarto, y los demas fueron á componerse para la visita. Julio presidió al tocador de Adela, la cual, como ya era mas que niña, cuidaba mucho de su compostura. Contemplábala Julio embelesado, y ella le dijo: Nada tengo que ponerme en el cabello: llevarle liso y llano, que sé yo... ¿estaré bien?—Para mí, la respondió Julio con mucha galantería, de cualquier modo estas perfectamente.—Ya sé yo que tú me favoreces; pero ese bárbaro Benito... siempre me trata brutalmente.—Benito, Armando y Leon son tus hermanos, y yo...—Tambien tú lo eres por adopcion.—Yo no sé lo que siento en mí, que me gusta mas ser amigo que hermano tuyo; cada vez que pienso en esto... pon, pon la mano sobre mi pecho; ¿no oyes? tic, tac, tic, tac, tic, tac: ¿qué

Digitized by Google

es esto?—Yo no lo sé; á mí me sucede lo mismo.—¡Ah! ¡si quisiera algun dia Palemon casarnos! yo sería dulce y tierno, y me sujetaría en todo á tus deseos, así como el año pasado decias que querias se sujetase tu marido: ¿no te acuerdas del dia que reñiste con Benito por las cerezas?—Ya me acuerdo; pero aquello era hablar por hablar; fuera de que el ejemplo de la pobre Madama Dumont, á quien su marido redujo á una humilde cabaña para corregirla, me ha hecho mudar de opinion; y estoy seguramente convencida de que la muger debe someterse á la voluntad de su esposo, y que la sencillez de sus inclinaciones, tan necesaria como la pureza de costumbres, contribuye mucho á la paz y bienestar de las familias.—¡Oh! ¡eso sí que es pensar como se debe! mas yo quisiera....—Calla, que viene Leon: baja á ver si Benito está dispuesto.

La repentina llegada de Leon interrumpió la ingénua y dulce conversacion de estos jóvenes amantes, y Julio bajó al patio, donde se admiró de ver á Benito ocupado en ajustar varias frioleras que traía en un cajon un buhonero. ¿Qué haces ahí? le dijo con bastante aspereza: ¿por qué no te vas á vestir? ya todos estamos dispuestos, y tú solo nos haces esperar. Benito aunque algo resentido del modo con que Julio

Digitized by Google

le hablaba, conoció que la diversion preparada valía mas que todas las bujerías del buhonero, y medio gruñendo subió á su cuarto. Julio tambien se puso á examinar las mercaderías; y en tanto que registraba un lazo de cintas con algunas lentejuelas, el hombre le pidió un vaso de agua. Id á la cocina, le respondió Julio: el buhonero dejó su ambulante tienda, y fué en busca de Marcela. Julio se acordó de que su amiga no tenía que ponerse en el cabello, y dijo para sí: ¡Dios mio! ¡que bien la sentaría este lazo! ¡si no fuese caro!... pero Leon añadirá sus ahorros á los mios... ¡quiere tanto á su hermana!... Sí, pero antes es preciso saber si este adorno es del gusto de Adela. Dijo, y sin reflexionar mas, ni esperar á que volviese el buhonero, tomó el lazo y subió precipitadamente al cuarto de Adela, que le vió entrar, y al instante fijó sus miradas en el lazo que Julio traía en su mano; y este la dijo: ¿Qué te parece? ¿es bonito? —¡Bellísimo! — Pues tuyo es. — ¿Quién me hace este regalo? — Sea quien quiera, tuyo es.

Insistió Adela en sus preguntas; Julio sin responderla, la puso el lazo en los cabellos del modo que mejor le pareció; y como nos complacemos en mirar adornado el objeto de nuestra inclinacion, Julio se detuvo un breve rato en esta agradable ocupa-

Digitized by Google

cion; pero acordándose de que no había pagado al buhonero, bajó apresuradamente á ejecutarlo: mas ¿cuál fué su sorpresa no hallando ya al dueño verdadero del lazo! Preguntó por él á Marcela, y esta le respondió que hacía gran rato que se había ido. Julio, desesperado, salió de casa, registró las cercanías, y á nadie encontró. Segun todas las apariencias, el hombre se había marchado sin detenerse ni echar de menos el lazo que le faltaba; pero al cabo, era preciso que lo conociese; y entonces ¿qué diría? ¿qué pensaría? que le habían robado: esto era muy natural: ¡santo Dios! si vuelve este hombre, como es regular, reclamará su lazo, se quejará amargamente, y de cualquiera modo Julio será el acusado sin que baste el pagar lo que pida, porque de todos modos quedará indiciado de ladron. Véase como las intenciones mas puras é inocentes toman á veces un aspecto criminal. ¿Qué dirán sus hermanos? la misma Adela ¿qué pensará? ¿se descubrirá Julio con ella? ¿la pedirá el gracioso lazo que tanto la gusta, y que tan bien la sienta?... No, no podía resolverse á esto... pero era una alhaja que no pertenecía á Julio ni á Adela... ¡qué atolondramiento! ¡qué ligereza!

Consternado Julio, volvió á subir al cuarto de

Digitized by Google

Adela, y no se atrevía á mirarla. Benito y Leon vinieron á avisarlos que ya estaban prevenidos, y que aquella era la hora mas oportuna para salir sin ser vistos; pues Armando estaba estudiando, y Marcela ocupada en la cocina. Vamos, vamos; esta era la espresion general.

Julio dió la mano á Adela, Benito y Leon les siguieron; y todos, aprovechándose de la libertad que tenian para escaparse, salieron, dejaron la puerta cerrada, y corrieron hasta el bosque de los Castaños, donde en otra ocasion habian jugado á las cuatro esquinas con su padre. Allí no temieron ser perseguidos por Armando, pues no podía adivinar el camino que seguian, como que ignoraba que iban á ver al jóven Emiliano. Se sentaron y descansaron un rato: Benito, que todavía no había mirado á Adela, la dijo: ¡Qué hermosa estás! ¿quién te ha dado ese lazo? (*Julio se puso colorado.*) ¡No es nada! me le ha dado mi amante.—¿Julio?—El mismo.—¡Oh! es hombre galante: pero dime, Julio, ¿te ha costado mucho?—No... no mucho.—Nada se hace caro para obsequiar á la que se ama.—¿A la que se ama? ¿pues quién te ha dicho que yo amo á Adela?—¡Ah! ¿no la amas?—Eso es muy diferente; la amo, sí... pero lo mismo que vosotros, como un

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google

hermano ama á su hermana.—Ya, ya, ¡para el pícaro que lo creyera! pero al cabo ella es una jóven muy propia para conmover... el corazon... de un hombre tan sensible...—Lo soy; y mucho mas á tus injurias: tú siempre serás un descortés.

Adela, como tan interesada en esta discusion, procuró terminarla; lo consiguió, y volvieron todos alegres á continuar su camino. Pasaron por delante de la quinta de los Nogales, y allí no se acordaban qué camino era el mas corto para llegar á casa de Brígida. Debemos tomar á la izquierda, dijo Leon. —No, sino á la derecha, contestó Benito.—No, sino por la senda de en medio, repuso Adela. Preguntaron por la buena Brígida á algunos labradores, pero nadie la conocía: ¿y á Emiliano?—¿Emiliano? Eso es otra cosa: ese muchacho es muy conocido y amado de toda la comarca; tomad esta senda, que os llevará á su pueblo. En la primera calle la segunda puerta es de la casa de Emiliano.

Muy contentos con estas señas tomaron el camino indicado, y por fin llegaron á casa de Emiliano: llamaron, pero nadie les respondió: volvieron á llamar, y una vecina se asomó á la ventana, diciendo: ¿Quién llama? ¿por quién preguntais?—Por Brígida y Emiliano.—¡A buen tiempo! ¿pues qué no sabeis

Digitized by Google

que están en París hace ya dos meses? Emiliano ha encontrado á su padre, su madre y toda su familia. —¿Con que Emiliano está ya con su familia? ¡qué felicidad! contadnos cómo ha sido.—¿Que os cuente como ha sido? ¡No es nada el empeño!—Subiremos á vuestra casa.—¿A mi casa, sin conoceros? no es mala la franqueza de los trastuelos.

La vecina cerró su ventana, é hizo muy bien, porque nuestros muchachos, indignados del epíteto con que los habia favorecido, estaban resueltos á decirla mil necedades. Era preciso, pues, que se contentasen con saber que Emiliano y Brígida estaban en París, y determinarse á volver á casa..... ¡Volver á casa!... ¡tan pronto!... ¡sin haber disfrutado la libertad de solazarse en el campo!... ¡es cosa dura! lo mismo nos ha de reprender Armando por una, que por dos ó tres horas de ausencia. Benito lo conocía, y como él era siempre el incitador de los otros, les propuso comer juntos sobre la fresca yerba, pagando cada cual su racion: todos, les dijo, tenemos algun dinerillo ahorrado, á escepcion de Julio, que tal vez se habrá arruinado por regalar á su amada: compremos un pastel ú otra cualquier cosa, le comeremos en el bosque, y luego jugaremos.

Digitized by Google

Todos aplaudieron el pensamiento, y apronta-ron su escote. Se entregó la cantidad á Benito, que compró un pan y dos pollas asadas. Luego se enca-minaron al bosque de los Castaños, que ofrecía mil sitios á cual mas agradables; y en el que estaba mas inmediato á una fuente, se determinaron á tomar la refaccion. Esta comida les recordó la merienda que en otro tiempo les ofreció Benito en el bosque, cuando era compañero del carbonero Lagrange; cuya memoria hizo á Adela estremecerse, temiendo que les acometiesen algunos ladrones, como les suce-dió en aquel funesto bosque. No quiso comunicar sus temores á sus hermanos, porque se hubieran burla-do ella; pero observaba que el bosque donde estaban era muy estraviado y desierto, y que desde que se habian sentado á comer, nadie había pasado por allí, sin embargo de ser casi mediodia, y hacer un tiempo tan apacible. Por esto no dejaba de hallarse inquieta, y comía con menos apetito que sus hermanos, mi-rando siempre á todas partes. ¡Cuál sería su espanto al ver correr hácia ella un hombre desconocido, en cuyo semblante y ademanes se pintaban el furor! Dió un grito y cayó sobre Julio, que no podía concebir la causa del accidente, porque no veía al hombre, que ya estaba detrás de él. Este es, esclamó el furioso, el

Digitized by Google

pícaro que esta mañana me ha quitado mi hacienda. Leon, Julio y Benito fijaron la vista en aquel bárbaro, y los dos últimos al instante reconocieron al buhonero, el cual, mirando á Adela, prosiguió: Justamente es mi lazo el que esta picaruela tiene en su pelo: ¿no es una maldad engañar así á un pobre que pasa mil trabajos para ganar su vida honradamente?

Diciendo esto, se arrojó á desprender el lazo de la cabeza de Adela, que temblaba como las hojas en los árboles. Leon y Benito, que nada entendian de todo esto, quedaron como petrificados, mientras que Julio se esforzaba para manifestar la verdad del hecho. Todo había pasado como lo decía, pero el buhonero no le daba crédito. ¡No está malo el embuste! esesclamaba; ¡decir que ha vuelto á pagarme, cuando yo me detuve mas de un cuarto de hora hablando con el ama de gobierno! A la verdad que si entonces hubiera advertido el robo del lazo, no me salgo sin él; pero no lo he reparado hasta que me hallaba junto á la quinta de los Nogales; y volvía á vuestra casa, cuando la casualidad me ha hecho encontraros aquí.

Hasta entonces Benito y Leon nada habian dicho; pero convencidos de la verdad por las lágri-

Digitized by Google

mas y juramentos de Julio; viendo por otra parte que el buhonero sospechaba de la probidad de su hermano adoptivo, dijeron cuatro claridades á aquel hombre, el cual descortés y grosero replicó que á todos tres los haría pedazos. Entonces la rabia se apoderó de los corazones de nuestros jóvenes, y comenzó una horrible batalla. El buhonero dió un puntapié á Julio; Benito le correspondió con otro; Leon se le tiró al cuello, y le daba fuertes puñadas; mientras que Julio le agarró de una pierna y procuró hacerle caer al suelo; el hombre sacudía por todas partes; y en fin, Benito, sacando su cortaplumas, le hizo tal herida junto á una rodilla, que el insolente buhonero cayó dando descompasados gritos. Adela, que casi espiraba de dolor durante la accion, aconsejó á sus hermanos la fuga; y ellos tomaron este partido, dejando en el suelo, al lado del herido, los restos de una comida que habian empezado bajo mas felices auspicios.

El buhonero, aunque con trabajo, se levantó; y pidiendo en alta voz auxilio, caminó tras de nuestros fugitivos, que mas ligeros que el viento á nada se detenian; pero al revolver de una senda se les presentaron tres guardas de campo que atravesándose en el camino, los detuvieron. Su enemigo los

Digitized by Google

alcanzó; refirió el suceso con los mas feos colores, y mostró la herida que habia recibido. Las lágrimas y gemidos de los desgraciados muchachos no enternecieron á los guardas; estos los llevaron á casa del juez del pueblo mas cercano, que distaba muy poco de la casa de su padre. Allí curaron al herido, y le llevaron al hospital, entablando en seguida una querella criminal. ¡Qué pesarosos, qué arrepentidos estaban los muchachos de haber hecho este fatal viaje, en que tanto pensaban haberse divertido!

El juez, que conocía y estimaba al virtuoso Palemon, al instante pasó el correspondiente aviso á su casa, y retuvo á los muchachos. Como Palemon todavía estaba ausente, Armando, pálido y afligido acudió á casa del juez, donde halló á sus hermanos aterrados. El magistrado contó el suceso al tímido Armando, manifestándole que no podía menos de poner á los delincuentes en la cárcel hasta la llegada de su padre. Armando intercedió, y á fuerza de instancias consiguió que el juez le entregase á su hermana y Leon, quedando presos Julio y Benito, el primero como causa principal de la pendencia, y el segundo por haber herido al buhonero. ¡Qué dolorosa separacion para Julio y Adela! pero mas lo era para esta, porque veía que todo el albo-

Digitized by Google

roto dimanaba del rasgo de galantería con que su amigo había querido manifestarla su ternura; pero, sin remedio, era preciso separarse de los brazos de los pobres presos, que ya se daban por perdidos.

Armando volvió á la casa paterna con Adela y Leon. Estaba desesperado, pues en dos dias que había faltado su padre, todo se hallaba trastornado. ¿Cómo se atrevería á presentarse á Palemon? ¿cómo se había de escusar de su poca vigilancia? en una palabra, ¿cómo haría para disminuir los crímenes de sus hermanos? pues Armando tenía muy buen corazon, y á ser posible, querria desarmar la cólera de su padre, ó que recayese en él tan solamente. ¡Oh Dios mio! ¡qué dificil es, decía, gobernar á estos muchachos! ¡qué desórdenes resultan en una casa por la ausencia de su principal cabeza!

Mientras que Adela y Leon contaban llorando á su hermano lo que sabian del principio de la escena, en que Julio y Benito habian sido víctimas, estos por órden del juez fueron encerrados en una sala baja de su casa, y no se les dió mas alimento que pan y agua: ¡qué penitencia! ¡cuánto se culpaba Julio por su ligereza y atolondramiento, que tanto perturbaba á su familia! Pero lo que mas temía era

Digitized by Google

la vuelta de su padre. Sin embargo, Julio decía entre sí: Mi padre es bueno y justo; sabe que yo nunca he disfrazado la verdad: se lo confesaré todo, verá que la culpa está de parte del buhonero, y vengará á sus hijos. Pero entre tanto era preciso sufrir, padecer y continuar preso como un delincuente. Benito estaba mas sosegado; su genio y la dureza de su carácter le ofrecian mil motivos de consuelo. Ademas, se acostumbraba fácilmente á todo; estaba determinado á cuanto pudiera suceder y tenía por muy justa la venganza que había tomado de un bárbaro que, á tener más fuerza, hubiera estropeado á él y á sus hermanos. Así es que permanecía tranquilo, y procuraba templar los amargos sentimientos de Julio.

La noche fué cruel para todos estos muchachos; pero se pasó, y á la mañana siguiente Armando, Leon y Adela se juntaron á deliberar, cuando oyeron que paraba á su puerta un coche. Marcela abrió: ¡oh Dios! ¡qué vista tan agradable, y al mismo tiempo tan penosa para los tres! Era su padre, el cual venía acompañado de una jóven y un venerable anciano, á quienes dijo: Entrad, este es mi campestre asilo; ahora vereis á mis hijos, y conocereis que soy el padre mas venturoso.

Digitized by Google

¡El padre mas venturoso! ¡qué palabras tan terribles para Armando, Leon y Adela! sin embargo, volaron á recibir á su padre, y le abrazaron con la mayor ternura. Palemon se admiró de no ver á Julio y Benito, acusaba su frialdad, y se quejaba de tan poco cariño. Adela y Leon lloraban; Armando fijaba sus ojos en la tierra; Palemon se inquietó, hizo varias preguntas á su hijo mayor, y este pidió contestarle á solas. Habla libremente, le dijo su padre, este caballero es muy amigo mio, y ninguna de mis cosas puede serle indiferente.

Entonces Armando refirió á su padre la desgracia ocurrida, y añadió que hasta este accidente sus hermanos habian manifestado la mayor docilidad y sumision. Armando no quería agravar con sus quejas la pena que esperimentaban; le parecía que estaban bien castigados con lo que les había sucedido, y así procuraba no debilitar el cariño de su padre para que acudiese cuanto antes al remedio, y no trascendiese mas el castigo de los culpados. Palemon, luego que oyó la narracion, se cruzó de brazos, y permaneció pensativo durante algunos minutos; despues recobró su serenidad, y dijo á Armando: Vete, hijo mio, vete á hacer preparar cuarto y camas para mi amigo y su hija.

Digitized by Google

— Pero señor...—Anda: pronto sabrás mi intencion.

Adela y Leon siguieron á Armando, evitando así la presencia de su padre, cuyas miradas severas no podian tolerar. Palemon hizo entrar en casa á sus huéspedes, y se les sirvió el desayuno; habló de asuntos indiferentes, puso en su lugar las cosas que traía en la maleta, y salió despues de haber hablado en secreto con su amigo. ¿A dónde irá? Cualquiera padre de familia conocerá fácilmente que volaba al socorro de sus hijos.

En efecto, fué á casa del juez el afligido Palemon, le habló largo rato á solas, y luego fueron los dos al hospital para examinar al buhonero, que estaba casi restablecido. Su herida no era considerable; pero este bribon había exagerado el mal para sacar mayores ventajas. Ambos salieron muy descontentos de tal sujeto; volvieron á casa del juez, y entraron donde se hallaban los pobres muchachos presos: ¡qué golpe para estos! La cabeza de Medusa no les hubiera petrificado tan pronto. Benito miró á otro lado, y Julio derramaba un torrente de lágrimas. Su padre enternecido, se las enjugó; y sentándose junto á él, le mandó que le refiriese cómo había sido la pendencia que había tenido con el buhonero.

Digitized by Google

Padre mio, dijo Julio sollozando; perdonadme... ¡Oh! perdonadme si me atrevo á haceros una confesion que manifestará mi aturdimiento, y aunque me disculpará en cierto modo, tambien agravará mis defectos. Me reconozco un pobre huérfano, á quien vuestra bondad recogió en el seno de su familia; siempre he mirado á Adela como la cosa mas bella....—No tratamos de eso, le dijo Palemon; vamos al caso, Julio, vamos.—Ayer por la mañana para hacer un regalo á Adela, llevé á su cuarto un lazo de cinta para preguntarla si la gustaba, con la firme intencion de bajar al instante á pagar al buhonero, que había quedado hablando con Marcela. Yo no sé cómo fué: me entretuve tal vez demasiado; el bribon se marchó, y ahora tiene el atrevimiento de acusarme.. ¡de ladron!. ¡de ladron!...¡Dios mio! Bien sabeis, padre mio, que yo nunca he manifestado inclinacion á semejante infamia; esta es la verdad. El hombre quiso maltratarnos; nosotros nos defendimos, y el señor juez que está presente nos ha puesto presos: ¿por qué han de encarcelar á uno cuando no lo merece?

Palemon no pudo menos de sonreirse al oir esta sencilla esclamacion de su hijo adoptivo; abrazó á Julio, lanzó una mirada severa á Benito, que calló mientras Julio hablaba, y salió con el juez, sin profe-

Digitized by Google

rir una palabra que pudiese dar esperanzas á los presos de su pronta libertad. Al cabo de una hora, el mismo juez se presentó á buscarlos para entregarlos á su padre, que los llevó á su casa, sin hacer caso de las gracias que le daban, ni reprimir los estremos de alegría que les causaba su libertad.

Palemon conocía perfectamente los diferentes caractéres de sus hijos, para no dudar que Julio le había dicho la verdad. Veía en todo el caso mucho atolondramiento sin duda; pero tambien mucha delicadeza en Julio, y valor en todos sus hijos, que habian sido maltratados por un hombre gresero y sin educacion. Tenía bastante crédito con el juez para que no pasase adelante este asunto, que, bien mirado, solo era una travesurilla que no podía concitar la severidad de las leyes. El herido se dió por satisfecho con una corta cantidad; se cortó la querella, y la casa de Palemon volvió á su antigua tranquilidad y acostumbrado método. Los muchachos no eran felices en sus voluntarias escursiones, y esto podía servirles de leccion. Tambien conocía Palemon que Armando disimulaba las quejas que podía tener de sus hermanos; pero no queria indisponerle con ellos, y admiraba su buen corazon. Se propuso corregir fuertemente á Benito que era el que echaba á perder

Digitized by Google

á los otros, siendo el motor de todas las picardigüelas y disensiones, y parecía ciertamente incorregible. En cuanto á la inclinacion que Julio manifestaba á Adela, no podía Palemon darse por sentido, porque hacía mucho tiempo que premeditaba unirlos; pero esperaba á que estuviesen bien formados y se fortificase su mútuo afecto. Sin embargo, para contener la violencia de una pasion que podía conducirlos á escesos perjudiciales á las costumbres, se propuso no perderlos de vista, y evitar que tuviesen con frecuencia ocasiones de estar solos. Este era un justo medio, y Palemon se hallaba en estado de dar un colorido suave á su severidad. Dejémosle proceder á su arbitrio; él sabe lo que hace, y tal vez nos enseñará á conducirnos en situacion igual á la suya.

Benito y Julio fueron abrazados y acariciados con la mayor ternura por Armando, Adela y Leon, que los amaban con cariño fraternal. Palemon se retiró al instante á su cuarto, adonde hizo que se presentase Armando, y le dijo sin manifestar enojo ni amabilidad: Hijo mio, yo te había confiado esta casa, y depositado en tí todos mis derechos sobre tus hermanos: me lisonjeaba de que me habrias sustituido dignamente: creía que en tu edad, y con tu carácter grave y reservado, tendrías bastante fondo, bastante

Digitized by Google

solidez y bastante órden é inteligencia para cuidar, mantener y arreglar la conducta de cuatro muchachos que son mas jóvenes que tú, y por consiguiente tienen mas veleidad y ligereza. En esta confianza me puse en camino; ha durado solo tres dias mi ausencia, y en tan corto tiempo todo se ha trastornado, y todo ha sido aquí desórden y confusion. Entro, y hallo algunos de mis hijos llorando; otros presos y acusados de un crímen que no puedo imaginar quepa en ellos: ¿qué debo pensar, hijo mio? ¿podré todavía suponer en tí el juicio, el discernimiento y precoz madurez que yo creía tuvieses? ¿podré oirte hablar decisivamente de establecimiento y aun de matrimonio, sin imponerte silencio, como en igual caso lo haría con Leon, tu menor hermano? El que no sabe ayudar en las tareas á su anciano padre, y tomar parte en los trabajos domésticos, no puede tener casa ni manejarse por sí. En la casa paterna, es donde se ensayan aquellas virtudes laboriosas que nos hacen llegar algun dia á ser dignos padres de familia. El que no sabe gobernar muchachos, todavía lo es él. He aquí la opinion que mi corta ausencia me ha hecho formar de tí; y creo que no tengas tanto amor propio que dejes de cononocer la justicia de mi concepto.—Padre mio....—

Digitized by Google

No procures disculparte: repito que mi opinion acerca de tí es justa; y solo me puede hacer pensar de otra manera una larga série de pruebas en órden á la solidez de tu carácter. Vete, hijo mio: no te impondré penitencia ó castigo como á un muchacho: la vergüenza que debes esperimentar por haber perdido la confianza de tu padre, es castigo suficiente para empeñarte á merecerla de nuevo. Vete, hijo mio, y participa á tu hermano Benito que se prepare para marchar mañana á una casa de correccion, adonde tú mismo le llevarás. —Cómo.... Señor....—No gusto de preguntas: haz lo que te mando.

Armando, desconcertado de pesar y confusion, fué á buscar á Benito, á quien delante de los demás hermanos intimó la órden que había recibido de su padre para llevarle á una casa de correccion. Todos se asustaron, menos Benito, que mordiéndose los lábios, dijo: A la verdad, mi padre no hace justicia: siempre me culpa de los defectos de los demás: ¡Dios mio, yo soy el que hace todo el daño, yo soy el mas malo de toda la familia! véase lo que son las preferencias de los padres, que detestan á un hijo por solo mimar á los otros: ¿quiere que vaya á una casa de correccion? pues bien, iré, iré; y que se regale con su querido Leon. ¡Oh! para eso

Digitized by Google

hace versos, tiene divino ingenio, y yo soy un salvage; pero algun dia verá que tengo tan buen corazon como cualquiera de sus hijos.

Leon, que se oyó apostrofar sin razon, lejos de enfadarse, se acercó á consolar á su hermano, porque este escelente muchacho conocía que algun desahogo se le había de permitir á un desdichado; y sin examinar si su hermano era ó no envidioso, bueno ó malo, le dijo: Pero Benito, ¿por qué te irritas conmigo? nadie te ama con mas ternura que yo; nadie te compadece con mayor sinceridad; y si de mí dependiese el cambiar tu suerte, si supiera que postrándome á los pies de papá podía mitigar su rigor, al instante correría á ejecutarlo; pero ya conoces su carácter severo é inflexible; y pues ha resuelto separarte de sí y arrancarte de nuestros brazos, nada podríamos adelantar. ¡Pobre Benito! es preciso que te resignes y obedezcas.—¿Resignarme? ¿obedecer? fácilmente lo dice cualquiera que, como tú, es el Benjamin de la casa; pero no creais, hermanos, que esto me causa tanta pena como imaginais, no por cierto; yo seré mas feliz, pues no me veré contínuamente reprendido, y como dicen, hecho el estropajo de todos. Y dime, Armando ¿no te ha dicho dónde está esa casa?—No, ni yo me he

Digitized by Google

atrevido á preguntárselo.—No importa: sea donde quiera, con tal que esté muy lejos: de este modo participaré menos de la felicidad de los demás.

Benito se mostraba muy consolado, pero interiormente padecía mucho. En esta ocasion era cuando manifestaba mas su carácter duro y envidioso. Se negaba á las caricias de sus hermanos, y les decía desvergüenzas en los mismos momentos que ellos le daban las mayores pruebas de su amor. Tambien el despecho agriaba sus quejas. Se veía escluido de una familia, en la cual se creía él el muchacho mas amable; se miraba como una víctima sacrificada á la predileccion de su padre respecto de sus hermanos; afectaba resignacion, pero estaba muy lejos de tenerla.

Cuanto antes pudo, se arrancó de los brazos de sus consoladores, subió á su cuarto, dispuso su maletilla, y bajó á comer. Palemon estaba sentado entre su amigo y la hija de este. Nada habló con Benito sobre lo pasado, y aun le manifestó mas cariño que á los otros hermanos. Quedó con esto Benito tan sorprendido, que casi creyó que Armando le había engañado, suponiendo la órden de su padre; pero pronto recibió el mas completo y cruel desengaño, porque Palemon, concluida la comida, dijo, levan-

Digitized by Google

tándose de la mesa: Hijos mios, á la hora regular, al terrazo. Mi amigo nos contará un caso muy particular que le ha sucedido. Gustaré de que le oiga Benito, y que por última vez disfrute el placer de nuestras tardes.

Benito perdió el color; su corazon latía con terrible agitacion y casi se desmayó; Adela, que conocía su estado, le acompañó hasta su cuarto. La mañana concluyó tan triste como había empezado.

Digitized by Google

TARDE XXXIII.

LA DUREZA.

Si genio duro, iracundo,
Por desgracia te domina,
Caminarás á tu ruina
Si con esmero profundo
No purifican lo inmundo
De tu feroz condicion;
Que la cruel inclinacion
En perversa degenera,
Si á tiempo no la modera
La esmerada educacion.

Llegada la tarde y reunidos todos, quiso Palemon distraer el sentimiento general que el castigo de Benito había causado. Aquí teneis, hijos mios, les dijo, este venerable anciano que es mi bienhechor Mr. Delacour, de quien antes de ahora os he hablado, y esta señorita es su amable hija Enriqueta. Los muchachos abrazaron con entusiasmo al primero y salu-

Digitized by Google

daron con respeto á la segunda, á quien Adela prodigó las mayores atenciones haciéndola sentar á su lado. Armando miró á la jóven con tal atencion que la hizo bajar los ojos; antes apenas había reparado en ella, pero ahora que sabía quién era, hizo en su alma una impresion harto profunda.

Palemon continuó diciendo: Sí, hijos mios, ved aquí un hombre á quien debo toda mi fortuna, y la felicidad de haber sido csposo y padre. Sin duda deseareis saber cómo he logrado déterminarle á que viniera á nuestra casa; y voy á decíroslo en pocas palabras.

Tres dias ha que, como sabeis, salí de aquí para París, con las veinte mil libras que, en mi opinion, debia yo restituir á la beneficencia indigente. Al momento que llegué á la gran ciudad, acudí á la calle del arrabal de San Dionisio, número 32, donde vive Mr. Bertier, á quien dije: ¿Sois vos el sujeto que me ha remitido esta carta?—Si señor; pero.... vos.... ¿sois el labrador Palemon, que debe todo cuanto tiene á Mr. Delacour?—El mismo soy.—Sin duda venis....—A restituirle lo que tuvo la bondad de darme.—¡Cómo!.... ¿las veinte mil ibras? ¡Hombre sensible y delicado! eso es ya escederse en la fineza: tal vez no podais desprenderos de esta suma sin un

Digitized by Google

gran sacrificio muy perjudicial á vuestros intereses: no obliga á tanto la probidad, pues nunca debe convertirse en daño nuestro. Lo que yo os pedía era algun socorro, y nada mas.—Sosegaos: la fineza que hago, ó por mejor decir, la obligacion que cumplo, no me puede arruinar.—Sería una crueldad el permitir que os deshiciéseis de tan crecida suma; y mucho mas teniendo hijos, pues sé que los teneis: esta es su herencia, y no debeis despojarles de ella. Vamos á otra cosa: supuesto que habeis hecho el favor de venir á mi casa, espero que no buscareis otra posada: sentaos á la mesa conmigo, sin el menor cumplimiento; y mañana trataremos del modo de socorrer á nuestro amigo, sin que se ofenda su deliradeza, porque la tiene muy grande.

Seguí á Mr. Bertier á otra sala, donde hallé una muger de edad madura con cuatro niños. ¿Es esta vuestra familia?—Si señor, esta es mi familia; aunque mi esposa, que es la que veis, nunca ha tenido hijos.—¿Pues y estos?...—¿No lo adivinais? estos son hijos del pobre Delacour. Vive en esta misma casa, en el piso mas alto; allí le he proporcionado un estrecho albergue; todos los dias le envío la comida, y tengo sus hijos á mi mesa.—¡Hombre generoso! ¿y esta señorita es la mayor?—

No por cierto; pronto bajará, y vereis en Enriqueta la jóven mas amable del universo; y si puedo decirlo así, el angel tutelar de su padre. No tiene mas que diez y seis años, y reune cuantas virtudes y gracias... pero ya llega.

En efecto, se presentó Enriqueta, que es la que veis junto á su respetable padre, y sola su vista escitó en mí la misma admiracion que sin duda habrá escitado en vosotros. Los muchachos miraron á un tiempo á Enriqueta; ella se avergonzó, y Armando, sin poder contenerse, esclamó: ¡Qué hermosa es!... Palemon miró á su hijo con cierta satisfaccion interior, y continuó de esta manera:

Sorprendióse un poco Enriqueta de hallar allí á un desconocido. Mr. Bertier la dijo á media voz: ¿Cena?—Ya ha cenado, respondió ella; ahora está durmiendo. Entonces dije yo á Mr. Bertier: ¿Por qué no le haceis bajar á hacernos compañía?—Hace algunos dias que está postrado, porque padece muchos achaques.

Mientras nosotros cenábamos, tuve ocasion de admirar el juicio y gracias de Enriqueta, como tambien la cariñosa atencion de Mr. Bertier respecto de los cinco hijos de su amigo, de los cuales el mas jóven tendrá como unos diez años. Nada hablamos por

Digitized by Google

entonces del asunto principal; así que se retiraron los muchachos, y quedamos solos mi huésped, su esposa y yo, despues de un largo exámen, determinamos que á la mañana subiríamos juntos al cuarto de Mr. Delacour, y yo me daría á conocer. Así lo hicimos apenas vino Enriqueta á avisarnos que su padre había dormido bien, y ya estaba despierto. Subimos Mr. Bertier y yo, y quedé penetrado de dolor al entrar en su pobre habitacion, y ver á mi generoso bienhechor rodeado de sus cinco hijos, que le hacian las caricias mas tiernas. Amado Delacour, le dijo Bertier alargándole la mano, vengo á presentaros uno de vuestros antiguos amigos.— ¿Quién? ¿el que está á vuestro lado? no tengo el honor de conocerle.—¿No reconoceis sus facciones? —Me son enteramente desconocidas.—No podeis menos de acordaros de un jóven labrador..... bien que ya han pasado treinta años..... sin embargo, no habreis olvidado que en el bosque de los seis caminos, á veinte leguas de aquí, hicísteis dichoso á un tal Palemon, dándole una suma de dinero..... ¿qué, no haceis memoria?—¡Ah! sí; ya me había olvidado de eso... ¡Cómo! ¿sois vos aquel jóven Palemon que tanto me interesó?—El mismo soy, hombre benéfico; y vengo á consolaros, y ofreceros

todos los débiles socorros que debeis esperar de mi gratitud.—Señor, yo os doy mil gracias... nada necesito para mí.—¿Para vos? yo lo creo, porque teneis un tierno amigo en Mr. Bertier; ¿pero y vuestros hijos?...—¡Ah! ¡me traspasais el corazon!... ¡mis pobres hijos!—Les buscaremos un segundo padre; haremos que reciban la correspondiente educacion, y.…—¿Qué quereis decirme con eso? ¿imaginais que porque tuve en otro tiempo la dicha de favoreceros, tendría ahora la bajeza de pediros la restitucion de una suma que era vuestra, pues yo os la habia dado?—No es eso, señor; sino que así como vos me socorrísteis con aquella cantidad cuando podíais hacerlo, yo os suplico que ahora me permitais el prestaros otro tanto dinero, puesto que tambien me hallo en disposicion de poder hacerlo.—¡Ah, señor... no me avergüenzo de vuestro generoso ofrecimiento; pero ¡cuán penosa me hace mi situacion esa generosidad! ¡cuánto mas aviva el sentimiento de mi miseria!

Mr. Delacour prorumpió en amargo llanto, y por no agravar su dolor tomé el partido de retirarme, prometiéndole que en la misma mañana volvería á verle. Cuando nos vimos solos, me dijo Mr. Bertier: Ya veis cuánta es su altivez y delicadeza en medio de

Digitized by Google

sus adversidades.—¿Han sido muchas sus desgracias?—Muchas y muy particulares; yo creo que os hará relacion de ellas.—Y si se niega á recibir auxilios ¿qué hemos de hacer?— No lo sé... yo no tengo muchas facultades: podría encargarme de uno ó dos de sus hijos; pero de toda la familia, me es imposible.—Atended, Mr. Bertier, y examinad una idea que me han sugerido vuestras palabras... sí; no es posible que pueda negarse á esta proposicion.—¿Y cuál es?—Yo tengo una granja ó casa de campo bastante cómoda y espaciosa, y puede venir á ella, donde acabará sus dias en medio de mi familia. Me llevaré tambien á la amable Eriqueta, á fin de que este anciano reciba siempre las caricias de su amor filial; y vos en vuestra misma casa cuidareis de los demas hijos, pagándoos yo una pension anual para este efecto.—Nada de pension: no quiero sino que me deis cualquiera cantidad para establecerlos á su debido tiempo, y yo me encargo de enseñarles mi comercio.

Convenidos en este punto, supliqué á Mr. Bertier que subiese á ver á Delacour, y le diese parte de lo que habíamos tratado, con toda la dulzura y respeto posibles, á fin de no exasperarle. Bajó despues de una hora, y desde lejos me gritó: ¡Bravo, ami-

Digitized by Google

go mio! mucho trabajo me ha costado; pero al fin le he reducido.—¿De veras?—Mi pobre amigo no queria dejarme: llorábamos juntos, y me he visto obligado á decirle que la estrechez de mi situacion no me permite favorecerle por mas tiempo. Así es que ha creido que me era gravoso, y se ha determinado. Este era el único resorte de que podía valerme, de modo que me ha sido forzoso herir su misma delicadeza para vencerle. Cuando querais podeis partir con Delacour y Enriqueta, que está contentísima de esta mutacion, porque vuestro aspecto, vuestros modales y franqueza la han inspirado el respeto mas profundo y la mas tierna confianza.

Despues arreglamos nuestros negocios de interés: Mr. Bertier no quiso recibir mas que ocho mil libras, esto es, dos mil por cada uno de los cuatro hijos que quedaban en su casa para dirigirlos y procurar su establecimiento. El cumplirá su palabra: estoy muy seguro de que la cumplirá, porque es el hombre mas honrado que conozco. Hallábase Delacour en estado de soportar el movimiento de un coche, y partimos con la amable Enriqueta, aunque les ha sido muy dolorosa tan inesperada separacion, pues dejamos anegados en lágrimas al buen Bertier y á sus cuatro pupilos. Ya teneis, hijos mios, en

Digitized by Google

vuestra presencia á mi respetable bienhechor y á su preciosa hija. Los dos vivirán con nosotros, aumentando con sus bellas cualidades las delicias de nuestra pacífica mansion. En este supuesto, me parece que no necesito recomendaros la veneracion, el respeto, las atenciones y la ternura cariñosa que exigen sus virtudes, sus desgracias y sus beneficios.

Todos los muchachos prometieron á su padre hacer cuanto estuviese de su parte para servir, obsequiar y complacer á dos personas tan dignas de su atencion; y estrecharon nuevamente en sus brazos á Delacour, que no se cansaba de dar gracias al cielo por haberle proporcionado en sus últimos dias tan agradable retiro. Entonces Palemon, á quien habia enternecido esta escena, dijo: Ahora suplico á mi amigo Delacour que os refiera las desgracias que le han conducido al doloroso estado de que he tenido la satisfaccion de sacarle. Hacedme este gusto, amigo mio, y quiera Dios que la relacion de vuestras desventuras sea útil á estos jóvenes, que os escucharán con la mayor atencion.

Todos se acercaron á Mr. Delacour, que tenia la voz débil. Armando vió un claro entre la silla de Enriqueta y Adela, y colocó allí la suya, con lo que se halló junto á la que daba principio á la interior

Digitized by Google

revolucion de su alma. En fin callaron profundamente todos, y el anciano empezó su historia en estos términos.

HISTORIA DE LA ERMITA DE SAN LEONARDO.

En mi juventud he cometido muchas faltas que, aunque despues me arrepentí de ellas, me atrajeron el castigo de la divina Providencia que hasta el dia pesa sobre mí. Nací en una aldea del Languedoc en que mi padre era uno de los mas ricos hacendados; quedó viudo bastante jóven, y aunque de carácter duro, era bueno é indulgente para con sus hijos, hospitalario y generoso para con los estraños; y como exento de preocupaciones no se oponía á que mis hermanos y yo alternásemos en nuestros juegos con los hijos de los pastores de las inmediaciones, cuyo frecuente trato me hizo colérico, arrebatado y violento.

Un dia que jugaba yo con mis hermanos Saturnino y Leonardo, nos enfadamos no sé por qué friolera; llevados de nuestra agreste inclinacion vinimos á vias de hecho, y empujando yo á mi hermano Leonardo hácia unas piedras, cayó tan fuerte golpe que se rompió una pierna. Le cogimos entre los dos y

Digitized by Google

del mejor modo que pudimos le llevamos á la casa paterna. ¡Cuál sería el dolor de mi padre que le amaba entrañablemente! Conocía muy bien mi carácter, y aunque mis hermanos y yo de acuerdo achacamos á la casualidad este funesto accidente, desde luego me culpó como autor de esta desgracia, y arrojándome del hogar paterno me condujo él mismo á algunas leguas de distancia al albergue de un pastor, á quien segun la órden que me intimó, debía ayudar en sus faenas pastoriles. En vano clamé, lloré, protesté; mi padre fué inflexible y yo quedé en poder de Pedro.

Pues me tratan como á un bárbaro, dije para mí, procuraré serlo, y verán que me aprovecho de la educacion que quieren darme. Tenía Pedro una hija de diez y seis años; yo contaba catorce, y por vengarme de mi padre, resolví fingir el amor mas ardiente por esta muchacha, y el deseo mas vivo de casarme con ella; mi padre, decía yo entre mí, tiene bastante vanidad; este amor y este deseo le humillarán, y entonces conocerá que ha hecho mal en confundirme con estos rústicos, por lo cual es regular que me saque de entre ellos.

¿Habeis oido igual proyecto? ¿no era muy digno de una cabeza loca, maligna é inconsecuente,

Digitized by Google

que se atraía un terrible castigo, queriendo castigar al padre mas tierno y delicado con sus hijos? Desde aquel momento prodigué toda especie de atenciones á Margarita, la cual, necia y coqueta, incurrió en la locura de corresponder al fingido amor de un muchacho. No dejó de advertirlo su padre y quiso enojarse; mas yo entonces le manifesté el deseo que tenía de casarme con su hija. Pedro, discurriendo que de este enlace le resultaría mucho honor y una grande utilidad, me animó; y desde entonces empezó á hablarme con la gorra en la mano. Eso era lo que yo quería, pues así me respetaban, y no me encargaban trabajos duros; en fin, no hacía nada, y me complacía interiormente de la sorpresa y cólera de mi padre cuando supiese mi inclinacion y mis deseos, lo que se verificó puntualmente. Hacía seis meses que estaba en compañía de Pedro; no había visto á mi padre en todo este tiempo, ni recibido noticia de mi casa. Un dia se presentó mi padre con mi hermano mayor Saturnino, y ambos estaban abatidos, y sus ojos cargados de lágrimas. Muy bien, caballerito, me dijo mi padre; me habeis privado de un hijo; Leonardo... ¡ya no existe!—¿Leonardo?...—Se le há gangrenado la pierna, y murió antes de ayer entre mis brazos. ¡Oh mónstruo! ¡qué crímen has

Digitized by Google

cometido! ¡eres un fratricida!—Pero yo, señor, no soy culpable.—¡Cómo! ¿este es el sentimiento que manifiestas? Quítate de mi presencia: no te vuelva yo á ver, que tu vista aumentaria mi tormento... ¡Dios mio!...—Señor, yo no pido volver á casa, porque me he enamorado de Margarita, y me voy á casar con ella.—¿Qué fábula es esa?—No es fábula, señor: digo que estoy perdido de amor por Margarita, y no deseo sino ser su marido.—¡En verdad que vienen á tiempo semejantes locuras!—Sean en buen hora locuras; pero quiero ser rústico y esposo de Margarita.—Puedes ser lo que quieras, malvado; ya no cuento contigo para nada: y así, haz lo que mejor te parezca.

Dicho esto, mi padre y Saturnino se fueron, y me dejaron atónito. De nada me servía el artificio que había meditado. En vez de reprenderme y separarme de Pedro para que no me arrojase á una accion tan perjudicial á mi familia, se me concedía cuanto yo había fingido que deseaba, y no querian volver á oir ni aun mi nombre. ¿Qué había de hacer entonces? ¿debia continuar suspirando al lado de Margarita? ¿podia yo pensar sériamente en casarme con ella? esto era imposible: lo primero, porque yo era demasiado jóven todavia; y lo segundo, porque

Digitized by Google

lejos de querer á aquella necia, la aborrecía.

Pasé algunos dias triste y desconsolado. La memoria de la muerte del pobre Leonardo me horrorizaba; y en las melancólicas horas de la noche, en las sombras del sueño veía á mi infeliz hermano estender sus brazos hácia mí y culparme por su muerte. No pensaba ya sino en mis errores, y me propuse espiarlos con la mas rigorosa penitencia, entrándome en el primer convento que encontrára apenas huyese, como lo tenía determinado. Huí en efecto de la habitacion de Pedro y Margarita, quienes sin duda quedarian bien desengañados de mi fingida pasion. Salí pues una noche, sin dinero, y aun casi sin vestidos. La miseria de mi situacion me ofreció la idea de ir á arrojarme á los pies de mi padre, implorar su perdon, y solicitar que no me negase su antigua ternura; pero reconocía que, aunque no obré con intencion, le había privado de un hijo: me figuraba que este desdichado padre me aborrecía, y que, aun suponiendo que me admitiese en su casa, siempre sería tratado con dureza, lo cual yo no podría sufrir, ni menos su predileccion respecto del hijo mayor. No, dije; es preciso huir para siempre de la casa paterna, y encerrarme en un convento... ¿pero en cuál? ¿dónde le hallaré, si aun ignoro los

Digitized by Google

caminos por donde debo dirigirme? No importa; caminaré á la ventura, y podrá ser que el cielo me prepare un saludable retiro en recompensa de mis remordimientos, y del deseo que tengo de espiar mis pecados.

Caminé, pues, sin saber por dónde, é iba entrando la noche sin que yo pensase en los peligros á que me esponía. Seguí las orillas del rio Loira sin cesar de caminar, y agobiado ya del cansancio, creo que al fin me hubiera resuelto á echarme en el suelo y pasar así la noche, si no hubiese visto brillar una luz á lo lejos, que me pareció salía de alguna cabaña inmediata al rio. Pasó junto á mí un pescador, que fué la única persona que hallé en mi precipitada fuga, y le pregunté de dónde salía aquella luz que se distinguía.—De la ermita de San Leonardo, me contestó.—¡De la ermita de San Leonardo! ¿cómo se halla abierta á estas horas?—Siempre lo está dia y noche, á fin de que los viajeros estraviados encuentren adonde refugiarse y descansar.—¿Con que solo sirve para los viajeros?—No señor, para todo el mundo está abierta.—¿Habrá alguno que asista y cuide de la ermita?—Sí señor, hay un santo ermitaño, hombre muy penitente y religioso segun la voz general; pero hijo

Digitized by Google

mio ¿no sois de este pais? ¿cómo es que no teneis noticia de la ermita de San Leonardo, siendo tan célebre por las muchas romerías que allí se hacen?— Algo he oido hablar de eso, pero poco: os agradezco las noticias, y Dios os guarde.—Si acaso os habeis perdido, y no sabeis el camino de vuestra casa....—No por cierto, mil gracias, lo agradezco infinito.

Me aparté apresuradamente de aquel hombre, por no hacerme sospechoso; y luego que me hallé bien distante de él, me detuve á reflexionar sobre lo que me había dicho. ¡La ermita de San Leonardo! ¡cuánto me horrorizaba este nombre, recordándome la trágica muerte de mi infeliz hermano! Voy, dije, á este religioso sitio, á pesar del espanto que me inspira; allí pasaré mis tristes dias con el santo varon que cuida de la ermita, y rogaré sin cesar por el descanso de mi hermano. ¡Oh padre mio! yo me purificaré, y me haré digno de tí; y si algun dia tengo la dicha de encontrarte, no me negarás tu gracia, y me admitirás en tu seno paternal.

Entregado á estas ideas de consuelo, mis fuerzas se reanimaron, y llegué á la ermita, que efectivamente estaba abierta, segun me lo habia dicho el pescador. Una lámpara pendiente de la bóveda ilu-

Digitized by Google

minaba este respetable sitio. Me arrodillé, y sin examinar si me hallaba solo en este asilo de recogimiento, empecé á hacer oracion, cuando repentinamente llegó á mis oidos una voz, que me hizo estremecer, diciéndome: Jóven, ¿qué buscas aquí? por ventura ¿te has estraviado?

Volví la vista hácia donde salia la voz, y ví á un ermitaño en un rincon de la ermita, sentado en una silla, con un libro en la mano: Señor, le dije, soy un infeliz reo de un crímen atroz.—Acércate, y desahoga en mi seno tus fatigas: pues no hay crímen que Dios no perdone al que se arrepiente con sinceridad. Me acerqué temblando, le conté mi vida, y al llegar á la muerte de mi hermano, esclamó: ¡Oh inhumanidad! ¡qué horror! ¿cómo te sustenta la tierra?—Pero si fué por una casualidad.—No importa: ¿cómo?.... tan jóven.... ¿y ya manchado con la sangre!..—Pero, por Dios, que os hagais cargo...—¿De qué?—De que todo fué pura casualidad, pura casualidad; ¿lo entendeis? ¡bastantes sentimientos me ha ocasionado! además de que contínuamente lloro por mi amado Leonardo...—¿Leonardo?—Así se llamaba mi infeliz hermano.

El padre Lucas (con este nombre era conocido por toda la comarca el ermitaño) se habia aturdido,

creyendo que yo había cometido un fratricidio meditado: pero al fin, reflexionando bien el lance, me consoló, me abrazó y me dijo: Y ahora ¿qué piensas hacer?—Me siento con grande inclinacion al retiro y soledad: si quisiéseis que me quedára en vuestra compañía, os ayudaría en todo cuanto se os pudiese ofrecer.—Pero tu padre...—Mi padre no me quiere consigo: puede ser que sabiendo el partido que abrazo, al cabo de algun tiempo se digne perdonarme y restituirme su amor.—Dices bien, hijo mio: quédate aquí, y sustituirás al hermano Julianito, que murió hace dos meses, y me ayudaba con el mayor esmero; pero no te metas en nada de lo que veas y oigas; exijo de tí docilidad, sumision, confianza ciega, y sobre todo que no seas curioso.—Está muy bien, padre mio.—¿Te has hecho cargo? docilidad, sumision, ciega confianza, y sobre todo ninguna curiosidad.—Sobre todo ninguna curiosidad: ¿no es esto, padre mio?—Eso es.—Pues yo os daré gusto.

El ermitaño se puso á leer: yo, admirando su gravedad, me senté en un banco, donde dormí tan profundamente, que cuando desperté ya era muy entrado el dia. Estaba ya el ermitaño haciendo oracion, y así que acabó me llevó á la sacristía, donde almorzamos.

Digitized by Google

Tuve despues todo el tiempo necesario para examinar la ermita, que tenía unos treinta pies de largo y quince de ancho; era muy baja de techo, y todo su ornato se reducía á un altar muy sencillo con un gran cuadro del santo; á un lado un confesonario y unas sillas de forma muy antigua; al otro algunos bancos arrimados á lo largo de la pared, y al fin una pila de agua bendita. Sobre el tejado había una campana cuya cuerda bajaba á la capilla, y mi ocupacíon principal era el tocarla repetidas veces, particularmente de noche, para llamar á los caminantes estraviados. Detrás de la ermita estaba la sacristía, y en un rincon de ella la cama donde el venerable varon descansaba algunas horas del dia. Cuando se despertaba ocupaba mi lugar en la ermita y yo el suyo en la cama, compuesta de un mal colchon y un cobertor. Desde que el ermitaño perdió á mi predecesor, se veía precisado á cerrar la ermita en tanto que descansaba; pero luego que yo me quedé allí, siempre la tenía abierta. No estaba muy distante del camino real; y como el ermitaño tenía tanto erédito de santidad por todos aquellos contornos, ninguno pasaba que no entrase á hacer oracion y dejase alguna limosna. Por la noche dormía yo sobre un banco, y me levantaba de cuando en cuando á tocar

Digitized by Google

la campana; á la mañana almorzábamos perfectamente; despues barría yo la ermita, disponía la lámpara para encenderla por la noche, y leía alguno de los libros devotos que tenía el ermitaño.

Lo que siempre me admiraba era que el buen hombre iba por sí mismo á hácer las provisiones, y volvía con las alforjas llenas de todo género de viandas, no pudiendo yo averiguar cómo se consumian, pues siendo dos nosotros, venía comida para veinte.

Pero mucho mas me sorprendía y aun me asustaba algunas veces, el ver que despues de mediodia me quedaba solo en la ermita, porque el hermano Lucas con una llave, que nunca dejaba, abría delante de mi una puertecilla muy disimulada con las mismas molduras del altar; desaparecía, y no volvía hasta la noche. Muchas veces, examinando la situacion esterior de la ermita, que daba sobre el Loira, procuré inquirir adónde podria conducir aquella misteriosa puerta; pero fueron inútiles todas mis investigaciones. Algunas veces me parecía oir gemidos que me aterraban, sin poder acertar el parage de donde salian. Aunque en diversas ocasiones estuve para pedir al ermitaño que me esplicase este misterio, siempre me contuvo la promesa que le había hecho de reprimir la curiosidad de mis deseos. Si al

Digitized by Google

volver cargado con la alforja llena, ó cuando desaparecia por aquella puertecilla, le parecia que le observaba con alguna atencion, me lanzaba una mirada severa, me hacía señas con la mano para que me retirase, ó bien me repetía lo que mil veces me había dicho: *docilidad, sumision, ciega confianza y ninguna curiosidad*. Yo no me atrevía á mirarle, me volvía hácia otro lado, y le dejaba hacer cuanto quería; pero padecía interiormente, y me abrasaban los deseos de saber lo que me ocultaba con tanto misterio y cuidado.

Poco mas de tres años pasé en esta inquietud, sin que en tan largo tiempo me atreviese á pensar en volver á casa de mi padre. Mucho lo deseaba, porque ya era un hombre formado, y no me faltaba discernimiento. Tenía diez y ocho años, y conocía que perdía el tiempo en un estado que cada dia se me hacía mas intolerable. Veía que para nada era de provecho siguiendo así, y esperimentaba aquel noble orgullo, aquella ambicion racional que inflama á todos los que piensan con seriedad sobre sí mismos; pero me dominaba cierto temor supersticioso. El ermitaño, que temía me escapase, y me amaba cordialmente, me ponía continuamente á la vista la confusion del mundo, la inconstancia de las cosas, la ingratitud de

Digitized by Google

los amigos, la falsedad de los parientes, y finalmente, cuando me veía vacilante, me pintaba la muerte de mi hermano con los colores mas horrorosos, y la legitimidad del odio que mi padre debía profesarme toda su vida. En una palabra, abusaba de la flaqueza de mi espíritu, reduciéndome á cuanto quería con argumentos sofísticos y capciosos, y ponderándome las ventajas de la tranquilidad que disfrutábamos en aquel silencioso retiro. Yo cedía, aunque sin abandonar la idea de escaparme cuanto antes; pero lo que mas me detenía era el melancólico ruido de los gemidos que oía algunas veces, y por consiguiente el deseo de averiguar este y todos los misterios que el ermitaño me ocultaba con tanta reserva. Por fin, un dia...

Aquí Palemon previno á Mr. Delacour que era ya tarde. Vos y yo, le dijo, necesitamos descansar; dejemos para mañana la continuacion de vuestros sucesos. Benito no podrá oiros, porque ya estará ausente; pero lo que habeis dicho es bastante para hacer impresion sobre su espíritu rebelde, si es capaz de arrepentirse, como vos de haber causado tantos sentimientos á vuestro anciano padre.

Conoció Benito la justicia de estas reflexiones, y casi lloró, pero el despecho le sirvió de firmeza; re-

Digitized by Google

primió sus lágrimas, y pareció muy resignado, lo cual afligió á Palemon, que temía se hiciera incorregible, segun las repetidas y anticipadas muestras que iba dando de su carácter duro y obstinado; y ciertamente debía este temor entristecer su paternal corazon, porque la obstinacion nace de un principio tan perjudicial como es un grande esceso de amor propio, contra el cual no valen los consejos de la razon, y que degenerando en desobediencia, rompe los vínculos de la subordinacion, sin la cual es imposible conducir á los jóvenes por la senda de la virtud, que exige un absoluto sacrificio de la voluntad propia.

Separáronse todos despues de cenar; y Palemòn, llamando á su hijo mayor, le dió secretamente las órdenes para llevar por la mañana á Benito al lugar de su destino.

Digitized by Google

TARDE XXXIV.

LA SEVERIDAD.

Cuando á besarte la mano
Llegue un hijo arrepentido,
Admítele condolido,
No le arrojes inhumano;
Que tu proceder tirano
Y tu bárbara inclemencia,
Puede escitar la insolencia
Del que aspira á tu perdon;
Y es grande en toda ocasion
El poder de la indulgencia.

SERIAN las siete de la mañana, cuando Armando entró tristemente en el cuarto de Benito á anunciarle que era llegada la hora de partir.—¿Me llevas muy lejos?—No: ¿ves aquel molino que está allá abajo en la pendiente de la colina?—Sí.—Pues allí es.—¿Conque es decir que de carbonero paso á molinero? ¿De negro á blanco?—No creas que vas á

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google

elaborar harina; el dueño del molino parece que es hombre muy instruido.—Pues si así es ¿cómo no se ha dedicado á otra carrera? Ello es que mi padre quiere hacer lo que el de Mr. Delacour; me separa de todo el mundo para que sea un salvage, un montaraz.—No sé cuales son las intenciones de padre: á nosotros solo nos toca obedecer.

Benito suspiró, tomó el lio de su ropa, y siguió á su hermano, que estaba tan afligido como el mismo Benito. Este ni siquiera solicitó ver á su padre para despedirse de él. Le graduaba de injusto y duro, y no quería mostrarle su pesar y arrepentimiento. Siguió pues á Armando; y sin haber hablado en todo el camino, despues de una hora de viaje llegaron al molino de Mr. Roland, el cual ya estaba prevenido, y adelantándose á recibirlos, dijo á Armando: ¿Este es el jóven que me envía el labrador Palemon?—Sí señor, este es mi hermano Benito.—Su figura dice mucho en su favor: yo espero que aquí se hallará bien, y no tardaremos en ser muy amigos. No encontrará aquellas dulzuras y placeres que se esperimentan en la casa paterna; pero si quiere corresponder al cuidado que pondré en perfeccionar su educacion, bien pronto será digno de volver á casa de su padre. Soy viudo, no tengo hi-

Digitized by Google

jos: una muchacha rústica que desempeña las ocupaciones mugeriles, y un mozo de molino, componen toda mi familia: Benito solamente se ocupará en estudiar y trabajar en esta sala baja: me sirve de mucha satisfaccion la confianza que debo á su padre, y procuraré merecerla.

Benito bajó los ojos y nada contestó. Armando examinaba todo cuanto podía á Mr. Roland, y se complacía de que su hermano viniese á su poder, porque le parecía que era un hombre bueno, sensible, y muy digno de respeto; sus modales manifesban un distinguido nacimiento, y en sus facciones se veían señales de largos padecimientos. Armando se despidió de Mr. Roland, y abrazó á Benito, despues de haber entregado anticipadamente á su nuevo maestro el importe de los tres primeros meses de su pension, lo cual asustó mucho á aquel, porque eonoció que el asunto iba largo. Esta consideracion le mortificó tanto, que por la vez primera trastornó su entereza. Perdió el color, temblaba; y viendo que su hermano se retiraba, corrió hácia él, le abrazó tiernamente, y le suplicó que le volviese á casa. Bien quisiera el enternecido Armando poder complacerle; pero era imposible, porque las órdenes de su padre habian sido demasiado terminantes.

Digitized by Google

Suplicó, pues, á Benito que se persuadiese de que le dejaba contra toda su voluntad y se despidió, quedando el desconsolado muchacho en poder de Mr. Roland, que le trató con la mayor dulzura.

Ya tenemos á Benito enteramente desterrado de casa de su padre. Se veía solo, entregado á un estraño, y llenaba el aire de agudos y dolorosos clamores; ¡pobre muchacho! si alguna vez ha merecido la aversion de nuestros lectores, ya es acreedor á su compasion. Dejémosle por ahora en compañía de Mr. Roland, y volvamos con Armando á casa de nuestro virtuoso anciano, donde Julio, Adela y Leon, que no habian presenciado la salida de Benito, esperaban á su hermano mayor con gran impaciencia. Entró Armando, y al momento le rodearon los muchachos abrumándole á preguntas: ¿dónde está? ¿ha ido lejos? ¿estará mucho tiempo? ¿queda muy triste? Todo esto lo preguntaban á un tiempo.

Armando tenía órden de su padre para no descubrir el sitio donde había dejado á Benito, por cuya razon solo pudo decirles que estaba muy bien, y que en adelante estaría mejor. Los muchachos, que no se satisfacian con esta fria generalidad, le atacaron de nuevo; y como él resistió, le dijeron que no tenía amor ni confianza en sus hermanos. Armando toleró

Digitized by Google

esta descarga, guardando exactamente el secreto que le había encargado su padre. El severo, pero justo Palemon, bajó al zaguan, donde tenía lugar este altercado, y su aspecto cerró los labios de los tres. Armando participó secretamente á su padre todo lo acaecido en su viaje, sin ocultar las lágrimas de Benito, las súplicas que le había hecho para que no le dejara en el molino, y las promesas de su verdadera enmienda. Palemon clavó sus ojos en los de Armando, y arrugó la frente para advertirle que callára. El muchacho bajó los suyos, hizo á su padre una profunda reverencia, y se retiró inmediatamente á su cuarto.

Cuando se pusieron á comer, Palemon, que con no poca pena advertía la profunda tristeza de sus cuatro hijos, quiso distraerlos de ella, diciéndoles: Hoy es dia de descanso: hay baile en el bosque de las encinas, y nos pasearemos en él; ¿no es así, Mr. Delacour? la bella Enriqueta creo que tendrá la complacencia de acompañar á su padre y á mis hijos.

Enriqueta manifestó la satisfaccion que la causaría el paseo; y luego que acabaron de comer se fueron todos á disponer para aquella diversion. Adela no se atrevía á adornar su cabello, y aun había quemado el fatal lazo que causó tantos pesares á toda

Digitized by Google

su familia, y que era el orígen del castigo impuesto á su hermano Benito. Fué á buscar á Enriqueta, y ambas de acuerdo se pusieron algunas flores naturales en sus cabellos, desechando todo artificio; despues bajaron á abrazar á Delacour y Palemon, quienes aprobaron la elegante simplicidad de aquel natural ornato. Armando, y particularmente Julio, quedaron absortos, el uno describiendo las gracias de Enriqueta, y el otro admirando las perfecciones de Adela. El jóven Leon, cuyo corazon se hallaba libre, solo pensaba en las Musas, que eran el objeto de su atencion.

Partieron nuestros amigos, y en breve rato llegaron al bosque, donde estaba ya reunida toda la juventud de la comarca. Allí los mozos y doncellas, ostentando una salud que debian al trabajo y á la frugalidad, formaban el baile en presencia de sus madres, mientras que los padres, un poco separados, se entretenian en varios juegos propios de su avanzada edad. Una dulzaina y un tamboril componian la orquesta del rústico baile, en que presidian el placer, la decencia y la franca alegría. Adela y Enriqueta fueron invitadas á bailar, y aceptaron el ofrecimiento, lo cual no causó mucho gusto á Julio y Armando. Pero su padre, que se divertía interior-

Digitized by Google

mente conociendo aquel pequeño sentimiento, les aconsejó que bailasen ellos tambien como los demas. No se hicieron de rogar: á la siguiente contradanza se apoderaron de sus damas, y todos cuatro se mezclaron en la cuadrilla, con la que bailaron hasta la noche sin dejar sus parejas. Leon era demasiado filósofo para entregarse á esta diversion. En vano le incitó su padre á que siguiera el ejemplo de los demás; antes bien prefirió hacer compañía á los dos ancianos, terciando en su conversacion, y manifestando en ella brillantes rasgos de ingenio y juicio. Palemon estaba embelesado de oirle, y desde luego formó los proyectos que despues se verificaron, como veremos mas adelante.

Entre tanto se acercaba la noche, que principió á dispersar á los bailarines, porque en las aldeas rara vez ocupan los placeres las horas destinadas para el descanso, pues el sueño fortifica el cuerpo para volver con mas ánimo al trabajo; y el verdadero labrador se avergonzaría de que el sol apareciese sin hallarle preparado ya en el campo para dar principio á sus tareas, así como tambien de retirarse á su hogar sin saludarle al tiempo de terminar su carrera.

Palemon hizo presente á sus hijos que se prepa-

Digitized by Google

rasen para marchar; pero se trataba de la última contradanza, y no quiso quitarles que la bailáran.

Concluido el rústico baile, nuestros cuatro amigos, nadando en sudor, se reunieron á Leon y á sus padres, que se habian sentado en un banco de piedra junto á los músicos. El que tocaba el tamboril era muy anciano, y sin embargo de su quebrantada vista, no dejó de reparar en las amables facciones de Adela y Enriqueta, y las bellas figuras de Armando y Julio; por lo que dirigiéndose á Palemon, le dijo: Hé aquí unos jóvenes que sin duda estarán contentísimos; si no me engaño, no han cesado de bailar. ¡Ah! esto me recuerda el tiempo de mi juventud; pues en su edad yo hacía lo mismo, y hubiera disfrutado este placer mas largo tiempo, á no haberme sucedido una terrible desgracia.—¿Con que habeis esperimentado desgracias, buen hombre?—¡Ah señor! ¡una sola, una sola, pero muy cruel! ella me ha reducido al infeliz estado en que me hallo.—Contádmela si no os es molesto, porque habeis escitado mi curiosidad. —¿Hácia qué parte os encaminais?—Hácia el camino de los tres laureles.—Justamente debo yo seguir el mismo rumbo; y mientras caminamos juntos os contaré mi historia, que no es larga, y puede

Digitized by Google

servir de leccion á estas preciosas criaturas.—En mi granja podeis descansar un rato, que está cerca, y allí tendremos el gusto de oiros.

El tamborilero se levantó, su compañero el de la dulzaina le dió el brazo, y toda esta caravana tomó poco á poco el camino de la granja; pero antes de entrar en ella, el tamborilero, que se resistía á las instancias de Palemon para que pasase á descansar, propuso que todos se sentasen al pie de unos álamos que estaban muy próximos, y que allí contaría su historia. Hiciéronlo así, y él, en medio de todos, empezó su narracion en estos términos:

HISTORIA DEL TAMBORILERO.

Me llamo Lucas Romano y soy hijo del antiguo jardinero del castillo que desde aquí, aunque confusamente, se descubre, y que ahora pertenece á Mr. de Versevil, y antes era propio de Mr. de Serville, antiguo militar, muy amante de mi padre, que le había visto nacer y traido mil veces en sus brazos. Mr. de Serville se casó con una señora que contaba algunos años de edad mas que su marido: no tenía hijos, y mi padre tenía un niño y una niña. Vivía Serville muy retirado, y para distraerse de una vida

Digitized by Google

demasiado sedentaria, se dedicó á mi crianza, dándome una educacion que me había negado la oscuridad de mi clase y nacimiento. En vano le decía mil veces mi padre: Señor, vos mirais á Lucas con demasiada bondad, pero hareis de él un señorito, que para nada me podrá servir, y mas quisiera que fuese un honrado jardinero como yo.

Mr. de Serville le respondía que nunca me abandonaría, ni se descuidaría en asegurarme una fortuna independiente que me pusiese á cubierto de toda necesidad. Yo me lisongeaba con estas esperanzas; pero mi padre temía que al mejor tiempo me faltase mi bienhechor, cuya salud era muy débil, y esto es lo que sucedió cabalmente. Tenía yo diez y ocho años, y me hallaba algo instruido, aunque no tanto como debiera, porque me trataban con demasiada condescendencia, y no era mucha mi inclinacion á las letras. Vivia afianzado en la ternura de Mr. de Serville, y creía mi fortuna hecha sin necesidad de adquirir conocimientos que pudiesen serme útiles para en adelante; pero llegó un dia en que me hallé cruelmente desengañado de mi error. Madama Serville cayó desde lo alto de una escalera, y murió del golpe. Su esposo sintió tanto esta desgracia, que enfermó, y á los ocho dias fué á reunirse con su que-

Digitized by Google

rida consorte. Al instante se presentaron unos sobrinos codiciosos, que jamás se habian visto en el castillo, y se apoderaron de todos los bienes. Vendióse el castillo; mi padre fué inhumanamente despedido, y no tuvo mas recurso que estrecharse en una miserable cabaña y comprar dos vacas, cuya leche iba mi hermana á vender en la ciudad todos los dias. ¿Qué había de hacer yo en este caso? renunciar á la opulencia y fausto de que me había visto rodeado desde mi infancia; pero no pensé de este modo. Sin considerar que no era mas que un pobre aldeano, sin oficio, sin medios y sin proteccion, me dejé vencer del orgullo y del despecho; me asustaba la inminente miseria, y todo trastornó mi cabeza y confundió mi entendimiento, en tales términos, que abandoné á mi padre sin decirle palabra y fuí á París, donde esperaba que la fortuna me sería mas favorable. Me presentaba en las calles de esta ciudad como si fuera un hombre capáz de atraerme la atencion universal; pensaba que todos me mirarían, y que no podía menos de hallar un segundo Mr. de Serville. ¡Vana esperanza! Gasté allí el poco dinero que había llevado, y me fué forzoso vender todos mis efectos, y casi todos mis vestidos: entonces pensé en volver á mi pais, que ya sentía haber dejado. Sí,

Digitized by Google

dije: no hay en el mundo quien pueda interesarse en mi suerte sino mi padre: vamos á buscarle, le ayudaré en su cansada vejez, y haré... cuanto sea necesario para auxiliarle en sus rústicas ocupaciones: seré un hombre del campo como él, pues la necesidad me obliga á ello, y la abundancia en que hasta ahora he vivido solo ha servido para hacerme necio y presumido.

Lleno de resignacion, arrepentimiento y ternura para con mi padre, volví al mismo lugar que había abandonado con tanta ingratitud. Ya era casi de noche cuando llamé á la puerta de su cabaña: ¿Quién es? me dijeron de la parte de adentro. Reconcí la voz de mi hermana, y muy confiado, respondí: Yo soy, abre.—¿Quién? ¿tú? repuso mi anciano padre. —Sí señor, vuestro hijo Lucas.—¿Mi hijo Lucas? Yo no tengo hijo; te has equivocado; yo no tengo sino una hija amorosa, á la cual debo todas las atenciones y cuidados del amor filial.—¿Cómo?... padre mio ¿no reconoceis mi voz?—Esa voz es muy semejante á la de un hijo perverso que yo tenía; pero no puede ser él, porque huyó de mi, dejándome abandonado á la desgracia; y sin duda se hallará ahora muy distante de aquí, y muy contento.—No, padre mio; yo soy vuestro hijo Lucas, os lo juro; dignaos

Digitized by Google

abrirme, y vereis fácilmente...—Yo no abro mi puerta á los vagamundos con quienes no hay seguridad, y que hoy ó mañana me dejarán, cuando no hagan otra cosa peor.—¿Es posible, padre, que no querais recibir á vuestro hijo arrepentido, que viene con firme resolucion de no volver á separarse de vos mientras dure vuestra vida?—Mi hijo me ha engañado una vez; no quiero que vuelva á engañarme. Además de eso ¿qué había de buscar en mi compañia? ¿la fortuna? jamás la he visto el rostro: ¿la ociosidad? nunca habitará en mi cabaña: ¿pues qué había de hacer en ella? ¿despojarme como lo ha hecho? ¿llevarse mis pobres efectos, despues de haberse comido los suyos? No, no; de ningun modo puedo ser útil á mi hijo, ni necesito de sus socorros y falsa amistad.—¡Padre mio!...—Cualquiera que seais, retiraos, y dejadme descansar.—¿Es posible?... ¡á tales horas! ¿qué tengo de hacer? ¿á dónde iré?—Adonde os diere la gana.—Hermana mia, procura alcanzarme el perdon de un padre irritado.—Vuestra hermana ama demasiado á su padre, para empeñarle á que se encargue de un hijo ingrato.—¡Dios mio! ¿nadie, nadie se compadecerá de mí?

Ya no me respondieron, y gemía en vano junto aquella puerta, que me separaba para siempre de un

Digitized by Google

padre tan severo. No importa, esclamé en mi dolor: pasaré la noche en el umbral de la puerta que no me quieren abrir. Mañana forzosamente saldrá mi padre: me hallará anegado en lágrimas: me encontrará lleno de miseria y afliccion: me verá echado junto á la puerta, y no tendrá valor para pasar por encima del cuerpo de su hijo humillado, sin alargarle una mano compasiva.

Abismado en mi dolor, me senté junto al umbral de la puerta. ¡Cuál es, decía para mí, la rareza de los destinos de los hombres! Dos somos hijos de un mismo padre: el uno está dentro, junto á su lecho, recibiendo caricias de este padre, que ha convertido todo su amor á su hija; y el otro... yo, que estoy en disposicion de ayudarle mas con mis brazos y fuerzas, estoy echado junto á su puerta, sobre una piedra desnuda y careciendo de todo: ¡oh incomprensibles decretos de la Providencia!... ¿pero qué digo? yo tengo la culpa de no participar de la venturosa suerte de mi hermana; esta nunca fué ingrata: no abandonó á su anciano padre, despedido por unos codiciosos herederos; antes bien le consoló en sus cuitas, prodigándole todo género de atenciones; y yo... yo fuí un hijo desconocido, y merezco tan justo castigo.

Digitized by Google

Empezaba á amanecer, y me lisongeaba de ver abrirse pronto aquella puerta, cuando la desgracia mas inesperada destruyó todas mis esperanzas. Una ronda de campo pasó por delante de la cabaña; repararon en mí, y creyendo que era algun vagamundo ó mal intencionado, me llevaron á la cárcel. En vano esclamaba que era hijo del virtuoso Romano que vivía en quella cabaña, pues me respondieron que este era un pretesto para librarme; y que si decía verdad, poco tardaría en averiguarse. Sin mas exámen me sepultaron en un calabozo, privado hasta de la esperanza de que nadie, ni aun mi mismo padre pidiese por mí.

Dos dias estuve sin ver mas persona que la del carcelero, que me traía un escasó y grosero alimento. Al tercero abrieron la puerta de mi prision, y ví entrar á mi hermana, que se arrojó á mis brazos derramando un torrente de lágrimas. Me dijo que desde mi partida á París, la salud de mi padre se había debilitado considerablemente; y que me acusaba de sus disgustos, y aun de su muerte, pues veía que tardaría muy poco en verificarse. El dia siguiente al de mi prision fueron á decirle que uno, que decía ser hijo suyo, había sido hallado á media noche echado junto á su puerta, y se le había pues-

Digitized by Google

to preso por sospechoso. Al recibir esta noticia se desmayó mi padre, sin haber podido pronunciar ni una palabra hasta aquel instante; por lo que, añadió mi hermana, aunque me han prometido que luego te pondrán en libertad, te suplico que no te presentes á padre, porque solo el verte podría causarle una funesta alteracion. Mi hermana me abrazó llorando, y salió de la cárcel.

Considerad cuál sería mi dolor durante este eterno dia, en que no se verificó mi libertad, segun lo habian prometido á mi hermana. Pasóse tambien otro sin ver á nadie. La inquietud, el dolor, el remordimiento y la vergüenza me tenian á punto de perder el juicio; y lo hubiera efectivamente perdido, á no venir el carcelero á decirme con bastante aspereza: Vete de aquí; ya estás libre. La alegría me obligó á hacer estravagancias; quise abrazar á este bárbaro, pero me rechazó con demasiada fuerza. Salí, en fin, y como no me atrevía á presentar en mi casa, aunque tenía gran deseo de saber de mi padre, dí la vuelta al lugar, pensando cómo podría participar á mi hermana que estaba en liberbertad. Al pasar por el cementerio, me detuve al pie de un Crucifijo á dar gracias á Dios por hallarme libre. Mientras me ocupaba en acto tan piado-

Digitized by Google

so, un canto funeral penetró mis oidos; las campanas de la parroquia daban la triste señal de alguna muerte, y todo anunciaba que conducian un hombre á su postrera habitacion.

Poco despues llegó el fúnebre cortejo: los jóvenes del pueblo iban delante; despues seguian los ancianos, y tras de ellos tres sacerdotes, que acompañaban un ataud, cubierto de varios instrumentos de labranza. Me mezclé entre toda esta gente, y en tanto que depositaban el cadáver en las entrañas de la tierra, pregunté quién habia muerto; y uno que estaba á mi lado, me respondió: un padre demasiado sensible, á quien ha conducido al sepulcro la ingratitud de su hijo: ese cadáver es de Cárlos Romano.

Corrí á la sepultura, me precipité en ella, y no consiguieron sacarme sino hiriéndome por todos lados. Yo no sé lo que hice en el delirio que entonces me sobrecogió; pero lo cierto es que cuando me sacaron de allí, estaba enteramente ciego. Todos los concurrentes lloraban; el digno párroco estaba á mi lado derramando sobre mi alma los consuelos de la religion; pero yo nada oia; llamaba á mi padre, y creia que mi repentina ceguera podia ser un justo castigo del cielo. Lo mismo que yo, creye-

Digitized by Google

ron los simples habitantes de la aldea, y al instante se estendió la fama del milagro que habia sucedido en el sepulcro de Carlos Romano.

Me trasladaron al hospital, donde los cirujanos destruyeron la creencia del falso milagro, declarando que mi ceguera provenia de que luchando con los que querian sacarme de la sepultura, se me habian llenado los ojos de aquella inmunda tierra, y que para toda mi vida quedaría muy débil de la vista. Recibí este triste desengaño con mas firmeza que mi hermana, la cual, sin dejarme un instante ni de dia ni de noche, tenia que padecer este sentimiento mas sobre el de la muerte de mi padre. En fin, recobré algo de vista. Mi hermana me ayudó cuanto pudo; y yo, despues de haber empleado en algunas labores que permitia mi situacion los años de fuerza que me concedió el cielo, y despues de haber perdido á mi hermana; hallándome viejo y cansado, me apliqué á tocar el tamboril para ganar el sustento. Mi amigo, el que toca la dulzaina, y yo, concurrimos á toda los bailes de las aldeas vecinas, y, gracias á Dios, no nos falta ocupacion. Ved aquí, señores, la funesta historia del pobre tamborilero. Ved cómo una sola falta armó la inflexible severidad de un padre, le condujo al sepulcro, y á

mí me sumió para siempre en el abismo de la mas cruel indigencia. Hermosas criaturas que me escuchais: nunca dejeis á vuestros padres; no os pongais en el caso de ser castigados y desconocidos por ellos mismos, y corresponded siempre á la ternura que continuamente os manifiestan. Sí, queridos, la ingratitud es una de las faltas que no pueden perdonarse á los hijos.

Acabó el tamborilero su relacion, se levantó, tomó el brazo de su compañero y amigo, y despidiéndose de toda la compañía, prosiguieron su camino. El anciano Palemon, advirtiendo la profunda impresion que la historia del tamborilero habia hecho en su jóven familia, no se detuvo á reflexionar sobre ella; al contrario, hizo rodar la conversacion hácia otros objetos, particularmente al placer que habian esperimentado sus hijos en el baile. De esta manera regeneró la alegría casi muerta en ellos, y entraron saltando y cantando en la granja, con lo que sosegaron á la buena Marcela, que ya estaba inquieta por su tardanza. En efecto, ya era hora de cenar y entregarse al descanso, que tanto necesitaban nuestros cuatro bailarines, dejando para el dia siguiente la continuacion de los sucesos de Mr. Delacour.

Digitized by Google

TARDE XXXV.

LA SIMPATÍA.

¿Qué misteriosa aficion
Es la que á otro nos inclina,
Que rápida nos domina
Con poderosa pasion?
Fuerte, profunda adhesion,
Sin saberlo, nos inspira,
Que á remediar solo aspira
Los males que al preferido,
Y á veces desconocido,
Le oprimen; tal es su mira.

Qué noble y agradable ocupacion es la de un padre que instruye á sus hijos y los ilustra con ejemplos que inspiran horror al vicio y amor á la virtud! Así como el diligente jardinero se complace en ver crecer los arbustos que ha plantado, del mismo modo el padre de familia encuentra su delicia en ver los progresos que en los tiernos corazones hace la edu-

Digitized by Google

cacion práctica que los proporciona. Así le sucedía al virtuoso Palemon, pues si bien Benito le causaba algun recelo, esperaba que las saludables correcciones llegarían á modificar su carácter un poco turbulento. Juntos el dia siguiente los hijos de Palemon y sus apreciables huéspedes bajo el emparrado, prosiguió su historia Mr. Delacour diciendo:

CONTINÚA LA HISTORIA DE LA ERMITA DE SAN LEONARDO.

Un dia que estaba pensando en mi padre, y me reprendía á mí mismo el haberle dejado, se me llenaron los ojos de lágrimas y se me oprimió el corazon, reflexionando que si me despedia del ermitaño, nunca llegaría á separarme de él: me determiné, pues, á huir sin decirle nada, y volver al seno de mi familia. Pero no sabía cómo conducirme, pues ni tenía dinero, ni sabía qué camino había de seguir para llegar á casa de mi padre; sin embargo, me prometía recibir la competente instruccion del primer pasagero que encontrase. Por fortuna se hallaba ausente el ermitaño, que había ido á hacer sus abundantes provisiones; mas no me atrevía á dejar la ermita sola, y esperaba que entrase algun devoto para suplicarle que tuviera cuidado del santuario

Digitized by Google

hasta la vuelta del hermano Lucas, que no podía tardar mucho. En esta disposicion me hallaba cuando vi que dos mugeres, cubiertos sus rostros con delicados velos, se detenian á la puerta, diciendo la una á la otra: Este es, querida, el asilo que buscamos; entremos, y supliquemos á Dios que nos conceda la paz del alma.

Entraron aquellas dos mugeres, se arrodillaron ante el altar, y se pusieron á orar con tanto fervor, que yo quedé edificado. No sé qué secreto presentimiento me hacía desear ver los semblantes de aquellas señoras; aunque á pesar de sus respectivos velos, se conocía fácilmente que una de ellas era anciana, y la otra jóven y de un talle airosísimo. Deseoso de reconocerlas, me acerqué á ellas con pretesto de decirlas que el ermitaño estaba ausente, pero que vendría pronto. La vieja se descubrió al instante y me miró con ojos centellantes; pero era tan horrible, que volví la cabeza por no verla; y creo que hubiera huido al instante sin decir nada, si aquella vieja no dijese á la que la acompañaba: Levantad el velo, que el calor es insoportable, y no podeis menos de estar casi sofocada. La jóven levantó el velo, y descubrió un rostro encantador. Yo había dado un paso atrás para evitar el horrible as-

Digitized by Google

pecto de la vieja; pero la belleza de la jóven encadenó súbitamente todas mis facultades y quedé inmóvil, con los ojos clavados en aquella hermosísima muger, la cual, advirtiendo mi enagenamiento, se ruborizó. Conocí que había perdido mi libertad á la fuerza de aquel encanto: desvaneciéronse mis proyectos de huir, é interiormente sentía una estraña revolucion que nunca había esperimentado.

Se aumentó mi alteracion cuandó, dirigiéndose á mí aquella hermosa jóven, entre tanto que la vieja oraba, me dijo: ¿Conque al parecer, no estais aquí solo, mi buen amigo?—No, señorita.—¿Quién cuida de esta ermita? quiero decir ¿quién manda en ella?—Vos solo.—¿Cómo?—¿Puede mandar alguno donde vos os hallais?—¡Pluguiese al cielo que fuese mi imperio tan estenso como vos decís! en ese caso no me hallaría ahora en este sitio; pero decidme, ¿son ciertas las maravillosas cosas que se cuentan de un santo varon?...—¿Del venerable hermano Lucas? —Ciertamente. ¿Y vos habeis renunciado tambien el comercio del mundo, y sois su compañero?—No, señora.—¿Pues y ese trage?—No es el que me pertenece, señorita: baste deciros que gozo entera independencia, que estoy dispuesto á serviros, que puedo ser esposo, y...

Digitized by Google

La vieja me interrumpió, preguntando á su compañera: ¿qué os dice ese jóven?—Mi señora tia, nada mas sino que esta ermita está al cuidado de un célebre hombre á quien llaman el hermano Lucas.—Si no me han engañado, es el hombre mas singular que se conoce: ¿tardará mucho? necesito hablarle, y tomar de él consejos sobre el proyecto que hemos formado de abandonar el mundo.—¿Abandonar el mundo? dije yo, ¿cómo? ¿esta señorita quiere retirarse de la sociedad?—Sí señor, respondió la vieja; ¿qué os admira? ¿no es libre para hacer lo que gustáre?—¿Yo libre? ¡ah! ¿qué habeis dicho, señora tia?—Que sois libre, repuse yo; pero bien se conoce que no es cierto, pues á obrar segun vuestra voluntad, no esclamaríais con tanta energía.

La vieja me miró con enfurecidos ojos. Esta muger, que desde luego me pareció dura y malvada, clavando la vista en la jóven, la dijo: ¿Conoceis á ese hombre?—Señora tia, esta es la vez primera que le veo.—¿Pues cómo juzga tan pronto de vuestra situacion?—Yo interrumpí, pienso así por las pocas palabras que he oido; por el interés que me inspira esta señorita, y por un presentimiento que...—Retirémonos, dijo la vieja tomando la mano de su sobrina, y añadiendo: Entré en la ermita para con-

Digitized by Google

sultar con el santo varon que vive en ella, y no para buscar contradictores.

Iban á salir de la ermita; mas yo, conociendo mi imprudencia, me acerqué á la tia, y la dije: Perdonad, señora, mi indiscrecion; ya veis que mi edad no es la de la esperiencia: el hermano Lucas sentirá infinito que no le hayais esperado, y yo nunca me perdonaría el ser la causa de que no recibais sus saludables consejos.—¿Es tan indiscreto como vos?—No señora; todo lo contrario, es discretísimo, pero nada me aventaja en lo sensible; y mi educacion me ha enseñado á serlo mucho mas con las damas de la calidad que presumo ver en vos: por lo cual os vuelvo á pedir perdon de mi necedad, y que espereis al ermitaño; pero ya llega, parece que el cielo favorece mis intenciones.

En efecto, llegó el hermano Lucas con la pesada alforja sobre el hombro; vió á las dos mugeres, al punto se desembarazó del enorme peso, y acercándose á ellas, las dijo: ¿Hay algo, señoras, en que pueda serviros mi inutilidad?—Sí señor, respondió la vieja; pero antes es necesario que me oigais aparte. El ermitaño la tomó de la mano y la condujo á las sillas que estaban inmediatas al confesonario: se sentaron y engolfaron en silenciosa conversacion. En-

Digitized by Google

tre tanto la sobrina se sentó en un banco, sacó un librito, y se puso á leer. Yo no hacía mas que mirarla, no atreviéndome á hablarla por no irritar nuevamente á la terrible tia. A bréve rato observé que la jóven con mucho disimulo sacó un lapicero y se puso á escribir, mirando con sobresalto á su tia, como temiendo la sorprendiese en aquella ocupacion; pero tuvo la dicha de que ni la vieja ni el ermitaño moviesen siquiera la cabeza. Así que concluyó, dejó un papel doblado sobre el banco, me miró é indicó que le cogiera, y se puso en pie en medio de la ermita, sin duda para impedir que lo vieran. Sin detenerme tomé el papel dentro del cual hallé un lápiz: salí de la ermita, y leí lo que había escrito, que decía:

«En vuestros modales y fisonomía se conoce que »sois bien nacido. Si podeis arrancarme del poder »de una tia que intenta sacrificar mi juventud des»pues de haberme causado los mayores disgustos, »dejareis eternamente obligada toda la gratitud de la »muger mas desventurada, y que menos ha mere»cido serlo.»

Al pié de estas líneas, contesté inmediatamente:

«Decidme, indicadme los medios de seros útil: »todos los pondrá en práctica el que, por primera »vez, esperimenta una revolucion, que sin duda no

»es efecto sino del violento amor que le inspiran »vuestras gracias y vuestras desventuras.»

Este billete daba á conocer bastante el desórden de mis sentidos y mi poca esperiencia: le dejé caer junto á una de las paredes con mucho disimulo. La jóven, que observaba todos mis movimientos, venía ya á cogerle, cuando la llamó su tia, y viéndola indecisa se levantó, la cogió del brazo, y la dijo: No hagais esperar á ese santo varon, en cuya dulce conversacion y sábios consejos hallareis cuanto es posible para decidir á la persona mas irresoluta. Yo, viendo que no había podido recoger la contestacion, tomé el papel y lo guardé.

Rabioso de verla conversar secretamente con aquel hombre, me puse á barrer la ermita, empezando por la parte mas próxima adonde los dos estaban, y procurando oir algo, para proceder en consecuencia de lo que descubriera ó infiriese; pero notando el ermitaño que me acercaba, penetró mi intencion, y levantándose furioso, despues de una descarga de injurias, me dijo: ¿Cómo se entiende? ¿es esta hora de barrer la ermita? ¿y precisamente empezar por esta parte? Váyase fuera en hora mala, desvíese; ¿no lo oye?—Haré lo que me dé la gana, respondí; añadiendo: ¿quién sois vos para mandarme

Digitized by Google

con tanto desafuero? ¿que derecho teneis para tratarme con tanto vilipendio?

Atónito quedó el buen ermitaño al oirme hablar de esta manera; pero luego, volviendo sobre sí, me dijo: Pues lo tomais sobre ese tono, yo tambien me esplicaré en el de un hombre autorizado para el gobierno de esta ermita; y bajo este respecto, os digo que no quiero que esteis mas en mi compañía.—Eso es otra cosa: no me parece que perderé mucho en ello.—Ni yo tampoco; y diciendo esto tomó de la mano á la vieja, esta hizo lo mismo con su sobrina, y se encaminaron á la sacristía. Al entrar en ella, la hermosa jóven volvió á mirarme con los ojos llenos de lágrimas, manifestando de este modo el triste estado de su corazon.

Entraron, y cerraron la puerta; quedé inmóvil en medio de la ermita, entregado á melancólicas reflexiones; pero al fin esclamé: No importa que me despidas; no saldré de aquí sino para seguir á esa desgraciada cuanto hermosa jóven, y atormentar lo posible á su perversa tia. Así hablaba, cuando sentí pasos, y ví á un peregrino que acercándose á mí, me dijo: Acabo de entrar, y vuestras esclamaciones me hacen creer que padeceis algun grave sentimiento.—¡Si fuera uno solo!... ¡pero son tantos!...

Digitized by Google

soy muy infeliz.—Confiadme vuestras penas: tal vez podré dulcificarlas.—¡Es imposible! ¡absolutamente imposible! Os suplico que respeteis mi secreto.—No quiero importunaros. El peregrino se fué á un rincon de la ermita, donde se arrodilló.

Estuve mucho tiempo paseando á lo largo de la ermita, revolviendo en mi imaginacion mil ideas, sin fijarme en ninguna de ellas, sin saber qué partido tomar; pues aunque resuelto á seguir por todas partes á la desconocida jóven, no tenía medios para hacerlo, y tal vez podía mi resolucion causarla graves perjuicios. Pasaron algunas horas, durante las cuales me arrimaba frecuentemente á la puerta de la sacristía; y á pesar del mucho silencio que reinaba en aquel lugar, nada oía; lo que me inquietaba infinito, pues siendo como era muy reducida la sacristía, parecía imposible que no se advirtiese algun confuso rumor. No podía adivinar qué hacía el ermitaño con aquellas mugeres; pero estaba determinado á esperar hasta que saliesen, y huir luego para siempre de aquel sitio. El peregrino permanecía arrodillado en el mismo sitio; este hombre me molestaba, pero yo no tenía derecho alguno para despedirle; ademas de que la ermita estaba abierta dia y noche, y podía detenerse en ella cuanto qui-

Digitized by Google

siera. Para aumento de mi admiracion é inquietud, se pasó así el resto del dia, y se acercaba la noche sin que saliesen las mugeres ni el ermitaño.

Abrióse al fin la puerta de aquel misterioso sitio, y se presentó solo el hermano Lucas, el cual, estrañando el verme, y lanzándome una mirada de indignacion, me dijo: ¿Todavía estais aquí? ¿no os he despedido?—Me iré; pero antes quiero recoger lo poco que me pertenece, y está en la sacristía. Como el motivo era justo, no se opuso el ermitaño. Entré, y cuando presumí hallar á la tia y á la sobrina, me encontré solo. Considerad cuál sería mi sorpresa; lo registré todo por ver si encontraba alguna puerta; ¡ inútil empeño ! nada hallé, nada absolutamente.

El ermitaño me dijo: ¿Habeis acabado?—Esperad, que estoy buscando...—Lo que no encontrareis.—¿Pero las señoras?...—Ya no estan aquí.—Pues yo no las he visto salir, y no me he apartado de la ermita.—Os digo que han salido; y sobre todo, ¿qué interés teneis en saberlo?—El interés que inspiran la hermosura de aquella jóven, y la violencia que la hacen.—¿Y de dónde podeis inferir esa violencia que suponeis?—Tengo motivos que no necesito declarar.—Y yo para que no esteis mas tiem-

Digitized by Google

po en esta ermita: idos.—Es demasiado tarde.—No está muy lejos un convento de capuchinos donde reciben á todo caminante, sea quien fuere.

Cuando ví que no había otro remedio, salí de la ermita, y caminé sin saber adónde, pensando siempre en lo que me había sucedido, y en que aquellas mugeres no habían salido de la sacristía. En fin, sentía verme separado para siempre de la que amaba, sin poderla prestar ningun auxilio.

No sabía si haria mejor en irme á recoger en el convento de capuchinos, ó en caminar toda la noche en busca de la casa de mi padre: tan desconocidos me eran los caminos para una parte como para otra; por lo que caminé gran rato sin rumbo cierto, aumentando mi incertidumbre la oscuridad de la noche. Hallábame en la misma posicion y en la misma indigencia en que me hallé cuando dejé la cabaña de Pedro para retirarme á la ermita de San Leonardo; pero ahora era mas digno de compasion, pues había malogrado mas de tres años de mi mejor edad, y perdido enteramente mi corazon y mi entendimiento. ¡Ay! me había detenido en la ermita un dia mas, y este bastó para hacerme desdichado.

Caminaba sumergido en tan tristes reflexiones,

Digitized by Google

muy descuidado de atender á mi seguridad en noche tan oscura, cuando sentí un golpecito en mi hombro. Sobrecogióme un gran terror, volví la cabeza, y ví... Pero ya es tarde, hijos mios. Mi amigo Palemon querrá retirarse, y yo me canso de hablar: en mi edad, cualquiera cosa incomoda: dejemos lo que falta para mañana, y oireis sucesos tan particulares, que apenas podreis darles crédito á pesar de ser verdaderos.

Calló el anciano, los muchachos se levantaron, y todos volvieron á entrar en la casa.

Digitized by Google

TARDE XXXVI.

LA HIPOCRESIA.

Mirar sumiso, humillado,
Rostro enjuto y penitente,
Apariencias de obediente
Realidad de solapado;
De envidia y soberbia hinchado,
Y avaricia y vanidad,
Con capa de santidad
Oculta la vil falsía:
De la ruin hipocresia,
El bosquejo examinad.

Al siguiente dia por la tarde, Mr. Delacour prosiguió su relacion en estos términos:

CONTINUA LA HISTORIA DE LA ERMITA DE SAN LEONARDO.

Sobrecogido volví la cabeza, y no obstante la oscuridad de la noche, pude reconocer al mismo pere-

Digitized by Google

grino que me había hablado en la ermita. «Amigo mio, me dijo, sois desgraciado, y debo hacer lo que pueda por consolaros; referidme vuestras desgracias, en seguida os diré quien soy; pero ante todas cosas, decid, ¿á dónde os dirigis?—¿Y vos?—No llevo rumbo determinado; pero escuchad.... ¿oís una campana?... Seis.... siete.... ocho.... nueve.... las nueve ya.... Este es el reloj de un convento de capuchinos; pasemos en él la noche y mañana veremos lo que hemos de hacer.

El peregrino, que era anciano, y me pareció bueno y sensible, apoyó su izquierda en mi brazo, y con la derecha se valió del auxilio de su bordon. Mientras caminábamos, me hizo tantas instancias para que le manifestára mis desgracias, que me ví precisado á complacerle. Apenas le dije que mi padre se llamaba Mr. Delacour, dió un paso atrás, me miró atentamente, y luego, volviendo á tomar mi brazo, me dijo con dulzura: Proseguid. Nada le oculté, ni aun la muerte de mi hermano, mis remordimientos, y el primer pensamiento que tuve de consagrar mis dias al estado monástico. Le referí las circunstancias de mi morada en la ermita, las frecuentes ausencias del hermano Lucas, la misteriosa puerta por donde desaparecía sin yo poder saber

Digitized by Google

adónde iba, mi amor á la hermosa jóven, su repentina desaparicion y la de su tia, y en fin, el motivo de mi altercado con el ermitaño.

Cuando el peregrino hubo oido mi relacion, se detuvo algunos instantes, apoyándose en el bordon, como reflexionando; y despues me dijo: Hijo mio, lo que me acabas de referir merece mi atencion mas de lo que crees. Si conocieras la trascendencia que pueden tener estas cosas, no hubieras omitido diligencia para penetrar el secreto de la oculta puerta; y en tanto tiempo como has estado en la ermita, tal vez hubieras conseguido fácilmente lo que ahora será difícil averiguar. Eso me confirma lo que muchas veces he oido hablar acerca de la ermita de san Leonardo, porque se dice que el ermitaño que la habita no es tan penitente y religioso como se supone. Aseguran que ha sembrado en el seno de algunas familias una doctrina muy perniciosa, procurando inclinar á muchas jóvenes á un retiro muy diferente y muy opuesto al servicio de Dios. Lo cierto es que han desaparecido algunas demasiado crédulas, y se sospecha que todo es por instigacion del hermano Lucas, pues no han vuelto á presentarse á sus desconsolados padres aquellas infelices; pero todo esto no es mas que hablar de las gentes, sin datos se-

Digitized by Google

guros. Lástima es que ahora falteis de la ermita, la cual sin duda tendrá algunos escondrijos ó lugares subterráneos donde... yo no sé... mis presentimientos nunca me han engañado; y temo que vuestra jóven sea una triste víctima sacrificada sin duda por alguna tia fanática. Lo que ahora nos conviene hacer, es ir desde luego á dormir en el convento de capuchinos, y volver mañana á casa de vuestro padre, que no está muy distante de aquí. Yo os acompañaré; conozco á Delacour, y estoy seguro de que se alegrará de verme. Despues volveremos á la ermita, y procuraremos descubrir los misterios que se encierran en ella.... Ya estamos cerca del convento; ¿no distinguís la torre?—Si señor; y oigo que tocan. —Lo hacen para prevenir á los pasageros que dentro de media hora se cerrarán las puertas, y nadie será recibido: tomemos esta senda que se dirige allá, y procuremos llegar antes que cierren.

Seguí á mi conductor, que me inspiraba profundo respeto y ciega confianza, y en menos de veinte minutos nos hallamos á la puerta del convento. Nos presentamos al portero, el cual, apenas oyó que pedíamos hospedage nos introdujo en un vasto refectorio, donde hallamos dos ó tres personas que cenaban, aprovechándose del mismo socorro que nos-

Digitized by Google

otros solicitábamos. Cenamos, y luego nos retiramos á un dormitorio comun, donde nos fué imposible hablar en secreto. Era costumbre en esta santa casa no despedir por la mañana á los huéspedes sin darles de almorzar con abundancia. Reunidos pues todos, bajamos al mismo refectorio en que habíamos cenado. Mientras almorzábamos, un religioso pasó y dijo con bastante sequedad al que nos servía: Fray Hipólito: ya he dicho que nada se le dé al ermitaño de san Leonardo; no quiero, vuelvo á decir, que se le dé la mas pequeña limosna, porque tengo poderosos motivos para creer que ese hombre es mucho mas rico que nuestro miserable convento.

Retiróse el religioso dichas estas palabras, y nos dejó muy admirados el oir citar á un hombre cuya conducta deseábamos averiguar. Mi compañero se acercó á fray Hipólito, y notando en él una fisonomía franca y cierto aire de ingénua bondad, se aventuró á decirle: Perdonad si me atrevo á preguntaros si el ermitaño de quien os acaban de hablar es el mismo que cuida de la capilla que está como legua y media distante de este convento.—Sí señor, el mismo es.—Ayer pasé por allí; le ví, y me pareció un santo varon.—Decid un gran picaron.—¿De veras?—De veras. Ha tenido la fortuna, ó la desgracia, de en-

Digitized by Google

gañar al bondadosísimo prelado de esta diócesis, y le sostiene; pues á no ser así, tal vez estaría ahora en un calabozo.—¡Dios mio! ¿pues qué ha hecho?—No se sabe á punto fijo; pero lo cierto es que se trataba, segun me dijo un amigo, de hacer un registro en la ermita.—No costaría mucho, siendo tan pequeña. —¿Tan pequeña? No es tanto como os parece.—Pero ¿qué puede ser una ermita situada á la orilla de un rio, y cercada de sendas y bosques por todas partes? —Veo que no estais instruido: si no teneis mucha prisa, y gustais oir una historia particular, venid á mi celda, y en ella sabreis el origen de la ermita de san Leonardo, y unas aventuras muy estraordinarias.

El peregrino accedió gustoso á la propuesta; y luego que los otros caminantes se despidieron, nosotros seguimos al buen religioso, como interesados en la relacion que iba á hacernos, deseosos de informarnos de todas las particularidades que podian tener relacion con el hermano Lucas. El padre Hipólito nos entró en su celda, cerró la puerta con cuidado, y ó bien porque se complacia en hablar, ó porque le habíamos inspirado confianza, nos hizo la relacion siguiente, que os diré con sus propias espresiones.

Digitized by Google

Seguramente no habeis nacido ni os habeis criado en esta comarca, pues de lo contrario era imposible que no tuviéseis noticia de la famosa iglesia de san Lotario, uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad, construida á las orillas del Loira. Esta iglesia, abandonada casi enteramente desde muchos siglos atrás, y que cada dia se iba desmoronando, fué destruida una noche de resultas de un suceso que voy á referiros, para lo cual es preciso remontar y trasladarnos á un tiempo muy antiguo. Escuchadme con atencion.

Había en las montañas llamadas las Cevennas un duque de Asfeld, que era el mas poderoso y rico señor del Languedoc, y tenía dos hijos, varon y hembra. Matilde su hija era la persona mas completa que se pudiera imaginar. En solos veinte años de edad había adquirido cuantas habilidades pueden caber en una muger, las cuales unidas á las gracias que la naturaleza la había prodigado, formaban un todo admirable. Su hermano Leonardo, tenía un año menos; era despejado, robusto, gallardo, y toda la delicia de su padre, que fundaba en él las esperanzas de perpetuar su nombre y hacer dichosa su ancianidad. Era maestro de Leonardo un tal Doctorin, hombre de cuarenta años, clérigo tonsurado, en

Digitized by Google

quien se reunian un ingenio nada vulgar, y muchos conocimientos y erudicion. Era grave, taciturno, reflexivo: y á pesar de su esterior nada propio para agradar á la juventud, había sabido ganarse la confianza y amistad de su discípulo. Tenía Leonardo una vivacidad que rayaba en atolondramiento: amaba á su preceptor, que sabía lisongear las pasiones de aquel jóven, y hacerle enteramente de su partido. Con todo su ingenio y conocimientos, Doctorin era falso, vengativo, y sobre todo ambiciosísimo. El duque se hallaba viudo, y le amaba con la mayor ternura; pero mas amaba él á la preciosa Matilde, que se había apoderado de su corazon. Este hombre disimulado conocía que nunca obtendría la mano de aquella dama, la mas noble y mas rica de cuantas había en aquella provincia; pero habituado á crímenes de toda especie, no pensaba sino en deshonrar á la hermana de su discípulo, y aun robarla si se le proporcionaba ocasion. Ya hacía mucho tiempo que meditaba estos proyectos, en los cuales se confirmaba cada dia conociendo el odio con que le miraba la hermosa Matilde, que acaso tenía mas penetracion que su padre.

En este estado se hallaban las cosas, cuando Leonardo salió un dia á cazar, acompañado de un

Digitized by Google

solo criado. Cayó del caballo y se hirió tan peligrosamente que fué preciso trasportarle á la casa mas próxima al sitio en que sucedió la desgracia. Vivia en esta casa un hombre retirado de la carrera del comercio: á este se presentó el criado, pidiendo hospedage para su amo. Mr. Blinvil, que así se llamaba el dueño de la casa, acudió con sus gentes al sitio en que el jóven Leonardo estaba bañado en sangre, le hizo trasportar á su casa, y envió á buscar un cirujano que reconoció la herida, y declaró que era peligrosa, é imposible trasladar el herido á otra parte en muchos dias. Al instante participó Mr. Blinvil personalmente al duque todo lo acaecido; y este, que no esperaba tan fatal noticia, dando las gracias á Mr. Blinvil por sus finezas, mandó poner inmediatamente su coche, y partió con su hija, Doctorin y Blinvil á casa de este último, donde todos manifestaron al herido el interés que tenian en su salud. El duque prometió volver siempre que pudiera, y enviar todos los dias á saber de su hijo: despues dió la vuelta á su casa con su hija y Doctorin.

Seis semanas permaneció Leonardo en casa de Blinvil, donde le trataron con todo el esmero y delicadeza debidos á su clase y situacion. Cuando se halló convaleciente, le llamó su padre; pero se le hacia

muy duro dejar aquella casa tan digna de su estimacion. Tenia Mr. Blinvil una hija bellísima, llamada Eugenia, la cual no se habia apartado de la cabecera del enfermo; y el amor con una sola flecha había herido á estos dos corazones puros é ingénuos, destinados para amarse eternamente. Eugenia sintió dos afectos contrarios, que fueron la alegría y la tristeza, por la convalecencia de su amigo. El estado de su padre no le permitía entablar amistad con el duque de Asfeld, y mucho menos esperar una alianza entre las dos familias. Eugenia se arrepintió de haber entregado por la vez primera su corazon á las seductoras impresiones de un amor imprudente. Supo con la mayor amargura que el duque vendría á la mañana siguiente para llevarse á su hijo; y se propuso permanecer retirada en su cuarto por no presenciar una despedida tan dolorosa para su sensible corazon.

El jóven Asfeld no había podido recibir las consoladoras espresiones de la hija de Blinvil, sin quedar enamorado de las eminentes cualidades y atractivas gracias de muger tan preciosa. Era aquella la primera vez que amaba, y tambien la primera que sentía volver á la presencia de su padre, de su hermana y de su maestro. Hubiera preferido el asilo del amor á los

Digitized by Google

mas suntuosos palacios, pero su padre deseaba con ánsia su compañía; ya estaba decretado el dia, y no era posible diferir tan cruel separacion. Estos dos jóvenes se amaban, pero aun no se habían comunicado sus mútuos sentimientos.

Llegó el fatal instante. El duque, despues de haber dado las gracias á Blinvil, subió á su coche y llamó á su hijo; pero el duque se acordó de que no había cumplido, despidiéndose como debía, de Eugenia, y preguntó por ella á Blinvil, que la envió á llamar. Le pareció á Eugenia que el negarse á comparecer podría considerarse como sospechoso; mas ¡oh Dios! ¡cómo quedó viendo á su dulce amigo, que fijaba en ella los ojos con la mayor intension! nunca le había parecido tan gallardo. Hasta entonces Leonardo, enfermo, pálido, acostado ó envuelto en una bata, no habia podido lucir á sus ojos la bizarria de su talle y las gracias que había recibido de la naturaleza; ahora estaba vestido con la mayor elegancia; y de tal modo se manifiestaban, que Eugenia quedó turbada, y solo tuvo fuerza para esclamar: ¡Conque se va para siempre! y diciendo esto, cayó desmayada entre los brazos de su padre.

Leonardo, sin poder contenerse, tomó las manos de Eugenia y las bañaba con sus lágrimas, di-

Digitized by Google

ciendo: ¡Eugenia! ¡mi amada Eugenia! yo volveré... nos veremos... ¡ah! ¡si no os volviese á ver me faltaría la vida!

¡Qué escena para los dos padres, que se miraban sin atreverse á comunicar sus recíprocas sospechas! El duque, asustado con la idea de un amor que ofendía su vanidad, bajó del coche, tomó del brazo á su hijo, y á pesar de sus lágrimas y sollozos le precisó á subir, y partió rápidamente, mientras que el desdichado Blinvil llevaba á su hija á lo interior de la casa, penetrado del fatal descubrimiento que acababa de hacer.

Dejo por un instante á Blinvil y su hija, y entró en el castillo de Asfeld con el duque y su hijo, que nada habian hablado durante el viaje. Mas sosegado el jóven, había conocido su imprudencia, y resolvió no decir nada á su padre, cuyas miradas temía. ¡Efecto admirable de la vanidad! la ternura del duque respecto de este hijo, á quien una hora antes amaba mas que á sí mismo, casi se había estinguido. Rayos de severidad despedian ahora aquellos ojos que nunca se fijaban sobre este hijo adorado sin la mayor afabilidad y complacencia. Ya no era padre el duque; era un estraño, un déspota, un tirano. No quiso comunicar por entonces sus temo-

Digitized by Google

res á su hijo; esperaba ocasion mas oportuna; pero sería terrible.

¿Quién pues le calmaría? Aquel que en el castillo era el único que se interesaba en lisongear las pasiones del jóven Leonardo; aquel hombre que sabía acomodarse, doblegarse á las flaquezas agenas, y ver en el suceso mas simple el fundamento de su venidera fortuna: este hombre era Doctorín.

Como él había presenciado la escena, fué al cuarto de su discípulo, á quien halló sentado y con el rostro apoyado en sus manos. Hijo mio, le dijo el hipócrita, ¡mucho sentimiento habeis causado á vuestro anciano padre!—¿Cómo es eso?—Fundaba en vos todas sus esperanzas y todo el esplendor de su casa!...—¿Pues qué, he destruido yo por ventura esas esperanzas?—Lo recela.—¿Y por qué?—¿Pensais que he cegado? ¿me creeis de tan poca penetracion y esperiencia que no haya conocido que amais á la hija de Blinvil?—Es verdad... la amo; y sería muy ingrato si la aborreciese.—¡Ah! ¡una cosa es amar con violenta pasion, y otra aborrecer! —No entiendo esa confusion; lo que sé es que no puedo querer á Eugenia mas de lo que la quiero.—Ya veis que estais convicto y confeso.—¿Pues qué delito es este para negarle?—¿Y ella os correspon-

Digitized by Google

de?—Me parece que sí: ¿y qué importa?—¿Querreis casaros con ella?—¡Pues no lo he de querer? —Nunca accederá á ello el señor duque.—¿Por qué no ha de acceder? sería una injusticia la resistencia. Ya veo que dirá que destruyo la opinion de nuestra familia, pues soy un hombre que heredo su sangre y puedo engrandecerla con mis virtudes públicas y privadas; pero tambien la union con la que amo, me conducirá á las mayores empresas; que me den á Eugenia, y seré capaz de todo.—Jóven inconsiderado, ¡bien se conoce que no sabeis lo que es pensar como sábio y como padre de familia! —Pues oid, y vereis que tal vez sé discurrir mejor que lo que vos pensais. Conozco que mi padre me pondrá por delante la falta de riquezas y la poca distincion de la casa de Eugenia; sé que encontraré de su parte la mayor contradiccion; pero lo que no sabía era que vos fuéseis tan poco amigo mio, que os hiciéseis del partido de un padre de quien espero la mas cruel persecucion.—Os engañais, hijo mio: ¡qué mal me conoceis! yo no he venido á veros sino para consolaros y ofreceros todos mis auxilios á fin de reconciliaros con vuestro padre.—¿Hablais sinceramente, mi amado maestro?—Sí amigo: ya he destruido una gran parte de las sospechas del duque, ha-

Digitized by Google

ciéndole ver que el cariño que habeis manifestado á Eugenia era un efecto muy natural de la gratitud que la debíais. En cuanto al desmayo de ésta, le he asegurado que hace algun tiempo que padece tales accidentes, por lo que su salud está quebrantada. Me ha creido; y me lisongeo de persuadirle muy en breve que entre Eugenia y vos no hay mas que una absoluta indiferencia.—¡Ah, mi amado maestro!—Esto es lo que por ahora conviene; y si proseguís en vuestros amores, trataremos de buscar medios para...—¡Ah! ¡os debo mas que la vida!

El jóven Leonardo se arrojó á los brazos del pérfido Doctorin; pero éste todavía no habia dicho al duque nada de cuanto manifestaba á su hijo: al contrario; presentándose en el cuarto de aquel, le dijo que el amor del jóven era violentísimo: que le parecía preciso tomar las mas sérias providencias á fin de cortar los efectos de tan loca pasion; y por último añadió: Acabo de verle, le he dicho todo cuanto vos mismo pudiérais decirle; pero nada sirve: se arrebata, jura vengarse, desconoce mi autoridad, insulta mi fino afecto, y creo que á vos mismo os faltaría al respeto y os pondria en el caso de castigarle rigorosamente. Creedme, señor: no le hableis por ahora de este asunto: esperad del tiempo y de mis

consejos los saludables efectos que me propongo conseguir: yo os participaré todas nuestras conversaciones, y hasta sus mas recónditos pensamientos.

El duque prometió moderar su cólera, y no darse por entendido de nada, agradeciendo á Doctorin el celo é interés que le manifestaba, suplicándole que velára siempre sobre su hijo, y le comunicase cuante dijera. Ved aquí á mi embustero haciendo á dos partidos; y ved al padre y al hijo que recíprocamente disimulan sus sentimientos. El duque nada decía á su hijo, y aun afectaba tratarle con mas ternura; el jóven presumía que esto era efecto de los cuidados y diligencias de su celoso maestro.

Sin embargo, Leonardo para sondear la intencion de su padre, le dijo algunos dias despues, que la gratitud exigia fuese á hacer una visita á Mr. Blinvil. Los dos iremos, respondió el duque, pues yo tambien estoy obligado á visitarle. Aunque no gustó mucho al jóven la compañía de tan formidable testigo, se consoló pensando que al menos tendría la satisfaccion de ver á Eugenia. Vistióse, pues, con elegancia, y acompañado de su padre llegó á casa de Blinvil, que los recibió con mucha frialdad. El duque, despues de los cumplimientos de estilo, le dijo: ¿No tendrémos el gusto de ver á Eugenia?

Digitized by Google

Apenas podía Leonardo moderar su júbilo oyendo á su padre, pues se anticipaba á su deseo, y esperaba impaciente la respuesta de Blinvil, que fué lacónica. Mi hija está peligrosamente enferma, y no quiere que nadie la vea. Lo siento, dijo el duque; y añadió: quisiera hablaros en secreto un breve rato. Con mucho gusto os escucharé, respondió secamente Blinvil, y al efecto pasaron los dos á un gabinete, dejando á nuestro jóven entregado á mil tristes pensamientos, y arrebatado de ellos esclamaba: ¡Oh Dios! ¡Eugenia enferma de peligro! ¿Si tendré yo la culpa? ¿la costará la vida el haberme restituido la salud?... pero mi padre... ¿qué secreto tendrá que comunicar al de mi amada?

Impaciente Leonardo, se paseaba por la estancia; se acercó á una mesa en que había varios dibujos hechos por Eugenia, y en uno de ellos vió copiadas sus mismas facciones. Mucha satisfaccion le causó este hallazgo, pues conoció que no la era indiferente á la que se ocupaba en tan agradable ejercicio. Continuó su exámen, y halló un retrato de Eugenia en miniatura, que parecía ser de otra mano; y como sabía que el amor disculpa ciertos robos, se apoderó de aquella bellísima pintura, bien resuelto á nunca restituirla. En esto se abrió una

Digitized by Google

puerta, creyó que volvian los dos ancianos, y se sorprendió al ver á Eugenia, que enmudeció al verle; mas al fin le dijo: Yo creía que vos y el duque no estábais ya en esta casa.—¡Oh Dios! ¿con que no es cierto que habeis perdido la salud?—¡Ah Leonardo! los males del alma son los que me persiguen; el amor, el cruel amor devora mis entrañas.—Tambien las mias; pero me lisongea este tormento, pues sin cesar me pinta las sublimes cualidades y las grandes perfecciones de la que amo.—Asfeld, á Dios..... pueden volver nuestros padres...—Espera un instante.—No es posible; á Dios.—¡Eugenia!... —Eugenia te amará hasta su último suspiro.—¿Y será mi esposa?—Nunca! nunca! á Dios!

Apenas se habia retirado Eugenia, cuando volvieron los dos ancianos; pero tan alterados los semblantes, que se conocía bien que habian tenido alguna grande disension. Despidióse el duque con mucha frialdad de Blinvil, que se retiró sin acompañarlos; y Leonardo se vió segunda vez separado de aquella morada, donde dejaba el amor, la tristeza y la constancia en Eugenia, cuyo retrato llevaba consigo, creyéndose por esto menos desventurado.

Estando en el coche, manifestó el duque á Leonardo toda su cólera, largo tiempo reprimida. Le

Digitized by Google

habia dicho el mismo Blinvil que su hijo amaba ciegamente á Eugenia, y que era igualmente correspondido, sobre lo cual altercaron ambos padres, y se hicieron severas reflexiones, mostrando el duque á Blinvil la diferencia de clases que mediaba entre los dos. Mandó á su hijo que se desprendiese de un amor sin esperanza, si no queria incurrir en su maldicion, y padecer los terribles castigos que un padre irritado tiene derecho de imponer á un hijo rebelde. Ni los ruegos ardientes ni las lágrimas amargas del jóven, hicieron mella en aquel corazon endurecido por el orgullo; y el triste Leonardo no podía interponer mas mediadores que su desesperacion.

Apenas llegaron al castillo, fué Doctorin á ver á su discípulo; y le halló en su cuarto haciendo los mayores estremos de sentimiento. El preceptor quería consolar al amante de Eugenia; y este solo contestaba que le dejase abreviar sus dias, yá que no podía disfrutarlos al lado de Eugenia. Aprovechándose aquel malvado hipócrita de esta disposicion, le dijo: Vaya, hijo mio: no hay para qué desesperarse; yo mismo pondré á Eugenia en vuestro poder.—¿Vos, mi respetable y tierno amigo? ¡Ah! ¡os debería mas que la vida!—Solo consiste en vos el ve-

Digitized by Google

ros reunido desde esta misma noche con Eugenia. —¿En mí solo consiste?—Sí; pero antes debo saber si sois capaz de hacer por ella los mayores sacrificios.—De todo soy capaz, no lo dudeis; hablad sin reserva. Pues voy á descubriros un secreto que hasta ahora no ha salido de mi corazon. Vos amais á Eugenia, y yo á vuestra bellísima hermana Matilde. Conozco que por ningun respecto puedo considerarme digno de la hija del duque de Asfeld; pero vos sabeis mejor que nadie lo que es amor, y que el que se halla poseido de esta pasion no repara en clases ni conveniencias: ¿no lo esperimentais vos mismo, que ardeis por una jóven de clase tan inferior á la vuestra? luego no podeis ofenderos de mi pasion; y solo debeis compadecer mi estado como yo compadezco el vuestro, y servirme con el mismo empeño que yo deseo serviros. Unamos nuestros intereses; y una misma precision dirija nuestras acciones, inspirándonos en nuestros ánimos ingenio é intrepidez. A punto de media noche, bajo cualquier pretesto, conducid á Matilde al jardin, hácia la puerta que sale al monte: yo tendré apostadas gentes de mi confianza, y prevenido un coche en el cual hallareis á Eugenia.—¡Cielos!— No lo dudeis; en el coche hallareis á vuestra ama-

da: yo me encargo de todo. ¡Considerad cuál será nuestra dicha! los cuatro nos casaremos de secreto; y cuando ya no haya remedio, será preciso que el duque apruebe unos vínculos contraidos por sus hijos, ó que muera lejos de ellos... ¿No me respondeis? ¿tendreis tambien preocupaciones?—No; pero tengo rectas costumbres y delicadeza.—¡Costumbres y delicadeza! ¿y qué sirve todo eso cuando uno está enamorado?—¡Perverso!.....—¡Cómo!—¿Y has tenido valor para confiarme un proyecto sugerido por el mismo infierno, en el que veo el deshonor de toda mi familia, y la muerte de un padre desdichado? Sabe que tengo demasiada virtud para acceder á tan indignos pensamientos. Huye de mi presencia; huye, y teme que yo revele á tu bienhechor el modo vil con que correspondes á sus bondades y confianza.—¿Qué oigo? ¿podría yo imaginar que el orgullo del hijo igualase á la vanidad del padre?—Apártate, miserable; no esperes que esta pistola te quite una vida, manchada sin duda con todos los delitos, pues has sido capaz de concebir uno tan execrable.—Jóven inconsiderado, modera ese tono, que no te conviene; y sabe que si haces un solo ademan, si dices una sola palabra del proyecto que neciamente te he confiado, puedo perder-

Digitized by Google

te á tí, á Eugenia, y tambien á tu mismo padre.

Como Leonardo era vivo, arrebatado, no pudo oir las amenazas de este malvado sin concebir una indignacion tan poderosa, que le obligó á tirarle un pistoletazo. Por desgracia no hirió á Doctorin, el cual salió inmediatamente del cuarto, gritando *que me matan! que me asesinan!* Toda la casa se conturbó; y al estruendo de la pistola y de las voces, acudieron precipitadamente al cuarto de Leonardo. Volvió el mismo Doctorin á entrar en él precedido del duque, el cual, hallando á su hijo con la pistola en la mano, no dudó de que habia querido asesinar á su preceptor, quien inmediatamente esclamó: ¿En qué te he ofendido, jóven deslumbrado? ¿porque te represento que quieres hacer infeliz á tan buen padre; porque te doy unos consejos tan propios de mi prudencia, y del celo con que atiendo á tu educacion; y en fin, porque te manifiesto la bajeza é infamia de tus pensamientos, quieres asesinarme? ¿así te atreves á tu maestro, á un hombre tímido y sin defensa? ¿tal recompensa merecen mis desvelos?

Leonardo fuera de sí, quiso vengarse de este nuevo rasgo de perfidia, pero le detuvo su mismo padre, y mandó que al instante se le encerrase en la

Digitized by Google

mas retirada torre del castillo. Doctorin cometió nueva vileza, insultando la desgracia del jóven, pidiendo su perdon de esta manera: No señor, dijo, no señor: os suplico que no sea preso por mi causa, ó me obligareis á dejar la casa. Pero el irritado anciano no cedió; y el pobre Leonardo, sin permitirle disculparse, fué conducido á la indicada torre. Doctorin, despues de haber esplicado á su modo los motivos del arrebato de Leonardo, se retiró á su cuarto á meditar los medios de arruinar á toda esta familia que aborrecía.

Su perversidad era tan refinada, que no se contentaba sino con una venganza estraordinaria y terrible, y despues de una larga meditacion se fué á casa de Blinvil, que á la sazon se hallaba ausente. El traidor sobornó y ganó la confianza de un criado, de quien supo que Blinvil, cansado del amor y escesivos sentimientos de Eugenia, había resuelto ponerla en un convento, y privarse de una hija á quien adoraba, pero que ahora era causa de su desdicha. A las cuatro de la mañana siguiente, este padre desconsolado debía marchar á encerrar á Eugenia en un convento de monjas, distante tres leguas. Doctorin formó al instante su plan, y se condujo del modo siguiente para llevar á efecto la mas horrible venganza.

Digitized by Google

Entre tanto que el triste Leonardo lloraba sus males esperando que su padre le concediese ocasion de manifestar los indignos pensamientos de aquel pérfido; y mientras que examinaba las paredes de la casa paterna, convertida para él en un sombrío y lúgubre calabozo, la noche desplegaba sobre la tierra sus negras álas, encubridoras de los mayores crímenes. El jóven, que solo pensaba en su padre y en su amada, oyó todas las horas de aquella terrible noche; y apenas dieron las tres, cuando sintió abrir la puerta de su prision, y se le presentó Bernardo, criado de Blinvil. ¿Qué es esto Bernardo? le dijo: ¿cómo has podido llegar hasta aquí?—El amor lo consigue todo. Apenas ha sabido la señorita, no sé cómo, que os hallábais preso, me ha enviado á ver si podía favoreceros, porque conoce que soy muy á propósito para cualquiera invencion. Así es que he emborrachado al que tenía las llaves de esta prision. —¿Y para qué?—¡Bien por cierto! para que marcheis al instante...—¿A dónde?—A impedir el sacrificio de la señorita.—¿Su sacrificio?—Si señor; dentro de una hora la sacará de su casa....—¿Quién? —Quien menos creeríais, el señor Doctorin.— ¿Cómo?—Solo puedo deciros que á las cuatro de la mañana la llevará á un convento con órden de su

padre, que está gravemente enfermo; y que la señorita teme que las ideas de este hombre sean muy peligrosas á su honor, porque antes de ahora la ha requerido de amores.....—¿Qué dices?—Lo que ella me ha dicho precipitadamente, añadiendo que no se ha atrevido á participar á su padre estos recelos, porque los creerá pretestos para evitar su reclusion, y....—Basta: todo lo comprendo; vamos; ese pérfido... le arrancaré el corazon.

Bien conocía Doctorin que el genio precipitado de Leonardo no le permitiría reflexionar; y en efecto, este jóven, sin mas informacion ni exámen se armó con unas pistolas que le había traido Bernardo, á quien siguió hasta la puerta del castillo sin hallar el menor obstáculo. Luego que se hallaron en el campo, tomaron los caballos, prevenidos tambien por Bernardo; y fueron á apostarse en el camino por donde precisamente había de pasar el coche en que iban Blinvil y su hija, y que apareció á breve rato. Hacía frio, y Blinvil se había cubierto la cabeza con un pañuelo; lo que juntamente con la dudosa luz del alba que empezaba á rayar, dió ocasion á Leonardo para creer que era Doctorin; y ciego de cólera se acercó á la portezuela del coche; y dijo: Traidor, entrégame á Eugenia, ó eres muerto.

Digitized by Google

Eugenia dió un grito, y se desmayó: Blinvil se asomó á la portezuela, como para reconocer quién le hablaba; y el imprudente Leonardo le tiró un pistoletazo, que le penetró las sienes, y cayó sobre su hija inundándola con su sangre. Leonardo se disponía á apoderarse de Eugenia, cuando un nuevo incidente frustró su resolucion. Apenas sonó el tiro aparecieron varias personas, entre ellas el duque y el mismo Doctorin, el cual dijo al duque: No os adelanteis señor, porque el bárbaro que ha asesinado al padre de Eugenia, será capaz de toda maldad. En tanto, el pérfido Bernardo se acercaba á hablar á Doctorin, y este, fingiendo recelo de alguna traicion, esclamó: ¡Miserable y vil cómplice de ese malvado! ¿qué intentas? y diciendo esto, le disparó una pistola, y le mató, sepultando con su muerte su secreto. Considerad cuál sería el estado del infeliz Leonardo, que había muerto al padre de su amada, la cual nunca podría ya mirarle sino como un vil asesino. Su padre le llenaba de improperios y maldiciones. ¿Qué haría el infeliz Leonardo? ¿abandonaría á Eugenia, que afortunadamente todavía estaba desmayada, y que no volvería en sí sino para ver á su padre asesinado y detestar al autor de tan atroz delito? Ya estaba perdido Leonardo; conocía que le odiarian su

Digitized by Google

padre, su amada, en una palabra, que nada le faltaba que perder. En esta persuasion, tomó un partido desesperado. Todavía estaba sobre el caballo, que era escelente; le arrimó las espuelas, y desapareció de la vista de todos los testigos de su crímen. En vano clamaba el duque, y en vano envió tras de él á un criado; porque el jóven, advirtiendo que un hombre le seguía, se paró, le esperó, y le amenazó con la muerte si no se retiraba; y el criado, temeroso, volvió á carrera abierta á reunirse con su amo.

Mientras que el duque, Doctorin y su acompañamiento conducian el cadáver de Blinvil á su casa y á la infeliz Eugenia, ya vuelta en sí, Leonardo corría sin pararse, hasta que al fin del dia, su cansancio y el de su caballo, le obligaron á detenerse. No le seguiré en su destierro; pues bastará deciros que pasó dos años viajando, sumergido en la mas profunda tristeza, y maldiciendo todos los dias su existencia. Sin embargo, el tedio, la inquietud, el deseo de volver á ver á su padre, y acaso el de arrojarse á los pies de Eugenia, le condujeron al cabo de aquel tiempo a su pais. Un criado de Blinvil que halló por casualidad, le informó de los resultados que había tenido su crímen: le dijo que Eugenia no existía, pues no había podido sobrevivir mucho tiempo á su

padre, ni á la vergüenza de haber amado á un asesino; que murió acusando á Leonardo, pero que despues de su muerte se habian hecho descubrimientos muy importantes; pues por un papel, hallado en los vestidos del difunto Bernardo, se supo que Doctorin fué el autor de toda aquella trama; y receloso del duque aquel perverso, huyó del castillo, sin que se supiese su paradero; aunque se presumía que, atormentado por los remordimientos, se habría retirado á algun cláustro: que el duque todavía conservaba su miserable existencia; que vivía en compañía de Matilde, clamando los dos sin cesar por un hijo y un hermano mas desgraciado que criminal, segun se había averiguado. . . . . .

Leonardo, mas entristecido con estas noticias y ardiendo en deseos de vengarse de aquel mónstruo que le perdió con tanta iniquidad, resolvió dirigirse á casa de un amigo de su padre para entablar por este medio la reconciliacion. . . .

Con este deseo caminaba á largas jornadas en lo mas crudo del invierno. Una tarde sobrevino una espesísima niebla, la cual, con la distraccion de sus pensamientos, le hizo perder el camino. La noche aumentó su confusion: no sabía qué hacer, y caminaba á la ventura por entre matas y jarales, cuan-

Digitized by Google

do despues de un largo espacio se halló al frente de un edificio, que le pareció un monasterio, segun su construccion, y le creyó habitado, á pesar de las muchas ruinas que le cercaban. Aproximóse á un pórtico, donde halló á un hombre, le preguntó si aquel monasterio estaba habitado, y si le darian hospitalidad por aquella noche. El hombre le contestó que á aquella hora era imposible, porque todos los religiosos estaban recogidos; pero que si queria, él le podía hospedar en un cuarto que le daban como uno de los criados de la labranza.—Me es indiferente, añadió Leonardo, la calidad del cuarto, con tal que esté al abrigo de las voraces fieras, y de los insultos de los bandidos que dicen infestan toda esta comarca.—Siendo así, venid conmigo, que aunque mi habitacion no es cómoda, sobra para que esteis guarecido, y podais descansar sin cuidado.—Os doy mil gracias; pero decidme, ¿qué fábrica es esta y cómo se halla tan destruida?—Esta, señor, era una antiquísima iglesia parroquial de dos lugares poco distantes, que fueron asolados en otro tiempo por las guerras; quedó por consiguiente abandonada la iglesia, que tiene la advocacion de san Lotario.—¿Y cómo es que ahora hay religiosos que la sirven?—Hará como diez meses que un santo varon, perse-

Digitized by Google

guido por un señor muy poderoso que le acusaba de crímenes que no había cometido, huyendo de la persecucion vino á este pais, cuyo prelado eclesiástico le recogió y amparó, tanto que á sus espensas se reparó un gran pedazo de fábrica, y se construyeron ocho celdillas que ocupan otros tantos monges gobernados por aquel hombre, que resolvió establecerse aquí para servir á Dios; y á fin de que nunca les falte lo necesario para vivir, se les adjudicaron algunas posesiones pertenecientes á la antigua iglesia.—¿Y no podré ver á alguno de estos buenos religiosos?—No señor, todos están recogidos en sus celdas: mañana antes de partir, podreis oir la misa del prelado de la comunidad.... pero ya es tarde; venid conmigo, cenareis pobremente y descansareis.

Siguió Leonardo á este hombre, que le hizo atravesar una multitud de escombros; y por fin, llegaron á una celdilla muy sucia, casi sin adorno alguno, en donde nuestro jóven, advirtiendo varias armas colgadas en las paredes, se estremeció, pues le ocurrió al instante que los supuestos religiosos serian algunos bandidos que se refugiaban en este sitio; y se propuso no dormir, sino estar preparado á la defensa por si le atacaban. Aumentóse su recelo al ver

Digitized by Google

que el hombre, cuya traza anunciaba ser un facineroso, descolgó las armas y se las llevó, dejando á Leonardo encerrado en aquel cuarto, alumbrado con una miserable lamparilla. Aunque conoció tarde su imprudencia, no le abandonó el valor; y como siempre iba bien armado, resolvió matar á aquel hombre á la mas leve accion que le pareciese sospechosa. No tardó en ver verificados sus recelos, pues á cosa de una hora volvió el hombre acompañado de otros dos, y uno de uno de ellos le preguntó: ¿Sois vos el que ha venido á pedir albergue?—Yo soy.—Pues es forzoso que os sujeteis á la costumbre inviolablemente observada con todos los pasageros que aquí hospedamos.—¿Y cuál es esa costumbre?—La de entregarnos todas las armas.—Yo nunca me despojo de ellas.—Ahora será preciso, pues si no, la violencia...—¿Qué es eso de violencia?—Muchos de los que hemos recibido nos han robado, y así....—¿Tengo yo traza de ladron?—No lo estrañeis. Vemos en vos un jóven robusto, é ignoramos quién sois.—Pues me haré conocer.—No necesitamos sino que obedezcais. En este instante se presentaron otros dos malvados que hicieron la misma intimacion; pero el mancebo persistió en no entregar las armas, y todos le acometieron; mas como la

Digitized by Google

desesperacion redobla las fuerzas, Leonardo se defendía y ofendía á sus contrarios con el mayor esfuerzo, manejando su espada, y amenazando con una pistola que llevaba en la mano izquierda, reservándola para el último apuro, y casi tocaba en él cuando se presentó el gefe de aquellos facinerosos, que les mandó suspender la pelea, cuya órden obedecieron. Leonardo, que reconoció en aquel hombre á Doctorin, le dijo lleno de cólera: Mónstruo; ¿eres tú el gefe de estos asesinos? pues ahora pagarás tus maldades; y disparando contra él la pistola le tendió muerto á sus pies. Viendo esto sus compañeros, y poseidos de rabia, acometieron de nuevo al jóven, que se resistió largo tiempo, aunque mortalmente herido. Al fin cayó á tiempo que se oyó una terrible descarga que atemorizó á aquellos malvados, los cuales, sospechando lo que podía ser, dejaron á nuestro infeliz jóven agonizando y bañado en su sangre, y huyeron. Fué el caso que Doctorin, asociado con muchos facinerosos, cometía enormes delitos en la comarca, refugiándose en aquellas ruinas por la noche, y la justicia, que ya los seguía de cerca, se presentó cuando la ocurrencia de Leonardo para acabar de una vez con semejante canalla; cercó las ruinas, y mandó hacer á su gente

una descarga á fin de sorprender á los bandidos. Estos, persuadidos de su próximo castigo, y como eran muchos y bien armados, quisieron resistirse entre aquellas medio demolidas paredes; pero de nada les sirvió, pues todos fueron muertos entre las ruinas. En seguida mandó la justicia hacer un reconocimiento, y hallaron el cadáver de Leonardo, que fué conocido por varios papeles que reservaba en su cartera, y juntamente el retrato de Eugenia.

Su desgraciado padre le dió sepultura en la iglesia de su castillo, y tambien murió de allí á poco. En memoria de este suceso, nuestro obispo, que es descendiente de la casa de Asfeld, permitió al hermano Lucas edificar una capilla dedicada á san Leonardo, sobre las ruinas de la antigua iglesia de san Lotario. De aquí podeis inferir que si la ermita es pequeña, puede tener comunicacion con algun subterráneo, y que..... pero tocan á coro: la obediencia no me permite acompañaros por mas tiempo, y pues ya sabeis el origen de la ermita de san Leonardo, continuad vuestro camino; mas si volviéreis á ver al hermano Lucas, no os fieis de su hipocresía.

Dimos las gracias al buen religioso por sus atenciones, y salimos del convento..... Pero ya es muy tarde: mañana continuaremos esta historia.

Digitized by Google

TARDE XXXVII.

EL FANATISMO.

El fanatismo es locura
Que en casos de religion
Propende á exageracion
En vez de suave cordura.
Si de lo esterior se cura,
Suele despreciar lo interno;
Duro siempre y nunca tierno,
Del cielo aleja al cristiano,
Y le lleva de la mano
A las puertas del infierno.

Al siguiente dia los jóvenes, ansiosos por saber la continuacion de las aventuras de Mr. Delacour, le suplicaron anticipase la hora de ir al emparrado. Así lo hizo, y prosiguió en estos términos:

Digitized by Google

FIN DE LA HISTORIA DE LA ERMITA DE SAN LEONARDO.

Al salir del convento me aconsejó el peregrino que fuese á casa de mi padre y aun quiso acompañarme él mismo, pues me aseguró tenía con él algunas relaciones, y confiaba aplacar su ira, si es que aun se hallaba enojado por mi mal proceder. Aunque mi resolucion de ir á la casa paterna estaba bien meditada, no pude menos de temblar al ver aquellas praderas en que me había solazado en mi infancia, aquellos muros dentro de los cuales había por primera vez abierto mis ojos á la luz.

El peregrino, que advirtió mi turbacion, procucuró tranquilizarme; y apretándome la mano me dijo: Valor, hijo mio: no te turbes. Llegará un dia en que debes comparecer delante de Dios para dar cuenta de tu vida: á tan formidable cuenta te has de preparar con un sincero y firme arrepentimiento: hoy vas á ver á tu padre despues de haberle ofendido; disponte á espiar tus culpas á sus pies, pues es para tí la imágen de Dios en la tierra: si obras como te digo, no te rechazará. Con esta exortacion cobré ánimo, y llegamos á casa, donde hallamos á todos sumergidos en la mayor consternacion. Un criado nuevo

que no me conocía, nos dijo llorando: Si teneis que decir algo á mi señor, daos prisa, porque espirará dentro de muy poco tiempo. ¡Padre mio! esclamé; y el criado repuso atónito: ¡Su padre!

Mi compañero, disgustado por mi esclamacion, y temiendo que el criado subiese al cuarto de mi padre, y apresurase su muerte participándole sin la debida precaucion la vuelta de su hijo, le suplicó que nos acompañase, y no hablase antes que nosotros. Convino en ello, y entramos en el cuarto en que se hallaba el moribundo anciano. Había mucha gente en la estancia, y quedé admirado de no ver á mi hermano mayor Saturnino. Todos los que rodeaban al enfermo me parecian desconocidos y dependientes de mi padre. Como yo tenía el rostro casi cubierto con un pañuelo, y la vista de mi padre estaba demasiado debilitada para distinguir los objetos, no reparó en mí. Hablaba, pero en voz muy baja; y parecía que estaba dictando su última voluntad á dos notarios que escribian sus palabras, sentados delante de una mesa. No era aquel instante propio para interrumpir al enfermo; y aunque yo deseaba arrojarme á sus brazos, me contenía el peregrino. Nos sentamos, y el moribundo continuó dictando así:

«En consecuencia, como mis dos hijos me han »abandonado, el menor por ingratitud, y el mayor »por una loca pasion de amor, que yo quería reprimir; y en fin, como mis cansados dias han de»pendido solamente del cuidado de mis criados, que »han tenido conmigo atenciones que no he hallado »en mis hijos, creo que tengo derecho para deshe»redar á estos...»

Aquí quise prorumpir en amargas quejas; mas el peregrino me hizo señas para que callase, y el anciano continuó:

«Por tanto, despues de apartado cuanto fuere »bastante para asegurar las pensiones que llevo se»ñaladas á mis criados, dejo todo lo restante á la »ermita de San Leonardo, cuyo virtuoso ermitaño, »que se halla presente, me ha consolado en mi »desamparo.»

No había yo reparado en aquel bribon; mas cuando le nombró mi padre, recorrí la estancia con la vista, y al reconocerle no pude menos de esclamar: ¡Cómo! ¿este infame recogerá tan pingüe herencia?

A esta esclamacion se alborotaron los concurrentes; fijaron en mí los ojos, y me reconocieron dos criados antiguos de la casa. Él es, gritaron á

Digitized by Google

un tiempo.—¿Pero quién decís que es? preguntó el pobre enfermo.

No me atreví á hablar; mas el peregrino se encargó de sacarme de mi confusion, y acercándose á la cama del doliente, le dijo: Delacour, ¿puedes distinguir mis facciones?—Con trabajo... pero esa voz no me es desconocida.—Así lo creo, pues no me parece que te habrás olvidado de tu hermano Cárlos!—¡Mi hermano! Nuevo asombro para mí; pues el peregrino era un tio de quien había oido hablar mucho en mi infancia, pero á quien nunca había visto porque vivía en país muy distante. El ermitaño, aturdido de ver presentarse tan de repente parientes que él no esperaba, ocultó su rostro entre las manos. Yo dí mil tiernos abrazos á mi tio, que juntamente conmigo se acercó á la cama de mi padre, y continuó diciéndole: Hermano mio, si he permanecido tanto tiempo ausente de tí, si he tenido la desgracia de volver á tiempo en que parece que se abre el sepulcro para recibirte, ¿tendré tambien la desventura de verte cometer la injusticia mas horrible? —¿Y cuál es esa injusticia? yo no tengo hijos.—Ignoro qué es de tu hijo mayor; pero todavía tienes otro que yo te traigo obediente, sumiso y arrepentido.—¿Qué dices?..... ¿cómo?..... ¿Cárlos?—Sí;

Digitized by Google

Cárlos tu hijo menor, á quien yo ví nacer; y acuérdate de que fuí su padrino, y le puse mi propio nombre: este Cárlos está aquí conmigo: él es el que en este momento besa respetuosamente tus manos, te inunda con sus lágrimas, y espera que tendrás la bondad de perdonarle.—¡Oh hermano mio!... ¿pero qué ha hecho ese muchacho hasta ahora? ¿por qué ha estado tanto tiempo ausente y sin escribirme?—Sus remordimientos, su dolor, y la persuasion en que estaba de haber perdido para siempre la ternura de su padre; todo esto le había determinado á vivir en un religioso retiro; y por causas que no refiero ahora por no molestarte, ha permanecido en la ermita de San Leonardo, sirviendo á ese hipócrita que tienes á tu lado, el cual sin el menor escrúpulo le despojaba de sus bienes.—No es posible que eso sea verdad: mas de dos años hace que todas las semanas viene el hermano Lucas á consolarme, y nunca me ha hablado de semejante cosa.—¡Infame!—Antes bien me ha asegurado que en cierta ocasion le vió pasar asociado con una tropa de facinerosos; y que despues, indagando noticias, supo que este hijo se había entregado á los vicios mas detestables, y era el oprobio de su familia.—¡Habrá igual maldad! ¿por qué callais ahora,

Digitized by Google

hermano Lucas? ¿tendreis atrevimiento para negar que este jóven os ha estado sirviendo en la ermita?

Quedó el ermitaño confundido por algunos instantes; todos los concurrentes, clavando en él los ojos, esperaban ansiosos que confesase la verdad del caso; pero él, reponiéndose un poco, dijo: No entiendo nada de lo que se habla; esa novela parece bien inventada, pero sobre mi conciencia puedo atestiguar que hoy es la primera vez que veo á este jóven. Mucho me irritó el oirle esplicarse de aquel modo, pero mi tio, indignado de tan atroz descaro, le asió del brazo y sacudiéndosele fuertemente, le dijo: ¡Malvado! por todas partes te perseguiré; mi mano será la que acabe con tu detestable vida.

El ermitaño, naturalmente cobarde, quiso salir del cuarto; pero no se lo permitió mi tio, ni uno de los notarios, que mirándome y mirándole, esclamó: ¡Hé aquí el hombre mas pérfido de cuantos existen en el universo! Mas de veinte veces he visitado la ermita, y siempre he visto en ella á este jóven con el mismo vestido que ahora tiene. No pudo sostener mas tiempo su embuste el ermitaño: y viéndose convencido se puso de rodillas, pidiendo perdon, despues de haber confesado la verdad. Mi padre, que miraba las cosas como quien está para espirar,

Digitized by Google

dijo que le despidiesen sin hacerle daño, y apenas el pícaro oyó esta espresion, cuando levantándose de la humilde postura en que estaba, corrió hácia la puerta; pero no salió tan pronto que no le alcanzase un terrible puntapie que le dió mi tio, con que le ayudó á salir, cargado de mil imprecaciones que le dijeron todos los concurrentes. Luego que se fué el ermitaño, mi padre, que no acababa de volver de su sorpresa, esclamó por fin: ¡Cárlos! ¿dónde estás? ven á los brazos de tu padre, que te vuelve toda su ternura.—¡Ah, padre mio!

Abracé estrechamente á mi padre, le hice cuantas caricias caben en semejante situacion; y despues de mil tiernas espresiones, el buen anciano, habiendo hecho romper su primer testamento, dictó otro enteramente en mi favor, pero exigí que en él se insertase la cláusula de que en caso de que pareciese mi hermano, tendria yo la obligacion de entregarle la mitad de la herencia.

Aquella misma tarde tuve el dolor de ver espirar á mi padre entre mis brazos; y al dia siguiente mi tio, dejando el trage de peregrino, y vistiéndose conforme á sus facultades y clase se tomó el trabajo de arreglar mis asuntos, y lo hizo con el mayor esmero. Nunca se habia casado; y el hábito de pe-

Digitized by Google

regrino era consecuencia de una promesa que había hecho de visitar un santuario muy distante si salía de una grave enfermedad. Me hizo mil favores y beneficios, y me prometió que sería su heredero. Algunos dias despues, por medio de documentos auténticos que nos remitieron, supimos que mi hermano ya no existía. Había dejado la casa de mi padre llevándose una jóven, con la cual viajó algun tiempo; pero habiéndose encontrado con un hermano de su querida, salieron desafiados, y Saturnino quedó muerto en el campo de batalla. En consecuencia fuí dueño absoluto de la herencia. Me hallaba rico; pero no tranquilo, porque no podía apartar de mi memoria á mi hermosa desconocida y los subterráneos que, segun había oido, tenian comunicacion con la ermita de san Leonardo. Luego que estuvieron arregladas todas mis cosas, hablé á mi tio de mis amores y de mi proyecto de buscar por todas partes á la que amaba. Mi tio, que por lo mucho que me quería nunca se oponía á mis deseos, prometió acompañarme: y con su auxilio dispuse el plàn que oireis para registrar la ermita, que estaba al cuidado de nuestro mayor enemigo.

Mientras fuí sacristan, nunca pude ver lo que deseaba ni descubrir los secretos del ermitaño. ¿Có-

Digitized by Google

mo me habia de manejar ahora? Entre mis criados había uno muy astuto, llamado Frontin, y de él eché mano para mi proyecto: le dí seguras señas de la posada del pueblo adonde el ermitaño iba todos los dias, y en la cual reunía sus provisiones, y le dije: De dos en dos dias, acostumbra el picaron llevar á la ermita un cántaro lleno de vino: llevarás estos polvos narcóticos; irás á la posada, y con el mayor disimulo, valiéndote de cuantos medios te sugiera tu agudeza, los mezclarás con el vino.

Frontin hizo exactamente lo que yo le había mandado, y volvió corriendo á darme cuenta del buen desempeño de su comision. Mi tio y yo que esperábamos impacientes no lejos de la ermita, apenas había trascurrido una hora, vimos pasar al ermitaño tan cargado como siempre. Como estaba solo, pues aun no había tomado quien le ayudase, temíamos que al entrar cerrase la puerta, bien para almorzar, ó para descansar sin cuidado; por esto, tan luego como abrió, nos encaminamos á la ermita, entramos tras él y nos pusimos de rodillas en un rincon de la capilla. Nos miró, y recelamos que nos conociese; pero no fué así, gracias á lo bien disfrazados que íbamos; y se entró en la sacristía con sus provisiones. Como yo sabía que apenas volvía de sus espe-

Digitized by Google

diciones, acostumbraba almorzar y echar cuatro tragos de vino; fué preciso esperar todo el tiempo que nos pareció prudente para que el soporífero hiciese su efecto. Despues nos aproximamos á la puerta de la sacristía, y por una rejilla que había en medio de ella para observar desde dentro la ermita, y que habia dejado sin cerrar, vimos que no se hallaba allí el ermitaño. He aquí, dije, lo que sucedió con mi amada: desapareció de este sitio, y estoy tan seguro de que no salió, como ahora de que está escondido este pícaro, aunque no sé en qué parage. Sin duda hay aquí alguna puerta oculta: ¿y dónde? estas paredes son de mampostería en toda su estension. ¿Si nos conoceria y habrá saltado por aquella ventanilla? pero además de ser muy estrecha, cae sobre el Loira que baña las paredes de este edificio; y ciertamente el ermitaño no querria ahogarse por huir de nosotros.

No tardamos mucho en salir de dudas, pues á breve rato vimos que se levantaba la tarima que servía de cama al ermitaño, luego asomarse una cabeza, y despues todo el cuerpo del hermano Lucas con el cántaro en una mano. Nos retiramos para que no reparase en nosotros, y nos colocamos otra vez en el mismo lugar en que nos dejó. A pocos minutos

Digitized by Google

salió de la sacristía, y sin advertir que nosotros estábamos en la ermita, cerró las puertas y se tendió sobre el banco mas inmediato á ellas. Entonces conocimos nosotros que ya no podía dar un paso mas, y que el narcótico obraba con toda su fuerza, gracias á los buenos tragos que habría echado segun costumbre.

Se habian cumplido nuestros deseos, pues el ermitaño roncaba fuertemente, no nos estorbaba, y conocíamos el secreto de la trampa: ¿pero nos aventuraríamos á registrar aquellos subterrános? ¿estarían seguras nuestros vidas? Verdad es que estábamos bien armados; ¿pero podíamos adivinar lo que se encerraba en aquella oscura habitacion? Mi tio hizo estas reflexiones, y su ánimo se hallaba vacilante; pero yo que era vivo, impetuoso, y sobre todo emprendedor, le animé haciéndole ver que no podíamos encontrar allí ladrones ni gente alguna temible, pues en el espacio de tres años que yo había vivido en la ermita, nunca ví cosa que pudiese inspirar desconfianza, y mucho menos espanto. En fin, para no omitir precaucion alguna, saqué dos faroles que yo sabía estaban en cierto cajoncito; los preparé y encendí en la lámpara que ardía ante el altar; dí uno á mi tio, me quedé con el otro; y sin detenerme

Digitized by Google

á mas, levanté la tarima y descendí el primero. Mi tio me seguía con la luz en la mano, y en la otra una pistola. Bajamos una escalera de caracol, y al fin de ella encontramos una reja que nos cerraba el paso. ¡Qué contratiempo! Repentinamente me acordé de que el ermitaño llevaba dos ó tres llaves colgadas en el cordon de su hábito; subí, y me apoderé de ellas; abrí la reja, y nos hallamos en un vasto subterráneo iluminado con una lámpara. Tomamos la direccion á la derecha, y fuimos á parar á una especie de capilla donde ardían seis lámparas. En medio se veía un magnífico sepulcro con una estátua de mármol blanco, que representaba un jóven armado, y en el pedestal la siguiente inscripcion:

Aquí pereció, á manos de bandidos, el jóven Leonardo, conde de Asfeld. No está aquí su cuerpo; pero se han depositado en este cenotafio algunas piedras teñidas con su sangre. Los que llegáreis á este sitio rogad á Dios por el alma del amable jóven, que fué constante y desdichado.

Cumplimos con el encargo prevenido en la inscripcion, y continuamos nuestra pesquisa. Eran inmensos estos subterráneos, y habíamos caminado por ellos largo rato sin descubrir á nadie, hasta que al fin nos hallamos en un salon con varias celdillas

Digitized by Google

ó alcobas á lo largo de él, y allí con grande admiracion nuestra vimos siete ú ocho mugeres dormidas al rededor de una mesa llena de los restos de un abundante almuerzo. Nos pareció que el sueño de ellas sería sin duda efecto del mismo narcótico que había entorpecido al ermitaño. En tanto que mi tio estaba inmóvil contemplando aquel espectáculo, la curiosidad, tan natural en mi edad, me había obligado á acercarme á aquellas mugeres y examinar á todas con mi farol. Entre ellas estaba la vieja tia de la que yo amaba, y la sobrina junto á ella, durmiendo del mismo modo que las demás.

Aquí está, esclamé; aquí está, tio, la que busco.—Calla, imprudente: ¿quién dices que está ahí? —La que amo y amaré mientras viva: no perdamos ni un momento: manos á la obra.—¿Qué quieres hacer?—Llevarla conmigo, y sustraerla á sus perseguidores.—Reflexiona primero. ¿Piensas que?...— ¡Ah señor! permitid que os recuerde el billete que me escribió la primera vez que tuve la dicha de verla. En él me decía que, si podía, la arrancase del poder de una tia que quería sacrificarla. La ocasion, pues, es favorable; saquémosla de este sitio, en que sin duda egerce el fanatismo máximas detestables. Ayudadme, por Dios; conozco el efecto de los

Digitized by Google

polvos y tenemos bastante tiempo para trasportarla de este sitio, sin que el ermitaño ni otro alguno nos lo impida. Mi tio vacilaba: me hacía mil reflexiones; pero al cabo triunfó el cariño que me tenía, y cedió á mis instancias. Atamos las luces á nuestros sombreros: la cogimos como mejor nos fué posible, y escapamos con ella; pero por desgracia no acertábamos á salir del subterráneo. Fué preciso soltar la carga y recorrer aquellos lugares para buscar la salida. Luego que la encontramos, volvimos por la hermosa dormida, que despertó al tiempo de llegar nosotros para volver á tomarla en nuestros brazos: miró como espantada al rededor de sí; reparó en nosotros, y dió un terrible grito que nos hizo estremecer. Yo me postré á sus pies, y en voz baja la dije: Señorita, reconoced á un hombre que tiernamente os ama, y fiaos de su respeto, pues su intencion no es otra que la de libertaros.

Ella me miró, y aunque no me contestó, la alegría que mostraba en su rostro indicaba que me había conocido. Mi tio se acercó, la dijo quién era; y sin detenerse, ni resistirse ella, la cogió del brazo, y la condujo al pie de la escalera que habíamos descubierto. Subimos por ella, y fuimos á parar á una puerta de madera; acudí á las llaves, y á la

Digitized by Google

segunda que apliqué á la cerradura abrí la puertecilla, que justamente era la que daba á la capilla. Todavía estaba en ella el ermitaño dormido, por lo cual sin el menor obstáculo pasamos y salimos al campo. Nos apresuramos á llegar al sitio en que habíamos dejado á mi criado; tomamos los caballos, y por la noche llegamos felizmente á mi casa. Hasta entonces la señorita nada nos había preguntado; y asustada tal vez de la imprudencia que creía cometer, apenas se atrevía á mirarnos y solo nos contestaba cuando la dirigíamos algunas palabras; pero luego que vió la opulencia y tono de nuestra casa (digo nuestra, porque mi tio vivía conmigo) se tranquilizó, y con las mas finas espresiones nos dió las gracias por el favor que la habíamos hecho. La participamos el ardid de que nos habíamos valido para libertarla; ella le aplaudió, y nos aseguró que solo algunas gotas de aquel vino, echadas en un vaso de agua, habian sido suficientes para adormecerla tan profundamente; por lo que juzgaba que su tia y las demas mugeres no despertarian en dos ó tres dias.

Mi tia, nos dijo, quería sacrificarme por lo que algun dia sabreis; y buscaba un sitio de reclusion y austeridad para acabar en él sus dias y los mios.

Digitized by Google

No me participó su resolucion hasta pasar á Francia desde Inglaterra, de donde somos naturales; y por la relacion que os haré de mi historia, conocereis que yo dependía absolutamente de ella. En un pueblo de estas inmediaciones, en donde se detuvo por una leve indisposicion, habló con una muger de alguna edad que la dió noticia de la ermita de San Leonardo. En consecuencia, apenas se vió restablecida, dirigimos nuestro viaje á la ermita. Lo que habló en secreto con aquel bribon, no lo sé; pero sí que este y aquella me hicieron bajar al subterráneo, donde me intimaron la sentencia de que no volvería á ver la luz del sol. Lo que allí pasa no lo puedo declarar, tanto por respeto á la religion como á la decencia; pero baste deciros que la doctrina de aquel malvado tiene tan obcecadas á aquellas infelices, que por todos los tesoros del mundo no querrian salir de la caverna; ni el ermitaño se lo consentiría, porque no se descubriesen sus infamias. Imposible me hubiera sido recobrar mi libertad á no ser por vuestra diligencia; y pues habeis empezado á favorecerme, os suplico continueis amparándome en esta casa. Los cuidados domésticos me son familiares; sé cuanto debe saber una muger casera, sin serme desconocidas algunas habilidades de puro adorno; no tengo

padres, amigos ni parientes; vosotros lo sereis todo para mí, y os amaré lo mismo que he amado al hombre desgraciado que me dió el ser.

Dicho esto, la hermosísima inglesa se apoderó de la mano de mi tio, inundándola con sus lágrimas; y este quedó tan enternecido, que la abrazó estrechamente prometiéndola seguridad, proteccion y comodidades. Yo la destiné criadas que la sirviesen, la señalé por suya la habitacion de mi padre, y la dejamos para que descansase cuanto quisiera.

Cuando mi tio se vió solo conmigo, me preguntó cuáles eran mis intenciones; y sin detenerme le respondí que mi designio era casarme con aquella muger. No mostró repugnancia á este enlace, pero exigió que primeramente nos informásemos de su clase y nacimiento, á fin de examinar si, como lo parecía, era digna de nuestra alianza. Parecióme muy justo este modo de pensar; dejamos que la estrangera descansase algunos dias; y cuando ya creimos que nos concederia su confianza, por estar asegurada de la nuestra, la suplicamos que nos contase su historia, lo que prometió hacer. Durante este intervalo supimos que el hermano Lucas no estaba ya en su ermita, porque la justicia, noticiosa de la falta de algunas mugeres que desaparecian de

Digitized by Google

entre sus familias, procuró indagar la causa; y al fin, por sospechas, trató de hacer un registro en la ermita. Cabalmente le hizo en la tarde del mismo dia en que nosotros sacamos á la inglesa del subterráneo, con cuyo motivo lo halló todo manifiesto, y dió con el ermitaño y las mugeres en la cárcel, donde la tia de nuestra inglesa murió de susto. Las demas fueron castigadas como convenia; pero el ermitaño seguía preso, porque era preciso hacer muchas averiguaciones importantes, y aun se decía que saldría para la horca.

La sobrina lloró la muerte de su tia, á pesar de sus violencias. Despues nos contó su historia, que escribí yo en algunos ratos de ocio. Aquí tengo el manuscrito; pero ya es tarde. Mañana la leeremos, y en ella encontrareis escelentes lecciones de amor filial y de sumision.

Digitized by Google

TARDE XXXVIII.

EL RENCOR.

Tigre atroz que despedaza
Presa tras presa insaciable;
Hiena feroz indomable
Que mansas reses destaza;
Pantera en hórrida caza
Es el hombre rencoroso,
Que cual reptil ponzoñoso
Su infeliz víctima sigue;
Mas pocas veces consigue
Su inícuo fin alevoso.

Los admirables sucesos de la ermita de san Leonardo tenian tan ocupados los ánimos de los jóvenes, que apenas se acordaban de la ausencia de Benito; como aquellos acontecimientos, aunque estraordinarios no rayaban en inverosímiles, al paso que alimentaban su imaginacion convencian sus tiernos corazones dando lugar al raciocinio. Palemon, para

Digitized by Google

que el ejemplo de un fanático como el hermano Lucas, no pudiese tal vez disminuir el profundo respeto con que deseaba que sus hijos mirasen las cosas de la religion, les hacía las mas sanas reflexiones acompañadas de ejemplos de los libros sagrados y de máximas tomadas del Evangelio.

Al dia siguiente reunidos en derredor de Mr. Delacour, sacó este el manuscrito de que había hablado y en él leyó lo siguiente:

HISTORIA DE LA INGLESA BELLY.

Vivía en Lóndres un rico comerciante llamado Sir Clarins, de edad de treinta años: tenía en su compañía una hermana á quien amaba en estremo, aunque era altiva, caprichosa y de perverso corazon. Llamábase esta Madama Herbert, frisaba ya en los cuarenta años, había enviudado muy jóven y asociado sus bienes al comercio de su hermano bajo la promesa que ambos se habian hecho de continuar aquel soltero y esta viuda. El amaba mucho á su hermana á pesar de que no podía sufrirla; porque era de carácter dominante y una de aquellas personas cuyo prurito es atormentar á los que tienen á su lado.

Digitized by Google

Sir Clarins, cansado del comercio, y temiendo, por algunas pérdidas que había esperimentado, la total ruina de sus caudales, resolvió retirarse y vivir en el campo. Habló de esto á su hermana, la cual, por la vez primera fué de su mismo parecer. Vendieron pues la hermosa casa que tenían en Chering-Cross, y compraron una bellísima posesion en Surrey, pequeña aldea situada á poca distancia de Lóndres. Madama Herbert, que gustaba del fausto y ostentacion, hermoseó su nueva habitacion con los muebles mas esquisitos, y los dos se establecieron allí con una familia bastante numerosa. Hallóse muy bien Clarins en este retiro durante algun tiempo, pero habituado hasta entonces á una vida activa, al fin se fastidió, y procuró distraerse en los inocentes placeres de la caza. Tanto le dominó esta aficion, que muchas veces pasaba entregado á ella dias enteros sin volver á su casa hasta la noche. Quejóse amargamente su hermana del abandono en que la dejaba; Sir Clarins la respondió con aspereza, y de aquí tuvo principio su desunion, porque Clarins, que entre los cuidados de su giro habia tenido menos lugar para resentirse del predominio de su hermana, conoció al cabo el peso del despotismo que le agobiaba. Prorrumpió, pues, en quejas, hubo enojos y

Digitized by Google

contradicciones, y siempre estaban en guerra. Sir Clarins prolongaba lo posible sus frecuentes ausencias; y Madama Herbert, por su parte, procuró distraerse en las cercanías.

A muy poca distancia de su casa había un soberbio castillo, perteneciente á una riquísima señora que todos los años solia pasar allí la primavera. Madama Herbert se había relacionado con esta muger, llamada Milady Bronton, porque sobre poco mas ó menos eran ambas de un mismo carácter. Una tarde que Madama Herbert se hallaba en casa de esta Milady, entraron á visitarla Miss Belly y Sir Enrique Ofman. Todos los concurrentes fijaron la vista en estas dos personas; y si los hombres admiraron la hermosura de la jóven Belly, las mugeres quedaron encantadas de la gallardía del jóven Enrique. Milady Bronton que los conocía, les hizo sentar; y tratando de retratos, habló de lo bien hecho del suyo, que era efecto de la destreza de Belly, prometiéndola que la proporcionaria ocupacion entre las gentes que ella conocía. La visita de estos jóvenes fué corta, y luego que se retiraron, todos los concurrentes pidieron noticias de ellos á Milady, la cual, afectando frialdad, dijo: Estos son unos jóvenes honrados, pero de muy pocas conveniencias; por

Digitized by Google

cuya razon se ven precisados á valerse de las habilidades que les proporcionó la esmerada educacion que tuvieron, pues de otro modo perecerian de necesidad. Regularmente viven en la capital; pero á una milla de esta aldea han alquilado una habitacion, adonde vienen de vez en cuando para descansar de su contínuo trabajo y disfrutar de las delicias del campo.

Madama Herbert, á quien el jóven había interesado mucho, continuó sus preguntas á Milady, diciéndola: ¡Los dos me parecen bellísimas criaturas!.. ¿son hermanos?—No; son primos.—¡Primos! ¿de veras?—No hay duda; he conocido á sus padres.—¿Su edad?—Belly tiene veinte años, y su primo dos mas, segun creo.—¿Los dos saben pintar?—Belly es la que pinta; su primo es poeta dramático, y hace poco ha dado al teatro la comedia titulada: *El camino de la ruina*, que ha sido tan aplaudida.—La he visto, y en efecto es muy graciosa; ¿y viven solos, sin padre, madre ó parientes?—Son huérfanos, y sus costumbres tan puras que logran la comun estimacion: yo les profeso el mas cordial afecto.—Pues bien, introducidme con ellos, porque quisiera tener mi retrato y el de mi hermano; yo les proporcionaré hacer otros muchos, porque tengo infinitos cono-

Digitized by Google

cidos.—Lo haré con mucho gusto; pero no me lisongeo de que vayan á vuestra casa, porque en medio de su infeliz situacion, tienen cierta elevacion de espíritu.... mejor es que vos los visiteis, pues no viven muy lejos, y yo os daré las señas.

Aunque distase su casa cien leguas, Madama Herbert no habria dejado de presentarse en ella, porque Enrique había hecho en su pecho una impresion demasiado profunda... ¡funesta impresion que ha originado la desgracia de tantos inocentes!

Dejó pues al instante la Herbert su visita, volvió á su casa, se sentó en un camapé, y se puso á reflexionar, lo cual era para ella una maravilla; pero ya se sabe que las reflexiones del amor son tan tumultuosas y oscuras, que pueden llamarse delirios del corazon mas que efectos del discernimiento. Por la noche riñó mucho mas de lo que acostumbraba con su hermano; y notando sus facciones fuertes y denegridas con el sol, comparó con él á Enrique. Fácil es de conocer que la balanza se inclinaría á favor de este, cuya imágen estaba grabada en su corazon con rasgos de fuego. Pasó la noche muy agitada; y por la mañana mandó poner su coche y marchó á Briste, pequeño cortijo situado cerca de la casa que habitaban los jóvenes, que iban á per-

Digitized by Google

der su felicidad con tan fatal visita. Traslàdóse pues á su habitacion, entró, y solo halló á Belly, á quien dijo: Ayer os ví en casa de mi amiga Milady Bronton, y según lo que esta me ha dicho, sabeis hacer retratos.—Sí señora....—Pues bien: os suplico que hagais el mio, para regalàrselo á mi hermano: se conoce que Milady os quiere mucho.—Efecto de su bondad.—Ha hecho mil elogios de vos y de vuestro primo; ¿no está en casa?—Sí señora, pero está trabajando en su gabinete.—Servíos darle aviso de que estoy aquí.

Pronunció la Herbert estas palabras sin reflexion, y como si estuviese persuadida de que habiendo ella hecho una grande impresion en el jóven, debía este quedar enagenado sabiendo que había venido á verle el objeto de sus ánsias; pero Belly se atrevió á decirla: ¿Tiene mi primo el honor de conoceros?

Quedó la Herbert confusa un breve rato con esta pregunta; pero al fin respondió: No por cierto; mas ví su comedia en Convent-Garden, y me causó infinito placer: ¡ teneis seguramente ambos estraordinario talento!

Belly, sin contestarla, la hizo una profunda cortesía; y la Herbert, deseosa de prolongar la

Digitized by Google

visita esperando ver lo que solicitaba, suplicó á su amable huéspeda que al instante diese principio á su retrato, añadiendo: No urge el concluirle; y vendré cuantas veces sea necesario para el efecto, pues quiero sorprender á mi hermano, y es forzoso que no os vea en mi casa antes de dar fin á la obra.

Belly dispuso su caballete, y empezó á trabajar; pero el modelo se ocupaba mas en volver la cabeza hácia las puertas, que en conservar la actitud conveniente. En fin, la jóven artista la dijo que por aquella vez se había hecho lo bastante, y la Herbert se vió precisada á retirarse sin haber visto al objeto de su amor. Volvió el dia siguiente, y sucedió lo mismo, porque Enrique estaba siempre ocupado en su gabinete. Desesperada con tanto contratiempo, suplicó á Belly que á la mañana siguiente tuviese la condescendencia de darla de desayunar, pues así, dijo, vendré mas temprano. No era este el motivo que la conducía, sino la esperanza de ver reunidos á los primos. Cumplióse al fin su deseo, porque á la mañana siguiente halló á Belly y Enrique sentados á una mesa cubierta de té, mantéca, tostadas y frutas. Tuvo entonces el tiempo suficiente para examinar á Enrique, que la pa-

Digitized by Google

reció tan amable y entendido como bien formado. Perdió casi enteramente el juicio, y no trataba ya de la continuacion del retrato. Belly no sabía á qué atribuir su distraccion; pero despues del desayuno Enrique volvió á su gabinete, y el modelo se hizo mas dócil.

Diez visitas proporcionó á la Herbert el pretesto del retrato, durante las cuales tuvo el placer de ver repetidas veces al amable poeta, causa de su delirio. Luego que estuvo concluido el retrato, rogó á los dos jóvenes que fuesen á cenar á su casa, tanto para abonarles el importe de la obra, cuanto para que disfrutasen de la agradable sorpresa que causaría á su hermano el primor de la pintura. Escusáronse ellos con la distancia de la casa de Sir Clarins; pero la Herbert les dijo que pasarían allí la noche, y al otro dia los volvería en su coche, con lo cual los dos primos accedieron á su deseo.

Determinado el dia, la Herbert procuró acariciar á su hermano, para que no advirtiese Enrique la desavenencia que reinaba entre ellos. Clarins estrañó mucho la amabilidad de su hermana, que no sabía á qué atribuir; pero no pudo menos de corresponder á sus afectuosas espresiones. Al fin, un dia le dijo que volviese temprano á cenar, pues le

Digitized by Google

aseguraba que no le pesaría de complacerla. Convino, y volvió de su cacería antes de anochecer. ¡Cuál fué su sorpresa al ver junto á su hermana un gallardo mancebo, y sobre todo, una jóven tan hermosa que le dejó embelesado! Examinaba Clarins este prodigio de la naturaleza, analizaba sus facciones y sus gracias, y creía ver el modelo de las deidades que los mas célebres pintores han presentado á nuestros ojos. Sintió respecto de Belly los mismos efectos que su hermana respecto de Enrique; y por un efecto de estraordinaria simpatía, atendida la diferencia de edad, la hermosa Belly se encontraba en disposicion de corresponder tiernamente á los sentimientos de Clarins. No sucedía lo mismo con Enrique, á quien la Herbert debía parecer muy fea, porque lo era, además de vieja, y cuyo mal carácter se descubría á primera vista. Sin duda, á saber las pretensiones de esta loca, hubiera huido de ella como de un mónstruo.

La cena fué muy agradable, y á los postres le presentaron á Clarins el retrato de su hermana hecho por Belly, con lo cual quedó totalmente enamorado. Era la obra tan perfecta, que Clarins no se cansaba de mirarla. Agradeció friamente á su hermana tan inesperada sorpresa; pero luego se es-

Digitized by Google

tendió en apasionados elogios de Belly, que los recibió con aquella modestia que es inseparable compañera del virginal pudor y del verdadero talento.

Despues para acompañar á los jóvenes á los cuartos que se les había preparado, Clarins dió la mano á Belly; y Enrique, por pura cortesía, dió la suya á la Herbert. Mientras nuestros jóvenes disfrutaban el sueño dulcísimo de la inocencia, los dos hermanos velaban agitados por una misma causa. Clarins renovaba en su idea las gracias y atractivos de la amable Belly; y su hermana se resolvía á declarar al otro dia su amor al jóven poeta, lisonjeándose esta necia de que todavía podia inspirar deseos capaces de fomentar una intriga amorosa.

En consecuencia de esta resolucion, á la mañana siguiente hizo llamar al jóven. Ya se había ella vestido del modo mas seductor en su concepto, y declaró á Enrique su pasion; pero á pesar de sus artificiosas lágrimas, abrasados suspiros; y en fin, á pesar de todos los resortes de la mas refinada coquetería, con gran sorpresa suya se halló desairada. Enrique se horrorizó de oirla, la habló con altivez y aun con desprecio; pero ella no cedió, y llegó hasta ofrecerle su mano; él la desechó diciéndola que la soledad y las musas eran sus únicos amores.

Digitized by Google

Lloraba la Herbert, rogaba, suplicaba; y Enrique avergonzado de ver la ignominiosa degradacion de esta muger, juró que nunca volvería á verla. Enfurecióse la Herbert, y le previno que si se trasluciese algo de aquella escena, sabría vengarse de un hombre tan grosero. Enrique se retiró turbado, fué en busca de su prima, á la cual halló en compañía de Clarins, y la volvió á su habitacion de Briste, sin participarla nada de cuanto le había acaecido, por no disgustarla haciéndola ver el horrible cuadro del vicio. Los dos se entregaron de nuevo á sus solitarias y apacibles ocupaciones.

Entre tanto, la desesperacion y el deseo de venganza se apoderaron del corazon de la Herbert. Ya Enrique no era á sus ojos un jóven virtuoso y encantador, sino un mónstruo. Resolvió perderle, y no pensaba mas que en los medios de realizarlo. En tanto que su cabeza trabajaba para la destruccion de una familia que para ella era ya detestable, su hermano solo pensaba en hacer feliz á la que adoraba. Clarins, tan apasionado como su hermana, pero mas virtuoso y delicado, tenía en sus amores un objeto decente, pues pensaba sériamente en casarse, y no en ser un seductor. Estaba cansado de la desagradable compañía de su hermana, y que-

ría romperla. Era rico, podía hacer venturosa á la que amaba, y se decidió á verificarlo. En consecuencia de ello, sin saberlo su hermana, fué á casa de la hermosa Belly, á la que encontró en compañía de su primo componiendo música. Su presencia alteró un poco á Enrique, y estraordinariamente á Belly. Clarins fundó el motivo de su visita en las leyes de urbanidad; y despues procuró ganar la confianza de los dos primos, los cuales, entregándose desde luego á la estimacion que les inspiraba, sin prever las consecuencias, le hicieron una sencilla confesion de su estado, de su fortuna, y de su ninguna ambicion. Quedó Clarins encantado de su franqueza é ingenuidad; y despues de haber hecho una relacion individual de sus haberes, de sus inclinaciones y costumbres, se declaró pidiendo la mano de Belly. Avergonzóse esta; y su primo, atónito, no sabía qué responder. Enrique quería á su prima mas que á sí mismo, y no hubiera dudado en admitir partido tan ventajoso, á no temer las persecuciones y carácter violento de Madama Herbert. Por esta razon se atrevió á decir á Clarins: Despues de agradecer en nombre de mi prima la preferencia con que os dignais honrarla, debo esponeros mis recelos de que vuestra hermana no se acomode á vivir con una

niña como es mi prima; y esto solo...—Esto solo, respondió vivamente Clarins, queda destruido en dos palabras, reducidas á que casándome con Belly, me separo absolutamente de mi hermana, cuyo carácter altivo se me ha hecho insufrible desde que dejé el comercio. Confiad, Enrique, en mi esperiencia: conozco perfectamente que vuestra prima ni puede, ni debe vivir al lado de mi hermana.

Enrique pidió ocho dias de término para que su prima reflexionase, y responder á tan lisonjera propuesta; y aunque ocho dias eran ocho siglos para un hombre tan enamorado, Clarins no pudo menos de concedérselos, prometiendo volver el último de ellos á saber su felicidad, ó la sentencia de su muerte.

Pero Enrique no necesitó los ocho dias para conocer las disposiciones de su prima, pues solo un momento fué suficiente para descubrir el estado de su corazon, resuelto á consentir en todo. Apreciaba mucho Enrique á Clarins; veía en este enlace una felicidad inesperada para su prima, y sin embargo se estremecía sin saber por qué. Latía violentamente su corazon y parecía que le aconsejaba no consintiese en semejante union. Sabía que Belly amaba, y quería reprimir este amor, aunque no

Digitized by Google

podia desaprobar su pasion hácia el único hombre que podia convenirla. No le tranquilizaba la promesa de que su prima viviría separada de Madama Herbert, porque conocía que esta muger no accedería á separarse: que por la ridícula pasion que había concebido, seguiría constantemente sus pasos, y viéndose despreciada, se inclinaría á la venganza, y procuraría sembrar la discordia en casa de su hermano. ¡Pobre Enrique! tú conocias lo que había de suceder, y no tenias resolucion para conjurar la tempestad oponiéndote á los sentimientos de tu querida prima.

Al terminar el plazo de los ocho dias, se presentó Clarins, y al instante leyó su felicidad en los ojos de Belly y en el silencio de su primo. Iba por fin á ser feliz, le aseguraban esta esperanza; y ya no se trataba sino de arreglar los puntos de interés, y el señalar dia para el casamiento. Yo quisiera, dijo Clarins, que esta union dichosa se hiciese desde luego con todo sigilo. Mi hermana permanece todavía en mi casa, y no tiene preparada otra para mudarse... Tiene sobre mí una especie de dominio... Si la digo que tengo intencion de casarme, se enfurecerá, llorará, y.... ¿qué se yo? Será mejor que lo sepa cuando ya todo esté concluido, y entonces, como

Digitized by Google

no habrá remedio, será forzoso que tome su partido. Milady Bronton es amiga mia, la he consultado este punto, y me ha ofrecido su castillo y su oratorio para este efecto: su capellan, si os parece nos casará pasado mañana en presencia de tres ó cuatro amigos, sin que mi hermana llegue á saber nada.

Esta disposicion, que á Belly pareció sencillísima, no fué de la aprobacion de Enrique, el cual manitó algunas dificultades, que su misma prima desvaneció, diciéndole por fin, que aquella no era mas que una precaucion momentánea, y añadiendo: Madama Herbert me ama y me ha dado mil testimonios de su afecto; el disgusto que puede concebir, y que mirado á fondo solo es efecto de lo mucho que ama á su hermano, será menor cuando sepa que soy yo su cuñada; estoy segura de que me estrechará en sus brazos, y de que lejos de dejarnos, se complacerá en vivir tranquilamente con nosotros.

Enrique miró enternecido á su prima, y aun se le asomaron las lágrimas á los ojos; pero como era bueno, sensible y confiado, no quiso afligirla, y convino en todo. Clarins, lleno de satisfaccion, hizo en secreto todos los preparativos; y el dia señalado para su enlace condujo Enrique á su prima al castillo

Digitized by Google

de Milady Bronton, que se mostró contentísima de la fortuna de su protegida.

Verificóse la union, y no pensaron luego sino en comer juntos con aquella alegría y amistosa franqueza que siempre escita un matrimonio bien dispuesto; pero cuál seria la sorpresa de Clarins cuando al fin de la comida vió entrar á su hermana! Conoció que Milady Bronton le habia vendido, y la dirigió una terrible mirada; pero ella sin hacer caso, se levantó y corrió á abrazar á la Herbert, diciéndola: Venid, querida amiga, venid á manifestar á mis huéspedes que les he proporcionado una agradable sorpresa. Clarins, vos os recelábais de una hermana tiernísima, y sin motivo alguno, pues ha sabido vuestros proyectos, y solo viene aquí para aprobarlos con la mayor cordialidad.

Sí, hermano mio, esclamó la Herbert, abrazando á Clarins: estoy contentísima de tu felicidad, y sobre todo de que hayas tenido tan acertada eleccion. Ven, graciosa Belly, ven á mis brazos hermana mia, y sabed todos que si he tenido algun resentimiento de vuestra reserva, á fuerza de finezas os manifestaré el agravio que me habeis hecho.

Belly abrazó á la Herbert: Clarins estaba atónito de oir á su hermana; pero Enrique, fijos los ojos en

Digitized by Google

el suelo, parecía que se recelaba de la sinceridad de esta muger; y todos formaban un cuadro verdaderamente estraño, que se prolongó silenciosamente un breve rato. Al fin Clarins dijo á su hermana: Hoy mismo hubieras sabido mi nuevo estado, aunque temía que me reconvinieses con la promesa que te había hecho de pasar mis dias sin separarme de tí; pero una vez que el amor me ha hecho quebrantarla, está en tu arbitrio tomar el partido que te parezca mejor. Mis papeles están arreglados, y tu fortuna se halla absolutamente independiente de la mia. Está hecha la division de bienes, en la cual reconocerás muchas ventajas: por lo tanto espero que te retirarás adonde quisieres.—¿A dónde me he de retirar, cruel? ¿nó sabes que me es imposible separarme de tí? ¿que amo hace mucho tiempo á tu esposa, y que toda mi dicha será vivir en su compañía?—Nada de eso, hermana, nada de eso. Conozco demasiado tu genio, tus arrebatos y tus estravagancias para cometer la necedad de esponer á ellas á Belly. La diferencia de edad entre vosotras es un obstáculo invencible. En fin, quiero ser libre, y que tambien lo sea mi esposa. En este supuesto, toma tu partido, ó tomaré yo el mio.

Clarins, á quien este acto de firmeza le había

Digitized by Google

sido desconocido hasta entonces, esperaba, lleno de satisfaccion, la respuesta de su hermana. Esta, picada hasta lo sumo, pero queriendo llevar adelante su fingido papel, despues de haberse mordido los lábios, continuó así: Es cosa indigna y terrible, Clarins, injuriar de tal manera y en presencia de gentes desconocidas á una hermana que siempre te ha dado continuos testimonios de su afecto, y que por tí se ha sujetado con voto al celibato. Cuando tú eres quien me engaña, y el primero que quebranta nuestro recíproco empeño, ¿tienes valor para decirme cosas tan duras, y pretendes desterrarme de una casa tuya y mia á un mismo tiempo? ¡Ah! ¡cuánto necesito recordar nuestro antiguo afecto para olvidar semejante proceder! Podré hacerlo; pero sea esta la última ocasion en que me obligues á tan grande esfuerzo; no vuelva yo á oir hablar de separacion. Bien concibo que puedes tener corazon para resolverte á vivir lejos de una hermana que ha sido tu íntima y única compañía; conozco que puedes aborrecerla, detestarla, suponerla impertinencias, y aun agravios; pero yo, que no soy injusta ni de alma tan fria, no tengo resolucion para separarme de un hermano á quien amo, y de su esposa, á quien si no es por mi no hubiera él conocido, cuya felicidad actual es obra

Digitized by Google

mia, y á la cual quiero tratar siempre como á mi mas tierna amiga.

Madama Clarins, víctima de este artificioso discurso, abrazó á la Herbert diciendo: Si, querida hermana, yo soy vuestra amiga, y nos amaremos eternamente.—¿No la oyes, hermano? pregúntala si quiere separarse de mí: desde luego me sujeto á su dictámen.—Nunca, nunca: querido esposo, concédeme la gracia de vivir con tan digna hermana, que será mi mas dulce compañera.

Clarins guardó silencio; Enrique, pesaroso de ver la facilidad de su prima, quiso hablar; pero conociéndolo la Herbert, se anticipó diciéndole: Yo creo que no sereis de distinto parécer que vuestra prima: bien conoceis lo mucho que aprecio su familia, y estoy segura de que me hareis la justicia de creer que no puedo menos de interesarme en la felicidad de mi hermano y de su esposa. Sonrióse, al decir estas palabras, y Enrique no tuvo valor para oponerse á sus ideas. Clarins se sorprendía viendo los repetidos abrazos de las dos cuñadas. Al fin quedó decidido que viviesen todos juntos, con gran sentimiento de Enrique, que nunca hubiera consentido en semejante enlace, á prever este arreglo. Sin embargo, tomó su partido, porque temía á la Herbert;

Digitized by Google

y como gustaba de la soledad para entregarse á sus ocupaciones favoritas, volvió solo á Briste, donde se encerró en su gabinete, firmemente resuelto á no ir á Surrey sino muy raras veces. En vano su prima, que echaba de menos su compañía, le instaba para que viniese á establecerse mas cerca, pues no pudo alterar la resolucion de Enrique, que todos graduaron de misantropía, menos la Herbert, que sabía muy bien la causa.

No se crea que esta perversa muger mantenía esperanzas de seducirle ó casarse con él, nada de eso; solo pensaba en arruinarle, juntamente con su prima, y aun con su mismo hermano á quien no podía perdonar el matrimonio que había contraido. Con la idea de dirigir desde lejos sus baterías había fingido mucha satisfaccion; y si deseaba permanecer en la casa era solo para ejecutar con mas facilidad sus bárbaros designios. Milady Bronton, que sin causa para querer mal á Belly envidiaba su elevacion, había participado á la Herbert el desposorio dispuesto en su casa, y ambas arreglaron la escena de la falsa ternura que hemos referido. Por algun tiempo trató la Herbert á su hermano y cuñada con la mayor afabilidad, y por este medio se aseguró tanto en la confianza de Clarins, que

Digitized by Google

ganó enteramente su voluntad. Entonces fué cuando dió principio al drama que habia forjado. ¡Conducta atroz! ¡Horrible venganza, ejecutada en una inocente, y que por desgracia se hallaba próxima al parto!

En el espacio de ocho meses solo tres veces había ido Enrique á Surrey. Su prima, que le amaba, determinó ir un dia á sorprenderle en Briste, y comunicó esta idea á su cuñada, que la aprobó y se ofreció á acompañarla. En consecuencia salieron una mañana para Briste, previniendo á Clarins que volverian al dia siguiente. Durante su ausencia, se presentó á Clarins un aldeano, diciéndole que tenía que hablarle en secreto; le introdujo en su gabinete, donde le preguntó qué era lo que tenía que comunicarle, y el aldeano le dijo: Perdonadme si procuro hablaros á solas; porque sentiría poneros en la precision de avergonzaros delante de gentes.—¿Yo avergonzarme? el hombre honrado nunca tiene por qué.—Ya, pero.... perdonadme; porque.... la miseria en que me veo.... la ingratitud de una hija que me causa grandes pesares...—Proseguid sin turbaros; enjugad vuestras lágrimas, pues me disgusta que un hombre tenga la debilidad de llorar delante de otro.—¿Y cómo es posible no llorar? ¡ah,

Digitized by Google

buen señor!... vos mismo bien pronto....—Yo creo, amigo, que el pesar ha alterado vuestro juicio.—Nó será estraño ¡porque soy tan desdichado!...—Pues contadme vuestros males, que si puedo aliviarlos... —¡Oh! nadie en el mundo sino vos, puede consolarme.—Pues hablad.—Es que tal vez.... os enojareis.... me echareis.... ¿qué se yo?...—Pero bien: acabad de esplicaros.—Yo, señor, aunque pobre labrador, tengo honradez; y en cuanto á esto, no cedo á nadie.—Yo lo creo; adelante.—No tenía sino una hija, la cual era muy hermosa; pero esta me dejó siendo tan jóven que tendria mucho trabajo en reconocerla; bien que no me atrevería á ponerme en su presencia.—¿Y por qué?—¡Ha llegado á ser tan gran señora!...—Por la misma razon debeis presentaros á ella, para que dulcifique vuestra suerte; ¿pero quién es? ¿la conozco yo?—¿Si la conoceis?... es vuestra esposa...—¡Cielos! ¿qué decís? ¿Belly?... —Sí, ese es su nombre.—¿Mi esposa es hija tuya? —Conozco que si en decirlo os ofendo...—No, no: esplícate: tú dices....—Digo que soy padre de vuestra esposa, que en edad muy tierna dejó mi pobre casa; y solo hace quince dias que he sabido la gran fortuna que ha hecho.—¡Infeliz!... mira no te engañes.—No me engaño: ha sido educada en la

Digitized by Google

ciudad en casa de una señora que la ha enseñado la música, la pintura y otras mil cosas; pero no la ha enseñado á respetar á su padre, socorrerle en su miseria, y consolarle en sus cansados dias.—Buen hombre, yo creo que deliras: mi muger era huérfana; y ella y su primo no tenian padres cuando.... —¿Qué primo? yo he sido hijo solo, y por consiguiente Belly no puede tener primo.—¡Cielos!... ¿Cómo?... Enrique, que vivia con ella....—Yo no tengo noticia de tal Enrique.—¡Gran Dios! Quedó Clarins absorto un gran rato; no se atrevía á entregarse al tropel de reflexiones que se agolpaban á su imaginacion; pero al fin persuadido de que el labrador confundia las especies, ó no estaba en su juicio, continuó diciéndole: Hombre, cualquiera que seas, tiembla de engañarme; y sobre todo dame pruebas de lo que afirmas: ¿quién eres? ¿cómo te llamas?—Me llamo Tomás Benk; he nacido y vivido siempre en Forshire, que dista de aquí veinte millas, y en donde habiendo quedado viudo, criaba tranquilamente á mi hija Belly dedicándola á las labores del campo. Pasando por allí un dia una señora, me pidió á mi hija, y se la llevó á Lóndres para educarla.—¿Cómo se llamaba esa señora?—Lady Varing; pero murió hace mucho tiempo, y desde entonces no he sabido

Digitized by Google

adónde se había retirado mi hija. Solamente pude averiguar que hacía retratos. La escribí muchas cartas, ó por mejor decir, hice que la escribiera nuestro rector, y.....—¿No te respondió?—Algunas veces.—¿Tienes algunas cartas suyas?—Sí señor: ved aquí un paquete: bien conocereis su letra.

Temblando tomó Clarins el paquete de cartas; desdobló una y leyó:

«Mi querida hija, esta sirve...»

EL LABRADOR.

¡Ah! esa es una carta mia, en que la preguntaba.... pero leedla; y luego vereis su respuesta.

CLARINS *leyendo.*

«Mi querida hija: esta sirve para preguntarte si »sigues siempre el camino del honor. Te participo »que mis dos últimas vacas han muerto, y me veo »arruinado. He sabido que ganas bastante haciendo »retratos, y así procura enviarme alguna cosa; bien »que son muchas las veces que te he suplicado lo »mismo y nunca me has socorrido. Si haces lo mis»mo ahora, la desgracia te perseguirá, como sucede »á los hijos ingratos: si me envias algun socorro, le »pondrás en poder del rector Sompton en Forshire; »y queda tuyo tu padre.—*Tomás Benk.*»

Digitized by Google

EL LABRADOR.

Leed ahora lo que me respondió.

CLARINS *leyendo y confundido de reconocer la letra de su muger.*

«Mi venerado Párroco: me son muy sensibles las »desgracias acaecidas al virtuoso Tomás Benk, á »quien respeto y amo tanto...

EL LABRADOR.

¡No quiere llamarme padre, porque le parecería vergonzoso!

CLARINS *continuando.*

«Por desgracia nada puedo hacer por él, por»que yo misma estoy muy necesitada. Las artes son »poco lucrativas. Los que nos entregamos á ellas »recibimos contínuas alabanzas; pero la fortuna »huye de nuestros obradores, y va á enriquecer al »exactor y atormentador de su pais. En la actuali»dad tengo muy poco que hacer. Por lo que toca al »jóven, ya conoceis su cabeza, y los pocos recursos »de la profesion que egerce...

EL LABRADOR.

¡Por lo que hace al jóven! nunca ha podido entender lo que esto quiere decir....

CLARINS *suspira y prosigue.*

«Decid pues al buen Tomás que deje de perse-

»guirme; y á la verdad no podría hacer mas si yo le »debiera mi educacion y la poca destreza que tengo »en mis labores, cuando á vos solo y á la respetable »Lady Varing debo cuanto soy. A Dios, hombre »virtuoso; y no digais donde vivo al que os hace es- »cribir, porque quiero librarme de sus importuni- »dades, aunque no ceso de supliear al cielo que haga »feliz á un hombre á quien debo la vida.»

EL LABRADOR.

¡ A quien debo la vida ! no es poca fortuna que se digne confesarlo; ved, ved las demás cartas.

Clarins, turbado hasta lo sumo, leyó rápidamente dos ó tres dirigidas por Belly al rector de Forshire, en las que se hacía mencion de Tomás, pero sin llamarle padre. Esto debía chocar á cualquiera hombre que hubiese sospechado que su esposa tenía enemigos; pero Clarins consideraba á la suya rodeada solo de amigos, y creía que nadie podía tener intencion de perjudicarla: por esto nada le ocurrió á Clarins en defensa de su muger; y dejóse caer en un camapé esclamando: ¡ Oh Dios! ¡ Enrique no es su primo !

El astuto labrador recargó sobre la especie del primo, insistiendo en que era falso semejante parentesco, pues nunca había tenido hermanos. Este

Digitized by Google

hombre apoyaba todo lo que podía interpretarse siniestramente contra la inocente Belly; mas viendo que Clarins le miraba con ojos espantados, conoció su necedad, y quiso repararla ponderando la mucha virtud de su hija en todo, menos en el agradecimiento. Pero estaba ya clavada la flecha en el corazon del infeliz esposo: sospechaba, ó por mejor decir, creía que Enrique era un amante, con quien Belly había vivido libremente antes de su matrimonio, y con quien era de temer que continuase faltando á sus obligaciones. Al fin dijo al labrador: Quedaos aquí, porque mi muger no está en casa, ni volverá hasta mañana; pero quiero que abrace á su padre delante de mí. Sin embargo, á nadie digais los secretos que me habeis confiado, porque tengo motivos poderosos para ocultarlos. El labrador, algo confuso, respondió: No puedo detenerme porque tengo empezada la siembra; volveré despues y me detendré todo lo que quisiéreis.—Pues ¿á qué habeis venido?—Solo á ver á mi hija y á mi yerno, y volverme al punto.—Deteneos solo un dia.—No puede ser, no puede ser.

Todos los esfuerzos de Sir Clarins para detener al labrador fueron en vano: lo único que alcanzó fué que le dejára todas las cartas de su muger. Se

Digitized by Google

despidió Tomás cargado de regalos que le hizo Clarins, que creía reparar con sus beneficios la ingratitud de su muger para con su padre.

¡ Considérese el estado de este infeliz luego que se ausentó el labrador ! La humilde condicion de Belly y el habérsela ocultado, le era menos sensible que su íntimo trato con un jóven encubierto bajo el título de primo. Sintió profundamente el dolor de los celos y del desprecio; pero para asegurarse mas de la inteligencia criminal que ya daba por supuesta, partió inmediatamente al castillo de Milady Bronton, la cual, segun lo había dicho varias veces, conoció á los padres de los dos primos. No halló á esta señora, porque atraida de la fama de unas grandes funciones que se daban en el coliseo de Lóndres, había marchado allá por uno ó dos meses. Desconsolado con este contratiempo, tuvo intencion de mandar á su cochero que tomase el camino de Lóndres para aclarar este misterio; pero no se resolvió á nada, sin consultar antes con su hermana, en quien tenía entera confianza, y que amaba tanto á su esposa. Bien se deja conocer la agitacion con que pasaría la noche, y la impaciencia con que esperaba la vuelta de las dos señoras.

Al fin llegaron: Madama Clarins abrazó á su

Digitized by Google

marido, y le dijo: Mi primo está bueno, y me ha encargado que te hiciera presente su mucho afecto: no puede venir á verte, porque está acabando una obrita que le han encargado con mucha prisa.

Clarins, al oir la palabra de *primo*, arqueó las cejas, y se desvió de los brazos de su muger, la cual como jóven y muy viva no hizo gran reparo en esto. Sin embargo, no dejó de observar despues cierta frialdad en su esposo; pero lo atribuyó al disgusto de haberse visto ausente de ella veinte y cuatro horas. Fuése Belly á su cuarto á mudarse de ropa, y entre tanto Clarins rogó á su hermana que pasase á su cuarto, pues tenía que hablarla en secreto. Madama Herbert buscó un pretesto para dejar en su habitacion á Belly y pasó á la de su hermano.

Aquí se suspendió la lectura, para continuarla la tarde siguiente.

Digitized by Google

TARDE XXXIX.

LA TRAICION.

¿Qué diremos del malvado,
Del ente vil y cobarde,
Que de amigo haciendo alarde,
Al amigo confiado
Vende en inicuo mercado?
Desalmado y sin pudor
Jamás conoció el honor,
Ni Dios, ni Patria, ni Rey;
Jamás respetó la ley;
Ni aun es hombre el que es traidor.

Reunidos la tarde siguiente, Mr. Delacour continuó así su lectura.

CONTINÚA LA HISTORIA DE BELLY.

Compadéceme, hermana, estoy desesperado; dijo Mr. Clarins á Madama Herbert apenas se vieron solos. — Pues ¿qué tienes? ¿qué te ha sucedido? in-

Digitized by Google

terrogó la falsa arpía aparentando ignorarlo todo.—Mi muger es un mónstruo; me engaña... á mí, á tí, á todo el mundo!—¿Estás en tu juicio?—Sí, demasiado; Enrique no es su primo.—¿De veras?—No es huérfana, no: he visto á su padre, y es un miserable labrador.—¿Cómo?—Ella ha abandonado á su padre por vivir con su amante. No lo dudes, hermana, Enrique es su amante.—Pero de dónde lo has sabido? ¿quién te ha contado novela tan inverosímil?—Dices muy bien: todo esto parece inverosimil, pero es cierto. —¿Enrique?—No es primo suyo.—¿Y su padre?...—Te digo que le he visto.—¿Le has visto?—Sí, y nunca ha tenido mas parientes que á Belly.—¡Cosa bien rara!—Quién te ha dicho á tí que eran parientes? ¿tienes algunas pruebas?—Pruebas no; todo el mundo lo decía....—Porque ellos se lo decian á todo el mundo.—Milady Bronton....—Sí, Milady Bronton lo sabe todo en esta parte; pero no está en su castillo.—¿Pues dónde está?—En Lóndres.—Pues no te aflijas, hermano, que ahora mismo me pondré en camino para Lóndres, porque es mejor que yo me informe, pues tú estás demasiadamente agitado. Al punto partiré; pero te aseguro que lo hago solo por complacerte, pues no creo una palabra... —¿Que nada crees?

Digitized by Google

muy bien; pero yo creo que conoces su letra: mira en estas cartas de qué modo trata á su padre.

La Herbert hizo que leía con ánsia las cartas de Belly; manifestó confusion durante un breve rato, y luego, levantándose rápidamente, dijo: Voy á Lóndres, sí: quiero saber si Milady Bronton, que ha tanto tiempo conoce á estos jóvenes, me ha engañado. ¡Sería cosa insufrible! ¡Comprometer así el honor de una familia! ¡Ah, Milady, Milady! ¡ya lo veremos! pero por Dios, que nada digas á tu muger hasta que yo vuelva: es necesaria toda esta reserva, hasta que lo hayamos averiguado todo.—Te lo prometo; mas espero que á tu vuelta me informarás exactamente de cuanto te diga Milady Bronton, sin que te contenga el amor que tienes á mi esposa.—No hay duda que la amo entrañablemente; pero amo mas á mi hermano.

La perversa Herbert enjugaba las lágrimas de su hermano, le consolaba, y aun lloraba con él para hacer la escena mas tierna; y despues de haber exigido nuevamente la promesa de que nada diría á su esposa hasta su vuelta, partió á Lóndres con intencion de interesar en sus ideas á la envidiosa Milady Bronton, que había jurado odio perpétuo á Belly, solo porque la veía feliz.

Digitized by Google

¡Pobre Belly! ignoraba cuanto se forjaba contra ella y su esposo. Esta esposa tierna y honesta preguntó por su marido, y la dijeron que un terrible dolor de cabeza le detenía en su cuarto. Voló á él, y no la abrieron la puerta. Se inquietó, preguntó á los criados, mas nadie pudo satisfacerla. Para colmo de su pena, este esposo, que no se dejaba ver, se hacía servir en su cuarto algunos ligeros alimentos, diciendo que no quería ver á nadie, ni aun á su esposa; ¡qué órden tan cruel para la sensible Belly! Esta era la vez primera que la desdeñaba un hombre que hasta entonces la había dado mil finísimas pruebas de afecto. Preguntó por su cuñada, y la dijeron que acababa de partir; pero que no se sabía adónde. La pobre Belly suspiraba, y esperaba que la esplicasen estos misterios que no podía penetrar.

Hácia el anochecer oyó entrar un coche en el patio; corrió á la escalera y se encontró con su cuñada, á quien dijo: ¡Por fin os veo, dulce amiga! ¿podreis esplicarme?... —Nada, nada, hija mia: déjame hablar á tu marido. Dicho esto, se dirigió al cuarto de su hermano. Belly quiso seguirla; pero su cuñada la detuvo, y apretándola la mano la dijo con tono compasivo; ya lo sabrás todo... ¡pobre

muchacha! ¡Tienes muy grandes enemigos! Sin decirla mas subió precipitadamente al cuarto de su hermano y se encerró con él, dejando atónita á Belly, que esperaba en su estancia el fin de tan estraordinarios sucesos.

La Herbert, sola con su hermano, se sentó en un camapé, y él no se atrevia á preguntarla; pero al fin la dijo: Vaya ¿qué hay? Su hermana entonces se levantó, dió algunos paseos por la estancia, y volvió á sentarse, sin articular una palabra, hasta que Clarins cansado, la preguntó de nuevo: ¿qué dice Milady Bronton?—No sabe mas que nosotros.—¿Cómo?... me parece que la oí decir que conoció á los padres de Belly y Enrique.—Sí, conoció al padre de Belly, que efectivamente es un labrador de Forshire. —Muy bien... ¿y el de Enrique?—El de Enrique es un hombre, como suele decirse, volandero, que se le presentaron como padre de Enrique; pero despues ha descubierto la verdad: ¡terrible verdad!... no son parientes.—¿Es posible?... ¿pues qué son?—Sosiégate.... ¿qué se ha de hacer?... Siento infinito verme precisada á agravar tus penas, y perjudicar á una muger que yo estimaba.... pero es preciso decirlo todo.—¿Todo? ¿con que hay todavía algo que saber? —Belly y su fingido primo, antes de venir á estable-

Digitized by Google

cerse en Briste, se vieron precisados á dejar á Lóndres, porque su trato escandaloso era el objeto de la censura general.—¡Triste de mí!... ¡ciega confianza!...—Despues de su matrimonio, Belly...—¿Despues de su matrimonio?—Ha recibido muchas veces... á Enrique... en su cuarto...—¡Cielos! ¿y de dónde, ó como has sabido esta particularidad?—De tu jardinero, que varias veces ha visto á Enrique saltar por encima de las tapias del jardin, contiguas á la habitacion de tu muger, y que tiene salida á él. —¡Dios santo! ¿y por qué el jardinero no me lo ha avisado?—¡Buena pregunta! porque le habian sobornado; y por eso ya no está aquí. Le he hallado en el camino; y para descargo de su conciencia me lo ha confesado todo; asegurándome que jamás volvería á Surrey.—¡Es posible!...—No hay remedio; ¡te han engañado cruelmente!... si yo hubiera sospechado... ciertamente que la última vez que estuve en casa de Enrique... advertí ciertas libertades... pero como los creía parientes... á las gentes sinceras cualquiera las engaña.—¿Y qué partido he de tomar?—Solo encuentro uno; pero es menester resolucion. De nada podría servir una tropelía escandalosa; y así conviene que retires á tu muger hasta el tiempo de su parto á la quinta que has comprado, que

Digitized by Google

disista dos millas de aquí. Tiene una habitacion segura y cómoda; si te parece, yo misma la llevaré á este sitio: cuidaré de que ni Enrique ni nadie la vea; y luego que pariere te separarás de ella para siempre. —¿Y he de reconocer un hijo?...—Si no es posible averiguar plenamente el delito ¿qué has de hacer? déjate gobernar: sé padre, pero deja de ser esposo. —Pero yo quiero verla, confundirla...—¡Excelente pensamiento! ¡muy propio de una imaginacion acalorada! Ella lo negará todo, llorará, se desmayará; tú te enternecerás, y serás víctima de tu debilidad. —Pero es cosa cruel desterrarla sin decirla...—Pues bien: dila cuanto quieras, haz lo que te diere la gana: la culpa tengo yo de meterme en asuntos que casi nada me importan, y de darte consejos que repugnan á mi corazon, como perjudiciales á una muger á quien yo debía proteger negándote la verdad de todo lo acaecido. ¡Ciertamente que hago un buen papel! ¡por compadecer á mi hermano, pierdo á mi amiga!... pero repito que hagas lo que quieras; mas te digo; y es que la perdones, pues puede ser que se enmiende.—¿Pero quién ha de perdonar agravios semejantes? No: me atengo á tu primer consejo. Vaya lejos de mí á dar el fruto de un enlace desdichado, y luego siga el rumbo que quisiere. Dispon

Digitized by Google

todo lo necesario, y encárgate de participarla mi resolucion.—No, hermano mio; me es muy sensible afligirla.—¿Con que prefieres mi desesperacion y mi deshonor?...—Pobre Belly!.. ¡en efecto, es muy culpable!—¡Y tanto!—Vaya: me resigno á castigar á la esposa, para que se sosiegue el esposo: mañana la llevaré á la quinta de Voor, y me estaré allí todo el tiempo necesario hasta que sea completamente madre. Sabrás diariamente por mí cuanto ocurra porque te participaré hasta las cosas mas indiferentes.—Dila que estoy instruido de todo.—Está bien. —Que la detesto tanto como la amaba.—Sin duda. —Y que no me he determinado á separarme de ella, hasta estar plenamente convencido de su perfidia. —¡Con pruebas incontestables!—Yo renuncio en tí cuantos derechos me competen sobre la muger mas vil del universo.

Despues de tal conferencia, que tanto favorecía las ideas de la Herbert, bajó esta á la habitacion de su cuñada, á la cual halló sumergida en la mas horrible inquietud: apenas la vió Belly, la preguntó: ¿Qué es lo que ocurre, señora?—¡Pobre hermana mia! es preciso que te resuelvas á alejarte de tu marido por algun tiempo.—¡Oh Dios! ¿y por qué?—Porque te han indispuesto con él. Algunos enemigos

secretos que tienes le han asegurado que Enrique no es primo tuyo.—¿Es posible que tan atroz calumnia?...—Los informes que ha hecho tomar en Lóndres, y particularmente en casa de Milady Bronton, no le han asegurado; y quiere tomarse tiempo suficiente para averiguar el misterio de tu nacimiento, como él dice, que tu le has ocultado.—¿Pero qué podía interesarle el saber mas de lo que sabe? Le he dicho que mis padres habían muerto siendo yò muy niña: que el respetable párroco de un lugarejo se encargó de mí y de Enrique, que tambien era huérfano como yo, hasta que una gran señora, se dignó llevarme consigo á Lóndres.... Pero muchas veces os he referido ciertas particularidades, que le debeis manifestar.—Todo se lo he dicho; pero ha tratado de fábula mi narracion, añadiendo que solo era una invencion tuya para engañarme y engañarle.—Yo puedo probar....—No quiere pruebas de cuanto he dicho.—¿Con que tiene derecho para ultrajarme sin oirme?—Ya te oirá cuando el tiempo le haya tranquilizado; porque ahora le falta poco para volverse loco. En fin, es preciso que te resuelvas á pasar algunos dias en el campo: no te es desconocida la quinta de Voor; allí irás, y yo te haré compañia; orque le he dicho que no te abandonaría á tu des-

Digitized by Google

gracia, y que aunque él fuese injusto, yo nunca sería insensible á la amistad.

Abrazó Belly á su infame enemiga, la cual, añadiendo otras mil palabras artificiosas, logró convencer á la inocente jóven para que cediese á sus consejos y se dispusiese al viaje. Así engañaba esta malvada á dos personas, aparentando la amistad mas sencilla. Al dia siguiente, Belly dijo que quería ver á su esposo; pero la aseguraron que había salido por todo el dia. Deshecha en lágrimas subió al coche casi desmayada entre los brazos de su cuñada, que afectaba profunda tristeza, y cuyos malignos pensamientos estuvo muy á pique de inutilizar un incidente, porque Clarins en realidad no estaba ausente; y no pudiendo resolverse á separarse de su muger sin verla, se presentó en el momento en que iba á partir el coche. Entonces su muger esclamó: ¡Cruel esposo! ¡hombre bárbaro é injusto! ¿por qué me castigas? ¿por qué, á lo menos, no te dignas escucharme?

Clarins se acercó turbado, y la dijo: ¿Conoceis á Tomás Benk, á quien debeis la vida?—Sí señor, le conozco.—¿Y á Lady Varing?—Fué mi protectora.—¿Y reconoceis estas cartas? ¿son vuestras? —Mias son: todas las dirigí al dignísimo párroco

de Forshire. — Basta, señora, quedo enterado; y no me volvereis á ver jamás.

Dicho esto, se retiró Clarins; y la pérfida hermana que, como suele decirse, temblaba de pies á cabeza, mandó al cochero partir al instante. La triste Belly, desesperada con este contratiempo, se quejó á su cuñada por la precipitacion de la marcha, añadiendo: ¡Ah! él me hubiera esplicado...— ¿Qué? ¿lo que él mismo ignora? ¿pues no ves que está como insensato?—¿Qué habrá querido decir citándome al anciano labrador Benk, á quien diez años ha que no he visto?—Yo no lo sé.—Es verdad que le debo la vida; y aun creo haberos referido, que educada en casa del Rector de Forshire, á quien mi tutor y albacea de mi padre pagaba por mí una cuantiosa pension, una noche se incendió la casa en que yo vivía con una aya, y en un instante hizo el fuego tan rápidos progresos, que sin duda hubiera perecido entre las llamas, á no ser por el valor de un labrador que atravesando la multitud de gentes convocadas á apagar el fuego, rompiendo por las llamas, me sacó en sus brazos y me llevó moribunda á su humilde habitacion, donde recobré mis sentidos. Llamábase este labrador Tomás Benk, á quien viviré eternamente agradecida como

Digitized by Google

hasta aquí; pero este hombre, poco acomodado, exigia de mí demasiado. No contento con los regalos que el rector, mi tutor, y yo le habíamos hecho, me escribía sin cesar á Lóndres pidiéndome dinero; yo le contestaba que no lo tenía, y le suplicaba dejase de importunarme; y estas son las cartas que acaba de mostrarme mi esposo: ¿qué hay en ellas contra mí? ¿quién se las ha entregado? ¿se habrá convertido en enemigo mio el importuno Benk, porque no le he podido favorecer en cuanto pedia? ¿qué misterios son estos, que no puedo concebir? Mi marido me cita á Benk, al Rector y á Lady Varing; añadiendo que esto basta; y ¿qué significa este enigma? Decid, hermana, ¿no os ha esplicado?...—¿A mí? nada: esta es la vez primera que le he oido pronunciar semejantes nombres. Sin duda que todo esto es una calumnia que te han levantado, asegurando á mi hermano que Enrique no es primo tuyo.—¿Pero por qué no se informa del Rector de Forshire, y del mismo Tomás Benk que nos ha conocido á Enrique y á mí, de muy tierna edad, criarnos en casa del Rector? Por otra parte, la pureza de nuestras costumbres se puede atestiguar con todo Lóndres. No, no: aquí hay algun misterio que no alcanzo; y es preciso ser tan des-

graciada como soy, para tener enemigos tan viles que persiguen á quien nunca ha tenido mas placer que hacer todo el bien posible á cuantos ha conocido.

Hablando así llegaron las dos damas á la quinta de Voor; y al instante Belly se puso á escribir á su esposo una carta, en la que se obligaba á hacerle ver, cuando quisiera, el vínculo de su parentesco con Enrique. Al mismo tiempo escribió á éste; pero temiendo comprometerle con su esposo, y conociendo que de esplicarle la verdad podrían resultar fatales consecuencias, únicamente le decía que una indisposicion la precisaba á mudar de aires, y le suplicaba viniese á verla. Quedó la Herbert encargada de la direccion de ambas cartas, y es fácil conocer el abuso que hizo de esta confianza. Entre tanto Enrique, ignorando las desgracias de su prima, disponía un viaje que mucho tiempo antes había premeditado. Quería ver las ciudades de la Gran Bretaña, para instruirse y evitar en algun modo el tedio que le inspiraba la soledad. Tenía un criado, llamado Dric, á quien á fuerza de dinero había ganado la Herbert, á la cual participaba todos los designios de su amo. Ya hacía tres semanas que la pobre Belly habitaba en la quinta de Voor esperan-

Digitized by Google

do por instantes que viniera su esposo, porque así se lo habia prometido su cuñada, cuando esta supo que Enrique se disponía á viajar; y como tenía preparados sus infernales proyectos, hizo que llegase á las manos del jóven un billete concebido en estos términos:

Al amable Enrique.

«Tú eres sensible y generoso; difiere pues por »un corto tiempo tu viaje, y espera segundo aviso »de la desdichada que padece por tí, y te adora »mas que nunca. La precision me obliga á valerme »de agena mano para no comprometer tu segu»ridad.»

Enrique nada entendió del contenido del billete: ¿quién era la desgraciada que padecía por él? á ninguna muger trataba; su corazon no conocía el poder del amor; ¿sí se le habrá inspirado á alguna desconocida que no quiere todavía declararse? No, no, dijo para sí; esta es una burla que alguno quiere hacerme, por satirizar mi insensibilidad, ó tal vez mi inclinacion á las aventuras estraordinarias y romancescas. Así fué que Enrique sin hacer aprecio del billete, lo dejó sobre una mesa, y entrando en su gabinete se puso á trabajar. Drik amaestrado por la Herbert, le recogió y le guardó;

Digitized by Google

dirigióse en seguida á casa de Clarins diciéndole que iba á llevar una esquela de su amo; la buscó en los bolsillos, fingió no hallarla, pero dijo á Mr. Clarins que su contenido se reducía á solicitar de él una entrevista. Clarins mirándole enfurecido le despidió encargándole dijese á su amo que aunque nada tenía que hacer con él, podía ir cuando quisiera. El criado afectó un grande aturdimiento al oir estas palabras, dejó caer como por descuido el billete arriba citado y se retiró.

Clarins, poco despues de la marcha de Drik reparó en el papel, le recogió y le leyó. Entonces su furor no tuvo límites; dirigióse á Woor, y á no impedirlo su misma hermana, hubiera dado muerte á la desventurada Belly; aun aquella misma no se vió libre de su arrebato, pues la denostó acusándola de poco vigilante; y para que mejor pudiese custodiar su prisionera, la envió por ausiliar un criado que tenía llamado Frenk tan cruel y desalmado como la misma Herbert.

Mientras Clarins estaba en Woor, y antes que Drik hubiese regresado á la quinta de Enrique, este impulsado sin duda por la divina Providencia, que nunca olvida á los inocentes perseguidos, se dirigió á Surrey con intencion de despedirse de Belly

Digitized by Google

y su esposo. Llegó á la quinta, y en vez de encontrar en ella aquella animacion que solía alegrarla, advirtió un silencio sepulcral que le heló el corazon; penetró hasta el cuarto de su prima sin encontrar á nadie, y hasta aquella habitacion halló desierta. Pasó mas adelante, y viendo por fin una doncella de Belly, la preguntó con ánsia, y esta muger que era afecta á su inocente ama, y por las conversaciones que había oido estaba enterada de las infernales tramas de la Herbert, pero que por temor á aquella perversa muger no lo había declarado todo á Sir Clarins, aprovechó la ocasion que se la presentaba para avisar al jóven de la persecucion que su prima padecía, de la cual era él causa inocente, y de la historia del aldeano que impulsado por madama Herbert había sido el motor de todo.

Poco tardó Enrique en persuadirse de que todo ello era efecto de una diabólica venganza de la Herbert por haber él desdeñado sus impúdicos amores. En el primer ímpetu de su despecho quiso dirigirse á Woor, confundir á la Herbert y arrancar de su prision á la inocente y virtuosa Belly; pero como esto lejos de justificarla aumentaría las infundadas sospechas del alucinado esposo, resolvió

Digitized by Google

dirigirse al buen párroco de Forshire, y con su ayuda hacer conocer la verdad á Mr. Clarins, el que desengañado de este modo llamaría á su esposa y desterraría á su inícua hermana.

Volvió á montar á caballo, y á vuelta de pocas horas estaba ya en casa del eclesiástico, quien á pesar de su ancianidad tomó los documentos auténticos relativos á la familia de Belly y Enrique que obraban en su poder, y con ellos acompañado de Enrique se presentó al siguiente dia en Jersey. El jóven por prudencia no quiso subir á la quinta de Clarins. Entró en ella solo el pastor, hizo le introdujesen á presencia del afligido esposo de Belly y muy en breve manifestó el objeto de su visita, que no era otro que demostrar la traicion de que era víctima su jóven consorte; y en efecto, presentó papeles estendidos en forma legal, por los cuales se comprobaba que Belly era hija del conde de Ercester, y Enrique del caballero Ercester su hermano, muertos en el destierro por causas políticas.

El párroco refirió tambien el caso de Tomás Benk que había salvado del fuego á Belly, por cuya accion estaba contínuamente molestándola para que le sacase de cuantos compromisos contraía; y en venganza de no hacerlo, mas por falta de medios que

Digitized by Google

de voluntad, se había prestado á servir de instrumento de los siniestros planes de madama Herbert, segun declaracion judicial del mismo, pues al regresar á su casa había caido de la caballería y rótose una pierna, de cuyas resultas había fallecido el dia antes de llegar Enrique á Forshire, queriendo antes dejar aquella declaracion para los efectos que pudieran conducir.

Atónito quedó sir Clarins al ver así desvanecida la acusacion de Belly y plenamente justificado que Enrique era su primo; pero los celos no estaban aun completamente disipados. ¿Qué interés tenía su hermana en engañarle de aquel modo?..... ¿Y las visitas nocturnas del primo de Belly?... ¿y la desaparicion del jardinero?... Preguntas eran estas á que el cura de Forshire no podía satisfacer; pero viendo que Clarins se hallaba mas deseoso de reconciliacion que de venganza, no dudo en mandar buscar á Enrique, quien llegó un momento despues trayendo asido al jardinero, que había estado escondido segun le manifestó la fiel doncella de Belly, y había recibido, como confesó él mismo, una suma crecida por permanecer oculto, aunque no le manifestó el objeto que se proponía. Ya entonces no le quedó á Clarins ninguna duda

Digitized by Google

de la inocencia de su esposa: fácilmente conoció que todo había sido una diabólica trama de su hermaná, y pudo esplicarse á sí mismo la mudanza de carácter de aquella pérfida. Debía pues marchar inmediatamente á arrojarse en los brazos de la una y pedirla mil perdones, y arrojar á la otra para siempre de su presencia por no sujetarla al fallo de los tribunales.

Ya estaba dispuesto el carruage para partir todos á Woor, cuando llegó un mensagero con una carta de madama Herbert, que decía:

«Querido hermano: el crímen se ha consumado: »Belly ha dado á luz una niña fruto del mas horri»ble adulterio... Poco despues Drik, el ayuda de cá»mara de Enrique, acompañado de otros cuatro se »han apoderado de la niña diciendo la llevaban á »su amo, á quien pertenecía; no puedo escribir »mas.»

La lectura de este billete hizo llegar á su colmo el enojo de Clarins contra su hermana. Enrique no pudiendo contenerse en su furor y por algunas sospechas que ya tenía contra su criado, quería partir inmediatamente á castigarle como merecía. Por fortuna el anciano eclesiástico calmó los ánimos, y no quiso abandonar á Clarins ni á Enrique, hasta

Digitized by Google

que se hubiesen reunido con Belly y conducídose con aquella prudencia necesaria para que la salud de esta no peligrase.

Entre tanto la Herbert, cuyo plan era irritar el ánimo de Clarins para que en un momento de furor buscase á Enrique y le diese muerte, habia dispuesto con Drik de modo que al pasar con su amo en el carruage, encontrasen espuesta en el camino la tierna criatura recien nacida, con un papel al lado recomendándosela al mismo Enrique, á fin de que este la recogiese, y encontrándole con ella sir Clarins no pudiese menos de dar rienda suelta á su furor: de este modo vería la perversa muger terminados sus proyectos de venganza. Pero cuando ya se veía próxima á recoger el sangriento fruto de diez meses de infernales cavilaciones, se presenta desalentado en Woor uno de los emisarios que tenía en Surrey encargados de darla noticia de cuanto ocurriese, y la dice que el cura de Forshire y Enrique estaban conversando con su hermano, y que habian hallado al jardinero y sacádole de su escondite. Entonces madama Herbert se creyó perdida; recogió el dinero, alhajas y efectos que poseía, cuyo valor escedía de treinta mil duros, y tomando en sus brazos á la recien nacida, se puso

Digitized by Google

en fuga por caminos desusados y en breves dias logró salvarse en Francia. Frank, su mas íntimo confidente se fugó por otro lado, pero Drik y sus cómplices fueron castigados por los tribunales.

Cuando Clarins, Enrique y el párroco llegaron á Woor, encontraron á Belly en un estado deplorable, pues madama Herbert habia tenido la crueldad de decirla que la habian robado su hija, y se hallaba acometida de un síncope, del que fué difícil hacerla volver, y solo por los cuidados mas asíduos y la asistencia de los médicos mas célebres de Lóndres, se logró restituirla la salud: ambos esposos vivieron en adelante con toda la felicidad de que los permitía disfrutar la ausencia de su hija, de cuyo paradero ni del de madama Herbert, por mas diligencias que practicaron, no pudieron tener noticia en muchos años.

Puesta en salvo la perseguidora de esta honrada familia, adquirió algunas propiedades en Francia, bastantes para sostenerse sin opulencia. Dedicóse á la educacion de la niña á quien dió el nombre de su madre, y contenta con tener una inocente á quien mortificar, vivió así por espacio de quince años. Un dia que la jóven Belly estaba sola, se presentó en su casa un anciano, el cual la refirió toda

Digitized by Google

su historia y por ella supo Belly que no era hija de madama Herbert como creía, las crueles persecuciones que había hecho sufrir á su madre, y la actual residencia de sus padres. Cuando la vieja regresó aun conversaba Belly con el anciano Frank, su antiguo cómplice, que errante por el mundo había llegado á aquella poblacion, y quiso dar este desahogo á su conciencia.

Desde entonces juzgó la Herbert que conocidā por su sobrina toda la funesta historia y sabiendo quiénes eran sus padres, el dia menos pensado la sería arrebatada esta víctima; y para evitarlo buscó un asilo en la ermita de San Leonardo, donde ocurrió lo que saben ya nuestros lectores. Solo resta decir que el jóven Delacour escribió á los padres de Belly, que estos se apresuraron á pasar á Francia donde tuvieron el gusto de abrazar á su hija y bendecir su desposorio, y que vivieron muchos años felices teniendo por fruto de este enlace á la hermosa Enriqueta y sus hermanos.

Posteriormente, prosiguió Delacour, despues de haber fallecido mi querida Belly, el negociante en quien yo habia depositado todos mis fondos, hizo una quiebra fraudulenta, y se fugó llevándose todo lo que me pertenecía, dejándome solo con los vestidos que

Digitized by Google

tenía puestos. ¿Qué había de hacer hallándome muy anciano, enfermo, arruinado y con cinco hijos de corta edad? Bertier, con quien contraje amistad desde que me establecí en París, tuvo la humanidad de recogerme en su casa, donde volví á enfermar. Durante el curso de esta última enfermedad, examinando mis papeles halló mi amigo los que me relacionaban con vos, virtuoso Palemon; y en consecuencia, sin saber yo nada, cometió la indiscrecion de partiparos mi situacion. Al momento vinisteis á socorrerme; y ahora feliz y sosegado en el asilo que me habeis concedido, recuerdo mis pasadas degracias como el marinero se acuerda de una tempestad deshecha de que ha tenido la fortuna de salvarse. No tengo, dulce amigo, otro deseo que el de ver felices á mis hijos, y particularmente á mi Enriqueta, porque los demas al fin son varones y podrán proporcionarse su fortuna si siguen el camino de la virtud. Sí, Enriqueta mia: tú que con tu amor filial has sabido dulcificar mis males desde la muerte de tu madre, eres el principal objeto de mis cuidados. Recibe mi bendicion, y la felicidad señale en adelante todos los instantes de tu vida. Despues de tu padre, no te queda en el mundo sino este amigo generoso, y estos compasivos muchachos que heredan

Digitized by Google

las virtudes del autor de sus dias. Procura ganar y conservar su amistad por todos los medios que una eterna gratitud debe inspirarte. La justa correspondencia que se debe dar á los beneficios es lo que los hace legítimos, pues faltando el agradecimiento no existirian en el mundo la tierna amistad y la dulce beneficencia.

Así acabó su historia Mr. Delacour; los muchachos le dieron mil gracias por lo mucho que los habia entretenido; le hicieron mil promesas de amar siempre á Enriqueta como si fuera hermana suya, y toda la familia se retiró del terrado.

Digitized by Google

TARDE XL.

LOS ESPADACHINES.

Ceñir espada es honroso
Y por la patria blandirla;
Pero es mejor no ceñirla
Si no es con fin decoroso.
Quimerista quisquilloso,
Espadachin insensato
Que á cada necio arrebato
A cualquiera osas retar;
Mira no llegues á dar
Con la horma de tu zapato.

La lectura del manuscrito causó una profunda impresion en los ánimos de los jóvenes, que acostumbrados hasta entonces á oir hablar de modelos de virtud y probidad, veian un mónstruo execrable en la persona de madama Herbert. ¡Qué muger tan perversa! esclamó Adela; aunque desde la primera escena de la ermita de San Leonardo se presenta de

Digitized by Google

carácter altivo y dominante, no era creible un conjunto de tan bárbaras atrocidades.—Bien se podría hacer de ellas un drama, dijo Leon.—Y qué hombre de sano juicio, replicó Julio, se ocuparía de una obra tan inútil y perniciosa? La atrocidad del cuadro haría que ningun espectador viese en él su retrato, y serviría quizá para que algunos perversos estudiasen los medios de llevar á cabo sus deseos criminales; porque para esas almas obcecadas en la maldad, de nada les sirve el ver de qué modo la Providencia vela por los inocentes y castiga al que delinque. Sírvanos á nosotros de saludable ejemplo para huir de entes tan abominables, y no tratemos de presentar en el teatro tan horrorosos espectáculos.

Era en el momento de distraccion despues de la comida, cuando pasaba esta escena en casa de Palemon; solo estaban presentes á ella Adela, Julio, Leon y Enriqueta, pues los ancianos descansaban y Armando había salido de la quinta á no sé qué encargo de su padre. Poco despues volvió acompañado de un caballero ya de cerca de sesenta años, robusto y al parecer estrangero, pero de mal color, como asustado; y su modo de andar trabajoso, y apoyado en el brazo de Armando indicaba que sufría los efectos de algun inesperado accidente: en efecto, el

Digitized by Google

jóven le hizo entrar en la casa, y mandó se le suministrasen algunos socorros. Dispuso que los criados saliesen á recoger su cabalgadura y la encerrasen en el establo, y fué á dar cuenta á Palemon de cómo al tiempo de regresar de su mandado, había visto que espantada la caballeria que montaba el forastero, le había arrojado al suelo; que había él acudido al instante á socorrerle, y aunque se enteró de que no había sufrido mas que algunas contusiones, no obstante le había rogado pasase á la granja, donde podría descansar y reponerse lo restante del dia.

Palemon aplaudió la benéfica accion de su hijo, pues la hospitalidad es una de las virtudes mas recomendables que pueden ejercerse, y nunca es perdido el bien que el hombre hace á sus semejantes. Pasó el virtuoso anciano á ver á su huésped, á quien suministró cuantos auxilios exigía su estado, y á fuerza de instancias logró que consintiese en admitir su hospedage al menos por aquella noche. Esta ocurrencia proporcionó á nuestros jóvenes la presencia de un nuevo contertulio, al cual dió cuenta Palemon del objeto instructivo de aquellas reuniones vespertinas, y le rogó que si su historia contenía tal vez algunos útiles ejemplos de enseñanza, tuviese la bondad de referírsela. Las vicisitudes de mi vida,

Digitized by Google

contestó el caballero, bien poco ofrecen de notable; os las referiré no obstante, aunque pasando en silencio, si no creeis que en ello falto á la confianza que me inspirais, el nombre de mi familia y el del pueblecito en que fui educado: oidme pues.

HISTORIA DEL CABALLERO ***.

Nací en Lóndres, de una familia de la primera nobleza, pero á quien los acontecimientos políticos obligaron á espatriarse y morir pobres en lejanas tierras. Inclinado desde mi infancia al cultivo de las letras, llegué á formarme una posicion ventajosa, sin sufrir mas contratiempos en mi juventud que la cruel persecucion que contra mi dirigió una vieja ridícula, la cual se empeñó en que la amase, y por sus tramas estuve á pique de ser víctima juntamente con una prima de mas edad que yo, á quien amaba por habernos criado juntos desde la infancia, y solo pudimos librarnos por un especial favor de la divina Providencia. (Al oir esto Mr. Delacour y Enriqueta se miraron como por una especie de presentimiento.)

Habiendo recuperado algunos bienes patrimoniales de consideracion, y puesto ya en estado de

Digitized by Google

soportar las cargas del matrimonio, le contraje con una hermosa jóven á quien amaba hacía tiempo; solo tenía entonces veinte años; durante otros diez, disfruté de la mayor felicidad con mi querida esposa, con solo el sentimiento de no tener familia; á los veintiocho años habia abandonado la literatura, y dedicádome al comercio, lo que me proporcionó la satisfaccion de ver aumentado mi capital hasta mas de 100,000 libras esterlinas (cerca de diez millones de reales). Una enfermedad aguda me arrebató en breves dias á mi Amelia, y quedé tan desconsolado, qué ni el comercio, ni la poesía á cuyo recuerdo acudí en mi dolor, fueron bastantes á librarme del tedío que de mí se había apoderado. De este modo trascurrieron cerca de cuatro años. Pasaba un dia por James Square, y distraido miré á la tienda de un mercader y vi en ella una hermosa jóven de las mismas facciones, la misma sonrisa, el mismo talle, la misma estatura que Amelia; pero tenía 16 años menos. Prendado de aquella semejanza, no pude menos de acercarme al mostrador, hice algunas compras, y observé que hasta en la modulacion de la voz, se asemejaba á mi difunta esposa.

Durante seis meses pude dominar aunque no vencer, la pasion que por aquella jóven concebí;

Digitized by Google

pero no pude permanecer mas tiempo en situacion tan angustiosa. Fuí de nuevo á la tienda mas no estaba allí la jóven; mientras que el hermano me presentaba los géneros que le pedí, le pregunté si su hermana se habia casado.—No señor, me respondió, pero se casará muy pronto, porque tiene cuatro ó cinco pretendientes y mañana habrá de elegir al que mas le agrade.—¡Cielos! ¡mañana!... El jóven quedó admirado al oir esta esclamacion, y yo continué: Pues amigo mio, el único partido digno de su hermana de V. soy yo. Tambien estoy dedicado al comercio; mi capital pasa de cien mil libras esterlinas, y el acierto en las operaciones le acrecienta de dia en dia; mi edad además me pone á cubierto de las locuras de la primera juventud. ¿Dónde está vuestro padre? Deseo hablarle.

El hermano de Jenny quedó estupefacto al oir tan repetina é inesperada resolucion; entró un instante despues el padre, y en tono medio irónico le dijo: Padre mio, aquí está este caballero que quiere hoy mismo casarse con mi hermana.

Desprecié sus burlonas palabras, el padre le mandó callar, y yo repetí al anciano mi proposicion, el estado de mi fortuna y asuntos de que se enteró muy despacio, porque era hombre naturalmente cal-

Digitized by Google

moso; por fin me contestó: — Ante todo tendreis entendido que nada puedo dar á mi hija, que mi comercio no es de los mas felices, y lo que tengo lo necesito para mi hijo y para mí.—Ni pido ni deseo otra cosa que la mano y el corazon de vuestra hija.—Pues entonces no es difícil que nos entendamos.

Llamó á su hija, la cual manifestó que se hallaba enteramente libre y que la era indiferente cualquier partido que se la propusiera.—Pues entonces de aquí á dos dias te casarás con este caballero; un dia basta para informarme, y si lo que dice es cierto, es el mejor partido que puedes desear. Entre tanto, dí á Margarita que ponga un cubierto mas en la mesa; y vos caballero nos hareis el honor de acompañarnos á comer.

Durante la comida pude observar que la impresion que había causado en la jóven no me era desfavorable; su hermano, al contrario, se deshacía en alusiones sarcásticas que el padre con sus severas miradas no podía contener, pero que yo, que conocía su valor, sabía despreciar. Terminada la comida dí las señas de mi casa y establecimiento, y me retiré.

Pasé la noche bastante agitado; y apenas des-

Digitized by Google

pertó por la mañana veo entrar en mi cuarto un jóven con sombrero calado y espada debajo del brazo invitándome con espresiones altivas á que saliese con él á batirme.—¿Y por qué? le dije, que causa.....—Eso allá lo sabreis.—No os conozco...—Ni hace falta.—Aun estábamos en esta porfía cuando recibo un billete citándome para de allí á media hora en Hide-Park.... Poco despues se presenta otro espadachin, y un momento mas tarde llega otro nuevo, todos porfiando por batirse conmigo, aunque ninguno decía el por qué.... Les dije, que pues era yo el desafiado, tocábame á mí elegir hora y lugar; pero ellos erre que erre en que había de ser al momento.

En esta porfía estábamos cuando llegó el padre de Jenny y les dirigió una mirada entre serena y despreciativa que les hizo retirar al punto.

El anciano me dijo que estos y el autor del billete, eran los amantes de su hija, pero que no me diese cuidado, toda vez que yo era el preferido; no me sirvió de placer esta noticia, y conociendo que la intencion de los trastuelos era asustarme y burlarse de mí, me propuse escarmentar al primero que se me presentase. No tuve que esperar la ocasion por mucho tiempo, pues retirándome de casa de mi novia

aquella misma noche, encontré al primero que se había presentado en mi cuarto, le llevé á pesar suyo á una calle escusada, y á los primeros encuentros cayó en tierra desarmado: la herida que recibió fué en el brazo derecho, y si no mortal, al menos bastó para imposibilitarle de empuñar la espada en toda su vida, para infundir un poco mas de juicio en los cerebros de sus compañeros, y para hacer mas circunspecto al hermano de Jenny, que desde entonces se abstuvo de usar alusiones picantes. . . . .

Por fin casé con Jenny, la cual se asemejó á Amelia en virtudes y cariño tanto como en hermosura y gentileza: vivimos cerca de veinte años en la mayor felicidad, sin mas contratiempo que el de desgraciarse cuantos hijos tuvimos; hasta que hace cuatro meses fué Jenny acometida de una violenta pulmonía que en pocos dias la llevó al sepulcro. Viéndome yo solo, en edad avanzada y sin parientes, he reducido mis bienes á metálico, dejado el comercio y despedido mis criados, y me dirijo á Paris donde mi prima Belly tuvo una hija casada con un comerciante, para pasar en compañía de sus nietos mis últimos dias, y despues hacerlos herederos de mis bienes. . . . .

¿Luego sois Enrique Ercester? interrumpió Dela-

cour.—Seguramente. Y vos caballero ¿quién sois que así me conoceis?—Delacour, el esposo de Belly Clarins, hija de vuestra prima.—¡Dios sea bendito! esclamó el inglés tendiendo á Delacour los brazos, y en qué buena hora permitió que mi caballo me arrojase al suelo! Enriqueta se acercó respetuosa á besar la mano á su pariente, y Palemon y sus hijos le rogaron no variase los planes de Mr. Delacour; el inglés prometió no solamente no variarlos, sino comprar alguna hacienda en las inmediaciones luego que realizára las letras que traía sobre París, y traer á su compañía á los demás hijos de Delacour, para de este modo vivir todos en una misma comarca. Los muchachos dieron las gracias á Sir Enrique y á Mr. Delacour, y Armando vió en esta promesa el premio de su buena obra.

Digitized by Google

TARDE XLI.

EL RIGOR.

Si la templada indulgencia
Moralmente es saludable,
No es nada recomendable
La necia condescendencia;
La apática indiferencia
En el castigo es error,
Quc á veces grave dolor
Suele á los padres costar;
Preferible es castigar
Con mesurado rigor.

El siguiente dia era festivo, y Palemon dijo á sus hijos que irían á comer bajo los sauces en la llanura de los tres molinos, y para mejor disfrutar del dia partirian temprano. Esta noticia causó la mas viva alegría en los jóvenes. Adela y Enriqueta, que ya se complacian en agradar y querian ostentar un poquito de coquetería, se retiraron á su cuarto á adornarse,

Digitized by Google

lo que las valió algunos cumplidos de Julio y Armando por su buen gusto. Leon entre tanto se divertía en componer una égloga ó cosa parecida, y el padre lo observaba todo con el mayor placer. Tampoco Marcela había estado demás: reunió las provisiones que ya de antemano tenía preparadas y las colocó en las aguaderas que un manso asnillo tenía sobre sus lomos. Dispuesto todo, se pusieron en marcha: en cuanto al órden de esta ya se sabe: Marcela montada en el pollino iba delante; seguíanla Adela y Enriqueta, despues Julio y Armando, aunque no sabemos por qué razones, si de inclinacion ó conveniencia, estas parejas se cambiaron muy en breve y no volvieron á descambiarse en el resto de la jornada. Leon caminaba á veces solo, á veces reuniéndose á cualquiera de las dos parejas, ó bien á Marcela ó á los tres ancianos cuando le ocurría hablar de cosas sérias. De este modo al cabo de tres cuartos de hora de marcha llegaron al bosque de los seis caminos, y muy luego á la hermosa pradera término de su viaje, que regada por un manso arroyuelo ostentaba una rica alfombra de verdura.

Los ancianos se sentaron á la sombra de los sauces, Marcela colocó las provisiones allí cerca, y dejó al asnillo en libertad de pacer la fresca yer-

Digitized by Google

ba: los jóvenes corrian de un lado á otro inventando mil juegos bulliciosos propios de aquella tierna y candorosa edad. Tampoco se quedaron en olvido los juegos de prendas, en que no poco se divirtieron todos, procediéndose despues al castigo de los que se habian equivocado, en lo cual tanto ancianos como jóvenes lucieron su talento. La última prenda era de Enriqueta y la sentenciaron á que cantase; dijo que no sabía ninguna composicion nueva.—Pues por eso no quedareis libre, replicó Leon; tomad estos versos y cantadlos sobre cualesquiera tono. Enriqueta los tomó y cantó con una gracia que embelesó á todos los oyentes: la letra decía así:

¡Cuán dulce y agradable,
cuán grato y placentero
es disfrutar del campo
los sencillos y amenos
Goces que el alma halagan
robusteciendo el cuerpo!
Ya que bajando al valle,
la pradera corriendo,
Sobre la blanda alfombra
te reclines contento,

Digitized by Google

ó busques la violeta
que del manso arroyuelo
En la florida márgen
crece junto al romero,
y el aire blando aspires
de sus aromas lleno;
O bien la chirivita,
que entapizando el suelo,
contrasta su blancura
con el carmin que esbelto
De la amapola el tallo
ostenta en el estremo,
y forman un conjunto
de sorprendente efecto.
Ya que de la colina
en el suave repecho,
escojas del tomillo,
de la sálvia ó espliego,
Las flores y las hojas
que embalsaman el viento;
que en dones siempre rico
es de la tierra el seno.
De contínuo derrama
sus riquezas sin cuento,
sobre el hombre que sabe

Digitized by Google

apreciar circunspecto,
Los inmensos tesoros
que el Hacedor supremo,
hace brotar potente
aun del estéril cieno:
Si al monte te encaminas,
mil álamos ó abetos,
verdes encinas, robles,
te brindan halagueños
Con su apacible sombra;
y te escitan al sueño
míl aves que en sonoros
y armoniosos festejos,
Cantando sus amores,
llamado al dulce objeto,
ó espresando furiosos
sus turbulentos celos,
Al amor nos invitan;
y pues es tiempo, amemos,
que sin amor no hay vida,
delicias, ni contento.
Cuán dulce y agradable,
cuán grato y placentero
es disfrutar del campo
los goces tan amenos.

Digitized by Google

Los versos de Leon fueron como era consiguiente aplaudidos, quizá mas de lo que merecían, pues en materia de aplausos entra en mucho la parcialidad y la cortesía, y el deseo de estimular á los jóvenes hace tambien disimular sus defectos.

Así pasaron la mañana; llegóse la hora de comer, estendieron los manteles sobre la yerba y muy en breve se vieron cubiertos de ricas fiambres, pasteles, quesos y frutas: jóvenes y ancianos se sentaron en torno del banquete con el mayor contento; mas para que no haya alegría completa, un sombrío recuerdo vino á arrugar las frentes de los hijos de Palemon. Benito su hermano, en vez de disfrutar de sus placeres, espiaba lejos de ellos sus faltas.

Y ya que recordamos á Benito, bueno será dirijirnos un momento al molino de Roland y ver en qué se ocupa. Dejemos á sus bulliciosos hermanos repartirse los trozos de asado y de jamon, y consagrar un suspiro á su memoria.

EL MOLINERO TERRIBLE.

Benito nada había hecho el primer dia de su llegada á la habitacion de Mr. Roland, el cual le dis-

Digitized by Google

pensó el trabajo, atendiendo á su tristeza; pero á la mañana siguiente se le presentó con severo rostro, y le impuso el método de trabajo que había de observar todas las horas del dia. Estremecióse Benito; suplicó llorando á aquel hombre que á lo menos le permitiese algunas horas de recreo; pero Roland le volvió la espalda, diciendo: Esta no es la casa de vuestro padre; y si no me obedeceis, sabré castigaros muy bien. Conoció Benito que estaba en poder de un estraño, y suspiró, pero su carácter áspero y duro, no cediendo á nada, le hizo cometer tantas faltas al cabo de algunos dias, que Roland le prometió un severo castigo, añadiéndole: Todavía no me conoceis; aun no sabeis cómo corrijo las malas cabezas; disponeos para seguirme mañana, y os llevaré á un sitio en que se han mejorado otros jóvenes tan malos como vos.

¿Cuál sería el parage de que hablaba Roland? Benito, que á la verdad nunca había tenido licencia para salir de la sala que ocupaba, nada conocía de la estension del molino. Bien veía desde sus ventanas un edificio separado, y sabía que era perteneciente á Mr. Roland; pero al mismo tiempo le constaba que este iba á dicho edificio solo con su criado, que era un hombron de terrible gesto, y nunca decía ni una

Digitized by Google

palabra á Benito, el cual para aumento de su terror oía que de aquel sitio salian gritos lastimeros y confusos, pero ignoraba la causa. Sin duda era este el sitio de que le habia hablado Mr. Roland. Pasó una noche cruel; y á la mañana siguiente su severísimo maestro, cogiéndole de la mano, le sacó de la sala, mandándole que le siguiera. Obedeció Benito temblando, y salió al campo por primera vez. Aumentósele el miedo viendo que su conductor dirigía los pasos hácia el fatal edificio que él miraba con odio, tal vez por efecto de algun oculto presentimiento. Abrió Roland una puerta, y la volvió á cerrar con mucho cuidado. Al instante llegaron á los atentos oidos del tímido Benito los gritos confusos de una tropa de muchachos. Veíase otra puerta, sobre la cual había esta inscripcion: *Sala de ayuno para los muchachos rebeldes*.

Aquí es, dijo Mr. Roland, donde yo encierro á los discípulos replicones y desobedientes, y los tengo muchos dias ayunando á pan y agua. Dicho esto, abrió la puerta, y en una estancia, sin el mas leve adorno, vió Benito tres ó cuatro muchachos, vestidos de un paño tosco, flacos y macilentos, disputándose un pan sumamente negro y un cántaro de agua, que estaban sobre una piedra en medio de

Digitized by Google

ellos; pero la aparicion de Roland les hizo retirar huyendo á un rincon. Otra puerta interior llamó mas particularmente la atencion de Benito, porque encima de ella decía: *Sala de penitencia para los muchachos ociosos y glotones*.

Abrióse esta puerta, y quedó Benito atónito al ver unos muchachos casi desnudos, obligados á trasportar y echar en una especie de pozo unas piedras enormes, que casi no podían sostener sobre sus hombros. Estos, dijo Roland, cargan ciento y cincuenta ó doscientas de estas piedras, segun la gravedad de su delito, y las echan en esta hondura, de la cual las vuelven á sacar. Si no cumplen, nada me importa; ahora vereis la nueva y mas penosa ocupacion á que los aplico: leed lo que dice sobre esa puerta que conduce á un sitio mas temible: *Sala de correccion para los envidiosos, orgullosos y duros de condicion*.

El aspecto de esta sala acabó de abatir el ánimo del pobre Benito: veíanse en ella varios muchachos atados de pies y manos con grillos y esposas, y las espaldas desnudas, sobre las cuales de hora en hora el criado del molino les sacudia tres, cuatro ó mas latigazos, segun la gravedad de sus crímenes. Estos, dijo Roland, por lo general no están aquí mas que

Digitized by Google

uno ó dos dias. Sin embargo, ved uno que permanece ya hace cinco, y temo que irá muy larga su prision, porque tiene un carácter obstinadísimo; siempre quiere tener razon, y atormenta á su anciano padre y á su hermano menor; pero creo que estará ya muy otro cuando vuelva á su casa. Entonces Benito preguntó temblando: ¿Hay mas salas? —No por cierto: bien es verdad que tengo un subterráneo donde confundo y entrego á continuados tormentos á los que se inclinan al juego, al robo y al otros vicios vergonzosos; pero es inútil que los veais porque el género de su castigo os causaría horror, sin seros útil, pues á Dios gracias no teneis los defectos monstruosos que ellos espían. Por ahora me contentaré con dejaros en la primera sala, donde están los muchachos indóciles. No hay remedio; es preciso conformarse y sufrir como los demás. Benito se postró llorando á los pies de Roland; pero no pudo enternecer á este hombre feroz é inexorable, el cual esclamó: ¡Hé aquí como son todos! no pueden contenerse en casa de sus padres, donde los miman y regalan, y cuando están en mi poder, suplican y exigen que se les perdone; pero nada de eso, los muchachos á quienes sus padres se ven precisados á separar de su compañía, es preciso que me

obedezcan, ó que sean severamente castigados.

Prometió Benito que sería dócil y aplicado: pero no fué oido. Todas las puertas se cerraron, y quedó en la primera sala entregado al mozo del molino, que á pesar de su resistencia le desnudó, y le puso el fatal y tosco buriel. Hecha esta diligencia, desaparereció su verdugo, y no vió mas que á los tristes compañeros de su infortunio. Clamaba, lloraba é imploraba en su auxilio á su padre y sus hermanos que no podían oirle. Los otros muchachos procuraban consolarle, y le ofrecían su racion de pan negro; pero Benito lo rehusaba todo, y decía que antes se dejaría morir de hambre. Continuaba en sus voces y gemidos; pero los otros le aconsejaron que callase, si no queria que volviese el mozo del molino, el cual, si los oia gritar ó jugar, entraba y los sacudía con el terrible látigo que siempre llevaba en la mano.—¿Pero estos hombres, son verdugos?—Por lo menos nos tratan como si lo fueran; ¡ah! ¡por qué hemos incurrido en la indignacion de nuestros padres! ¡estábamos tan bien á su lado! si nos fuera posible volver á nuestras casas, ¡qué distintos seríamos!—¿Pues qué no os podeis escapar de aquí?—¿Escapar? ¡sí por cierto! mira, mira esas ventanas tan altas y atravesadas de rejas, y lo grueso de las puer-

Digitized by Google

tas: ¿que tal? ¿quién se ha de poder escapar de aquí?

En efecto, vió Benito que era imposible huir de aquella estrecha prision, y renovó sus lamentables voces: pero ¡oh Dios! las puertas se abrieron, y se presentó el temible criado con un enorme látigo, que en su mano parecía la maza de Hércules. ¿Quién grita? preguntó con voz tremenda, y todos callaron. Retiróse aquel hombre despues de echar á los muchachos una mirada feroz; y Benito convino con los otros en que toda queja era imprudencia; redujo pues, todo su conato á registrar la sala, y examinar si podría escaparse. Benito era ingenioso, astuto y emprendedor. Advirtió que en otro tiempo hubo en aquella estancia una chimenea, cuyo hueco en la parte superior estaba cubierto con yeso; por aquí proyectó Benito escapar; ¿pero cómo lo había de efectuar si no tenía escaleras, bancos ni cosa alguna que ayudase á su intento? Sin embargo discurrió un arbitrio que aprobaron al instante sus infelices camaradas. Eran seis: tres se arrimarían y encorvarían junto á la pared; dos subirían sobre las espaldas de estos, y Benito se elevaría y apoyaría en los hombros de estos últimos, y con el auxilio de una piedra llegaría á hacer un agujero en lo menos fuerte de la pared que cercaba el hueco de la chimenea.

Digitized by Google

Así lo verificaron; y con el temor de que el ruido de la piedra atrajese al bárbaro azotador, trabajó Benito tanto con sus manos, que al fin hizo una abertura suficiente para poder entrar por ella.

Pero luego se originó una disputa que no habian previsto: ¿quién se había de escapar primero, y quiénes habían de seguirle? Y los dos últimos, ¿cómo se habían de manejar faltándoles el auxilio de las espaldas de sus compañeros? Esta reyerta estuvo á pique de destruir su proyecto, y por poco anduvieron á bofetadas; pero consideraron que de quedarse eran perdidos, porque se había de ver el agujero, y por consiguiente presumir cuál habia sido su intencion; y sin remedio los meterían en el horroroso subterráneo. Benito, pues, para no perder enteramente el fruto de su tentativa, propuso un medio de composicion, diciendo: A lo mas cuatro podemos escaparnos; echemos pajitas, y como suele decirse, á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga. Dicho y hecho: echaron suertes, pero ¡oh desgracia! á Benito le tocó el quedarse con otro compañero. Suspiró, se afligió, lloró sobre tan áspero destino, que le obligaba á pagar por los demás: pero no había remedio. Fué preciso servir de estribo para que subiesen sus compañeros. El primero que subió dijo á

Digitized by Google

los demás que se hallaba en una especie de granero, por donde fácilmente podía salir al campo. Desaparecieron el segundo y tercero, dando con su fuga tres puñaladas en el corazon del pobre Benito: subió el cuarto, y desde lo alto les dió las buenas tardes á los que se quedaban encerrados. Acabada lo operacion, estos dos muchachos se enderezaron, se miraron y echaron á llorar; pero Benito, siempre inventor, propuso á su desdichado camarada un pensamiento nuevo. Nuestros amigos, le dijo, se han escapado sin mirar si en el granero hay alguna escalera, cuerda ó cosa semejante, por medio de la cual pudiésemos nosotros participar de tan buena suerte. Son unos egoistas. Mira, déjame subir sobre tus hombros; me parece que podré llegar á la abertura; y si logro hallarme en el granero, veré si hay algo con que podamos ayudarnos; pero si no hallo nada, bajaré á acompañarte: te lo juro por mi honor.

El otro no quería consentir; Benito le propuso echar suertes; aceptó el otro al partido, y esta vez quedó nuestro Benito favorecido de la fortuna. Lleno pues de alegría, pero al mismo tiempo resuelto á cumplir su promesa, subió sobre los hombros de su compañero, y al cabo de mil esfuerzos logró introducirse por la brecha y llegó al granero; pero nada

Digitized by Google

halló de lo que buscaba. Las fuerzas le abandonaban; registró por la ventana del granero, y advirtió que no había cosa mas fácil que bajar al campo; pero había prometido correr la misma suerte que su infeliz compañero, el cual, temblando de verse solo, le gritaba: Baja, baja; ¿por qué no quieres bajar? Benito estaba ya muy otro á fuerza de desgracias; su carácter, en ocho dias que llevaba en el molino, se había mejorado mas que en ocho años que hubiera estado en casa de su padre. Así es que se resolvió á sacrificar su libertad al honor y á la delicadeza. Suspiraba viendo el campo sin límites, y las aves volando libremente; pero renunciando afligido la esperanza seductora de su libertad, volvió al agujero. Cruzó sobre él lentamente una pierna; luego pasó la otra; y deteniéndose un brevísimo rato antes de bajar, fijó su atencion en un monton de paja de que hasta entonces no había hecho caso. Corrió á él, y quedó agradablemente sorprendido de hallar entre ella un grueso cordel. Mira, mira, dijo á su compañero; ya tengo con qué sacarte. Benito le echó un cabo de la cuerda, y le encargó que se atase fuertemente, pero de repente oyó abrir la puerta de la sala, y creyó que sería el feroz criado de Roland, ó los dos juntos; por lo cual, abandonando á su

Digitized by Google

amigo, corrió á la ventana del granero, y por ella fácilmente bajó al campo y echó á correr cuanto podía. Durante su carrera, se decía á sí mismo: yo no he podido hacer mas por librarle; me parece que nada pueden censurarme. Así iba corriendo y discurriendo; pero sin atreverse á volver atrás la cabeza.

Tanto corrió, y se fatigó tanto, que el temor de ser seguido cedió al fin á la necesidad de descansar. Se paró, miró á todas partes, á nadie descubrió, y con esto se animó. ¿Pero á dónde iría? ¿á casa de su padre?... esto le pareció lo mejor: sí, irá á postrarse á los pies de este anciano severo, pero bueno y generoso; le hará la pintura del bárbaro en cuyo poder le ha puesto, sin saber acaso la estension de su crueldad; le hará una pintura de aquellas horribles prisiones, que seguramente no conoceria su padre; y le manifestará el carácter de Mr. Roland, que es un mónstruo, un verdugo de los muchachos; los martiriza, y cree corregirlos haciéndoles padecer unos trabajos perjudiciales á su salud, y que lejos de dulcificar han de irritar mas su carácter. Su padre le dirá: ¡yo no sabía tanto! Roland no me ha dicho que tenía cárceles, ni que atormenta así á los muchachos que se le entregan; y entonces

su padre le perdonará y recibirá en su casa, donde se proponía ser un modelo de docilidad.

Así discurria Benito; y es menester confesar que no le faltaba discernimiento. Se conoce que amaba á su padre, pues no podía persuadirse á que le hubiera entregado á Mr. Roland, á saber á fondo la crueldad de este hombre inhumano; pues aunque no ignoraba que Palemon quería castigarle, tambien sabía que su intencion no podía ser la de sacrificar su juventud, y esponerle á que enfermase. Confiaba en la bondad de su padre; pero si por desgracia no quisiese admitirle en su casa, había resuelto pedir limosna antes que volver á la estrecha prision de que había tenido la fortuna de escaparse.

En tanto que Benito caminaba y reflexionaba, advirtió en una vasta llanura varias personas sentadas en las orillas de un arroyo á la sombra de unos frondosos sauces, y aun oyó una voz que cantaba dulcemente. El pobre muchacho estaba casi muerto de hambre y de cansancio: necesitaba reposar, y prefirió á su soledad el sentarse al lado de unas gentes, que sin duda le protegerian si acaso Roland ó su criado viniesen en su seguimiento. He aquí pues á Benito que sin pensar en que estaba con un saco de tosco buriel, todo manchado, se dirigió hácia las

Digitized by Google

gentes que veía sentadas, pero á quienes por la distancia aun no podía conocer. Estas, por su parte, quedaron atónitas viendo á un muchacho venir corriendo hácia ellas; y este incidente suspendió su diversion y su alegría. Benito se acercó, distinguió los objetos, y temblando esclamó: ¡Cielos! ¡mi padre y mis hermanos!—¡Benito! esclamó tambien Palemon (porque él y su familia eran), y ¡Benito! repitieron todos á una voz. El muchacho se arrojó á los pies del anciano, que inundaba con sus lágrimas; y este le dijo: ¡Cómo! ¿vos aquí? ¿qué significa ese trage? Benito, sollozando, le contó lo que le había sucedido, y el modo con que se había escapado de la sala en que le tenía preso el feroz Roland. Todos se interesaron en favor del fugitivo, y todos lloraban. ¡Vos, padre mio, prosiguió Benito, ignorábais sin duda que este hombre tiene calabozos, cadenas, látigos y todo género de suplicios! (*Palemon calló.*) Perdonadme; recibidme en el número de vuestros hijos; os juro que en nada os daré que sentir nunca, nunca!

Palemon no le respondió: pero sus hermanos y la amable Enriqueta le abrazaban é intercedian por él. El anciano Delacour tambien interpuso su mediacion; y el padre, no pudiendo resistir á tantas

Digitized by Google

instancias, abrió sus paternales brazos al pobre Benito, el cual, de contento saltaba, corria, gritaba, lloraba y hacía mil estravagancias; y luego, recogió lo que habia sobrado de la comida. En fin, toda la comitiva, porque se acercaba la noche, volvió á la granja, donde Benito mudó al instante de trage. La cena fué alegre, especialmente para el fugitivo, que hizo los honores de la mesa, y recibió de todos mil testimonios de afecto.

Antes de recogerse, Palemon dijo á sus hijos: Mientras yo estaba en París fuisteis á visitar al jóven Emiliano, cuya historia nos contó la buena Brígida; á nadie hallásteis, porque estaban en la córte, donde Emiliano habia encontrado á sus padres. Este virtuoso jóven ha sabido vuestra atencion, y está muy agradecido; de modo que ahora poco he recibido una carta en que Emiliano y Brígida prometen venir á vernos dentro de dos ó tres dias, y contarnos lo restante de su historia: os lo participo porque sé que ha de agradaros. Efectivamente, los muchachos se alegraron infinito; y se retiraron á dormir, que bien lo necesitaban, especialmente Benito, que habia trabajado tanto aquel dia.

TARDE XLII.

EL EJEMPLO.

Si pretendes enseñar
Doctrinas de bien vivir,
Debes primero advertir
El ejemplo que has de dadar.
De poco sirve dictar
Morales disposiciones:
Que no bastan las razones
Si las obras no acompañan,
Y no pocas veces dañan
Los actos á las lecciones.

Benito, gozoso de haber vuelto á la gracia de su padre, protestaba no volver á incurrir en faltas como las que habian dado lugar á sus castigos. ¡El malvado Roland! ¡qué hombre! Refirió Benito á sus hermanos la mañana siguiente las estrañas crueldades de este verdugo de los muchachos; todos se estremecieron, compadeciéndose de Benito porque había

Digitized by Google

caido en las manos de un hombre tan cruel; y le aplaudieron el valor que había tenido para quebrantar su prision. Ignoraban que todo esto no era mas que una especie de comedia arreglada entre su padre y Mr. Roland, pues este, oyendo las quejas de Palemon en órden á Benito discurrió un medio singular para asustarle y tal vez para corregirle. Yo poseo, dijo á Palemon, junto á mi molino un edificio antiguo, dividido en varias piezas. Juntaré en él varios muchachos, sirviéndome para este efecto así de mis hijos como de los amigos, y los instruiré en lo que deben hacer. Con este objeto Mr. Roland, cuando Benito quedó en su poder, tenía ya arregladas las decoraciones necesarias, auxiliado de su criado y de siete ú ocho jóvenes de las cercanías. En realidad las tres salas de penitencia no eran mas que una pura invencion; pero muy propia para hacer su efecto en el cerebro de Benito que se hallaba encerrado por la vez primera. Un muchacho estaba encargado de inspirarle la idea de escaparse, é indicarle el mal cubierto cañon de la chimenea si él no lo advirtiese. Era bien seguro que Benito haría todo lo posible para huir, y que lo conseguiría fácilmente, como que nadie se lo impediría. Mr. Roland había avisado á Palemon el dia que empezaba la pieza có-

Digitized by Google

mica; y Palemon con solo el objeto de ver llegar á su fugitivo hijo, determinó comer con su familia en el campo, y en sitio que estuviese á vista del molino. No temía que Benito huyese á otra parte que á su casa, porque conocía muy á fondo su corazon; y aun cuando el muchacho hubiese intentado dirigir sus pasos á otra parte que á la granja, no habría podido alejarse mucho, porque el mozo del molino le espiaba todas sus acciones, y estaba á caballo detrás del edificio para correr en pos de él y prenderle si tomaba algun otro camino. Estaba pues todo muy bien combinado para asustar y corregir al pobre Benito; todo había salido á medida de los deseos de su padre; y este esperaba que su hijo cambiase, y abandonase, no sus vicios pues no los tenía, sino ciertas vivacidades que pueden perdonarse en cierta edad; pero que es preciso corregirlas para evitar su trascendencia.

Despues que Benito hubo contado sus desdichas á sus hermanos, estos en recompensa le refirieron todas las aventuras de Mr. Delacour, de las cuales solo el principio habia oido Benito, y las del caballero Enrique. Así se pasó esta mañana, en la cual todo fué mútuas confianzas y caricias. Por la tarde se juntaron en el terrazo sin objeto decidido; pero

Digitized by Google

confiados en que Palemon ó su amigo harían el gasto de la conversacion y de sus diversiones. Apenas se habían reunido, oyeron llamar reciamente á la puerta. Palemon, admirado de que á hora semejante viniese alguno á visitarle, y que llamase con tan poco miramiento, mandó á Armando que acompañase á Marcela, que iba á abrir; pero este quedó aturdido, y aterrado Benito, al ver entrar á Mr. Roland.

Mr. Roland era el diablo para Benito y para todos los muchachos. Se figuraban que su anciano padre trataría severamente á este importuno, reconviniéndole por la cruel conducta que había tenido con su hijo; pero nada de eso: Mr. Roland fué muy bien recibido, y se le mandó sentar. ¿Sois vos, amigo mio? le dijo Palemon, ¿qué es lo que aquí os conduce tan cerca de anochecer?—Vengo, dijo Roland lanzando una severa mirada á Benito, que se estremeció, á pediros mi discípulo que se escapó ayer de mi casa, causando en ella un gravísimo desórden.—¿De veras?—Sin duda: no se contentó con romperme las paredes y huir como un facineroso, sino que implicó en su insubordinacion á otros jóvenes que yo castigaba por algunas culpas, y que me han sido confiados por sus padres, á los cuales no puedo presen-

Digitized by Google

tarlos. Esto es lo que ha hecho: considerad ahora si merecen perdon tales desafueros.

Todos callaban, y cada uno esperaba temblando la respuesta del padre, quien parecía que dudaba y no sabía qué contestar; pero al fin Palemon se esplicó de esta manera: Siento infinito que mi hijo no se haya contentado con huir solo, sin inducir á los demás á que imitasen su ejemplo; turbando así el órden de vuestra casa. Su obligacion principal era esperar mis órdenes y procurar ganar vuestro afecto, en vez de escitar vuestra severidad; pero le he perdonado, y cuando empeño mi palabra no acostumbro á quebrantarla.—¿Con que no me le volvereis?—Desde luego creo que él no tiene mucha gana de seguiros; el aspecto de vuestras prisiones le ha espantado mucho; y á mas de eso, le he admitido en casa bajo la promesa que me ha hecho de ser muy otro, y particularmente de moderar la aspereza de su carácter.—¡He aquí como son los padres! así echan á perder á la juventud; y los sugetos á quienes confian su enmienda, no pueden hacer nada.—Amigo mio, os equivocais; yo no echo á perder á mis hijos; los corrijo, pero siempre como padre. Yo no puedo olvidar este sagrado título, que me ordena ser mas indulgente y sufrido que lo que se puede exigir de un

Digitized by Google

estraño. Si mi hijo se arrepiente de buena fé, si se propone firmemente corresponder á mi ternura con su docilidad, complacencia y dulzura, ¿por qué quereis que me complazca en sujetarle mas á la vara de hierro de que habíais empezado á hacer uso? No lo esperemos todo de la juventud: es inconstante y viva, pero se puede corregir. ¡Ah! sería preciso que mi hijo tuviese muy mal corazon para que no conociese el estremo con que le amo. Mr. Roland, jamás seré tirano de mis hijos, sino su mayor y mas tierno amigo.—A la verdad, que si yo hubiese tenido un padre como vos, no sería tan infeliz, ni la desgracia hubiera agriado tanto mi condicion.—¿Pues qué, no os manifestaba vuestro padre el mismo afecto que yo profeso á mis hijos?—No por cierto; y á no ser por un venerable sacerdote, á quien lo debo todo, ha mucho tiempo que estaría en el sepulcro.—¿Es posible? Hacednos el favor de contarnos la historia de vuestra vida, porque no puede menos de interesar á cuantos nos hallamos presentes.—Lo haré, amigo mio; pero antes exijo que me entregueis á Benito.—Eso no; no puedo complaceros, porque he prometido tenerle en casa, y debo cumplirlo; lo que únicamente puedo ofreceros es volvérosle á enviar si me pone nuevamente en la precision de desterrarle de

mi presencia: pero me lisonjeo de que no se verificará este caso. Así pues no hablemos de esto, y servíos referirnos vuestras aventuras, que sin duda serán muy particulares segun infiero de algunos ligeros sucesos que en ciertas ocasiones me habeis confiado.

Todavía insistió Roland increpando lo que llamaba flaqueza de Palemon en órden á su hijo Benito; pero al fin resolvió satisfacer la curiosidad de su amigo haciendo la siguiente relacion, que fué oida atentamente por todos, y mas por Benito, que ya se hallaba enteramente sosegado.

EL MAL PADRE.

Mi padre era tratante en granos en una pequeña poblacion situada á cuatro leguas de París, llamada San German en Laye. Se había casado por pura inclinacion, y sin que mi madre le llevase dote alguno; pero aquella pasagera inclinacion que le había obligado á casarse, fué de muy corta duracion. Bien pronto se olvidó de su amor con esta virtuosísima muger, tratándola con el mayor rigor y desprecio: y para desquitarse del tedio que le causaba, se entregó á ocultos amores si tales pueden llamarse

Digitized by Google

los vergonzosos lazos que unen á los esposos y padres de familia con las rameras, cuyo objeto y oficio es siempre el de enredar las casas, ridiculizar las esposas á los ojos de sus maridos, y arruinar las familias. Tal era la conducta de mi padre: mi madre no lo ignoraba; pero paciente, dulce y tímida, lo disimulaba todo para evitar contínuas desazones. Yo era el único fruto de su matrimonio; y al paso que mi padre me miraba con poco cariño, mi madre me amaba con la mayor ternura. Desde mi mas tierna edad no cesaba mi padre de reprenderme sin saber por qué, y aun me maltrataba con inaudita crueldad. Sentía esto mi madre, y le afeaba muchas veces su rigor; pero él no hacía caso, y aseguraba que yo sería siempre un grandísimo bribon.

Así me crié hasta la edad de la razon, siendo testigo de la mala conducta de mi padre, y de las lágrimas y tormentos de su infeliz esposa. Tenia ya diez y siete años, cuando una noche que me retiraba algo mas tarde de lo acostumbrado, y temeroso de que mi madre se impacientase por mi tardanza, al pasar junto á una calle que desembocaba en la nuestra, encontré una jóven afligida y llorosa, que corriendo precipitadamente se arrojó en mis brazos, esclamando: Cualquiera que seais, socorredme, de-

Digitized by Google

fendedme de quien me persigue. El interés que inspira una muger llorando, y el natural deseo de favorecer á una desdichada, me obligaron á cogerla del brazo, asegurándola que la defendería á todo trance; y que no la abandonaría, hasta dejarla en lugar seguro. Apenas acabé de hacerla esta promesa, cuando ví pasar junto á nosotros uno como militar con la espada desnuda, el cual no hizo mas que mirarnos, envainar su espada, y retirarse pronunciando estas palabras: ¡Maldita! ¡yo te cojeré sola, y sabré vengarme!

Apenas pasó, me dió las gracias la jóven y me suplicó la acompañase un momento en su casa, allí inmediata, no volviese el perseguidor, que dijo era un amante desdeñado, y la maltratase. Subí en efecto con ella, y entramos en una sala adornada con primor; presentóme una silla y se reclinó en el sofá, dando rienda suelta á su llanto y diciéndome que su virtud era la causa de los malos tratamientos de aquel hombre brutal. Disponíase á referirme sus desgracias cuando llamaron á la puerta. — Si será él... ó será mi amigo... En todo caso os suplico os retireis á esta albacena. Salió á abrir, y un instante despues volvió á entrar acompañada de un hombre, y se entabló entre él y Sofia, que así

Digitized by Google

se llamaba la jóven, una escena de celos... ¡Cómo quedaría yo cuando en la voz del recien llegado conocí la de mi padre!.. Solo puedo decir que el temblor que de mí se apoderó y algun otro movimiento, me hicieron chocar con no sé qué objetos de cristal, que cayendo y rompiéndose con grande estrépito me descubrieron... Mi padre hizo abrir la alhacena, y al verme salir de ella quedó confuso, y cubriéndose el rostro con ambas manos, esclamó: —Mi hijo aquí!.. — ¡Tu hijo! contestó Sofia, pues es bellísimo y de buen corazon; él me ha salvado de tu rival que me perseguía con espada en mano. Mi padre creyó que esto no era sino una pura invencion de Sofia y que yo era otro de sus amantes. Me miró con el mayor enojo, y me mandó quitarme de su presencia. No esperé á que me repitiera esta órden; salí apresurado y no sé lo que pasaría entre él y Sofia: lo único que puedo decir es, que desde entonces me trató mucho peor que antes, que me hacia espiar cuantos pasos daba, y que mi casa era un continuo espectáculo de lágrimas y desolacion, sin embargo de haber yo cumplido religiosamente el mandato de mi padre, de no hablar á mi madre del lance de casa de Sofia.

Un dia convidó á almorzar á un caballero, y al

Digitized by Google

terminarse el desayuno mandó que me preparase para ponerme en camino al dia siguiente para Tolon, donde con aquel sujeto que era capitan de navío, me embarcaría para América. Mi madre se opuso con obstinacion, y esto produjo un altercado en que pasando á vias de hecho, hasta al capitan y á mí que nos pusimos por medio, alcanzaron algunos golpes de mi padre. Separado ya el verdugo de su víctima, declaró el capitan que no era su ánimo causar disensiones en las familias, ni arrancar á ningun jóven del seno maternal contra su voluntad.

Mi padre marchó enfurecido y no volvió en toda la noche: al dia siguiente se llenó la casa de ministros de justicia que arrebataron cuanto en ella había para pagar los alquileres de la habitacion, y hasta sin cama nos dejaron. Aun no habian salido cuando se presentó otro con una órden formal para llevarme á una casa de correccion, por haber maltratado y aun herido, decía la órden, á mi padre. Cual sería mi sorpresa y el dolor de mi madre, fácil es de discurrir: sin embargo conservé mi presencia de ánimo, solicité se me permitiese escribir y recoger algunas ropas, y puse á mi madre y la entregué en su mano un papel que decía: «Madre mia, es preciso huir: id á buscarme á casa del párroco de

Serville.» En seguida entré en mi cuarto como que iba á buscar mis ropas, y me descolgué por una ventana: bajando á un corredor me así de la soga de un pozo poco profundo que en él había, y deslizándome por ella, descendí hasta el fondo; donde unas veces pendiente de la soga, otras sumido en el agua hasta la cintura, permanecí el resto del dia. Cuando ya de noche iba á salir, ocurrió á una cocinera ir á sacar agua y empezó á tirar de la soga desde arriba, yo tiraba desde abajo, y por último ahuecando la voz dí un grito que la hizo huir dando alaridos: volví á trepar sin pérdida de tiempo, salí al corral y saltando las tapias me encontré en la calle, y muy en breve me ví fuera de París.

No tardé en llegar á Surville; me dirijí á casa del párroco, y al llegar á ella advertí que me esperaban. ¿Sois Roland? me preguntó una muger jóven, en voz baja.—Si, yo soy.—Dios sea bendito. Y me abrazó con ternura, quedando yo sorprendido al reconocer en ella á Sofía; quise huir y me lo impidió. No soy vuestra enemiga, me dijo, antes bien soy víctima del mónstruo de vuestro padre, á quien no veré jamás. Entonces vine en conocimiento de que Sofía era una sobrina del virtuoso párroco, de quien este nos había hablado y cuyos estravíos deploraba.

Digitized by Google

Subí á las habitaciones altas, y allí encontré á mi madre á quien el señor cura, que había sido su tutor, estaba consolando, pues ya la parecía tarde, y temía me hubiese sucedido algun percance; por lo cual me abrazó con la mayor ternura. Tambien fuí bien recibido del respetable eclesiástico, quien me exhortó á que me tranquilizase, pues ya procuraría arreglarlo todo.

Al dia siguiente, Sofía me refirió con minuciosidad su historia: díjome que su conducta había sido deprabada, pero que se hallaba arrepentida y resuelta á hacer penitencia en un cláustro el resto de su vida. Que un oficial la habia sacado de la casa paterna y habían vivido juntos hasta que cansada de sus malos procederes, había dado oido á las solicitudes de mi padre, á quien había tenido por soltero durante mucho tiempo, y los celos y amenazas del primero fueron los que motivaron el encuentro de la noche que la conocí: que mi padre por último la había abandonado, despojándola de cuantos muebles y ropas tenía, y ella se había acogido á la proteccion de su tio: y me rogó guardase silencio sobre todo, el cual la prometí.

Dos dias despues, mi madre acompañada del sacerdote fué á visitar al magistrado que había dado

Digitized by Google

la órden de reclusion contra mí, y haciéndole una verdadera relacion de los atropellamientos de que éramos víctimas, consiguió la rebocase. Tambien supieron en París que mi padre, recuperado por algunas ganancias que había tenido en el juego, había puesto casa nuevamente y deseaba que fuésemos á su compañía; pero el prudente párroco se opuso á que dejásemos su casa hasta que nuestra tranquilidad quedase asegurada; quería tambien que asistiésemos á la toma de hábito de Sofía, cuya ceremonia debía celebrarse en uno de los dias inmediatos. Así nos hallábamos contentísimos....

Pero es tarde y hasta mi molino hay una legua: mañana volveré y continuaré mi historia. A Dios señores. Palemon no le dejó salir; pasó allí aquella noche y el siguiente día, manifestando un genial nada conforme con el rigor que en su molino desplegaba.

FIN DEL TOMO TERCERO.

Digitized by Google

TARDES

CONTENIDAS

EN ESTE TOMO TERCERO.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

LAS TARDES

DE LA GRANJA.

NUEVAMENTE TRADUCIDAS Y REFUNDIDAS

por

D. JOSÉ LOSAÑEZ,

Regente de segunda clase, profesor de lenguas vivas y catedrático cesante del Instituto de Segovia.

TOMO IV.

MADRID: 1855.

SE HALLARÁ EN EL IRIS DE LA ILUSTRACION,

plazuela del Anjel, núm. 12.

Digitized by Google

ESTA NUEVA TRADUCCION ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

Imprenta de D. Ramon Campuzano,
calle del Ave María, núm. 17.

Digitized by Google

LAS TARDES

DE LA GRANJA.

TARDE XLIII.

EL BUEN ECLESIÁSTICO.

El que en su vida arreglado
A todos da buen ejemplo,
El que al servicio del templo
Solícito y esmerado
Concurre; que desvelado
El bien de su grey procura;
Aquel cuya vida pura
Es como brillante espejo
Y con obras y consejo
Enseñáre, es un buen cura.

Palemon enseñó todas sus posesiones á Mr. Roland, en lo que pasaron una buena parte del dia. Por la tarde, reunidos en el emparrado, continuó así su historia:

Digitized by Google

habia llenado estendiendo mi obligacion de servir por seis años; y habian cortado con tanto artificio todas las demás firmas mias, que solo quedó en el papel la primera que habia echado, y que era la que siempre usaba. ¡Cómo! esclamé; ¿ha podido Juan engañarme de esta suerte?—Juan no ha hecho mas que ayudar las intenciones de vuestro padre; y además es tan soldado como vos.—¿Soldado? —Sí, pero no nos detengamos en discursos inútiles: seguidnos ahora mismo.—¡Gran Dios! ¿no podré avisar á mi madre?.....—Es imposible; la compañía va desfilando, y no podemos detenernos un instante en el pueblo.

Insistí, supliqué y rogué con tanto ahínco á este feroz oficial que me concediese la gracia de ver á mi madre, que se resolvió acompañarme. ¡Qué golpe tan terrible íbamos á dar á la madre mas tierna! Llegué con el oficial, y hallé á mi madre almorzando tranquilamente con el cura y la madre de Sofía. Atónitos de ver conmigo un oficial, se levantaron; yo me arrojé á los brazos de mi madre, y no teniendo fuerza para significarla mis nuevas desdichas, lloré en su alterado seno.—¿Qué es esto, hijo mio? ¿qué tienes?—Señora, respondió el oficial, abrazad á Roland, y despedíos de él, porque es sol-

Digitized by Google

dado de mi compañía.—¡Soldado! esclamaron todos admirados. Espliqué por menor á mi madre la traicion de Juan por instigacion de mi padre, y la pobre señora se estremeció; pero el párroco con mucha gravedad, dijo al oficial: Caballero, las injusticias no deben sostenerse; no teneis derecho para quitar su libertad á este jóven por medio de una traicion, y yo acudiré á vuestros superiores.—Apelad á quien quisiéreis, respondió friamente el oficial; pero entre tanto, yo me llevaré á mi soldado ahora mismo. Vamos andando.

Mi madre se postró á los pies del oficial que despreció su llanto: el párroco, enternecido con este espectáculo, dijo que no permitiria que me sacrificasen de este modo; y preguntó al oficial: ¿cuánto se necesita por su licencia?—¿Su licencia, señor cura? no no se le puede dar, porque se va á declarar la guerra, y necesitamos gente.—Sin embargo, no ignorais que aquí en todo tiempo se puede rescatar un soldado: de consiguiente no nos podeis negar el rescate de este por la cantidad acostumbrada.—Pero, señor, se necesita bastante dinero.—Yo no sé lo que se necesita; aquí tengo veinte y cuatro luises de oro: ved si quereis aceptarlos; pero de lo contrario, os advierto que pediré al rey justicia, y puede ser que

Digitized by Google

os arrepintais de haber contribuido á maldad tan enorme.

Aunque el oficial conocía que su conducta sería reprobada por sus superiores, se hizo algo de rogar; al fin recibió la cantidad y me dejó libre. Le preguntamos cómo se había preparado este asunto; nos dijo, que al pasar por San German se le había presentado mi padre, y me había pintado con los mas feos colores, suponiendo que era un pícaro libertino de quien quería deshacerse, y que por tanto le había empeñado en que á toda costa procurase hacerse con mi firma. El oficial, que hacía ocho dias que había enganchado á Juan sin saberlo su familia, entregó á este cierta cantidad, que pagó mi padre, á fin de que, mediante la libertad con que nos trataba, me hiciese caer en el lazo. Lo consiguió perfectamente; y este miserable precisado á vender su libertad por efecto de su mala conducta, había implicado en su desgracia al que llamaba su buen amigo.

Mucho indignó al buen párroco tan vil accion de su ahijado; dijo que no volvería á verle, y nos suplicó que omitiésemos todas las demostraciones de gratitud. ¡Qué grandeza de alma! ¡privarse por nosotros de lo poco que había podido ahorrar! ¡hacernos tantos beneficios, y duplicar su precio por medio de

Digitized by Google

tan singular modestia! ¡qué contraste entre la conducta de mi padre y la de este eclesiástico! ¿es creible que un padre haya sido capaz de multiplicar tantas acciones criminales contra un hijo que no tenia otro delito que el de amar á su desdichada madre? ¡Oh vosotros, niños felices, que teneis padres indulgentes, compasivos y virtuosos, cuán poco conoceis vuestra felicidad! ¡Bastaría que padeciérais la cuarta parte de lo que yo he padecido, para que supiéseis apreciar vuestra feliz situacion. ¿Qué le quedaba ya que hacer á mi padre contra un hijo inocente? ¿se valdría de nuevos resortes para perseguirme? Todo era de presumir de su parte; y las consecuencias vinieron á probar que no había yo llegado todavía al término de sus vejaciones. . . . .

¡Considerad, amigos mios, quál sería nuestra ternura para con un sacerdote á quien debíamos tanto! Volvimos á nuestros inocentes placeres, y no supímos mas de Juan. Tratábase de llevar al convento á Sofía; y esta jóven se manifestaba muy resignada, sin mostrar la mas leve repugnancia; pues de lo contrario su tio nunca hubiera violentado su alvedrío, aunque conocía que cuando una jóven ha llevado una vida escandalosa y quiere enmendarse, no la queda partido mas seguro que retirarse á un

cláustro, como asilo el mas propio de penitencia. Sabía al mismo tiempo que es menester muy verdadera vocacion para un estado tan austero; y que llevar al cláustro las inclinaciones que se han seguido en el mundo, es hacer un infierno perpétuo del retiro pacífico de la virtud. Había sondeado muy bien la disposicion de su sobrina, manifestándola todas las obligaciones que iba á contraer, para que no las sellase con un eterno juramento si no se sentía con espíritu bastante para cumplirlas: pero Sofía estaba resuelta; y ella y su madre conocían que el partido mas sano era el de un religioso retiro. Tal era este hombre virtuoso amigo de la religion que enseñaba; poniendo en práctica sus deberes sin pedantismo ni afectada austeridad. En su casa era amable y festivo; presenciaba los honestos juegos de los jóvenes; en una palabra era un padre tierno de todos sus feligreses, y un modelo de sacerdotes. No satisfecho con lo que hasta entonces había hecho por mí, trataba de procurarme alguna ocupacion útil. Había escrito á París á un amigo para que me proporcionase algun destino en que pudiese vivir sin separarme de mi madre; tenía ya prometida por su amigo esta gracia, y esperaba concluir el asunto de Sofía para participarnos el buen estado de nuestros

Digitized by Google

asuntos, cuando la malignidad de mi padre turbó de nuevo nuestra paz, y llenó de confusion toda la casa. Noticioso de que yo habia conseguido mi libertad, y furioso por ver desvanecidos todos sus proyectos de venganza contra mí, dirigió sus baterías por otra parte; y se manejó del modo mas odioso para descomponernos á mi madre y á mí con el buen párroco, que era á quien únicamente temia.

La víspera del dia en que Sofía se habia de separar de nosotros, el señor cura y mi madre recibieron á un mismo tiempo dos cartas de mi padre: una para el párroco y otra para mi madre: en las dos nos acusaba á Sofía y á mí de estar en relaciones ilícitas, manifestando que aquella habia sido su querida, y que yo le habia arrebatado su amor: escitaba contra los dos el odio del cura, y de mi madre, y amenazaba á esta de que muy en breve le vería ir á reclamar sus derechos sobre ella y sobre mí.

El efecto que el contenido de estas cartas produjo en el buen eclesiástico y en mi madre es indecible; comunicáronselas respectivamente, llamaron á Sofía y despues á mí, y de ambos supieron la parte de verdad que contenian, asi como las razones de prudencia y delicadeza que nos habian impedido revelarlo, y los dos quedaron convencidos de nuestra

Digitized by Google

inocencia y de la increible perversidad de ánimo de mi padre. Pocos momentos despues llegó este reclamando del párroco nos pusiese á su disposicion, pero fué rechazado con indignacion, y se retiró prorumpiendo en terribles amenazas.

Al dia siguiente entró Sofía en el convento, y dos dias despues entabló mi madre el recurso de separacion, el cual segun las apariencias debia producir el resultado de vernos libres de tantas persecuciones. Con este motivo tenia que hacer contínuos viajes á Paris, adonde yo solía acompañarla, y como la distancia es corta íbamos á pie.

Una tarde que regresábamos ambos de practicar varias diligencias, salieron de un bosque tres hombres enmascarados y armados de pistolas, los cuales nos intimaron que nos dejásemos atar y conducir hasta una silla de posta que á corta distancia del camino estaba. Yo no llevaba mas armas que un palo, quise no obstante resistirme, pero dos de ellos me desarmaron con la mayor facilidad y empezaron á sujetarme los brazos. Mi madre entonces sorprendiendo al tercero le quitó una pistola que llevaba á la cintura, la disparó contra uno de los que me sujetaban y le penetró el tiro por un costado, cayendo desfallecido en tierra: apenas vieron esto los otros

Digitized by Google

dos huyeron precipitadamente: no dudamos mi madre y yo que esta fuese una nueva asechanza de mi padre: ya nos poníamos de nuevo en camino para el lugar á reclamar auxilio para el herido, cuando este volviendo en sí y esforzando la voz, empezó á llamarnos: ¡Esposa!... ¡Hijo mio!... socorredme. Atónitos al oir estas palabras, corrimos á su socorro: le descubrimos el rostro y en efecto era mi padre.... Llenos de pesar y olvidando lo que por él habíamos pasado, procuramos cubrir la herida, le pusimos en el carruaje, que nos dijo era suyo, y le condujimos á casa de nuestro protector, donde no obstante haberle prodigado cuantos auxilios reclamaba su situacion, solo los espirituales pudieron alcanzarle, pues al dia siguiente espiró. Poco antes de morir nos hizo acercar á su lecho, y con débil voz nos habló de esta manera:

«Voy á espirar, y el velo del vicio que me cegaba, desaparece enteramente. No veo mas que mis errores, y el furor con que he perseguido á una esposa honestísima y á un hijo respetuoso, y que estas persecuciones me conducen al sepulcro. Yo, esposa mia, no puedo culparte por mi muerte; ¡no quiera Dios que incurra en tal injusticia! tú no podías presumir que yo, acompañado de dos auxiliadores de

Digitized by Google

mis ideas, queria arrebatarte juntamente con tu hijo: un movimiento de desesperacion y de ternura maternal te ha proporcionado, sin saber cómo, la mas justa venganza. Yo te destinaba para víctima de la traicion mas horrenda, que debería quedar sepultada conmigo en eterno silencio; pero que voy á revelar, á fin de que esta confesion sincera sirva de espiacion de mis crímenes, y pueda dulcificar la amargura que mi pérdida podría causaros. En vuestro seno y en el de este respetable ministro del Altísimo, voy á depositar esta terrible confesion; nunca salga de vuestros lábios: este es el único favor que os pido. Siempre persuadido de que mi hijo me había arrebatado el corazon de Sofía, y de que su madre apoyaba tan criminal conducta, resolví perder á entrambos á toda costa. Cuando ví que mi esposa solicitaba el divorcio, y que ante los jueces se hacian patentes mis desaciertos, me enfurecí; y conviniéndome con un oficial de marina, mediante una cantidad que le entregué, tratamos del rapto de madre é hijo, llevaros despues hasta Brest, y sepultaros en un navío que mandaba el oficial, y que al instante debía hacerse á la vela. . . . .

»Este, mi criado y yo nos disfrazamos, y os esperamos á la entrada del bosque por donde habíais de

pasar al volver de París. Nuestra idea no era causaros daño alguno, sino únicamente asustaros, haceros subir á la silla de posta que habría dirigido mi criado, y darme en ella á conocer para que vosotros intimidados con mi presencia no hiciéseis resistencia alguna. No temía peligro alguno, pues sabía que mi hijo, que era quien podía oponerse á mis intentos, no llevaba armas. Esta confianza fué mi castigo, y caí bañado en mi sangre por la generosa cuanto inesperada resolucion de mi esposa. El oficial, que ya estaba pagado, y mi criado, huyeron abandonándome á mi suerte: ¡conducta ordinaria de los malvados! Este es, amigos mios, el infame proyecto de venganza que yo había concebido. A no ser por tan manifiesta disposicion del cielo, os hubiérais visto prófugos y sin asilo en nuestras colonias, ó abandonados en alguna isla desierta. El golpe mortal que he recibido ha iluminado de repente mi entendimiento: todos mis vicios se presentan á mi débil imaginacion, y oigo la verdad que no puede desconocer el hombre á las puertas del sepulcro. Siempre conocí mis injusticias, pero nunca tanto como ahora. Aborrezco mi conducta, y estoy tan arrepentido, que si el cielo prolongase mi vida, no la emplearía mas que en haceros felices. Pero ya es tarde: ha

Digitized by Google

llegado el dia de mi destruccion.... ya para mí ha sonado la hora de la muerte, y estos cortos instantes debo emplearlos en mi provecho espiritual: perdonad mis crímenes, y si os fuere posible no aborrezcais mi memoria.»

Así habló mi padre; y nosotros le protestamos que su pérdida nos era infinitamente sensible. Nos encargó que en su nombre pidiésemos perdon á Sofía, en quien siempre había notado bellísimas disposiciones para volver al camino de la virtud. En seguida dispuso su testamento, por el cual nos instituía herederos de lo poco que había quedado, y declaraba nuestra inocencia en su desgraciada muerte. Poco tiempo despues dejó de existir. Mi madre estaba inconsolable: fué preciso no perderla de vista para evitar algun estremo desesperado. Por fin, los saludables consejos del párroco calmaron poco á poco su dolor, y despues de hacer las exequias de mi padre fuimos á París para acabar de sincerarnos ante la justicia, y para arreglar los asuntos de intereses: y aunque los de mi padre se hallaban en muy deplorable estado, pudimos juntar la cantidad suficiente para comprar el molino que habito, y adonde vinimos huyendo de los paises que nos habian sido tan fatales. En fin, á falta de otro recurso, me hice

Digitized by Google

molinero; y ayudado de mi tierna madre, que era sumamente laboriosa, gozaba una vida tranquila y bastante cómoda. Mucho sintió nuestra falta el buen cura, que sobrevivió poco tiempo á mi padre, y murió en brazos de su hermana, la cual vivió algunos años manteniéndose con una mediana renta vitalicia que tenía, con la que tambien ayudaba á Sofía, que fué ejemplo de virtud en su convento. Mi madre sufria mucho: conocía yo que una pena interior la consumía, y por lo mismo dupliqué todas mis atenciones para con ella; pero todo fué inútil: al cabo de cuatro años tuve la desgracia de perderla. No conoció en la vida mas que penalidades, y á no ser por la ternura maternal que sostenía su corazon, la hubiera sido imposible resistir al peso de las desgracias que la abrumaron desde el punto de su infeliz casamiento. Yo tambien me casé con una virtuosísima muger que perdí despues de haberme hecho padre de dos hijos que estan actualmente en París y me prometen una feliz ancianidad.

Tal es, amigos mios, la historia de mi desgraciada juventud. Ya habeis visto el cuadro de un mal padre y un mal esposo. Comparad ahora á vuestro padre con el mio, y decid si el cielo no os ha favore-

Digitized by Google

cido mas que á mí, dándoos un padre tierno, virtuoso é indulgente y sin embargo le causais algunos disgustos: ¡ah! ¿qué hubiérais hecho en mi situacion? Sabed, pues, hijos mios, apreciar vuestra felicidad, y haced todo lo posible para merecerla.

Así acabó Roland su historia, que había interesado hasta lo sumo á los muchachos. El retrato de un mal padre era muy propio para hacer resaltar la bondad del suyo; asi fué que todos y Benito el primero, corrieron á abrazarle, prometiéndole reconocer este beneficio del cielo con su docilidad y firme resolucion de no hacer mas que lo que fuese de su agrado.

Palemon, embelesado del efecto que había producido aquella terrible leccion, dió secretamente las gracias á su amigo Roland, el cual con gran complacencia de Benito se despidió y marchó á su molino.

Digitized by Google

TARDE XLIV.

LA AVARICIA.

¿Ves ese hombre pensativo
Que pálido y demacrado
De contínuo está azorado?
¿Que insensible al atractivo
De todo humano incentivo,
Ningun objeto le es caro
Por que es el único faro
Que le guía el interés?
Pues ahí donde le ves,
Ese hombre es un avaro.

Con el perdon de Benito volvió la casa de Palemon á su estado normal. La alegría reinaba por todas partes; si la presencia de Roland había mantenido la seriedad en aquel inquieto muchacho, su retirada había destruido todos sus recelos; ahora ya se manifestaba mas afable con Leon y Julio, mas complaciente con Adela y mas galante con Enriqueta,

Digitized by Google

lo cual causaba en Palemon una satisfaccion indecible.

El tiempo estaba hermoso, la naturaleza encantadora, y la multitud de espigas que los sembrados presentaban, prometian una abundante cosecha. Armando propuso ir al bosquecillo á coger guindas, provistos de pan para comerlas: la proposicion fué aceptada por unanimidad de votos, y partieron, llevando el mayor la racion de Enriqueta y Julio la de Adela. Las dos jóvenes recibian en sus delantales la fruta que sus amantes desde la copa de los árboles las echaban, y Benito y Leon se ocupaban en limpiarlas para despues comerlas juntos. Cuando ya tenian suficientes bajaron de los árboles; pero Julio tenía un obsequio que hacer á su querida: habia encontrado un nido y fué á presentársele á Adela. Armando no quiso ser menos, buscó otro y le ofreció á Enriqueta.

De aquí nacieron una multitud de reflexiones sobre la ternura maternal, y de ellas resultó el decretarse la libertad de los animalitos. Los nidos fueron de nuevo colocados en sus sitios, y viéronse al punto bajar sobre ellos una multitud de pájaros que llevaban granitos de trigo en el pico.—Sin duda era muy grande el sentimiento de las pobres aveci-

Digitized by Google

llas; acaso tan grande como el que nosotros esperimentaríamos si nos privasen de nuestros padres.—Como el de Emiliano, repuso Julio, cuando le separaron de su madre.—¿Quién ese Emiliano? preguntó Enriqueta; y Armando tomando la palabra refirió á la jóven toda la historia de aquel interesante muchacho á quien de dia en dia esperaban en la granja segun había dicho Palemon.

Mucho interesó á la hija de Delacour este relato y de él dedujo que Emiliano debía ser hijo de algun matrimonio de inclinacion.—¿Y qué, preguntó Armando, solo estos casamientos son desgraciados?—Yo creo que lo son todos los que se contraen contra la voluntad de nuestros superiores.—Pero cuando estan autorizados con la bendicion paternal ¿hay acaso estado mas feliz?—No le hay, respondió Julio dando un profundo suspiro.—¿Qué es esto? dijo Benito, aquí todos suspiran.—¿No ves, dijo Leon, que todos aman? Armando quiere á Enriqueta, y hace bien porque lo merece, y Julio ama á nuestra Adela. Sí; yo lo digo, no os pongais ahora colorados.

Enriqueta miró tímidamente á Armando, el cual dijo: Yo por mi parte lo confieso.—Yo tambien, añadió Julio. Leon les hizo observar que al menos

Digitized by Google

debían agradecerle el haberles ahorrado el trabajo de una penosa declaracion, sobre lo cual se dijeron mil chistes unos á otros.

Esta conversacion duraba todavía poco antes de comer, cuando vieron llegar un coche del cual salieron dos señoras de edad, la una mas que la otra, un caballero, una jóven graciosísima y un muchacho á quien al momento conocieron por Emiliano. Al instante corrieron á abrazarle los hijos de Palemon, y este entre tanto recibió con la mayor cordialidad al caballero y la señora, dándoles la bienvenida á su posesion.—Aquí teneis á mis padres, dijo Emiliano.—Sí, añadió Brígida, por fin quiso Dios que los hallase.

Despues de los cumplidos ordinarios y de haber descansado un rato, comieron alegremente, haciendo á Emiliano incesantes preguntas relativas á sus aventuras, y les prometió satisfacer su curiosidad por la tarde. Llegada la hora de la reunion, la madre de Emiliano se encargó de referir sus propios sucesos, para continuar con los de su hijo, lo que verificó en esta forma:

Digitized by Google

CONTINUA LA HISTORIA DE EMILIANO.

Antes de relatar los sucesos ocurridos durante el curso de mi vida, debo deciros algo de las aventuras de mi padre, para que conozcais las causas que determinaron á un tio, el mas avaro y perverso, para perseguirme y perseguir á mi esposo y á mi hijo. Mi padre, que se llamaba Dubourg, era comerciante y tenía un hermano mayor, tambien dedicado al comercio, el cual se había arruinado varias veces por sus falsas especulaciones. En muchas ocasiones le había ayudado mi padre con su crédito y caudal: pero este hermano, sin principios y sin conducta, acababa de perderse incurriendo en una fraudulenta quiebra. Mi padre, cansado de disminuir, por favorecer á un hombre tan disipado, el caudal que me pertenecía como hija única, pues mi madre había ya muerto; y viendo por otra parte que ningun sacrificio sería bastante para reanimar el crédito de su hermano, tomó el partido de negarle todos los auxilios, y al mismo tiempo manejarse de modo que que nadie censurase el que no socorriese á su hermano. Para este efecto hizo circular la voz de que una quiebra, aun mas fuerte que la de su hermano,

Digitized by Google

le precipitaba en el abismo de la miseria. Representó su papel tan bien, que lo creyeron todos, y mi tio el primero, el cual todavía esperaba auxilios de su hermano, y ya se veía sin la menor esperanza. Pero mi padre que no tenía deudas, y por consiguiente á nadie hacía perjuicio, vendió secretamente sus bienes raices y todo cuanto poseía, reduciéndolo á dinero que encerró en un cofre de hierro. Queriendo huir de su país, donde le avergonzaban las infamias de su hermano, se propuso llevarme á un país estrangero, y allí entregarse de nuevo al comercio, y cuidar de mi educacion y mi fortuma.

Ya había despedido á sus criados; las maletas estaban preparadas y en una de ellas había puesto su cofrecillo de hierro lleno de oro; pero antes de partir envió á llamar á Leclerc su cajero, á quien había colmado de regalos y que era de toda su confianza. Estando pues los dos solos, mi padre le dijo: Amigo; ya que nos hemos criado juntos desde nuestros primeros años, y siempre has correspondido fielmente á tus obligaciones, nada debo reservarte, y no quiero que como todos creas que estoy totalmente arruinado; no, amigo mio: veo que estás muy contristado por la idea de mi ruina, y debo consolarte. Sabe, pues, que poseo mas de doscientas mil libras en oro;

Digitized by Google

guarda en tu corazon este secreto y despidámonos sin esta pena. En cualquiera parte que determine establecerme te escribiré y mantendré contigo mientras viva la justa correspondencia que debo á tu cariño y probidad.

El anciano Leclerc, gozosísimo de que su amigo no fuese tan desdichado como él habia creido, registró el cofrecillo, contó alegremente la cantidad que contenía, abrazó á mi padre, le prometió el secreto, y se despidió de él deseándole un próspero viaje.

Ibamos ya á partir; el coche nos esperaba, cuando á mi padre, que era muy grueso y sanguíneo, le acometió un accidente apoplético, cayendo sin sentido, y muriendo de allí á pocos minutos. Tenía yo entonces cuatro años; pero conservo este doloroso caso tan presente como si acabára de suceder. Yo llenaba la casa de descompasados gritos, mientras que unos vecinos oficiosos (pues no teníamos ya criado alguno) informados del suceso, se apresuraron á dar parte de lo ocurrido á mi tio. Llegó Mr. Dubourg muy sofocado, se arrojó sobre el helado cuerpo de su hermano, é hizo cuantos estremos de dolor puede sugerir el amor fraternal: ¡Qué desgracia! decía, qué desgracia para esta pobre criatura! ¡perder su padre en tan tierna edad! ¿qué será de ella? ¡Yo

Digitized by Google

me veo arruinado y tambien lo estaba su padre! yo no puedo encargarme de ella, no es posible.... ¿cómo la he de educar? ¡ Aun si le hubiera quedado algo á su padre! pero todo lo vendió para pagar á sus acreedores. Estas maletas.... ¿qué ha de haber en ellas? algunas ropas suyas y de su hija.... ¿pero por qué á este hombre le había ocurrido espatriarse? sin duda que el dolor de verse precisado á abandonar su país le ha causado la muerte. ¡Dios mio! Dios mio! Buenas gentes: dijo á los vecinos, hacedme el favor de recoger esta pobre niña, mientras yo examino si han quedado algunos papeles útiles ú otra cosa.... En fin, es preciso registrarlo todo. No sé cómo ha sido... Yo sabía los asuntos de mi hermano como los mios.... parecía imposible..... Al cabo, yo soy el único pariente que la queda á Carolina: llevadla, llevadla por Dios, mientras yo lo registro todo.

Uno de los vecinos me llevó á su casa, y mientras este procuraba consolarme, mi tio se encerró en el cuarto donde todavía estaba tendido el cadáver. Yo no sé si mi tio, ó porque no daba entero crédito á la quiebra fingida de mi padre, ó por un simple motivo de curiosidad, quiso registrar las maletas; pero sea de esto lo que fuere, quedó atónito al hallar un cofrecillo tan pesado que apenas podía levantarle.

Digitized by Google

Buscó cuidadosamente la llave, y la halló juntamente con otras en uno de los bolsillos de la casaca del difunto. Abrió.... ¡qué sorpresa tan agradable! ¡qué alegría sería la suya al ver tanto oro, muchas letras de cambio, y varias ricas alhajas! El malvado cerró el cofre, le ocultó en un sitio muy retirado, llamó á los vecinos, y les dijo: Venid á ver qué rica herencia; ¿no lo había yo dicho? unos miserables vestidos: á esto se reduce todo; ni hay con que pagar el entierro. Sed testigos todos de tan opulento patrimonio: mirad esta maleta.... esta otra... Yo no puedo encargarme de la niña: será preciso llevarla á una casa de caridad.—¡Santo Dios! esclamaron los vecinos, ¡llevar á una casa de caridad á una criatura tan hermosa! no por cierto; nosotros nos encargaremos de ella, aunque sea contribuyendo cada cual con alguna cosa.—¡Me agrada, dijo mi tio, semejante rasgo, que declara la bondad de vuestros corazones! ¡no permita el cielo que yo me muestre menos generoso que vosotros con una sobrina mia! y así aunque nada deja mi pobre hermano, y yo tambien estoy miserable, quiero llevarme la niña. Trabajaré cuanto puede para mantenerla; no tengo hijos, y haré cuenta que Dios me ha dado una hija. Ven querida, ven á los brazos de tu tio, que nunca te

Digitized by Google

abandonará. ¡Oh hermano! tú que me has tratado muchas veces con tanta dureza, ¡ojalá que pudieras ser testigo de lo que hago por tu hija! pero no pensemos sino en disponer su entierro y llevar á mi casa todos estos despreciables efectos.

Los vecinos, persuadidos por la voz pública de que mi padre habia muerto en la mayor pobreza, se retiraron al ver que de todo se había encargado mi tio, el cual se llevó la llave de la casa, y me condujo á la suya. Era soltero, no tenía criado, y habitaba en una especie de boardilla. Aunque yo era de tan tierna edad, esta mutacion me fué muy dolorosa, y parece que adivinaba las infinitas desgracias que luego habían de sucederme.

A la mañana siguiente enterraron á mi padre; y mi tio para echar el sello á su refinada hipocresía, tuvo muy buen cuidado de pedir en la parroquia que le enterrasen de limosna. Despues hizo traer á su cuarto las maletas; pero por sí mismo trajo de noche el precioso cofre. Dos dias despues me puso en casa de unas pobres mugeres, donde estuve hasta la edad de diez años trabajando en labores ordinarias, vestida con la mayor humildad, y sin comer lo suficiente á satisfacer mi apetito, ó por mejor decir mi hambre.

Digitized by Google

Mr. Dubourg enriquecido, como desde luego se conoce, con las doscientas mil libras que le había valido mi herencia, procuró no ostentar conveniencias en los primeros años. Obtuvo tiempo de sus acreedores para pagarles poco á poco, y lo hizo; renovó su comercio, y corregido por sus anteriores desgracias, se hizo avaro tanto como había sido pródigo. Tenía yo diez años cuando mi tio, que ya rayaba en los sesenta, arregló todos sus negocios, y se retiró del comercio. Había comprado una casa muy buena en París, donde vivía retirado conmigo y una ama de gobierno. Yo que apenas había conocido á mi padre, y creía que había muerto en la mayor pobreza, daba entero crédito á lo que me decía mi tio: que á no ser por él habría yo esperimentado los crueles estremos de la indigencia, y que por consiguiente le debía el mas profundo reconocimiento. Por esta razon, y á pesar de su dureza, altivez y consumada avaricia, la gratitud me le hacía respetar como á un tierno padre. Así viví con él seis años, ocupándome en el cuidado de la casa. Se había cargado de humores, consecuencia precisa de la mala conducta de su juventud y de algunas enfermedades, por lo cual tenía insufribles impertinencias; de modo que yo no disfrutaba de la menor diversion. Casi no

salía de casa: solo cuando lo verificaba mi tio, le acompañaba; y por la noche le leía algunos libros sérios, ó jugaba con él á los cientos. Añadid á estas mortificaciones la contínua presencia de una vieja ridícula, de maldito genio y muy envidiosa, y conocereis qué género de vida tuve hasta la edad de diez y seis años, edad del amor y de la razon, en la cual comienzan mis particulares y personales sucesos. Prestadme toda vuestra atencion.

Mi tio siempre había sido amigo de un cierto conde de Armance, á quien en otro tiempo había prestado algun dinero que jamás logró recobrar. Era este hombre de cuarenta años poco mas ó menos, viudo, pero con familia; gastaba mucha ostentacion, y se preciaba de tener grande influjo en la corte. Mr. Dubourg atendía escrupulosamente á mantener amistad con este caballero; y aunque yo no sabía el motivo, veía que delante de él se manifestaba muy humilde y respetuoso. Pero el conde, que de cuando en cuando venía á visitarle, tenía un objeto que mi tio estaba muy lejos de sospechar: me había visto, yo le gustaba, y había formado acerca mí criminales designios. Tenía el conde un secretario jóven, tan amable cómo aborrecible su amo: llamábase Leclerc, y estaba dotado de cuantas prendas y bellas

Digitized by Google

cualidades adornan á un hombre. Muchas veces venía Leclerc á traernos cartas ó algunos simples regalos de parte del conde, y siempre que se presentaba, con sus miradas y suspiros me daba á entender que yo habia rendido su corazon; me complacía de ello, y con el mismo lenguage mudo le aseguraba que no me era indiferente. Así nos entendíamos sin habernos hablado de amores. El conde, que le quería mucho, le traía varias veces á nuestra casa: yo para ver con mas frecuencia á Leclerc, suplicaba al conde que nos favoreciese mas á menudo con su presencia; y aunque este interpretaba en su favor mis demostraciones, Leclerc conocía su verdadero espíritu, y sabía cuál era la verdadera causa de mis deseos; así, en cuanto podía empeñaba á su amo á que concurriese á casa de Mr. Dubourg. Todo se hallaba en esta disposicion, cuando un dia el conde viéndome sola, se atrevió á declararme su amor, cosa que me sorpendió mucho y aun me inspiró grandes cuidados. Sabía yo que este hombre podía disponer libremente de su mano, conocía el carácter ambicioso del avaro Dubourg, y temía que me sacrificase á la grandeza y opulencia. Señor, respondí al conde delante de Leclerc, que no podía disimular su agitacion, mucho honor me haceis; pero conozco que seis

Digitized by Google

muy delicado, y por tanto no querreis aspirar á mi mano sin obtener mi corazon. Si este no consultase mas que la elevacion y la fortuna, os hubiera preferido; pero por desgracia solo atiende á la voz del amor, y no tiene libertad para disponer de sí mismo. —¡No tiene libertad! esclamaron á un tiempo el conde y Leclerc.—No, señor conde: yo amo á un jóven lleno de mérito, y me lisonjeo de que secretamente corresponde á mi afecto. Le veo con frecuencia, está.... en esta casa, y nunca nos hemos declarado nuestra recíproca pasion; pero os protesto á entrambos que él será mi esposo, ó acabaré mis dias en un cláustro.

Demasiado atrevimiento era para una persona de mi edad hacer semejante declaracion á un amante en presencia de su rival; pero este era tan orgulloso, y tenía tanta confianza en su secretario, que no sospechó que este pudiera ser el objeto de mi amor. Leclerc, por mucho que procuré reprimir mis ojos, adivinó el sentido de mis palabras, y faltó muy poco para que le descubriesen los ímpetus de su regocijo interior. El conde, despues de haber reflexionado un poco, me dijo: Señorita, ese es un amor bien inesperado: ¿nunca se le habeis participado á vuestro tio, ó á alguno de vuestros amigos?—Nun-

Digitized by Google

ca.—¿Y ese jóven se halla en esta casa?—Sí por cierto.—Á la verdad que no alcanzo.... ¿y tiene padre?—No señor; pero tiene un superior molestísimo que le violenta en gran manera.—Siendo así, si tiene facultades, si está establecido decentemente, es preciso que sea esposo vuestro.—Eso es lo que yo deseo.—Mucho temo, señorita, que todo eso sea pura invencion para retraerme de mi pretension; pero yo lo sabré: participaré á vuestro tio esos sentimientos, y veremos.—Muy bien; veremos.

Picado estaba el conde y yo tambien; Leclerc temblaba, y ninguno de los actores de esta escena se hallaba satisfecho; pero al instante conocí la imprudencia que me habian hecho cometer el despecho y el odio que profesaba al conde. Fué este á verse con mi tio, y le pintó mi oculta pasion con tan ridículos rasgos, que Mr. Dubourg, asegurándole que en la casa no habia jóven alguno sobre quien pudieran recaer mis espresiones, le ofreció reprenderme, y obligarme á corresponder á sus deseos. Comieron aquel dia con nosotros el conde y Leclerc. Mr. Dubourg nada me dijo: por la noche hubo un poco de música, y Leclerc, á instancias mias cantó al piano los siguientes versos, cuyo sentido penetré al instante.

Digitized by Google

Silencio, corazon mio,
no reveles tu pasion;
de la llama que te abrasa
no dejes ver el fulgor.

¿Qué mas de tu Anarda bella
deseas si la ocasion
permite que de sus ojos
admires el esplendor,

Y que en sus tiernas miradas
leas el sumo favor
que benévola á tus ánsias
rinde á tu casta intencion?

¿No ves sus rosados lábios
que envidia dan al amor
cuál sonrien hechiceros
con entusiasta espresion?

¿De tus suspiros no escuchas
el eco consolador
en los que el pecho de Anarda
devuelve con aficion?

Pues si ves cuán amorosa
te paga ardor con ardor,
de la llama que te abrasa
no dejes ver el fulgor.

Digitized by Google

Al otro dia, mi tio me reconvino ágriamente por haber despreciado el amor del conde, y quiso á toda costa que le manifestase quién era mi amante: no habiendo podido lograrlo, despidió al maestro de música y cerró la casa á los pocos amigos que la frecuentaban, con lo cual quedamos en el mayor aislamiento. Ademas dijo que el conde deseaba casarse conmigo, pero de secreto, porque las conexiones que el conde tenía en la corte no le permitían hacer público un casamiento tan desigual, y que debía disponerme á recibir su mano, amenazándome con que de no hacerlo así me arrojaría de su casa. Desde entonces solo el conde y Leclerc tenían entrada franca en casa, y á instancia del primero le fué permitido á mi amante hablarme en secreto á fin de que pudiese convencerme á que amase al conde. Fácil es de imaginar que Leclerc no desperdiciaría los preciosos momentos que estábamos solos, en hablar en favor de otro, teniendo tanto en que ocuparse de sí mismo.

El amable secretario del conde estaba mas enterado que yo de lo que concernía á mis intereses. Carolina, me dijo en la primer entrevista secreta que tuvimos, os conozco y os amo desde vuestra infancia; soy hijo de aquel cajero que tuvo vuestro padre,

Digitized by Google

y á quien hizo dueño de toda su confianza. Antes de morir hizo retirar á todos, y me refirió la conversacion que había tenido con vuestro padre al tiempo que estaba para viajar, y añadió: yo nada sé; pero estoy creyendo que alguno le habrá robado al buen Mr. Dubourg; y si así fuere, si tú le encuentras alguna vez en el mundo, ó á su hija, ó á sus herederos, infórmate del cofrecillo; procura indagar la suerte de un hombre á quien debo la corta herencia que te dejo. Hijo mio; este secreto que debí á su confianza es justo que yo le deposite en tu pecho, pues voy á dejar mi existencia. Sobre todo, te encargo que si fueres á París te informes de este hombre, de su hija, y del cofrecillo que no puedo desechar de mi imaginacion.

En efecto, era admirable que este cofrecillo, donde estaba depositada toda la fortuna de vuestro padre, diese tanto que pensar á un anciano en los últimos instantes de su vida. Pero parece que algunas veces presentimos las desgracias que deben sucedernos, ó á los que profesamos particular cariño: mi padre lo esperimentaba así, y yo le prometí cumplir exactamente su voluntad. Espiró en fin, y despues de haber cumplido cuantas obligaciones me competían en tal caso, auxiliado de un tio que quiso

Digitized by Google

ser mi tutor, vendí las pocas posesiones que heredé, y su producto lo puse á ganancias: despues de todo esto me vine á París, donde mi primer cuidado fué informarme de vuestro padre en la misma casa que habitó. Grande fué mi sorpresa cuando los vecinos me dijeron que había muerto una hora antes de su partida, al siguiente dia del en que fué mi padre á verle por última vez. Pregunté por Carolina, y me dijeron que su tio se la había llevado y la tenía consigo; hice todas las demás preguntas que me parecieron oportunas, y solo me contestaron que vuestro tio había estado algunas horas encerrado en el cuarto del difunto, registrando todo su equipage, y que despues hizo á los vecinos testigos de la miseria en que había muerto su hermano: con lo que recogiendo cuanto halló, se retiró á su casa.

Estuve para esclamar ¡qué pícaro! pero me contuve por no aventurar el secreto dando que sospechar. Así pues, sin detenerme en profundizar este asunto, que su fondo nada me interesaba, solo traté de buscar algun acomodo que pudiese proporcionarme medios de subsistir y aumentar mis cortos bienes. Necesitaba secretario el conde de Armance: me presentaron á él, me admitió, y continúo como veis en servirle. Debo ahora deciros, amable Carolina, lo que

Digitized by Google

me obliga á revelaros el secreto de vuestro padre y del mio. El conde es un necio, libertino y de mala intencion. Mil veces le hubiera dejado, á no ser por la esperanza de lograr con su influjo algun destino en que poder adelantar. Es hombre disipador: siempre está pidiendo prestado; pero lo que con una mano recibe, lo prodiga con las dos, de modo que yo tengo mas gratificaciones que sueldo. Por tanto, contemporizo con él, soy su íntimo confidente; y lo celebro infinito, porque así estoy instruido de todos los proyectos que forma contra vos. —¿Contra mí?—Sí señora; este hombre desnudo de toda probidad, ha prometido á vuestro tio que se casaría con vos de secreto, por no indisponerse con su familia; pues sabed que lo que quiere hacer es un matrimonio fingido: su ayuda de cámara ha de hacer las funciones de párroco, con que nada mas tengo que advertiros.—¡Oh cielos!—Cuando me comunicó su intencion procuré ocultar mi indignacion; y haciéndome el admirado, le pregunté por qué no se resolvía á contraer un enlace legítimo, á lo que me respondió: ¿Qué quieres Leclerc? esa muchacha es pobrísima; su tio, avaro sobre todos los que lo son, dice que la ha criado por caridad, porque su padre no había dejado mas que deudas: si este maldito tio

Digitized by Google

se quisiera sangrar dándola un buen dote..... pero no, no; ni aun de ese modo: pienso tratar este asunto solo por puro entretenimiento.

Al instante me acordé de la historia del cofrecillo, que casi se me había olvidado, y ví claramente que se lo había apropiado vuestro honradísimo tio, sin participárselo á nadie. Todo esto me ha inspirado un proyecto que voy á comunicaros. Mi padre me hizo tan puntual descripcion del cofrecillo, que no puedo engañarme acerca de su figura y construccion. Es prolongado, todo de hierro, un gran círculo dorado en la cubierta, y tiene dos cerraduras; en lo interior hay varias divisiones donde estaban los luises de oro en rollos; y en el fondo ha de haber un secreto destinado á ocultar papeles importantes y letras de cambio. Es menester que os apodereis de este cofrecillo; ¿nunca le habeis visto? ¿no tiene vuestro tio algun guardamuebles?...—Mi tio tiene en su gabinete un guardaropa que nunca he registrado, porque á nadie dá las llaves.—Pues es forzoso, hermosa Carolina, que busqueis el cofrecillo, y hacer de modo que llegue á mi poder por cualesquiera medios. La astucia en semejante caso no es reprensible, porque se trata de que recobreis vuestros bienes, y de confundir á un pícaro.

Digitized by Google

Conocí que Leclerc tenía razon, y prometí hacer cuanto estuviera de mi parte. Cuando ya quedamos conformes sobre este importante asunto, le dije: Para entretener al conde y ganar nosotros tiempo, le hareis presente que exijo de él que me dé su mano públicamente, para usar en todas partes, como es justo, el título de condesa; que quiero vivir en la misma casa que ocupa; que quiero coches, caballos, y todo el tren correspondiente á la clase en que tengo de entrar; y finalmente, que antes de verificarse nuestro matrimonio, me ha de presentar á todos sus parientes é interesados. Ya veis que no es posible que su orgullo admita semejantes condiciones. No pude decirle mas, porque á esta sazon entró mi tio. Leclerc se retiró prometiéndome que participaría cuanto yo le había dicho á su amo el conde. Mi tio quiso tambien que yo le confiase mis ideas; y haciéndome antes un gran mérito de mi complacencia, le dije con toda individualidad las proposiciones que acababa de hacer al conde por medio de su secretario. Mi tio, meneando la cabeza, me dijo que era una loca, y que mis pretensiones eran descabelladas; que una muger como yo, sin bienes ni nacimiento, no tenía derecho para exigir los títulos y derechos correspondientes á las

Digitized by Google

señoras de la alta clase; en una palabra; Mr. Dubourg se encolerizó, y yo le dige que precisamente porque conocía que se había de enojar, había querido, antes de consultarle, manifestar mis sentimientos al secretario del conde. Se retiró despidiéndose de mí con desprecio, y yo le correspondí con desden.

Se me había hecho odioso desde este momento. Lejos de mirarle como á mi bienhechor, no veía en él sino un hombre sin fé, sin honor, y sin probidad. ¡Cómo! decía yo para mí, ¡él disfrutaba mis bienes, y me trataba con tanta dureza y economía! ¡me ha criado por caridad!....¡qué horror! Cuanto mas despreciable me parecía este hombre, tanto mas recomendable en mi pecho se hacía el jóven Leclerc, á quien debía tan favorables noticias, y que no trataba sino de mi felicidad! El amor era el único sentimiento que podia dominarme: yo amaba á Leclerc, y detestaba á Dubourg y al vil Armance, cuyos odiosos proyectos me inspiraban á un mismo tiempo horror é indignacion. Entre tanto no me descuidaba en hacer lo posible para averiguar si el cofrecillo estaba todavía en poder de mi tio, sin escitar sus sospechas; y no tardó el cielo en proporcionarme una ocasion favorable.

Digitized by Google

Aquí Palemon advirtió á sus huéspedes que la noche se acercaba, y que tenían que andar bastante hasta la antigua habitacion de Brígida. En consecuencia madama Leclerc y toda su comitiva volvieron á tomar el coche, y se despidieron hasta el dia siguiente, en que se continuaría una historia que tenía embelesados á los muchachos.

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

TARDE XLV.

LA FELICIDAD MUNDANA.

Tras una vaga ilusion
Corres, si dicha cabal
Pretendes en este val
De inquietudes y afliccion;
Dirije tu inclinacion
A otro bien mas superior,
Que la dicha es una flor
De cualidades divinas;
Y no hay rosa sin espinas,
Ni aquí hay dicha sin dolor.

SOBREMANERA impacientes estaban nuestros amiguitos esperando la llegada de Emiliano y sus padres; oyeron el carruage, y pasado un momento los vieron entrar en la quinta, donde despues de haber aceptado un frugal refrigerio que Palemon les ofreció, continuó Carolina su narracion en estos términos:

Digitized by Google

CONTINÚA LA HISTORIA DE EMILIANO.

Ayer os dije que en breve se me proporcionó ocasion de descubrir el precioso cofrecillo. Mi tio tenía la costumbre de dormir una ó dos horas despues de comer; y durante este sueño, tuve un dia proporcion para quitarle las llaves del armario que estaba en su gabinete. Registré, y entre varias ropas, hallé la alhaja que buscaba, pues no podía engañarme con las señas que Leclerc me había dado. Me apoderé de este convincente testimonio de la codicia de mi tio, y dejando las cosas en el estado que las hallé, llevé el cofrecillo á mi cuarto, donde le oculté cuidadosamente. Por dicha, mi tio no despertó durante esta arriesgada operacion, y así volví á poner las llaves en su bolsillo, y esperé con impaciencia la venida de Leclerc. A la noche cuando me retiré á mi cuarto, examiné el cofrecillo que antes había abierto, y encontré en el fondo muchas cartas de mano de mi padre; y entre otras cosas leí una lista de las ventas que había realizado. A lo último del papel había esta nota:

«Yo he hecho construir este cofrecillo á Mr. Du»mont, maestro cerragero en la calle de la Harpe, á

Digitized by Google

»fin de depositar en él doscientas diez mil cuatro-
»cientas y ocho libras, que componen ocho mil se-
»tecientos sesenta y siete luises; todos divididos en
»rollos de á mil y ciento.—*Cárlos Dubourg.*»

Debajo habia otra nota de mi tio, que decia así:

«Efectivamente, hallé en este cofrecillo la suma
»designada en la lista de mi hermano.—*Lorenzo Dubourg.*»

Convincentes eran estas pruebas, y en mi concepto podrían hacer mucho efecto recurriendo á la justicia; pero este medio era violento, pues arruinaba á un hombre que á lo menos me había criado, y en cierto modo me tenía obligada. Ademas de esto para proceder judicialmente era preciso salir de casa, y no tenía parienta ni amiga con quien pudiese estar decentemente y con seguridad; así pues, me propuse callar hasta consultar á Leclerc. Vino el conde á verme, tuvo despues una larga conferencia con mi tio, y luego se me presentó este intimándome que me dispusiese á partir con él al dia siguiente.—¿Y á dónde vamos?—Al castillo de Armance, donde ya está todo preparado para tu casamiento.—Pues qué ¿me sacrificais de esta manera? —Antes bien trato de hacerte feliz. El conde y yo hemos conside-

Digitized by Google

rado que tus pretensiones son locas é irrealizables; y no puede consentir en hacerte esposa suya públicamente. Clase, estado, crédito, todo lo perdería; pero despues, si te conduces bien con él, conseguirás todo lo que ahora deseas. Aprovéchate pues de las ventajas que se te ofrecen, y que no podía esperar una muger como tú, sin circunstancia particular que te recomiende en el mundo. Mañana te casarás, y dia llegará en que me des las gracias por la elevacion que te proporciono.

Iba á decirle que el proyectado matrimonio no era mas que un puro artificio, y que él y yo éramos víctimas de la traicion del conde; pero me contuvo el temor de que me preguntase quién me había informado de ello. No hice pues sino llorar y protestar que no iría al castillo de Armance, y que nunca consentiría en semejante matrimonio. Mr. Dubourg me juró que si me resistía á darle esta satisfaccion, me abandonaría enteramente; y salió mandándome elegir entre salir para siempre de su casa ó casarme con el conde.

Quedé sola, y no sabía qué partido tomar cuando volvió á entrar mi tio con Leclerc. Entregóme este un soberbio regalo de parte del conde, reducido á encajes y vestidos. Yo estaba anegada en lágrimas y

Digitized by Google

no quería admitir nada; pero una seña de mi amigo me determinó á aceptar el regalo. Díjele que iba á elegir lo que era mas de mi gusto, y que tuviese la bondad de esperar para llevarse lo restante. Convino, porque se persuadió de mi intencion, y se quedó con mi tio. Entre tanto me retiré á mi cuarto, donde registrando las ropas que el conde me enviaba, encontré una carta de Leclerc concebida en estos términos:

«Consentid en todo: dejaos conducir mañana; yo »dispondré las cosas de modo que vayais sola en un »coche, y hareis cuanto se os diga. No puedo deciros »mas: ¿sabeis algo del cofrecillo?

Al instante le respondí así: «El cofrecillo está en »mi poder: ¿cómo podré entregárosle? Seguiré pun»tualmente vuestros consejos.»

Devolví á Leclerc un vestido de seda poniendo al mismo tiempo en su mano mi contestacion. Mr. Dubourg, viendo que yo despreciaba un vestido tan rico le arrebató de las manos de Leclerc. ¿Por qué razon, esclamó este hombre avaro, dejas este precioso vestido? ¿piensas qué yo tengo disposicion para darte otro semejante? no señora, ó tomarlo ó dejarlo todo. Por fortuna Leclerc tuvo maña para ocultar el papel, razon por qué apoyó las ideas de mi tio rogándome

Digitized by Google

que admitiese todo cuanto me había traido: así lo hice. Leclerc se retiró; yo fingí la mayor desesperacion, y mi tio, que se burlaba de todos mis sentimientos, me reiteró la órden de disponerme para partir á las nueve de la mañana siguiente.

Pasé una noche cruel, porque ignoraba los medios de que se valdría Leclerc para sacarme de aquel apuro. Estaba segura de él; y sin embargo, en algunos momentos temía ó que no se manejase bien, ó que fuese de acuerdo con el conde y mi tio para hacerme caer en el lazo. Perdona, amigo mio, esclamaba yo en seguida; me avergüenzo de tan infames sospechas; pero un infeliz, de todo desconfia, y aun del mismo amor teme cuando le ha engañado la naturaleza.

Llegó por fin la mañana, cuyos sucesos y fin no no podía yo prever. Estaba en una situacion dificil de pintar, pues mis ojos derramaban copiosas lágrimas, y mi corazon palpitaba violentamente.

Pronto se presentó mi tio con su mejor vestido, me dió las gracias por mi sumision y docilidad, y aun celebró, por la vez primera, que hubiese procurado adornarme. Vaya, me dijo, se conoce que no aborreces al conde, pues parece que quieres embelesar su corazon y sus ojos. Luego llegó el conde; y des-

Digitized by Google

pues de haberme saludado con cierta especie de confusion, dijo á mi tio: Vos vendreis conmigo; mi coche nos espera á la puerta; y conviene que nos adelantemos; luego vendrá otro coche por esta señorita, que hallará en él una camarera que he elegido para que la sirva.

Mi tio quedó atónito de oirlo, y el conde prosiguió diciendo: He arreglado así las cosas, temiendo que Carolina no estuviese todavía dispuesta; principalmente porque los dos tenémos que tratar en mi castillo algunos asuntos antes que se verifique la ceremonia. No pareció mi tio muy satisfecho de dejarme sola, pues temía que yo no quisiese seguir á la camarera, ó bien que huyese; pero no se atrevió á comunicar sus recelos al conde, á quien había hecho creer que yo era ya mas sensible á su ternura. Por su parte Leclerc había asegurado lo mismo á su amo: de modo que este estaba persuadido de que yo le amaba; pero no por esto dejaba de insistir en la ficcion del matrimonio, para cuya apariencia se valía de sacerdote y testigos falsos.

Así que se fueron el conde y mi tio, me hallé mas sosegada, recordando la cláusula del billete de Leclerc, respectiva á que iría sola. Veía que las cosas empezaban favorablemente, y me lisonjeaba de

Digitized by Google

que se terminarian del mismo modo. En efecto, al cabo de una hora se paró á la puerta de nuestra casa un coche poco brillante. Ví bajar de él una muger alta y gruesa, que me pareció ser mi prometida camarera. Acercóse á mí y me dijo: ¿Estais ya dispuesta? —¿A dónde me llevais? —¿A dónde? pues qué ¿no lo sabeis? al castillo de Armance. Suspiré, y me despedí de la vieja ama de Mr. Dubourg, que sin duda alguna quedaría contentísima de verse sola para gobernarlo todo. En fin, subí al coche con mi nueva compañera, la cual mirándome del modo mas espresivo, me dijo: Me parece que se os olvida alguna cosa. — No será estraño con tal turbacion; pero ¿qué es?— Cierta alhaja de que me ha hablado Mr. Leclerc.—Sí, sí, es verdad. ¡Dios mio!

Al instante subí á mi cuarto á buscar el cofrecillo; pero estaba allí el ama de gobierno: ¿cómo había de hacer para sacar esta alhaja tan importante? Mientras que yo hacía como que buscaba alguna cosa, vino allí la camarera, y cubriendo el cofrecillo con su delantal, se le llevó diciendo: no sería poco lo que me riñera mi amo si me hubiera olvidado del cajoncito de los encajes.—¿De encajes? dijo la vieja; veamos, veamos.—No estamos tan despacio. Dicho esto, bajó corriendo y se metió en el coche; yo hice

Digitized by Google

lo mismo llena de alegría, y el cochero arreó los caballos. Entonces acabé de conocer la fidelidad de Leclerc; y que aquella muger era de toda su confianza. Por tanto la dije: Me parece, amiga mia, que sabeis mis secretos y los de....

No me respondió, y su frialdad y su silencio me aturdieron; por lo que no sabía si podía confiarla el misterio de mi amor: temblaba de que tal vez fuese confidente de mis enemigos; pero ¿cómo podía serlo, habiéndome recordado el cofrecillo que se me olvidaba? ¿quién la había instruido? no, no podía menos de ser amiga de Leclerc; pero por qué no me descubria su corazon? ¿qué podia temer? Prosiguió con la misma reserva y silencio, y no pudiendo fijar absolutamente mis conjeturas, tomé el partido de imitarla no profiriendo una palabra.

Ignoraba yo si el castillo de Armance estaba situado cerca ó lejos de París, pues nunca me había ocurrido informarme de estas particularidades, de modo que me dejaba llevar como las víctimas humanas que en otro tiempo se sacrificaban en las aras de los falsos dioses. Reparé, sí, què atravesábamos todo París, y ya nos hallábamos detrás del hospital, cuando el cochero paró delante de una casa de poca consideracion segun su fachada. Abrió la porte-

Digitized by Google

zuela y dió la mano á la camarera; y para mayor admiracion mia, oí que este hombre la dijo: Aquí es preciso ejecutar lo que hemos tratado.—Teneis razon, le respondió mi compañera, y al instante sacó una pistola que me hizo estremecer, pues recelé si querían asesinarme; pero no era yo el principal actor de esta escena. Casi junto á la cara del cochero disparó la camarera su pistola, de modo que le quemó una gran parte del cabello; y luego tranquilamente le entregó el matador instrumento. Yo bajé medio muerta del coche; el cochero volvió á ocupar el pescante, y desapareció al momento.

Veo, amigos mios, que os admira suceso tan particular; pero acaeció del mismo modo que os lo refiero, y por vuestra sorpresa podeis juzgar cuál sería la mia. No sabía adonde me hallaba, ni lo que querían hacer de mí; mas, luego, dándome la mano la camarera, me dijo: Todo ha salido perfectamente; entrad, hermosa Carolina, esta es vuestra casa; y á buen seguro que estareis en ella mejor que en la de vuestro malvado tio. Todavía no me conoceis, pero pronto sabreis quien soy, y no tardareis en ver á la persona que os ama como á sí propia.

Sosegada con estas palabras, pronunciadas con la espresion mas afectuosa, entré en la casa, que me

Digitized by Google

pareció adornada modestamente, pero con gusto. Mi compañera tiró el cordon de una campanilla, y una criada se presentó trayéndonos algunos manjares delicados. Cuando estuvimos solas, pregunté á la señora de la casa qué significaba lo que me estaba sucediendo: Ya es tiempo, la dije, de que me hagais algunas esplicaciones, y desvanezcais las confusiones que padezco, aunque no dejo de conocer que todo es disposicion de Mr. Leclerc.—En efecto es así; y veis en mí, no á una camarera vuestra, aunque siempre me será lisonjero el serviros en cuanto pueda, sino á una tia de vuestro amante Leclerc. Soy su tia en razon de que mi marido era hermano de su padre. Ahora vais á saber cómo mi sobrino y yo hemos conducido y manejado este asunto. Este sobrino, á quien amo como si fuera hijo mio, vino á buscarme hace ocho dias, y me refirió vuestras desgracias, las suyas, y el amor que recíprocamente abrasaba vuestros corazones. No puedo, añadió, dejar actualmente al conde de Armance, porque tengo que arreglar con él asuntos de intereses; pero luego que ponga todos sus papeles en órden, que no me costará largo tiempo, iré á vivir en vuestra casa con el dulce objeto de mi cariño. Querida tia, es preciso que me ayudeis á librarla de la tiranía de su tio y de

los infames proyectos del conde. Prometí hacer cuanto estuviese de mi parte, y dispusimos la trama de esta manera. El conde acababa de despedir á su cochero, y Leclerc hizo que entrase á ocupar su plaza un hombre de toda mi satisfaccion, é hijo de un colono de la hacienda de un amigo mio. Se necesitaba tambien una camarera para vos, que fuese capaz de prestarse á todas las ideas del conde. Leclerc habló por mí, y me presenté en casa del conde sin dár á entender la relacion que tenia con su secretario. El amo me dió las instrucciones mas abominables; prometí contribuir á todo, y quedé desde luego en la casa. Leclerc, que lisonjea las pasiones de su protector para no escitar la menor sospecha de su inteligencia con vos, le aconsejó ayer que se adelantase con vuestro tio al castillo, y le añadió: Josefina (bajo este nombre me habia yo presentado) acompañará á Carolina, y durante el camino la dispondrá al género de vida retirada que quereis que observe; y yo sé que lo conseguirá, porque esta muger tiene muy poderosa persuasion. Consintió en ello el conde, y esta mañana, como visteis, fué á buscar á vuestro tio. Durante su ausencia, hablé yo á solas con Milet, que es el cochero que habeis visto, y le dije: Milet, ya ha llegado el caso de servirme: ahora mis-

Digitized by Google

mo vamos á buscar á la jóven Carolina; pero en vez de llevarla al castillo de Armance, la has de llevar á mi casa; y cuando volvieres á la del amo, te mostrarás desesperado, diciendo que Carolina ha bajado del coche (con cualquiera pretesto), juntamente con su camarera, en el bosque de Verrieres, que está en el camino de Armance; que allí Carolina ha empezado á dar grandes voces pidiendo socorro; que se han presentado varios hombres á caballo; que uno de ellos te ha disparado un pistoletazo, cuya señal enseñarás, y que habiendo caido desmayado del pescante, cuando has vuelto en tu acuerdo te has hallado solo. Aquí tienes diez luises, como señal de la grande recompensa que se te dará despues; y si te despidieren de la casa por haberte dejado robar á Carolina, no tengas cuidado, que correrá de mi cuenta tu colocacion. Milet me lo prometió todo; y ved aquí la razon del pistoletazo que me habeis visto tirarle tan junto al rostro, que le he dejado un poco señalado; y he tenido la advertencia de entregarle la pistola, señalada con un nombre desconocido, á fin de que pueda enseñarla, diciendo que la ha recogido despues de la retirada de los raptores, y de este modo se haga mas verosímil la invencion. Resta ahora que me digais si os pesa de haber dejado la casa de

Digitized by Google

vuestro infame tio, ó de no haberos entregado al conde, que es el mas pérfido é inmoral de todos los hombres.

Agradecí á madama Leclerc (así se llamaba la tia de mi amigo) los cuidados y empeño que habia tomado por libertarme, y la aseguré que, lejos de estar pesarosa, me hallaba contenta y satisfecha; pero la pregunté: ¿Por qué no me habeis dicho todo eso cuando veníamos? Mucha inquietud me hubiérais escusado.—No os lo dije entonces porque temía los estremos de vuestra alegría, y el que me espiasen tal vez algunas personas adictas al conde. Os aseguro que estaba bien ocupada en examinar todas las figuras y las curiosas miradas de cuantos pasaban junto al coche. Yo lo arriesgaba todo, y vos solo aventurábais el ser conducida á Armance ó á casa de vuestro tio.

Sus razones me parecieron justas, y no insistí mas sobre este punto. Cuando me recobré totalmente de mi turbacion y aturdimiento, registré el nuevo asilo en que iba á vivir. Era agradable y cómodo, y tenía un gracioso jardin, donde podia disfrutar el aire libre con mucha comodidad. Madama Leclerc era de condicion franca, y su trato amenísimo. Su criada, escelente muger, muy fiel, y tan

apasionada por su señora, que era capaz de hacer por ella los mayóres sacrificios. Yo estaba satisfecha porque había recobrado la libertad: me consideraba feliz en este tranquilo hospedage, donde esperaba disfrutar las delicias del amor, á cuyos impulsos no me había podido entregar hasta entonces sino llena de inquietud y recelos.

Pasáronse dos dias sin que viésemos á Leclerc, lo que nos causó bastante cuidado. En fin, llegó al tercero, y desde luego podeis juzgar cuál sería nuestra curiosidad por saber lo que había pasado en el castillo de Armance el dia de mi libertad. Leclerc, asegurado de su tia y de la ejecucion de su proyecto, se fué muy de mañana al castillo á fin de hacer los preparativos necesarios, ya para la fingida ceremonia, ya para la comida y fiesta que debía celebrarse. Mr. Dubourg y el conde llegaron hácia las once y se encerraron en un cuarto para tratar de asuntos particulares. A mediodia ya estaba todo dispuesto, y yo no llegaba. Dieron las tres y no parecía; todos se turbaban. Leclerc se agitaba, se encolerizaba; quería tomar un caballo y volár á Paris, para sacar á su amo de incertidumbres; pero le detuvieron, y permanecieron en espectativa. Mr. Dubourg estaba pensativo: sospechaba la fuga de su sobrina, pero no se

Digitized by Google

atrevía á manifestar sus recelos. A las siete de la noche llegó muy sofocado el mayordomo que el conde tenía en París. Refirió que el pobre Milet estaba herido, y que Carolina había sido robada por unos desconocidos en el bosque de Verrieres.

Todos quedaron asombrados; pasaron la noche entera razonando, ó por mejor decir, delirando sobre este suceso, y por la mañana Mr. Dubourg y Leclerc volvieron á París. Se ocupó el primero en hacer mil inútiles investigaciones; reprendió ágriamente á su vieja ama de gobierno, suponiéndola que estaba de acuerdo con su sobrina para favorecer sus amores, recibir cartas, y volver las respuestas. La vieja se enfadó, replicó, la despidieron y en toda la casa reinaba la mayor confusion. Entre tanto el conde juraba y protestaba que me descubriría, y tomaría cruel venganza de mis raptores. Leclerc le consolaba, le compadecía, y le dijo que haría cuanto pudiese para averiguar lo ocurrido: al fin halló un momento favorable para venir á ver á su tia y á su dulce amiga. Tomó varios coches de alquiler; se hizo conducir sucesivamente á muchas partes para deslumbrar á los que pudieran espiar sus acciones, aunque de él nadie sospechaba, y llegó á pie á casa de su tia, donde nos hizo la relacion de todo lo ocurrido.

Digitized by Google

¡Qué deseada de entrambos había sido esta visita! podíamos hablar de nuestros amores sin reserva ni temor, en presencia del testigo mas respetable. Leclerc me propuso nuestro legítimo matrimonio, á que su tia y mi amor me decidieron; y señalamos el dia para esta ceremonia. Yo me creía independiente de un tio, á quien no debía mas que mi odio, y en efecto era enteramente dueña de mi mano y de mi corazon. No nos separamos este dia sin hablar del cofrecillo; se le enseñé á mi amigo y me dijo que le guardára hasta que él volviese á decirme el uso que había de hacer de él. Nos separamos con disgusto; y Leclerc, para volver á presencia del conde, tomó las mismas precauciones de que se había valido cuando vino á vernos.

Vimos despues á Leclerc muchas veces antes de nuestro casamiento, y nos dijo que mi tio y el conde se habían quejado á la justicia de mi fuga precipitada; tambien habian dado mis señas, y que varias personas estaban encargadas de buscarme. Era imposible sospechasen que yo estaba en una casa tan retirada, de la cual nunca salía; y sin embargo, para precaver cualquiera contingencia, resolvimos adoptar otras varias precauciones. Por fin, un sacerdote de confianza y probidad nos casó en una

Digitized by Google

iglesia cercana, y algunos dias despues mudé de habitacion. Fui pues á vivir en otra casa inmediata á la de madama Leclerc, la cual tuvo la bondad de cederme para que me sirviera á su criada Juana, que sabía mis secretos y era fiel á toda prueba. Nuestra tia tomó otra criada, y yo bajo el nombre de madama Leclerc, pasaba serenos y felices dias, cuidando de mi casa y de mi esposo, que venía á verme cuantas veces podia hacerlo con seguridad; pero siempre de noche por el temor de que siguieran sus pasos si me visitaba de dia. Ya había yo dado á luz un hijo, y mi marido no tenía aun por conveniente llevar á efecto la resolucion que premeditaba para aumentar mi fortuna, porque esperaba verse independiente del conde, y entre tanto se mantenia en su casa. Muchas veces le hablaba de mí este señor; decía que siempre me amaba, y juraba que si alguna vez llegaba á encontrarme no me volvería á escapar de su poder. Conservaba amistad con mi tio, y ambos, confiando á Leclerc sus ideas, estaban muy lejos de pensar que él fuese su rival y mi esposo.

Entre tanto se acercaba el momento en que iba á descubrirse todo. Un dia que el conde y Mr. Dubourg fueron á ver una casa de campo distante al-

Digitized by Google

gunas leguas de París, que el conde quería comprar, les sorprendió una tempestad horrorosa al volver á la ciudad. La piedra era tan fuerte que habia roto todos los cristales del coche, y los caballos apenas podian moverse de fatigados. Debo advertir que así la casa de mi tia como la mia, estaban fuera de París y aisladas; y tuve la desdicha de que para huir del temporal, entrasen en mi casa, que daba sobre el camino y direccion que traian. La tempestad me había obligado á cerrar las ventanas; oí llamar, y sin la menor desconfianza abrí, me asomé, y ví que entraban en el portal mi tio y el conde. Por desgracia, Juana les había abierto las puertas, y no tuve mas arbitrio que encerrarme en un gabinete, sin poder instruir de cosa alguna á mi criada, que ya había introducido en la sala á mis enemigos. Espusieron estos lo mucho que les había asustado la tempestad, y pidieron que se les permitiese descansar allí, hasta que cesase el temporal y pudiesen continuar su camino. Oía yo todo esto y temía que acaso habiendo descubierto mi asilo, se valiesen de este pretesto para introducirse. Mi criada me llamaba, y yo no la respondia porque no me conociesen en la voz. Juana registró todos los cuartos buscándome, y al fin llegó á mi gabinete; abrí,

Digitized by Google

volví á cerrar al instánte, y la dije: Imprudente, ¿qué has hecho? ¿sabes el peligro en que me has puesto? mi tio y el conde son los que estan en la sala. — ¡Dios mio!... pero señora ¿cómo podía yo adivinarlo? — Vé y dí que no estoy en casa; y si te preguntan mi nombre ú otra cosa, á nada contestes.

Volvió Juana á la estancia en que se hallaban los dos, y notó que manifestaban mucha inquietud. Mientras la criada había ido á buscarme, mi hijo que se hallaba jugando en la sala, había llamado su atencion: le habian abrazado y preguntado, y Emiliano, que entonces tenia cuatro años, respondió á todo con la mayor sencillez. ¿Cómo se llama tu madre?—Madama Leclerc.—¿Y tu padre? —Mi padre no vive aquí; nunca viene á casa, yo nunca le he visto, pero mamá me dice que es este. El muchacho les enseñó el retrato de mi marido puesto en un brazalete que yo había dejado por descuido sobre una mesa. El conde se acercó á examinar la miniatura, y conoció á su secretario: llamó á Mr. Dubourg, y le dijo: Mirad, este es Leclerc; ¡casado sin saberlo yo! ¿qué misterio puede ser este? ¡qué estrañas sospechas me ocurren!.. ¡en efecto, sería cosa rara!.. pero no, no puede ser que se

Digitized by Google

haya casado con vuestra sobrina. — ¡Con mi sobrina!.. ¡qué rayo de luz!.. dime, querido, ¿tiene padres tu mamá? — No, señor, no tiene mas que un tio muy malo, del que me habla muchas veces: pero yo nunca le he visto.— ¡Un tio! no hay remedio, ella es.

En este interrogatorio estaban los malvados, cuando entró Juana; y advirtiendo que preguntaban al muchacho, le hizo salir de la sala. Entonces Mr. Dubourg se puso á examinar á la criada y la dijo: Mucha priesa os dais á apartar de nosotros ese niño, ¿le pide su madre? porque estoy seguro de que se halla en casa.—¿Quién os lo ha dicho?—Vos misma, no ha mucho.—Pues me equivoqué, porque ha salido.—¿Con el tiempo que hace? es cosa imposible; presentadnos á ella, y os recompensaremos bien el favor.—¿Qué quiere decir eso, señores? ¿Habeis venido aquí á otra cosa que á defenderos del temporal? siendo así podeis tomaros la molestia...—Antes de irme quiero hablar á la pérfida Carolina.... ¿no veis, conde, como esta muger se ha sobresaltado al oir este nombre? Carolina está aquí y yo la buscaré.

Corría por todas partes como si estuviese loco: en vano Juana se le opuso al paso, pues la empujó y

Digitized by Google

dió con ella en el suelo; visitaba furioso toda la casa y quería que se abriesen todos los cuartos. Juana se desesperaba; no sabía cómo contener tan bárbara violencia; gritaba, pedía socorro, y á sus voces acudió el cochero del conde, que tuvo la audacia de mandarle que contuviese á Juana, y el cochero obediente la cogió entre sus nerviosos brazos, y no la dejaba mover. Yo que oía todo este alboroto, y no tenía mas recurso que el de presentarme, lo hice así, y dije á mi tío: Aquí estoy; vedme hombre sin principios y sin delicadeza.—Ella es, conde: bien me lo había imaginado.

En tanto que el conde, aturdido con tan repentino golpe, estaba sin movimiento, dije á Mr. Dubourg: ¿Con qué derecho violais el asilo que se os ha concedido por pura bondad? ¿es esta vuestra casa? ¿no tengo esposo á quien únicamente debo responder de mi conducta? Vos sois mi tio; pero un tio sin fé que me ha despojado de mi herencia.—¡Despojado!—Sí, y yo lo probaré; tengo en mi poder cierto cofrecillo de hierro.... ¿Os estremeceis? Idos, y contentaos con haber robado los bienes de vuestro hermano, sin perseguir tambien á su desdichada hija.—Con que teneis el cofrecillo..... ¿y quién os le ha dado?—Yo he sabido apoderarme de él antes de

Digitized by Google

huir de vuestra casa.—Eso es imposible, pues yo le hubiera echado de menos.—Todavía teneis tiempo para desengañaros. Entre tanto salid de esta casa; y temblad de que yo haga valer en justicia las pruebas de vuestras maldades que están dentro del mismo cofrecillo.—Tú eres la que debes temblar, tú ingrata, que te atreves á faltar al respeto á un tio que te ha llenado de beneficios; pero no importa: La bric (dijo al cochero) lleva á esta muger al coche.—Al que se acerque á mí le abraso; dije sacando una pistola que llevaba oculta. Al verme tan determinada se contuvieron: y como entre tanto Juana había salido, temieron sin duda que volviese con gentes que nos auxiliasen, y se retiraron amenazándome con su venganza.

Yo recogí lo mas precioso que había en la casa, y con Emiliano marché á la de la tia de mi esposo: ambas convinimos en que era preciso avisar á Leclerc sin pérdida de tiempo, y le escribí una esquelita que decía: «Todo se ha descubierto; eres perdido si al instante no vienes á casa.» Este billete le envié por medio de Juana á Milet, el cochero que nos había ayudado cuando salí de casa de mi tio: Milet buscó inmediatamente á Leclerc, quien vino á casa, quedando absorto cuando le referí lo ocurrido.

Digitized by Google

Mi esposo resolvió que permaneciésemos ocultos para evadirnos de las persecuciones del conde, que se pidiese á mi tio en justicia lo que me había usurpado, y que él escribiría una carta al conde amenazándole con que si gestionaba contra nosotros, él descubriría ciertos secretos horrorosos, que podía probar si necesario fuese.

Estos secretos consistían en haber envenenado á un jóven entre él y mi tio y apoderádose de sus bienes, que eran el castillo de Armance y sus posésiones; cuyo crímen formaba la base de la estrecha amistad que los unía, y de la cual había abusado el conde exigiendo á mi tio inmensas sumas, que le daba por temor de ser descubierto.

El recurso que se entabló contra mi tio tuvo el resultado que era de desear; pues presentadas las cartas de mi padre, la lista de bienes vendidos, la nota de las monedas que constituían la suma con su conformidad al pié, y las declaraciones del cerrajero, y de los vecinos que le vieron á mi tio encerrarse solo cuando murió su hermano, formaron una prueba tan fuerte, que el tribunal no pudo menos de decidir en mi favor; pero como el conde había sacado á mi tio tan enormes sumas, resultó que vendidos todos los bienes de este, apenas pudieron quedar veinte

Digitized by Google

mil duros libres de gastos; esta cantidad me fué entregada en billetes de banco, y al recibirla supe que mi tio había muerto de pesar.

Aquel mismo dia recibí una carta de mi esposo en que me participaba que el conde había obtenido una órden para hacerle encerrar en la Bastilla; que tomase inmediatamente un coche y me pusiese en camino para Chartres, y allí me dirijiese á casa de su amigo Belville. Este nuevo peligro me hizo derramar muchas lágrimas: tomé en brazos á Emiliano, y en uno de los bolsillos de su chaquetita puse la cartera que contenía mi fortuna, y le hice aprender de memoria cierta arenga para que la dijera á su padre al tiempo de entregarle aquella.

Lo dispusimos todo y subimos en la silla de posta Emiliano, Juana y yo. El viaje hasta Maintenon fué bastante feliz, pero en un terreno árido y pantanoso mas allá de este pueblo salieron tres malvados á caballo amenazando de muerte al postillon; dos de ellos me arrancaron á mi hijo de entre mis brazos, y el tercero se sentó á mi lado en el carruage, dijo dos palabras al oido al conductor, y le alargó un bolsillo. Yo estaba casi sin vida: Juana, llena de miedo, no se atrevía á levantar los ojos del suelo: por último el traidor postillon sacudió á

Digitized by Google

los caballos, y la silla partió á escape separándome quizá para siempre de mi querido Emiliano.

Madama Leclerc suspendió aquí su narracion, prometiendo volver á concluirla al dia siguiente, y despidiéndose de Palemon y sus hijos, subió con su familia al coche y regresó á la granja de Brígida.

Digitized by Google

TARDE XLVI.

NADA HAY OCULTO.

Hombre perverso y villano
Avezado en la maldad;
Tu necia temeridad
Pretende ocultar en vano
Los crímenes que inhumano
Cometes; si con delicia
Presumes en tu malicia
Que siempre vas á triunfar,
Tiembla, por que ha de llegar
El dia de la justicia.

No faltarou al dia siguiente Madama Leclerc y su familia en la granja de Palemon, en donde fueron recibidos con la mayor cordialidad; y aquella, luego que la prestaron atencion, continuó su relato en estos términos:

Digitized by Google

FIN DE LA HISTORIA DE EMILIANO.

Luego que me ví separada de mi hijo, me acometió un fuerte desmayo del que no volví en un gran rato; quise despues arrojarme por la ventanilla del carruage que corría á todo escape; pero el hombre que se sentó á mi lado me contuvo. Así caminamos toda la noche por sendas estraviadas hasta que al amanecer llegamos á la puerta de un castillo en el que entró el carruage; y el que me acompañaba, al hacerme bajar me dijo: Ya estais en un sitio seguro, donde hace mucho tiempo se os espera.

Estas palabras me hubieran dado á conocer que me hallaba en el castillo de Armance aun cuando no se hubiese presentado luego el conde. Debo escusaros la escena de acriminaciones que entre ambos pasó, en la que me anunció que Leclerc estaba ya encerrado en la Bastilla; y me prometió que volvería á ver á mi hijo, si la conducta que con él observaba me hacía acreedora á ello. El resultado fué mandar al hombre que me había acompañado y era su mayordomo, que me condujese á mi habitacion, jurándome que no volvería á disfrutar de libertad si no me manifestaba menos ingrata de lo que hasta en-

Digitized by Google

tonces había sido: y por via de gracia permitió me acompañase mi criada Juana.

La habitacion que nos destinaron se hallaba situada en el piso segundo del castillo, y tenía una ventana que daba al campo, defendida por una fuerte reja de hierro; allí quedamos encerradas: al mediodia nos llevaron algunos manjares que no pude probar, y lo mismo hicieron por la noche. Dejo á vuestra consideracion cuál sería mi estado, lejos de mi esposo á quien creía preso, y separada de mi hijo, con fundadas sospechas de que había perecido; baste deciros que enfermé tan gravemente, que estuve á punto de espirar. La naturaleza triunfó del mal y llegué á restablecerme, pero nunca permití que el conde entrára en el cuarto, amenazándole con que si pasaba de la puerta me quitaría la vida á su presencia; y hasta había formado el designio, si llegaba á ostigarme, de clavarle en el pecho un puñal que tenía oculto entre la cama.

De este modo transcurrió mas de un mes sin que se separasen de mi memoria los recuerdos de mi esposo y de mi hijo, ni poder concebir un plan realizable de evasion, ni la mas remota esperanza de libertad. Una noche que por entre los hierros de mi prision contemplaba la hermosura de los campos

Digitized by Google

iluminados por la luna, y envidiando á los que podían con libertad recorrerlos, procuraba aliviar las penas de mi cautiverio, me pareció oir á lo lejos un laud, que me causó una conmocion agradable; fué acercándose poco á poco el sonido hasta que pudo percibirse distintamente que entonaba una cancion amorosa alusiva á mi cautividad en poder de un malvado, y haciendo mil protestas de amor.

Juana, dije apenas cesó la voz, ¿qué te parece? ¿No hallas una identidad asombrosa entre la cancion y mis desgracias? ¿No puede muy bien ser Leclerc que haya descubierto mi encierro? Juana no pudo menos de convenir en la exactitud de mis observaciones, y entonces yo agité en la ventana mi pañuelo blanco en señal de inteligencia. A pesar de que la noche era clara no pude distinguir sino muy confusamente un jóven vestido de pastor que se conservaba á alguna distancia, el cual volvió á tocar, cantó una ó dos estancias de despedida bastante vulgares, pero bien adecuadas, y desapareció.

Este acontecimiento llenó mi alma de las mas lisongeras esperanzas; así que, á la mañana siguiente cuando fué el conde no manifesté tanto encono contra él; pero le reconvine por el modo poco galante con que me trataba, y le dije que no era el

Digitized by Google

medio mas á propósito para agradar, el tenerme como un reo de estado privada de toda distraccion, sin libros, sin papel ni recado de escribir; él tambien me habló con dulzura, quejándose de mi empeño en no ver en él otra cosa que un encarnizado enemigo. Retiróse poco tiempo despues, y aun no habia transcurrido un cuarto de hora cuando llegó el mayordomo, única persona á quien veía, con libros, papel y tintero, advirtiéndome que cualquiera otra cosa que se me ofreciese no tenía mas que pedirla.

Inmediatamente tomé la pluma y escribí lo que sigue:

«Quien quiera que seais hombre generoso, indi»cadme los medios de salir de esta prision, y contad »con mi eterno agradecimiento.—*Carolina Le»clerc.*»

Envolví en este papel una piedrecita para que hiciera peso, y le até con una cinta bastante larga que tenía en mi baul: de este modo esperé con impaciencia la próxima noche. Llegada esta y entregados al descanso los habitantes del castillo, volví á oir el laud como la noche anterior. Juana había sido pastora en sus primeros años y silbaba á las mil maravillas; la mandé silbase el estribillo de una cancion que concluía

Digitized by Google

Tú que blasonas
De tierno amor,
Acude al punto,
Ven á mi voz.

Apenas Juana terminó su estribillo, el fingido pastor se acercó á la torre y poniéndose debajo de la reja recojió el papel y desapareció. Con sumo cuidado me tuvo toda la noche mi atrevimiento, y mas de una vez me ocurrió la idea de si sería alguna estratagema del conde para distraerme; pero la esperanza tuvo en mí mas poder que el recelo, y cuando el conde fué me encontró en lo posible contenta; y le manifesté deseos de ver el castillo. Se apresuró á complacerme, y visitamos los diferentes pisos, álas, torrres, parques y jardines de aquella antiquísima fortaleza. Cuando estuvimos en la habitacion debajo de la mia, observé que en el suelo había una especie de trampa, la cual correspondía con otra que había en el techo; pregunté su uso, y me dijo el conde que aquellas trampas correspondían con otra que había en el piso bajo, y la de este con un pozo: que á una señal convenida se alzaban todas y precipitaban al abismo á los infelices de quienes pretendían deshacerse los antiguos señores. Temblé por mí misma al

oir esta noticia y pedí me enseñasen la habitacion baja, á lo que accedieron gustosos, y en ella advertí que en efecto las trampas se correspondían, y la ventana sobre no tener reja, se elevaba solamente unas dos varas del suelo; cuyas observaciones me bastaron para meditar el plan que despues os diré. Volví á mi cuarto y el conde se despidió diciéndome que á vuelta de dos ó tres dias me manifestaría un proyecto de cuyo éxito dependia mi libertad y la de mi esposo.

Esperé con impaciencia la noche, llegó esta y dejóse oir el laud á la hora acostumbrada; eché por la ventana la cinta con la piedrecita al estremo, y tirando de ella poco despues vi que venía atada una carta de letra de mi esposo, que decia así:

«¡Por dicha he descubierto dónde te hallas, »querida y desgraciada Carolina! sabe pues lo que »me ha sucedido. El dia convenido fuí á Chartres á »casa de mi amigo Belville: ¡cuál sería mi sorpresa »al preguntar por tí, y responderme que no habias »parecido! Esperé, pero no llegaste; espere otro »dia y sucedió lo mismo. No podía presentarme »en París, por no esponerme á que me prendieran »en virtud de la órden que habia para ello. Supli»qué á Belville que fuese á informarse: y los dos

»dias que tardó en volver fueron dos siglos pa-
»ra tu triste esposo. Estuvo Belville en tu casa,
»donde no habias parecido despues de tu parti-
»da; fué á ver á nuestra afligida tia, que no le
»pudo dar noticia alguna de tí; ¡cruel inquietud!
»No pudiendo sufrirla, fuí de noche á París; estu-
»ve con Madama Leclerc, y la supliqué hiciese
»las mas vivas diligencias en avériguacion del si-
»tio donde te hallabas. Nuestra buena tia, sos-
»pechosa de alguna traicion dèl conde, se valió
»de todos sus amigos, y llegó á saber que un
»criado de Armance había descubierto tu habi-
»tacion en París; que velando sin cesar al rede-
»dor de tu casa, vió una mañana parar á tu
»puerta una silla de posta: que al punto que su-
»bias á ella con tu hijo y tu criada, el agente
»del conde preguntó al postillon dónde os lleva-
»ba, y que éste sin el menor reparo se lo dijo,
»lo que tú, ocupada en acomodar tus efectos, no
»advertirias. Ya no nos quedó duda de que el
»conde había sido tu raptor; pero no podíamos
»saber adónde te había conducido. La tia al ins-
»tante recurrió al intendente de policía, queján-
»dose de que el conde de Armance la había arre-
»batado una sobrina que amaba entrañablemente;

Digitized by Google

»pero este magistrado la respondió: El señor con»de tiene mucho valimiento, y es difícil, por no de»cir imposible, recobrar la jóven que pedís. Ni »adelantareis nada con acudir á S. M., por el »influjo que tiene en palacio. Entonces resolví va»lerme de otros medios. Presumí que estabas en »este castillo y veo que no me he equivocado.

»Dime la disposicion en que se halla la par»te interior del castillo, y las gentes que le guar»dan, para que yo pueda disponer alguna inven»cion favorable. Te prevengo que este castillo y »las tierras adyacentes son precisamente los bie»nes que el conde y Dubourg robaron al infeliz á »quien dieron veneno; y esto debe hacerte mas »odiosa semejante morada. Mañana á la misma »hora espero tu respuesta.»

Apenas la leí y pude contener los ímpetus de mi alegría, viendo que el fingido pastor estaba aun al pié de la torre, até á la cinta un papel que tenía dispuesto en que le decía:

«Me ocupo de un gran proyecto, del que creo »he de salir bien; para economizar tiempo, no te »puedo escribir largo. Mañana á media noche es»tarás bajo de la ventana del entresuelo, yo la »abriré, y por ella bajaré á tus brazos. Dispon

Digitized by Google

»las cosas de modo que podamos huir con segu-
»ridad, y cuenta con la criada para este efecto.»

El dia siguiente pasó con corta diferencia como los anteriores: apenas el mayordomo se retiró por la noche, despues de darnos la cena, dejando la habitacion bien cerrada, cuando empezamos á trabajar Juana y yo para evadirnos; levantamos algunos ladrillos del suelo, alzamos una tabla, y quedó descubierto el piso principal. En seguida, hicimos giras las sábanas de ambas camas y anudándolas convenientemente, atamos arriba una de ellas para por ella descolgarnos, y arrojamos las otras al piso de debajo. Bajamos la palmatoria por medio de unas cintas, y en seguida nos descolgamos una despues de otra por la sábana que quedó pendiente.

Cuando nos vimos en el piso principal tratamos al punto de levantar la trampa, cosa que nos costó bastante trabajo, por estar fuera de uso hacía mucho tiempo; pero al fin conseguimos alzar una de las dos hojas de que constaba; atamos la segunda sábana á la otra, arrojamos las restantes al piso bajo, bajamos la luz por medio de las cintas y nos descolgamos tambien con la mayor facilidad. Solo nos separaba del cam-

Digitized by Google

po un enrejado de alambre, y del suelo unas dos ó tres varas de altura: el alambre cedió al puñal que no olvidé de bajar conmigo, y las sábanas restantes nos bastaron para encontrarnos en el campo. Era ya media noche, y Leclerc llegó á tiempo de recibirme en sus brazos antes de tocar el suelo; pero nuestra alegría no fué completa: al punto me preguntó por Emiliano, y mis lágrimas le contestaron lo que mi boca no podía responder. Entonces su lengua se desató en injurias contra el conde, proponiéndose denunciar los crímenes que había cometido, y nos costó trabajo á Juana y á mí hacerle comprender el peligro en que nos hallábamos, para que conduciéndonos donde los caballos nos esperaban, nos dirijiésemos á medio galope á París. Fuera muy largo de contar los estremos que al vernos hizo nuestra tia Madama Leclerc, su escesiva alegría, y su pesar al saber nuestra incertidumbre acerca de la suerte de Emiliano. Solo diré que las diferentes emociones que en aquellos dias había sufrido, alteraron mi salud y me fué preciso quedarme en cama algunos dias: al levantarme supe que la Divina Providencia había dispuesto el castigo del conde: hé aquí de qué modo sucedió.

Digitized by Google

Al tiempo de mi evasion del castillo de Armance, como el único cuidado que nos agitaba era el de la fuga, hubimos de dejar la luz tan inmediata á las sábanas que colgaban, que prendiéndose fuego en ellas y pasando de piso en piso se cebó en el mueblage de la habitacion que habíamos tenido, y de aquí pasó al techo estendiéndose despues por todo el edificio. Precisamente pasaba por aquellas inmediaciones un destacamento de tropas, que al ver el incendio se dirigieron al castillo, despertaron á los que le habitaban, acudió la justicia y vecinos del inmediato pueblo, y entre todos lograron apagar el fuego; pero no quisieron retirarse hasta haber registrado bien el edificio, para persuadirse de que no se volvería á reproducir, y por ver si alguno había perecido, pues se advertía la falta de dos mugeres que ocupaban el segundo piso de la torre incendiada.

En éstas investigaciones bajaron á un pozo seco que había debajo de la trampa, y en el fondo de él encontraron un cadáver, que aun cuando sus ropas, podridas ya, denotaban que hacía mucho tiempo se hallaba en aquel sitio, sin duda por la frescura del lugar, por la arenosidad del terreno, ó por cualesquiera otras causas con-

Digitized by Google

servaba aun las carnes en toda su frescura y sus facciones no se habían aun desfigurado. El oficial del destacamento conoció en el difunto á un tio suyo que hacía muchos años se ignoraba su paradero, y que había sido dueño de aquel castillo. Dirijió al conde algunas pregúntas, y lo poco satisfactorio de las contestaciones, su aturdimiento y la mortal palidez que cubrió su semblante, fueron suficientes motivos para que la justicia que se hallaba presente le redujese á prision.

El dia que siguió á aquella agitada noche se presentó el oficial al rey quejándose del conde por el crímen cometido contra su tio, que ya resultaba justificado por las declaraciones de los antiguos criados de la casa, y S. M. le condenó á encierro perpétuo y secuestro de sus bienes en favor del espresado oficial como heredero legítimo del difunto. De este modo quedamos ya tranquilos, pero como nuestros haberes habían quedado en poder de Emiliano, nos vimos precisados á deshacernos de algunos muebles y alhajas que aun conservábamos en casa de mi tia. Con su producto se dedicó Leclerc al comercio bajo tan buenos auspicios, que en menos de diez años ha adquirido una fortuna considerable, sin tener durante

Digitized by Google

ellos mas desgracia que la de perder á nuestra amada tia, la que nos ha dejado un grato recuerdo en la hermosa Rosalía su hija, que es la jóven que teneis presente.

Aquí dejó de hablar madama Leclerc y las atenciones de los niños se dirigieron á la prima de Emiliano, á quien hallaron muy digna de los elogios de aquella, principalmente Leon, que al encontrarse sus ojos con los de aquella tímida doncella, no pudo menos de sofocar en su pecho un profundo suspiro, que de haberle dejado salir libremente hubiera revelado una naciente pasion.

Faltaba solamente saber cómo había sido el hallar Emiliano á sus queridos padres, y el jóven lo refirió con la mayor brevedad y sencillez. Fué á París con Brígida á hacer algunas compras, y terminadas estas llamó á un mozo de esquina para que las llevase á su posada y las ayudase á cargar en el carruaje. Estando en esta operacion pronunció Brígida el nombre de Emiliano, y al oirle el mozo dió un profundo suspiro y dijo que así se llamaba un niño que se le había estraviado en el camino de Chartres. Estas palabras hicieron concebir á Brígida y Emiliano la sospecha de si sería él mismo el muchacho de quien trataba; le pregunta-

ron y supieron de él que había sido uno de los lacayos que Armance había mandado á sorprender el carruaje de madama Leclerc. Justificado que Emiliano era el mismo niño que el que el mozo decía, le preguntaron qué sabía acerca de sus padres, y contestó que lo único que sabía era que su padre se llamaba Leclerc; pero acerca de su paradero lo ignoraba completamente, aunque acaso lo sabría un tal Millet, compañero antiguo suyo en casa del conde. Este Millet era el cochero del conde que había llevado á Carolina á la casa de madama Leclerc en vez de conducirla al castillo de Armance, como ya hemos visto en su lugar, por lo cual se hallaba en relaciones con Leclerc; y apenas Emiliano le dijo quién era y lo que deseaba saber, lleno de alegría fué á casa de los dos esposos, conduciendo á ella á su hijo, á quien diez años hacía lloraban por muerto, y ahora le recobraban rico, bien educado, ya hombre y lleno de amor para con los autores de su existencia, gracias todo á la probidad y desvelos de la buena Brígida. Despues de pasadas las efusiones de cariño, dieron á aquella muger las gracias por tantos cuidados, y la ofrecieron tenerla como hermana en su casa el resto de su vida.

Digitized by Google

Terminado el relato, madama Leclerc y su familia se retiraron exigiendo de Palemon y sus hijos que al dia siguiente fuesen á la quinta de Brígida, que este nombre quisieron dar á aquella posesion, y se despidieron.

Digitized by Google

TARDE XLVII.

LOS PLACERES INOCENTES.

¡Qué agradable es disfrutar
De esa dicha verdadera,
De que á la amistad sincera
Solo la es dado gozar!
¡Cuán grato es el festejar
Al tierno padre amoroso,
Al amigo cariñoso
Que fiel nos tiende su mano,
Al pariente ó al hermano
Que nos aprecia afectuoso!

La mañana del siguiente dia se reunió á desayunarse la jóven familia de Palemon, que toda la noche se habia ocupado hasta en los sueños, con los diversos accidentes de la historia de los padres de Emiliano, cuyo asunto ocupó tambien la atencion de la familia durante el desayuno. La avaricia de Mr. Dubourg, y la relajacion del conde de

Digitized by Google

Armance, convencieron á nuestros jóvenes de que si es cierto que se encuentran generalmente personas benéficas, tambien lo es que muchas veces suelen hallarse sujetos inmorales, corrompidos y perversos.

Leon dijo: Es como una novela la vida de ciertas personas: y á la verdad me parece que todo cuanto leemos en los libros, aun en los de pura invencion, se ha verificado ó debe verificarse. ¡Suceden tantas cosas en el mundo, ya por debilidad de unos, y ya por la perversidad de otros! Pero de todo esto es preciso sacar un plan de conducta, y ciertas reglas para no ser víctimas de la maldad de los perversos; yo creo que la mas segura de todas es seguir con firmeza lo que dictan el honor y la probidad, pues tarde ó temprano la virtud triunfa de todo, y queda descubierto el crimen. Seamos virtuosos para no perdernos jamás con los malos.—Verdaderamente, dijo Armando, que esa es una moral muy digna de aprobacion, y que Leon habla como un libro.—Alguna vez, respondió este, puede que escriba libros, y para esto es necesario tener buen corazon, juicio recto, fino discernimiento, y penetrarse de las verdades que se pretenden inspirar á los demás. El que escribe y

Digitized by Google

no piensa como escribe, edifica sobre la arena, no siendo posible que su moral se sostenga, pues en muchas ocasiones no podrá menos de confesar que se ha equivocado; y por consiguiente jamás podrá adquirirse la confianza de sus lectores. ¡Oh! ahora, gracias á las lecciones de papá, y á los ejemplos que ha presentado á nuestra vista, conozco á los hombres lo bastante para no engañarme sobre sus vicios ni sobre sus virtudes. Los estudio mas que mis hermanos, porque me propongo ilustrarlos algun dia. Hago lo mismo que un jóven artista que se dedica á la pintura; nada se le escapa de los sitios que quiere dibujar, y en los que apenas reparan los otros. Se fija hasta en la cosa mas menuda, mientras que otro no vé allí sino un conjunto agradable. No me parece que se me puede reprender porque yo quiera hacer un estudio profundo del corazon humano, pues sobre mi insinuada intencion de escribir, tambien me servirá este estudio para manejarme en el mundo, donde lo mismo que en el juego no quiero engañar ni ser engañado. Ved aquí, hermanos mios, mi modo de pensar; y creo que si papá me oyese, tendría la dicha de merecer su aprobacion.

Convinieron todos en que Leon decía muy bien;

Digitized by Google

sin embargo; Julio le objetó que veía las cosas demasiado siniestramente; que sin duda había muchos criminales en el mundo; pero que no faltan medios para preservarse de sus golpes, y lo que á uno sucede no sucede á otros cien mil. Julio temía que á fuerza de desconfiar de los hombres se les llegase á aborrecer; y en este caso sería preferible vivir en un monte á vivir en una ciudad, y sería preciso renunciar á la sociedad de los hombres para tenerla con las fieras. Me parece, añadió, que la mucha desconfianza conduce á la misantropía, que es el sello del estravío de la razon; y por otra parte, ¿en qué razon se fundará un hombre para tenerse por mejor que los demás? ¿En que no roba ni dá venenos como el conde de Armance? Nosotros tenemos nuestros defectos y debilidades, si otros tienen pasiones criminales; y en todo esto no veo sino un mas ó menos que diferencia las especies, y separa los buenos de los malos. Afortunadamente estos últimos son pocos; los grandes malvados son unos fenómenos de la naturaleza, así como los terribles huracanes que se verifican raras veces, y destruyen la esperanza del útil agricultor; pero estos vientos, cuando son templados, producen mil beneficios. Ya veis, pues, hermanos mios, que es menester no

Digitized by Google

preocuparnos contra la especie humana, porque en ella se encuentren algunos individuos que la degradan; estos son una escepcion de los demás hombres, y no deben considerarse con relacion al todo, que es bueno, sensible, generoso y compasivo.

Demasiado séria era esta conversacion para Adela y Enriqueta; y así la interrumpieron, empeñando á sus jóvenes amantes á que las hicieran ramilletes, porque como habían de comer con otras gentes, necesitaban adornarse algo mas de lo regular. Al instante Julio y Armando salieron al campo á recoger los preciosos regalos de Flora, para que sirviesen de ornato á sus amadas. Trajeron los ramilletes, que fueron muy alabados, y cada cual se retiró á disponerse. Palemon, que había oido la conferencia de Julio y Leon, se paseó con su amigo Delacour, y ambos convinieron en que no podía darse mas juicio y discernimiento que el que manifestaban aquellos jóvenes. ¡Oh amigo mio! dijo Delacour á Palemon, ¡qué padre tan feliz sois!—No me cuesta pocas fatigas y sudores tan sagrado título. ¿No veis que empleo todos los instantes de mi vida en la educacion de mis hijos, y que esta es una ocupacion bastante penosa? Todos mis conocidos me dicen que para educar los hijos del modo que yo

Digitized by Google

lo hago, es preciso no atender á otra cosa, y yo lo confieso; el arte de educar la juventud exige tanta atencion y tanto desvelo, que no permite el menor descanso; pero yo no puedo acomodarme al método de aquellos preceptores que toman treinta, cuarenta ó mas discípulos, les hacen repetir uno tras otro ciertas lecciones, atienden regularmente solo á tres ó cuatro de ellos, sin cuidar de los demás, arreglan las horas de sus tareas como las de un jornalero, y al cabo de unos años, preciosos si se empleáran bien, entregan á sus padres unos muchachos muy griegos y latinos, pero muy embusteros, envidiosos, desconfiados é imbuidos de todos los vicios que mútuamente se comunican y despliegan despues en la sociedad, corrompiéndola y escandalizándola. Me hago cargo de que no todos los padres pueden hacer lo que quieren; y que les es preciso, por decirlo así, sortear la educacion de sus hijos aventurándola; pero yo gracias á Dios, puedo evitar este mal, y me ocupo esclusivamente en las obligaciones que me ha impuesto la naturaleza. No pierdo de vista á mis hijos ni un minuto en todo el dia, y los sigo tanto en sus tareas como en sus recreaciones. Oigo todo lo que dicen, veo cuanto hacen, y por lo regular sin que ellos lo sepan; y rectificando sin

Digitized by Google

cesar su juicio con la leccion animada del ejemplo, jamás tengo con ellos el tono de un preceptor ridículo que siempre está con la palmeta en la mano. Así es que estoy persuadido de que no hay un padre tan feliz como yo, y que nadie recibe recompensa mas útil y dulce de sus fatigas. Es preciso confesar que mis hijos son bellísimos; y sin hablar de su corazon, que es escelente, como su razon está cultivada, y su ingenio es vivo y pentrante, tienen conocimientos que pueden serles utilísimos en el mundo. El mayor es un escelente matemático, y todo lo puede emprender. Benito habla cinco ó seis lenguas, es emprendedor, y un amigo me ha prometido acomodarle muy bien en el ramo de la marina, donde podrá adelantar. Leon.... ¡oh! este es un preciosísimo muchacho: su talento es prodigioso; nada se le resiste, y le tengo preparada una plaza de secretario de un gran señor, que puede elevarle á los primeros empleos del estado. Ya cuento por acomodados á estos tres, aunque el establecimiento de Armando no está del todo asegurado, y por eso nada digo de él; pero no me causa pena. Me restan todavía una hija y un hijo adoptivo: oid lo que pretendo hacer con ellos. Cuando hubiere acomodado á sus hermanos, que no dejará

Digitized by Google

de costarme bastante dinero, casaré á Julio con mi Adela, y estos buenos muchachos quedarán en mi compañía: ellos cerrarán mis ojos; partirán mi herencia con sus hermanos, y les dejaré además mi granja para morada suya. Tal es mi plan, amigo mio: me parece que no tengo nada que añadir sino una cosa. Armando ama á vuestra hija Enriqueta; ¿consentiríais en su union?.... Vamos, vamos, me parece que sí; veo que os embarazais porque nada podeis dar á Enriqueta; pero no os dé cuidado; ya buscaremos con que puedan acudir á sus necesidades; y luego, amigo, que trabajen así como nosotros hemos trabajado; y el señor matemático tendrá, si no me engaño, muy buen cuidado de hacer feliz á su esposa y á sus hijos, si los tuviere: ¿qué tal? ¿no os parece esto bien pensado?

Mr. Delacour agradeció á Palemon la delicadeza de su proceder, y los dos amigos se pasearon juntos hasta la hora de partir para la granja de Brígida, hablando de todas estas cosas con la mayor confianza y satisfaccion. ¡Qué alegre estaba el buen Palemon! ¡brillaba en sus ojos el fuego de la ternura y de la alegria! Acababa de arreglar el destino de sus hijos, entre quienes repartía igualmente su afecto y su fortuna. ¡Era justo, era buen padre,

Digitized by Google

era feliz! ¡oh, qué satisfacciones tan dulces! Ellas dan al hombre cierto carácter augusto, que inspira á un mismo tiempo amor y veneracion.

Todavía se paseaban nuestros amigos cuando vieron á la hermosa tropa de muchachos, que muy aseados y llenos de júbilo venían á avisarles que ya era hora de tomar el camino. Mr. y madama Leclerc los habían convidado, y era preciso llegar temprano para tener tiempo de pasearse y divertirse. Palemon tomó su baston y sombrero que trajo Benito. Delacour tomó el suyo de manos de su hija, y todos salieron al campo. Ya no era aquella tropa libre y alborotada que en tiempos anteriores había pasado por el mismo camino saltando y jugando á las cuatro esquinas: eran personitas muy compuestas y racionales. Cada amante daba el brazo á su querida con licencia de los papás, que se sonreian. Benito caminaba reposadamente junto á Palemon y su amigo, que hablaban de cosas sérias, y Leon iba separado de todos, meditando acaso en la composicion de algun poema.

Llegaron á la granja de Brígida, donde los esperaban con impaciencia. Desde la puerta percibieron un delicioso olor que salía de la cocina y lisonjeaba el olfato; y nuestros jóvenes que se sen-

Digitized by Google

tian con buen apetito, se miraban y se reian complaciéndose con tan grato olor. La granja de Brígida estaba lo mismo que un espejo. En la sala baja encontraron nuestros amigos á madama Leclerc y á la jóven Rosalía, que se levantaron á recibirlos. Al instante enviaron aviso de la llegada de Palemon á Mr. Leclerc y á su hijo Emiliano, que estaban ocupados en la huerta, y luego vinieron á abrazar al virtuoso anciano y á sus hijos. Despues de las corteses demostraciones de un franco recibimiento, determinaron dar un paseo por la huerta. Emiliano dió el brazo á su madre, y Leon ofreció el suyo á Rosalía, cuyas gracias y adorno modesto le hicieron bastante impresion. Entraron en la huerta: ¡qué agradable sorpresa! bajo de un pabellon que formaban las entrelazadas ramas de unos tilos, jazmines y madreselva, había una mesa con muchos cubiertos; todos los árboles estaban adornados con guirnaldas de flores, y los rústicos ecos de un tamboril, que acompañaban los de una dulzaina, advirtieron que este lugar estaba destinado á Ceres, Baco y Terpsicore. Se danzaría despues de comer, y segun parecía hasta entrada la noche, porque unos faroles, pendientes de las guirnaldas, anunciaban que habría ilumina-

Digitized by Google

cion. ¡Qué dia tan divertido se preparaba! Nuestros jóvenes saltaban de placer á vista de tan gratos preparativos: ¿qué es esto? esclamó Palemon, ¿estamos en los palacios encantados de la celebrada Armida?—Todo cuanto veis, respondió Leclerc, es disposicion de mi hijo, todo es invencion suya; y ha pasado una parte de la noche el pobre muchacho para proporcionaros algun entretenimiento. Ha querido recibir dignamente á unos amigos sinceros y afectuosos, y celebrar con placeres inocentes la felicidad de haber hallado á sus padres. Brígida le ha ayudado... ¡oh! ¡si hubiéseis visto á esta buena muger subir, bajar, correr, y no parar á pesar de su mucha edad, con tanto celo... creo que se echaría en el fuego por su Emiliano: es imposible hallar una muger mas buena... pero ahora no lo veis todo; aun espero que os sorprendereis mas, porque los festines de Neron, que describe Petronio, son nada en comparacion de lo que os falta por ver. Ya, ya advertireis qué lujo, qué máquinas, qué fuegos artificiales!... pero debo callar, pues si mi hijo supiera que os participo sus ideas, lo sentiria infinito.—¡Qué buen padre sois!—¿Qué he de hacer? ¡el muchacho es tan dócil, tan respetuoso y tan bueno! A mas de eso, á su madre y á mí nos ha

Digitized by Google

costado tantas lágrimas, que se nos debe perdonar si incurrimos en algun esceso de condescendencia. ¡Ah Palemon! ¡si todos conocieran como nosotros la felicidad de ser padres! Dejemos á estos niños correr, jugar, travesear y divertirse á nuestra vista con inocentes placeres, que este es el medio de que nunca apetezcan otra sociedad que la nuestra. Esta noche, á una hora regular, volvereis á vuestra granja en mi coche; los muchachos se acomodarán tambien en él del modo posible; y os acompañarán mis criados, aunque estos campos no son peligrosos, ni por sus caminos, ni por malhechores.

Palemon dió las gracias á Mr. Leclerc por la distraccion que á todos proporcionaba, y seguidamente, mientras la hora de comer se acercaba, empezaron los juegos de los niños; el primero que á su vista se presentó fué el columpio; Adela subió á él, meciόse un buen espacio, siguiόla Enriqueta, y luego que esta entre miedosa y mareada bajó de él, se armó una ligera reyerta entre Armando, Benito, Leon y Julio sobre cuál de ellos habia de columpiarse primero, y en la que, merced á lo testarudo de su carácter, venció Benito, que se columpió largo tiempo y no hubiera descendido tan pronto á no haber abandonado los demás las cuerdas. Despues

Digitized by Google

se columpiaron Leon, Julio, Armando y Emiliano, dejando en seguida este recreo para emprender el juego de la sortija, cuya máquina habia Emiliano llevado de la ciudad inmediata.

Como era consiguiente, tuvo lugar nueva disputa sobre la preferencia en el principio del juego: las sillas eran debidas indudablemente á Adela y Enriqueta; pero con respecto á los caballos apeló tambien Benito á su terquedad, aunque aquí no le valió; pues á propuesta de Julio decidió la suerte, que fué favorable á Armando y Emiliano. Tomaron todos posesion de sus puestos; la máquina giraba con velocidad, los jugadores iban enfilando las sortijas que se presentaban y Enriqueta ganó la partida. Desmontaron los jóvenes, quedando las damas en sus puestos y reemplazando á aquellos Benito y Julio, y este último ganó la partida; Benito no quiso desmontar, reemplazó Leon á Julio, y para mayor desesperacion de Benito ganó Adela: empeñóse aquel en jugar solo; aplicáronse todos al manubrio, y la máquina giraba con una rapidez tal, que el pobre Benito no podia enfilar ni una sortija, hasta que despechado se arrojó á tierra, haciendo reir á todos con su mal humor. Entonces llegaron á avisar que esperaba la comida.

Digitized by Google

Corrieron todos al pabellon, y se sentaron á la mesa con el órden que las atenciones debidas á la diferencia de edades y sexos exigía, cabiéndole á Leon la satisfaccion de sentarse al lado de Rosalía. Inmediato á Mr. Leclerc se sentó un caballero á quien por primera vez veian nuestros jóvenes amigos; y el dueño de la casa presentó á la reunion á Mr. Lucas, que así se llamaba, antiguo propietario, y que por estraordinarios acontecimientos había perdido la mayor parte de sus bienes. Los concurrentes le dieron la bienvenida y le ofrecieron sus respetos.

Comieron todos con el mejor apetito de los escelentes manjares que se sirvieron, y llegaron á los postres que fueron esquisitos. Pusieron en la mesa un enorme pastel; Emiliano alzó la cubierta, y saltaron al aire algunos pajarillos que no pudieron elevarse mucho por hallarse atados por un pie. Llevaban pendientes del cuello varias divisas muy bien dibujadas, y dedicadas *al respeto filial; á la ternura maternal; á la amistad sincera; á la hermosura; á los placeres inocentes*, etc. A instancia de las damas se dió libertad á los pajarillos, que alegres fueron á reunirse con sus compañeros. A poco rato cayeron desde los árboles sobre la mesa coronas de

Digitized by Google

flores delante de las damas y ramas de mirto delante de los hombres; aquellas las colocaron en sus cabezas, y estos en el ojal de su levita. Celebraban aun la invencion de Emiliano, cuando una blanca paloma que atravesó los aires dejó caer sobre la mesa un círculo lleno de anillos de diferentes dimensiones, que como prendas de amistad, debian repartirse entre los comensales: todos ellos tenian su lema correspondiente adecuado á la persona que debía aceptarle: el que tenia escrito *ancianidad* venia perfectamente á Mr. Delacour; el de *bondad* á Palemon; el de *hermosura* á Rosalía; el de *ternura* á madama Leclerc; el de *probidad* á Brígida; el de *delicadeza* á Mr. Leclerc; el de *vivacidad* á Benito; el de *ingenio* á Leon; el de *valor* á Mr. Lucas; el de *dulzura* á Enriqueta; el de *talento* á Armando; el de *candor* á Julio, y el de *respeto* á Emiliano. Un anillo quedaba por adjudicar; decía *amor*, y nadie le reclamaba; Palemon mirando á Julio le dió á Adela, diciendo le parecía que la estaría bien; la jóven se le puso en el dedo, no sin cubrirse el rostro de un pudoroso carmin.

De este modo se divirtieron hasta que se suplicó á las damas que cantasen alguna cosa; Adela, Enriqueta y Madama Leclerc se escusaron;

Digitized by Google

pero Rosalía sin hacerse de rogar cantó los siguientes versos:

En la encumbrada cima
del pintoresco Olimpo,
obsequiar á los dioses
quiso Jove benigno;
Y porque en alegría
y en puro regocijo
la fiesta se celebre,
dispuso en su alvedrío
No invitar las deidades
de génio subversivo,
que quizá trastornasen
el banquete divino.
Juno, Céres, Minerva,
el radiante Apolino,
Mercurio, Iris, Diana,
Neptuno y sus marinos,
Convidados asisten;
mas fueron escluidos
Pluton y sus secuaces,
Baco, Marte, Cupido,
Con sus furias y parcas
sátiros y amorcillos.

Digitized by Google

Ambrosía libaron
que Isis escance altivo
En vasos de topacio,
de zafir y oro fino;
y beber rehusaron
del líquido esquísito
Que la uva destilára
de Atenas y Corinto,
de las cuestas de Creta
y las playas de Chio.
Pues su vapor fragante,
con su aroma encendido,
la razon les altera
aun á los dioses mismos.
Reúnense al saberlo
todos los escluidos,
y clamando venganza
del desaire inaudito,
De acuerdo la trasmiten
á Venus y á su hijo,
Trepan al sacro monte
Y ocultos entre mírtos,
Con aceradas puntas
de dardos diamantinos,
los pechos uno á uno

Digitized by Google

traspasaron con tino,
De los potentes dioses
que del astuto niño
las flechas hasta entonces
habian desconocido.
Y de libres á esclavos
quedaron reducidos,
puro incienso quemando
en aras de Cupido.

Fácil era de conocer, que esta composicion alegórica se había hecho de intento para la funcion; quedó Leon muy complacido al oirla; procuró informarse de quién era el autor, y al saber que era obra de Rosalía, se entusiasmó hasta el estremo, al paso que la jóven ruborizada procuraba escusarse modestamente de los cumplidos que la dirijian. — Si os aplicais, dijo Leon, no será difícil que os veais coronada con el laurel de Apolo. ¡Feliz talento! ¡graciosos versos!.... Yo tambien los hago, señorita... Apenas había pronunciado estas indiscretas palabras, conoció su imprudencia y le pesó. — ¿Con que haceis versos? dijo Rosalía con toda ingenuidad: los concurrentes se sonrieron y Palemon repuso con acento irónico: ¡Oh! mi hijo

Digitized by Google

es un poeta como pocos; aunque no sé como ha tenido valor para atribuirse esa habilidad despues de haber oido la linda cancion de esta señorita; pero ya que lo ha hecho, suplico á la amable Enriqueta tenga á bien cantarnos la composicion que hizo para nuestra última comida de campo, y sin duda me felicitareis por ser padre de tan grande hombre.

Quedó Leon avergonzado al escuchar tan dulce reprimenda, Enriqueta cantó, y la composicion agradó á todos y mas particularmente á Rosalía, trocándose entre ambos compositores miradas furtivas llenas de espresion, que no desagradaron á Palemon.

Cantó despues Adela, luego madama Leclerc, despues su esposo, y hasta Palemon entonó una cancion báquica mas en armonía con su buen humor que con sus severos principios. Levantáronse las mesas, y quedó el pabellon dispuesto para el baile, á que concurrieron varias gentes del pais, y en cuyo ejercicio se empleó el resto de la tarde, sirviéndose en los intermedios dulces, frutas y refrescos, á los que los mocitos hicieron perfectamente los honores.

Llegó la noche y el jardin se vió como por encanto iluminado; millares de vasos de colores se veían colocados ya en los intermedios de los frutales, for-

Digitized by Google

mando estrellas, ruedas giratorias, pirámides...; ya hábilmente distribuidos en el suelo entre los cuadros de flores, y de la copa de los árboles pendian en festones globos luminosos; ó bien se veian dispersos y aislados entre el follage formando un conjunto sumamente agradable.

Cuando ya todos habían gozado del espectáculo de la iluminacion, vieron cruzarse por les aires diversos cohetes y voladores que llamaron la atencion de nuestros jóvenes, y en seguida tuvieron lugar los fuegos artificiales, que agradaron sobremanera á toda la concurrencia y escitaron las simpatías en favor del diestro artífice que los habia dispuesto, pues Emiliano, tan instruido en la pirotecnia como en las demás ciencias naturales, á nadie habia fiado la ejecucion de estos recreos. Lo que mas agradó á todos fué un magnífico arco de fuego de varios colores, en cuya cartela se leían estas palabras: *Felices aquellos que encuentran, como yo, un buen padre y una tierna madre.*

De este modo terminaron las diversiones de aquel dia; todos felicitaron á Emiliano; se despidieron cordialmente, y despues de haber rogado Palemon á Mr. Lucas fuese á su granja al dia siguiente, se retiraron sumamente contentos.

Digitized by Google

TARDE XLVIII.

LAS PASIONES.

Cual potro desenfrenado
Es el hombre en su pasion,
Si la sensata razon
Dominarle no ha logrado.
Toda su vida abrumado
Se verá en duras cadenas;
Desgracias suyas y agenas
A millares causará;
Siempre le circundará
Série infinita de penas.

El cansancio del baile sumergió á los niños en tan profundo sueño, que á la mañana siguiente le fué preciso á Palemon ir de cama en cama despertándolos. Cada uno se quejaba de dolores ya en las piernas, ya en los brazos, ya en todo el cuerpo. Durante el desayuno fueron minuciosamente analizando las diversiones del dia anterior, disfrutando

Digitized by Google

un nuevo placer en recordarlas; solo Leon guardaba un profundo silencio, porque estaba perdidamente enamorado, y un poeta con amores es mas sensible que cualquiera otro amante vulgar. Si se trataba de Rosalía hablaba con cautela temiendo revelar sus sentimientos; huía de sus hermanos y semejante á los pastores de la Arcadia, iba á suspirar á la orilla del arroyo que atravesaba la huerta.

Los demás no atreviéndose á zumbarle, reíanse de él á carcajadas cuando no les oía, y Palemon al saber el motivo los acompañaba tambien en su risa.

A medio dia llegó Mr. Lucas como había prometido; los acompañó á comer y hablaron largamente en elogio de Mr. Leclerc y de toda su apreciable familia: llegada la tarde le rogaron refiriese su historia, ya que la hacian interesante las desgracias que por una violenta pasion se habia causado á sí mismo; y deseando darles gusto, y por si su historia podía servirles de saludable ejemplo, refirió sus vicisitudes en la forma siguiente.

HISTORIA DE MR. LUCAS.

Yo, amigos mios, fuí tambien jóven como vos-

Digitized by Google

otros, y en aquel tiempo hice tantas locuras como el que mas. Perdí mis padres desde muy niño, y quedé al cargo de un tutor que me daba todo el dinero que quería, y por tanto me entregaba ciegamente á la disipacion y á los placeres de mi edad, cuando el amor vino á arreglar mi conducta y mis inclinaciones. Vivía en París y frecuentaba mucho las Tullerías, paseo el mas hermoso y concurrido en aquel tiempo. Allí ví un dia á una jóven, cuyas gracias personales arrebataron toda mi atencion. Iba en compañía de una señora anciana, que presumí sería su madre ó alguna parienta. Paseáronse largo rato, y yo dí las mismas vueltas que ellas: al fin se retiraron, y las seguí á lo lejos hasta la calle de san Honorato, donde vivian. Al dia siguiente procuré informarme en la vecindad de quiénes eran estas señoras. Dijéronme que la jóven se llamaba Luisa, que vivía con su madre y un tio muy anciano: que era custodiada con mucho desvelo; porque siendo como éra hermosa y rica, sus gentes trataban de establecerla ventajosamente, y temian los lazos de la seduccion. Con estas noticias procuré y conseguí ganar la confianza de una criada llamada Julia, por la cual supe que esperaban un maestro de lengua italiana para

Digitized by Google

Luisa, el cual se habia encargado de proporcionarla el Comendador Erville, primo de la señorita, que habitaba en una casa de campo. A fuerza de oro hice amistad con el ama de este señor, y conseguí que arrancase á su amo una carta de recomendacion para el maestro, que se me entregase, y se despidiese á aquel, suponiendo no era ya necesario. En representacion del maestro italiano me presenté á madama Volange, y la entregué la carta de recomendacion del Comendador su sobrino. La anciana me recibió muy bien, y me encargó la mayor decencia cuando diese leccion á su hija, previniéndome al mismo tiempo que no la hiciese leer libro alguno que tratase de amores. Prometílo todo, y desde este momento dí contínuas lecciones á la bella Luisa, que permaneció algun tiempo sin sospechar que yo fuese su amante encubierto. Me atreví un dia á revelarla mi secreto, y quedé fuera de mí al hallar á esta jóven sensible y agradecida á los estremos de mi amor. Me aseguró que la misma opresion en que la tenian, no hacía mas que escitar la fuerza de sus pasiones; y además de esto, Julia ya la había dicho quién era el fingido maestro italiano. Luisa me amaba, me lo decía, y al mismo tiempo lloraba considerando que sin

Digitized by Google

nacimiento distinguido, y sin grandes bienes, era imposible que yo llegase á ser esposo suyo. Procuré tranquilizarla; estaba enamorado, y nada se me ponía por delante... Confieso que todo esto fué una criminal intriga. Hubo ocasiones; el amor habló demasiado á los sentidos, nos estraviamos, y al cabo de algun tiempo Luisa me anunció las resultas de nuestra locura. Para mayor desgracia, el Comendador Erville vino á París, dijo á madama Volange que yo no era su recomendado, y fuí lanzado de la casa con tanta confusion que temí verme puesto en una cárcel. Tambien Julia fué despedida. Sin embargo de todo lo ocurrido, no desmayé en mi empresa. Julia tuvo maña para ganar é instruir á la nueva criada que la sustituyó, llamada Francisca; prometió esta que nos ayudaría en todo; pero ni ella ni Luisa podian imaginar el método de vida que con su hija empezó á observar madama Volange, la cual, suponiendo que yo sería amante de Luisa, y que esta me correspondía, trató de no perderla de vista durante el dia, y por la noche la encerraba, juntamente con su criada, en una sala que estaba inmediata á su misma habitacion.

¿Qué se había de hacer en tan estrecha situa-

Digitized by Google

cion? Yo, á lo menos, debía salvar el honor de una señorita con quien no podía casarme: ella me lo suplicaba con instancias por medio de su criada, que me escribía con cierto artificio en que habíamos convenido: y como la delicadeza me imponía el deber mas estrecho en esta parte, tomé pues el partido que mejor me pareció. Junto á la casa de madama Volange había otra construida bajo el mismo plan, pues ambas pertenecieron á un mismo dueño; este las vendió separadas, y por consiguiente se habian tapiado todas las puertas de comunicacion de una casa á otra. En dicha casa, y en el mismo piso en que habitaba Luisa, tuve la dicha de alquilar una habitacion, de modo que solo una simple pared me separaba de mi querida. Me lisonjeaba de que abriendo un agujero en la pared podría hablar á Luisa, consolarla, y tomar las providencias necesarias para evitar que se comprometiese su reputacion; y fuí harto feliz, pues hallé la puerta de comunicacion tapiada con un solo tabique muy delgado por la parte que yo habitaba. Quité con cuidado los ladrillos, y abrí la puerta; cuando estuvo acabada esta operacion, me puse á escuchar y oí hablar á Luisa con su criada; entonces la llamé, y me dí á conocer: díjela lo que había hecho, y que

Digitized by Google

por su parte hiciera á lo menos una abertura capaz para el paso de una persona, pues era tambicn muy endeble el tabique que había por la parte en que ella se hallaba. En fin, para no cansaros, baste decir que nos pusimos en comunicacion. Yo tenía gran cuidado de no salir de dia sino lo muy preciso, y disfrazándome; y además había mudado de nombre, para que madama Volange no supiera que era yo su vecino. Todas las noches veía á Luisa delante de Francisca, y prometía socorrerla á todo trance cuando llegase el momento. Llegó pues esta hora tan temida. Luisa había disimulado su situacion con tal cautela, que nadie la había recelado; y ayudado de mi ama de gobierno, en quien tenía entera confianza, y de Francisca, recibí de mano de esta en mis brazos el fruto de nuestros amores por la abertura del tabique, que quedaba cubierto con un cuadro. Luisa fingió una indisposicion y así pudo estar en cama algunos dias; durante los cuales la puerta y tabiques volvieron á ponerse como anteriormente estaban; y todo esto se ejecutó con tanta felicidad, que el suceso quedó enteramente sepultado entre Luisa, Francisca, mi ama de gobierno y yo, pues ni aun Julia tuvo noticia de ello. Pasado un mes, madama Volange llevó á su hija al campo;

Digitized by Google

desde donde desgracias inesperadas las precisaron á pasar á América, y á poco tiempo tuve el sentimiento de saber que Luisa había muerto en la travesía. Mucho lloré su pérdida; y como nuestro secreto quedaba ya oculto para siempre, no pensé sino en educar á la preciosa hija que Luisa me había dado, para lo cual tambien eran precisas algunas precauciones. Tenía yo un tio muy rico, pero muy severo en órden á costumbres, el cual me prometió todos sus bienes si me casaba con quien él quisiese. No tardó en proponerme una boda, que resistí largo tiempo; pero reflexionando que un casamiento ventajoso me proporcionaría medios para mejorar la suerte de mi amada Luisita, consentí en casarme con Eusebia Laroche, hija de un rico asentista. Fuí bastante feliz con mi esposa, que me dió un hijo: pero ella murió luego. Sin embargo, todavía no podía yo educar libremente á mi hija, teniéndola en mi compañía; porque mi tio amaba tanto á su sobrinito, que me habría desheredado á saber que debía partir algun dia sus bienes y los mios con una hija mia, fruto de un amor infeliz. Puse pues á Luisita en una casa de pensionistas, con nombre supuesto; y cuando llegó á los diez y seis años, la confié á una viuda amiga mia, que la cuidó

Digitized by Google

como si fuera hija suya. Temiendo alguna indiscrecion de mi Luisa, nunca la había manifestado que yo era su padre, y pasaba á sus ojos por un protector suyo y de sus padres, cuyos nombres y y suerte ignoraba la pobre jóven. Para evitar sospechas, la veía muy pocas veces, y todo iba en esta parte muy á mi gusto; pero en mi casa no era feliz. Mi hijo anunciaba ya que sería muy malo: mimado sobremanera por su abuelo, despreciaba mi autoridad, y se complacía en jugarme pasadas demasiado fuertes para su edad. Cuando tuvo diez y ocho años le dominaron las pasiones, yo no le daba dinero suficiente para satisfacerlas, pero él me lo robaba; y si lo advertía y le reprendía, se ponía furioso. Entre otros, un dia me dió mucho que sentir, y le dije que le haría sufrir todo el peso de mi enojo; pero el tal caballerito tuvo atrevimiento de amenazarme con que sentaría plaza para vengarse: y en efecto, lo hizo creyendo darme mas que sentir por este medio; pero se equivocó mucho, pues me fué muy lisonjero el desembarazarme de un pícaro; y cuando ya arrepentido y lloroso vino á suplicarme le alcanzase la libertad, me negué y le obligué á seguir su destino. Por esta razon creía yo que mi hijo estaba muy lejos

Digitized by Google

de mí; pero su abuelo le había libèrtado; y, lo que era peor, detestaba delante de su nieto lo que ambos llamaban dureza y crueldad mia. Supe esta necedad, porque al entrar un dia á visitar á su abuelo, ví un jóven que al descubrirme se ocultó en un gabinete; mas ya había conocido yo quién era. Reprendí sériamente al anciano su condescendencia, y me entregó al muchacho, saliendo garante de su docilidad y buena conducta en lo sucesivo.

Efectivamente, durante algun tiempo varió de conducta: era menos aturdido, menos disipador, y noté que andaba triste, suspirando á cada punto, y muy pensativo, de lo que inferí que le dominaba alguna pasion oculta. No podía dudar que amaba; ¿pero á quién? Muchas veces le aplaudía su conducta, y le preguntaba sobre el estado de su corazon, á lo que me respondía que el matrimonib era lo que únicamente podia fijarle. Pues bien, le dije, yo te buscaré alguna jóven amable que pueda ser digna compañera tuya; pero él al oir esto, volvía al otro lado la cabeza, y huía de mi presencia. Le propuse varios partidos ventajosísimos y todos los desechó. Indignado de esta indiferencia, para un estado que él mismo decía convenirle, le reprendí severísimamente, previniéndole quc si estaba apasionado por

Digitized by Google

alguna persona indigna de su mano, jamás obtendría mi consentimiento para casarse. Conocía yo á fondo la poca delicadeza de mi hijo, y sabía que era capaz de unirse con cualquiera de esas mugeres de costumbres perdidas, cuya sociedad hacía mucho tiempo que él conocía. No volvimos á hablar mas de casamiento; pero pasaba fuera de casa dias enteros, y una gran parte de las noches. Era mas dulce, mas sumiso y respetuoso; pero disipadísimo, y sobre todo muy reservado. Cuando yo estaba discurriendo medios para saber qué le traía tan entretenido, me hallé con una esquela de mi suegro, en que me decía que fuese inmediatamente á verle para tratar de un asunto de la mayor importancia. Fuí al punto á su casa, donde quedé atónito de hallar un notario ocupado en estender unos contratos matrimoniales.

Lo mismo fué entrar, que mi suegro, con tono colérico, me dijo: ¿no os había yo prevenido mil veces que la errábais en tratar con tanto rigor á vuestro hijo? ¡bellas resultas ha producido vuestra cueldad!—¿Pues qué ha hecho de nuevo?—A la verdad que si yo no fuera tan bueno como soy, enviaría al diablo toda vuestra familia, que no me dá sino pesadumbres; pero ya le he perdonado y aun he prometido que vos tambien le perdonaríais y con-

sentiríais en todo, y es preciso que no me dejeis desairado. — Pero señor ¿qué he de perdonar? ¿qué he de consentir?—Habeis de consentir en un matrimonio pronto para salvar el honor de una niña bellísima y de muy buenas prendas.—¿De una niña? esplicaos.—La ha robado.—¿Quién?—Mi nieto.—¿Cómo?—¿No oís que vuestro hijo esta misma noche ha robado de su casa una muchacha muy hermosa?—¡Y bien!...—¡Y bien! es preciso casarlos; yo no creo que haya otro medio para evitar el escándalo, y proceder conforme á los buenos principios.—¿Pero quién es esa muger?—Es una jóven.... vaya, es preciosa; se ha arrojado llorando á mis pies, y me ha llamado su padre, su libertador, su protector, y qué sé yo... El bribon bien sabia lo que hacia trayéndola á mi casa, y no á la vuestra. —¿Pero cómo ha pasado todo eso?—Ciertamente que yo lo sabía ya, no puedo negarlo. Hace mas de dos meses que mi nieto me dijo que estaba enamorado de la criatura mas bella de todo el mundo; no tiene bienes ni familia conocida, y por esto le aconsejé que no pensase en casarse con ella, ni os hablase nada en esta materia; pero á pesar de todo no se ha detenido, y esta mañana me la ha traido. ¡Es cierto que tiene la cara mas linda!.... Yo me he

Digitized by Google

enternecido; y el bribonzuelo ha jurado que se mataría si hoy mismo no se casaba con su Dulcinea. Yo se lo he prometido, y por lo mismo os he llamado para que firmeis los contratos.—¿Pero sin verla? —Nunca se atreverá á presentarse á vuestros ojos sin que se pueda llamar nuera vuestra.—¿Y por qué?—Ya sabreis los motivos.—¿Pero su nombre, su estado, su conducta, sus parientes?—Yo estoy bien informado de todo, y esto basta.—Sin embargo....—¿Que sin embargo? ¿me teneis por tan poco juicioso, que quisiera introducir en vuestra casa á quien no lo mereciese? ¿soy algun majadero, algun insensato?—No digo yo eso; pero si conociese á esa señorita, si la viese, si la hablase....—No tratamos de eso: ¿quereis hacer venturoso á vuestro hijo? ¿Qué importa que la muchacha no tenga bienes? Yo tengo sobrados para todos; y desde luego doto en veinte mil libras á esa criatura que tanto me ha interesado; y á mas de esto señalo á los dos para su manutencion mil escudos anuales si consentís en su matrimonio; y despues de mi muerte heredarán cuanto tengo: ¿qué tal? parece que no os desagrada la proposicion; no es mal partido por una simple firma.—¿Pero cuándo se ha visto que un padre case á su hijo sin saber con quién?—Pero,

Digitized by Google

pero... ¡válgame Dios! No he visto hombre mas duro y desconfiado. Ea pues, ó firmad el contrato, ó reñimos para siempre.—Ciertamente señor.... veo que estais ciego con mi hijo. —No estoy ciego con vuestro hijo, sino con su muger: ¡qué gracia! ¡qué modestia! ¡ah! seremos demasiado felices poseyendo semejante tesoro.

En otra situacion me hubiera reido del entusiasmo de mi suegro; pero el buen hombre estaba alargándome la pluma, sin cesar de instarme para que firmase el contrato, ni permitirme que viese la firma de la novia. No dejaba de repetirme las sonoras voces de herencia, escudos, miles.... en fin, me resolví, reflexionando que si la nuera no me convenía, la despediría de mi casa, y ella y su marido se irian á vivir con su abuelo; y aunque en este caso, decía yo, no veré mas á mi hijo, viviré seguro de su fortuna, y nunca podrá culparme de haberle reducido á la miseria. Está muy bien, dije por fin á mi suegro, firmo ciegamente el contrato, y celebro daros esta prueba mas de mi sumision y confianza.

Firmé, pues; y el viejo, lleno de regocijo, me abrazó, me hizo mil caricias, y añadió: Ahora que ya no podeis desdeciros, sabed que conoceis á la

Digitized by Google

señorita.—¿La conozco?—Sí por cierto; y se os han ocultado su presencia y su nombre, porque no se hubiera atrevido jamás á presentarse á vuestros ojos, despues de haberse dejado robar por un jóven... Ahora la vereis, y quedareis pasmado con la agradable sorpresa que voy á proporcionaros. Venid acá, muchachos, venid á besar los pies á vuestro padre.

Abrióse entonces una puerta, y mi hijo corrió precipitado á mis brazos, juntamente con una jóven que esclamó: ¡Mi digno bienhechor! ¿me perdonais el haberme atrevido á ser hija vuestra? El rayo que cae á los pies del descuidado caminante, no le causa revolucion tan fuerte como la que en mí produjo la vista de esta jóven, que era mi verdadera hija Luisa.—¡Cielos! dije: ¡mi hija!—Seguramente que ahora lo es, dijo mi suegro muy regocijado; y yo le contesté: ¿Qué habeis hecho? ¿sabeis quién es esta jóven? ¿sabeis qué esposa dais á mi hijo? su misma hermana. — ¡Su hermana!—Sí, su hermana, hija de un amor infeliz, y á la que he educado ocultamente.

Todos quedaron petrificados; yo conté sucintamente la historia de mis amores con Luisa de Volange, y los motivos que me obligaron á ocultar sus con-

Digitized by Google

secuencias, con lo que todos quedaron confundidos. Mi hija lloraba; mi hijo estaba desesperado, y mi suegro se estremecía de horror, porque el mal no podía remediarse sino con el matrimonio, y este era imposible; pero en vez de consolarme me llenó de injurias, y cambiando de repente en odio todo su amor al nieto, se retiró diciendo: Huid de esta casa; nunca volvais á ella, ni espereis de mí el mas leve socorro. Salí, pues, de casa mi suegro con mis hijos; y á la mañana siguiente supe que había hecho testamento, disponiendo de todos sus bienes en favor de una hija que tenía casada en América. No fué solo este el mal que hizo, sino que refirió el caso á mi tio, y este, que era un fanático, me desheredó, fundando con sus bienes una obra pía. Yo no me atrevía á tener juntos en una casa á mis hijos; pero antes que tomára providencia en esta parte, la tomó mi hijo robándome cuanto pudo, que fué mucho, y desapareciendo una noche, sin que jamás haya vuelto á saber de él. Así que huyó, mi suegro reclamó el dote de su hija, y me implicó en un pleito dispendioso que perdí. Entre tanto mi hija, consumida por la pasion que alimentaba, cayó en tal languidez, que en pocos meses la condujo al sepulcro. Víme, pues, solo en

Digitized by Google

el mundo, enfermo, y casi enteramente arruinado. Finalmente, vendí lo poco que me quedaba, y con el producto me formé una corta renta vitalicia, con la que á duras penas subsisto. En el tiempo de mis infortunios, lós únicos que me consolaron fueron Mr. y Madama Leclerc, á quienes estaré eternamente agradecido. Ved aquí, hijos mios, los dolorosos sucesos que me han llenado de amargura, y casi de miseria. Un hijo desnaturalizado, un suegro rico y vengativo, y un tio caprichudo han causado todos mis tormentos, consecuencias bien merecidas de mis juveniles escesos, que nos han hecho infelices á Luisa Volange, á su hija, á mi hijo y á mí. El vicio nunca puede ser largo tiempo feliz; es preciso que mas ó menos tarde reciba el justo castigo. Sigamos pues el camino de la virtud. Amemos, sí; pero á vista y direccion de nuestros padres, y con un objeto legítimo.

Así terminó la relacion de sus desgracias Mr. Lucas, despidiéndose en seguida de la familia de Palemon. Nuestros jóvenes, que habian quedado solos con su padre, hablaron largo rato de esta historia, que los habia llenado de horror. Esto dió motivo á Palemon para deplorar la suerte de las jóvenes imprudentes que, como Luisa de Volange, sin noti-

Digitized by Google

cia de sus padres entregan su corazon á seductores que las deshonran; recargó el cuadro de un mal hijo, y de la debilidad culpable de un padre ó de un tio preocupado: en una palabra, su discurso, pronunciado con la mayor dulzura, hizo una profunda impresion en sus jóvenes oyentes, que se propusieron revelarle en adelante hasta sus mas mínimos pensamientos. En la tarde siguiente veremos el efecto que produjo en ellos la historia que se acaba de leer; pero no debo concluir esta tarde, sin añadir una cosa que sin duda será muy agradable á mis lectores.

Antes que se retirasen del terrazo, Marcela trajo á Palemon una carta que leyó en alta voz, y decía así:

»Amigo mio: al fin puedo comunicaros una no»ticia que os será gustosa, atendido el interés que »repetidas veces me habeis manifestado. He descu»bierto al hombre invisible, mi bienhechor, mi ti»rano, como querais llamarle, que me causaba tan»tas inquietudes. Ahora me hallo tranquilo y feliz, »pero no puede haber historia mas interesante que »la mia, añadiéndola lo que os falta saber. Luego »que haya concluido algunos negocios que me o»cupan, iré á veros, y á presencia de vuestra ama-

Digitized by Google

»ble familia referiré las maravillosas aventuras que »me han sucedido desde nuestra última vista. A»brazad en mi nombre á vuestros hijos, y esperad»me á lo mas dentro de diez dias.—*Lonchamps.*»

Es indecible la alegría que causó á nuestros jóvenes amigos la lectura de esta carta. Mucho les había entretenido la historia del hombre invisible, que se ha leido en el tomo segundo de esta obra, y sentian infinito no saber su conclusion. Ahora se les prometía, y se había escitado mas su curiosidad. Vamos pues á esperar con ellos la vuelta de Mr. de Lonchamps, que no tardará mucho; y entre tanto oigamos una sesion que tuvieron los muchachos acerca de un objeto muy importante, que nos interesará tanto como á ellos.

Digitized by Google

TARDE XLIX.

LAS CONFIANZAS.

Tu secreto reservar
De todo el mundo procura;
Mas advierte que es locura
Tratársele de ocultar
A aquel que te puede dar
Saludables instrucciones:
Para escuchar sus lecciones
Deposítale en su pecho,
Reconociendo el derecho
De dirigir tus acciones.

A la mañana siguiente, Armando, dándose la importancia de hermano mayor, llamó á Benito, Leon y Julio á su cuarto, y cuando todos cuatro estuvieron juntos les dijo: Deseo tomar vuestro parecer, mis queridos hermanos, en un asunto sumamente importante. La historia de Mr. Lucas, me ha hecho reflexionar que tanto en ella como en otras

Digitized by Google

muchas que nos han referido, se encuentran amantes que se casan sin noticia de sus padres; padres y madres que no conociendo las inclinaciones de sus hijos han tratado de sacrificarlos á la ambicion ó al interés; de todo lo cual se han originado eternos pesares, disgustos sin fin y á veces desgracias irreparables: en todos estos sucesos ha tenido no poca parte el orgullo, la obstinacion, la desconfianza, y por consiguiente la falta de franqueza y sumision de los hijos para con sus padres. ¿Y si llegára á sucedernos á nosotros lo mismo?.. Somos amantes y nuestro padre lo ignora: ¿quién sabe lo que tendrá pensado acerca de nosotros, y si nuestras respectivas inclinaciones llegarán á contrariar sus intenciones particulares?... Si sucediera así, si llegásemos á saber sus miras opuestas á nuestro amor, cuando ya este hubiera tomado incremento en nuestro corazon, ¿quién sabe adónde pudiera conducirnos nuestra pasion? ¿Cuál sería nuestro dolor si contrariásemos sus proyectos, dirigidos todos á nuestro bien?

Así pues, opino que debemos francamente confiarle el estado de nuestros corazones. Yo amo á Enriqueta; Julio á Adela; Leon, si no me engaño, suspira por Rosalía. Subamos pues nosotros, sin

Digitized by Google

que ellas lo sepan, al cuarto de nuestro padre, hablémosle con toda franqueza y sepamos su parecer. Benito no es aun sensible al amor, pero esto no le hace para que nos acompañe; de ese modo los consejos que nosotros recibamos, quizá le sean tambien de gran provecho.

Muy bien pensado, dijo Leon: adopto el pensamiento, pues por este medio seremos enteramente felices, ó precaveremos infinitas desgracias. Estoy pronto á hacer una sincera confesion de mi amor á Rosalía, pues aunque no la he visto mas de una vez, creo que la amaré eternamente.

Yo tengo mas miedo que vosotros, dijo el enamorado Julio; tengo motivos para temer la justa severidad de vuestro padre, pues siendo un miserable huérfano, que carezco de todo me he atrevido á amar á la hija de mi bienhechor. Os aseguro que tiemblo de hacer esta confesion, que puede privarme de la ternura y bondades del hombre mas generoso. Sin embargo, si le dejo ignorar mis sentimientos, abuso de su confianza y del derecho de la hospitalidad; y si reprueba mi pasion, necesariamente habré de incurrir en su indignacion. Pero á pesar de mis temores, admito la propuesta de Armando, aunque nunca me atreveré á hablar, ni á

Digitized by Google

sufrir las miradas del virtuoso Palemon si advierto en ellas alguna severidad. Temo.... algo le he dado á entender de mi ternura en cierta ocasion.... mas no importa....

Yo hablaré por todos, dijo Benito; soy neutral, pues no tengo pasion alguna, ni suspiro como vosotros; de consiguiente, acepto el encargo de orador que me encomendais. Apruebo vuestro designio, y tengo por seguro el buen éxito: con que no hay sino manos á la obra, y como dice el refran, el mal camino andarle pronto. No dejemos enfriar la intencion: vamos en seguida á ponerla en práctica. Vamos, respondieron todos, y subieron á la estancia de Palemon. El anciano viendo presentársele esta diputacion, quedó como parado, mirándolos con cierta inquietud y seriedad que llenó de recelo á los tres amantes; temblaban sus rodillas; sus corazones latían apresuradamente, y se arrepentían de su determinacion. Pero no habia medio de volver atrás; y á mas de esto, el orador Benito estaba determinado á divulgar el secreto cumpliendo su comision. ¿Qué es, dijo Palemon á sus hijos, lo que me proporciona la satisfaccion de veros reunidos en mi cuarto?—Yo os lo diré, respondió Benito. Me hallo encargado por mis her-

Digitized by Google

manos de mirar por sus intereses; y debo cumplir la promesa que les he hecho de ser su abogado en vuestro tribunal.—¿Qué es eso de abogado? ¿pues qué tienen que pedirme? Vamos, vamos, sentaos; y vos, señor abogado, esponed lo que gusteis.

Los muchachos se sentaron, y Benito, en pié, habló de esta suerte: Hay, padre mio, cierta edad en que el hombre saliendo de la infancia, se arroja con ardor á las pasiones y placeres comunes á todos los hombres y en todo tiempo. Semejante á la flor, que desplegando el capullo que la encierra se desarrolla, y por entre las hermosas hojas deja ver el gérmen que debe convertirla en grano productor, el hombre se desembaraza de las fajas de la infancia, crece, se fortifica, y en fin, llega á ser un padre de familia. Mas para que sea virtuoso y estimable, es preciso que tome el dictámen de sus superiores, que sea dócil á sus lecciones, que les manifieste sus mas secretos pensamientos, y que arregle su conducta conforme á la voluntad de aquellos. La flor no llega á ser hermosa sin el auxilio del jardinero; y los hijos no adquieren virtudes sino con el socorro de la educacion que reciben de sus padres. En fin.... el hombre.... la flor.... son.... son....

Digitized by Google

Deja tu hombre y tu flor, interrumpió Palemon sonriéndose, no te andes con frases estudiadas, y vamos al caso. Benito, algo turbado, continuó así: Cuando se posee un padre tan bueno y respetable como el que tenemos nosotros, no le debemos ocultar nada de lo que sentimos, para que arregle nuestros afectos acerca del estado que quiera darnos algun dia. Esto es lo que empeña á mis hermanos á confesaros, por mi voz, el amor que inflama á los tres respecto de unos objetos, dignos al parecer de toda su aficion. Esta podrá haberlos deslumbrado; pero buscan en vos su desengaño, y dejarán de amar si os opusiéreis á su naciente afecto.—¡Hola! ¡hola! ¿con que me venís á hablar de vuestros amores? Tempranito es, amigos mios: todavia sois muy muchachos; pero con todo, examinemos el asunto: ¿conque los tres estais enamorados, no es esto? quiero decir que Leon, Armando y Julio son los tres amantes; ¿y no sabremos quiénes son las señoras?—Padre mio....—Calla, Benito; déjame preguntar separadamente á nuestros amantes. Acércate, Armando; dime francamente: ¿á quién amas? Armando temblando respondió: amo á Enriqueta, porque me parece que es muy digna de inflamar un corazon amigo de la ino-

Digitized by Google

cencia, del candor y de la virtud.—Yo lo creo; pero ya sabes que Enriqueta es pobre: ¿cómo la has de mantener?—Yo espero, ayudado de vuestros consejos, establecerme de modo que pueda cumplir con mis obligaciones.—¿Y en qué clase?—Me parece que varias veces me habeis dicho, que una cátedra de matemáticas sería lo que mas me conviniese.—Pero es menester obtenerla, y aun no tienes los años que se requieren para solicitarla.—Pero si con el tiempo tengo la felicidad de alcanzarla ¿aprobareis entonces que Enriqueta sea mi esposa?—No has hecho mas que adivinar mi deseo: mi mayor gusto será verte unido con Enriqueta, si ella consiente.—*Sí señor, sí señor*.—¡Bravísimo! ¿conque consiente, eh? Pues bien, si os amais, tened esperanza; pero hijo mio, cuidado que entre tanto el amor no te haga olvidar tus estudios; aplícate mucho, y veremos. Vamos á otro: llégate, mi amado Julio, háblame sin timidez; dime, quién es la persona que ha podido enamorar un corazon tan tierno como el tuyo? ¿titubeas? ¿no sabes el cariño que te profeso, y que justamente mereces por tu amable carácter?

Julio estaba confuso, y no se atrevía á hablar. Palemon lo conoció, y estimó mas por esto al mu-

Digitized by Google

chacho, á quien dijo: ¿no quieres confiarme tu secreto? ¿será preciso que yo le adivine, y te diga que Adela puede ser la que has elegido?—¡Ah padre mio! sin duda vais á castigarme por temerario.—¿Castigarte, amigo mio? de esta manera (y le dió un abrazo). Sé siempre bueno, confiado, honrado y sensible, y alcanzarás la posesion de Adela; pero no será mañana, como desde luego lo puedes considerar. Trabaja, sé laborioso, adquiere con la edad conocimientos en la agricultura, y algun dia sabrás mis pensamientos en órden á tí y á mi hija, que será tu esposa.—¡Qué esceso de bondad! ¡de cuán enorme peso me hallo libre!—Ese es el premio de tu franqueza y modestia. Siéntate junto á tu hermano Armando, y dad por bien hecho el haber consultado á vuestro padre, que nunca querrá sino que seais muy dichosos. Vaya, señor Leon, á usted le toca el turno; sepamos cuál es la musa que ha podido enternecer á nuestro Anacreonte; á nadie veo por aquí, y me parece que Marcela no será tu Clori ó tu Fenisa.

Sonrióse Leon, y dijo á su padre: Mi Clori, ó como quisiéreis llamarla, no habita en esta casa. Sola una vez la he visto, y juro que la amaré toda mi vida.—¡Buen jurar es! ¿y podré yo jurar dár-

tela algun dia por esposa? digo algun dia, porque mucho tiene que esperar un amante de quince años. —Bien sé que soy todavía un niño; pero vos me habeis enseñado á pensar, y la razon y la sensibilidad se han adelantado á mi edad. —Ya veo que eres muy precoz: ¿y la señorita?.. —La prima de Emiliano. —¡Hola! ¿la bella Rosalía? no te falta talento para escoger; pero, amigo, en cuanto á esto nada seguro puedo prometerte; yo no soy quien dispone de Rosalía; su suerte depende de sus tios, que son muy ricos, y acaso tendrán ya preparado algun casamiento distinguido para su sobrina. Ni aun estoy seguro de que vuelvas á verla; vive en París, y sus tios tal vez no volverán por estas campiñas; yo no estoy para hacer viajes; y tú, sin mí, no puedes ir á París sin mas objeto que el de ver á tu querida. Sin embargo, no te desconsueles, pues te prometo hacer todos mis esfuerzos para que dentro de algunos dias tengas una respuesta favorable. Escribiré á Mr. Leclerc, le pintaré tu tierno afecto, y le empeñaré á que averigüe en qué disposicion se halla Rosalía respecto de tí; y si esta te favorece, no dudo que su tio preflera mi alianza á todas, y entonces veremos; pero han de pasar todavía algunos años, y el

Digitized by Google

tiempo altera mucho las resoluciones. Espera entre tanto, y cree que tu padre no lleva á mal el que hayas puesto tu corazon en una jóven que lo merece, así por sus gracias, como por su talento y educacion. Me parece que ya no hay nadie á quien consolar, pues Benito creo que no tiene que hacerme confianza alguna; ¿no es así? —Sí señor. —¡Oh! ya sé yo que tú prefieres á todo tus diversiones y juegos, y á la verdad me alegro; y aun desearía que tus hermanos hubieran esperado á que la edad sazonase su razon para convertirse entonces, y no antes, en héroes de novela; pero el corazon no entiende de preceptos, y se adelanta á la madurez y al juicio. Sé siempre el mismo, amado Benito; conserva tu indiferencia, pues así te verás en disposicion de poder algun dia elegir mejor que tus hermanos; porque cuando hermosura y riquezas se encuentran reunidas, son preferibles á las gracias solas. ¡Es una terrible carga la que toma sobre sí el hombre que se casa con muger pobre! Es preciso que desde luego trabaje para dos, y despues para tres, cinco ó mas, si llega á ser padre de familia. Todo cae sobre él en cuanto á cargos é inquietudes del gobierno de la casa, y sucede

Digitized by Google

con demasiada frecuencia que cuando se han satisfecho los deseos, y desvanecido las primeras impresiones del amòr, el hombre se desalienta, se arruina, maltrata á su muger, y la echa en cara su falta de bienes. Este es un proceder indigno de un hombre honrado; y así espero que nunca le tendrá Armando con Enriqueta, porque todavía está á tiempo; y si la quiere, como dice, debe siempre cuidar de hacerla feliz.

Yo celebro con mucha satisfaccion que me hayais elegido por vuestro confidente; esto me manifiesta que soy mas amigo vuestro que padre, y ya veis si he correspondido dignamente á vuestra confianza. Sin embargo, no puedo disimularos el que me parece hay mas exaltacion en vuestras cabezas que amor verdadero en vuestros corazones; y temo que esto sea el resultado de las muchas historias que se os han referido de algun tiempo á esta parte. Habeis oido hablar de amor, y estais persuadidos de que le sentís. Sois demasiado jóvenes para sentir ya esa pasion, que no se apodera del alma sino cuando la fuerza del cuerpo puede alimentarla. Es preciso ser hombre y estar enteramente formado para entregarse á una pasion de puro entusiasmo y sensibilidad. Sea lo que fuere, lo cierto es que

Digitized by Google

haceis de amantes como los que mas, quiero creer que lo sois efectivamente; pero en este caso, y cualesquiera que sean las esperanzas que os he dado, os encargo mucha delicadeza, atenciones y honor en vuestra conducta respecto de las jóvenes á quienes amais. Pensad que su pudor y honestidad son unos tesoros que debeis cuidar con el mayor escrúpulo; y que la probidad y honradez os conservarán unas esposas virtuosas, y unas compañeras apreciables. Os prohibo con todo rigor que sepan nuestra conversacion Adela y Enriqueta, ni que me habeis confiado vuestra mútua inteligencia, y mucho menos el que yo la he aprobado. Contentaos con alimentar una esperanza que no debeis dar á ellas, por mil razones que vuestra edad y mi carácter me impiden esplicar. Guardad secreto, repito, sobre vuestra resolucion; y nada altereis del respeto y atencion que debeis á dos personas, que por razon de su sexo y juventud debeis amar recatada y silenciosamente. Venid ahora á recibir en los brazos de vuestro padre el premio de la confianza que le habeis hecho, y que es la mas lisonjera recompensa de la buena educacion y cuidados que os he prodigado.

Los cuatro corrieron á abrazar á su padre con

Digitized by Google

la mayor efusion de sus almas; y se retiraron contentísimos de su buen recibimiento, y del partido que habian tomado. ¡Véase aquí, decian, lo que es un buen padre! él anima á sus hijos, estos desahogan en su generoso corazon sus mas secretos pensamientos, y de esta tierna confianza nace la felicidad de toda una familia.

¡Escelentes jóvenes! ¡quiera el cielo que vuestra conducta franca y noble tenga muchos imitadores!

Locos de contento por verse autorizados en sus amores por Palemon, Armando y Julio fueron á coger flores para Enriqueta y Adela, deseando por instantes verlas con cualquiera pretesto. Brillaba en sus ojos la alegría, eran mas galantes, mas tiernos y mas apasionados; pero, fieles á las órdenes de su padre, nada las dijeron de lo tratado, y ellas admitieron la fineza de las flores con la mayor complacencia.

Este dia fué de descanso: hubo paseo y merienda en el campo; no faltó un poco de baile; y en fin, llegada la hora de recogerse, fueron todos á disfrutar de un sueño lleno de agradables imágenes. Todos se hallaban felices; Palemon por tener unos hijos tan dignos de su amor, y estos por tener un padre tan lleno de bondad y de ternura.

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

TARDE L.

LOS CELOS.

Triste de aquel que al rigor
De los furibundos celos,
Le someten los desvelos
Del mal entendido honor.
Poseido del furor
De pasion tan insensata,
De sangre y venganzas trata,
Sueña delitos, traiciones,
Y á temerarias acciones
Su necio mal la arrebata.

Habíanse reunido nuestros amigos bajo el emparrado con ánimo de oir leer algo instructivo, y ya Palemon tenia abierto en las manos el libro para empezar, cuando llamaron á la puerta, y entró en la posesion Mr. Serein, vecino de aquellas inmediaciones, acompañado de una caterva de chiquillos de diferentes edades y sexos.

Digitized by Google

Apenas entró corrió á abrazar á Palemon: Amigo mio, le dijo, vengo á daros parte de mi alegría y del suceso mas estraordinario que puede jamás ocurrir.—¿Qué es ello? amigo mio, interrumpió Palemon: ¿quiénes son esas bellas criaturas que os acompañan?—Justamente eso es lo que vengo á participaros. Ya sabeis que soy viudo y sin hijos; pues ahora el cielo acaba de hacerme un magnífico regalo. Ya soy como un padre de una numerosa familia muy digna de ser amada.—Ea pues, sentaos todos, y sepamos esa historia maravillosa. — Pues escuchadme.

HISTORIA DEL VIAJE DE LOS CINCOS NIÑOS AMERICANOS.

Ya sabeis, amigo, que nací en este pais, donde mi padre fué escelente labrador. Tenía yo un hermano, que desde muy jóven sentó plaza, pasó á nuestras islas, y no volvió á Francia. Por muerte de mi padre me hallé en posesion de su hacienda, que cultivé con esmero. Me casé despues y murió mi esposa sin haberme dejado sucesion. Resolví no volver á casarme, y gozaba una vida tranquila cuando, habrá dos años, recibí una carta de mi hermano, en que me decía que hacía mucho tiempo que

Digitized by Google

se había establecido en la isla de santo Domingo, donde se hallaba con cinco hijos de tierna edad. Mucho placer me causó esta noticia; y respondí á mi hermano, que agradecía á Dios el no haberme vuelto á casar para poder socorrer á su familia, á la cual dejaría todos mis bienes; y que me escribiese si algo necesitaba.

No me contestó; y apenas pensaba en él, cuando anoche, al tiempo que iba á acostarme, llamaron á mi puerta. Todas mis gentes estaban ya durmiendo, por lo que pregunté: ¿quién llama?—Nosotros, me respondió una voz delicada.—Nosotros, dije, no es decir nada. Sin embargo abrí, y quedé atónito de ver cinco niños que me preguntaron si yo era Mr. Serein. Díjeles que sí y al instante saltaron á abrazarme llamándome su amado tio. — ¿Cómo tio? les dije aturdido; y Carlota que es la mayor, aunque solo tiene once años, me respondió: Nosotros somos hijos de vuestro hermano Claudio Serein: hemos quedado sin padre ni madre, y venimos á implorar el favor de nuestro tio.—¿Es posible?.... vosotros hijos de.... ¡pobre hermano mio!... ¿conque ha muerto?...—Sí señor.—Ea pues, contadme cómo ha sucedido.

La muchacha al instante me presentó la carta

Digitized by Google

que yo había escrito á mi hermano, ofreciéndole todos mis auxilios; y solo con este fundamento se ha atrevido á venir y traerme sus hermanos. Lloraba y estaba muy cansada; todos los cinco tenian un famoso apetito. Desperté á mi ama de gobierno, y la mandé diese de cenar á estas graciosas criaturas: cuando hubieron satisfecho la necesidad que tenían, dije á Carlota que me refiriese sus aventuras, y ella lo hizo con una ingenuidad que me encantó. No quiero que las repita, porque su lenguage tal vez sería poco entendido de vuestros hijos. Lo haré yo y oireis una historia bien rara, y las particularidades del viaje de mis americanitos; pero, para mejor inteligencia, es preciso tomar la relacion desde muy atrás.

Mi hermano Claudio Serein, despues de haber servido en la marina, y obtenido su licencia, se estableció en la isla de santo Domingo. Allí se casó, y tuvo cinco hijos, dos varones y tres hembras. Pero viendo que no prosperaba en esta isla, pasó al Cabo, donde puso tienda de comerciante en cables y todo género de cordage. Educaba allí pacíficamente á su familia, cuando trastornándose todo en las colonias, se verificó el famoso incendio del Cabo, y arruinó un gran número de familias. Mi hermano y

Digitized by Google

su esposa, que fueron víctimas de este accidente, con temòr del aspecto que presentaban las cosas, enviaron todos sus hijos á casa de una amiga, que vivía solitaria á orillas del mar; pero ellos no se atrevieron á abandonar su casa, asilo que les fué muy fatal, pues perecieron entre el fuego y las ruinas de su albergue, y su amiga dió esta funesta noticia á los tristes huerfanitos. ¡Qué fatalidad para estas inocentes criaturas! Carlota se acordó de que antes de la separacion, su padre la había confiado una cartera con varios papeles para que la conservase: procuró examinarlos, y entre ellos halló la carta que yo había escrito á mi hermano; en ella estaban especificadas las señas del lugar de mi residencia; y al punto formó el atrevido proyecto de venir en busca de su tio, juntamente con sus cuatro hermanos. Participó su resolucion á la amiga de sus padres, añadiendo en cuanto á mí, que no podía menos de tomarlos bajo mi proteccion. La buena muger en vano procuró disuadirla de semejante empresa; díjola: Hija mia, considera que para viajar se necesitan dineros y conocimientos, y tener mucha mas edad de la que tú tienes.—No importa, respondió Carlota, yo reemplazaré á mi madre en cuanto pudiere respecto de mis hermanos, y

Digitized by Google

particularmente de Jacinto que es el de menor edad, y necesita mas cuidado que los otros. Verdad es que no tengo dinero; pero todos los buenos corazones se interesarán en nuestra desgracia, y nos ayudarán. Dejadme hacer, amiga mia; yo soy muy niña, pero tengo mas valor del que pensais.

Dijo Carlota estas palabras con tanta energía, que casi tranquilizó la inquietud de aquella buena muger, que como era pobre no podía favorecer á Carlota sino muy escasamente. La puso por delante los peligros del mar, la precision de atravesar casi toda la Francia, y otros mil inconvenientes; pero Carlota continuó inflexible en su resolucion. En consecuencia, una mañana, acompañada de sus hermanitos, fué á echarse á los pies del encargado del gobierno francés en el Cabo. Le espuso su intencion, y aquel caballero, enternecido la dijo que volviera al dia siguiente. Carlota fué exacta; y el encargado la dijo: ¿Conque absolutamente, hija mia, estais determinada á partir? — Sí, señor.—Pues bien, presentaos al instante en el navío *Invencible*, que está en el puerto; preguntad por el capitan Verville, y entregadle este billete; ya le he hablado, y aun he pagado por vos los gastos de travesía. — ¿Qué decís, señor? ¿es posible

Digitized by Google

que os debo tanto favor? — Me habeis interesado mucho: tomad estas monedas, que podrán proporcionaros algun alivio en el navío.

Carlota tomó el dinero y el billete, dió las gracias á aquel hombre generoso, y trasportada de alegría volvió á casa á despedirse de su amiga. Esta buena muger la dió un luis de oro, encargándola que lo economizára mucho; luego la abrazó llorando, y suplicando al cielo que protegiese con particular asistencia á la inocente familia.

Carlota tomó en los brazos á su hermano menor: los otros la siguieron, y llegó al puerto, donde preguntó por el capitan Verville. — ¿Qué le quereis? — Nos ha de llevar á Francia. Se echaron á reir y no la hicieron caso; pero ella, á fuerza de investigar, halló al capitan, el cual, leido que hubo el billete, tomó la mano á Carlota, diciéndola: Venid, querida; ya sé lo que deseais; habeis hecho muy bien en no tardar, porque ya iba á hacerme á la vela. El capitan llegó al navío rodeado de muchachos, á los que colocó solos en un camarote, y al punto se hizo al mar. Ya se hallaba Carlota embarcada, y llena de alegría veia alejarse de sus ojos aquella tierra de dolor que no

Digitized by Google

presentaba sino las vastas ruinas que para siempre cubren los preciosos restos de sus padres. Este recuerdo la hizo llorar, y á su ejemplo lloraban tambien sus hermanos; conocía Carlota que debía consolarlos é inspirarles firmeza; enjugó sus lágrimas y las de sus hermanitos, tomó á Jacinto en brazos, y procuró hacerle reir para distraer á los otros. Este tierno cuadro llamó la atencion de todos los pasageros; rodeaban á Carlota y la examinaban; ella respondia con ingenuidad, y recibia mil regalos. El capitan la enviaba lo sobrante de su mesa, y todos los llenaban de caricias y beneficios. Carlota, en efecto, se manejó en toda la travesía como una madre de familia; repartía la correspondiente racion á sus hermanos; los hacía acostar y levantar á determinadas horas; cuidaba de su ropa, los aseaba y dirigia.

En tan dilatado viaje, la pobre Carlota tuvo el sentimiento de ver enfermar peligrosamente á tres de sus hermanos: duplicó su actividad, pasó junto á ellos las noches, é imploró el auxilio de los físicos del navío, que correspondieron caritativamente á sus ruegos. Restableciéronse los muchachos; pero Carlota pagó el tributo al mar: enfermó, aunque no por eso dejó de velar y atender en cuanto pudo á sus

Digitized by Google

hermanos, y decía que solo temía morir por haber de dejarlos abandonados.

En fin, despues de muchos trabajos, el navío entró en el puerto del Oriente; y el capitan, que tenía que atender á muchos negocios, desembarcó á nuestros americanitos, diciéndoles que ya estaban en Francia, y no tenian mas que marchar adonde quisieran. Carlota tuvo cuidado de darle mil gracias por sus favores; y lo mismo hizo con todos los compañeros de su viaje, los cuales, de comun acuerdo, la dieron una suma de dinero. Carlota al punto procuró proveerse de medias y zapatos para sí y sus hermanos; y luego se puso en marcha tomando la direccion de todos los pasageros. Queria ir á Paris, persuadida de que en esta gran ciudad la indicarian mas facilmente la residencia de su tio. Andaba tres ó cuatro leguas al dia á pié, que es bastante; y cuando conocía que los muchachos estaban cansados, los hacía descansar tres ó cuatro dias en cualquier parage. Nunca caminaba sino de dia; y al acercarse la noche se refugiaba en el primer albergue, pagando alguna cosa porque la admitieran, aunque fuese en el establo; y cuando la preguntaban adónde iba, respondia: Voy en busca de mí tio Claudio Serein: ¿le conoceis?

Digitized by Google

Reíanse al oirla, y muchas veces los posaderos tenian la humanidad de recogerla, y aun darla de cenar de balde. En cuanto á la comida, la hacian caminando, y comiendo pan y algun poco de fruta ó queso. Diéronle viruelas á Jacinto en Rennes; pero este incidente, lejos de desanimarla, escitó mas su actividad. Llevó á su hermanito al hospital, y le recomendó al cuidado de los directores; le visitaba dos veces al dia, y le cuidaba con el mayor esmero. Cuando el niño estuvo sano, le tomó en sus brazos y volvió á continuar su camino. Entre Alenzon y Mortagne la ocurrió un suceso que estuvo á pique de arruinarla. Entró en una posada á pedir albergue, segun lo acostumbraba, y quedó atónita de no hallar mas que un hombre bastante bien vestido, y toda la casa trastornada. Era muy de dia y el camino pasagero. El posadero, que estaba de mal humor, la trató con aspereza, por lo que se puso á llorar, diciéndole que era cosa muy cruel que tratase así á unos pobres huérfanos que no tenian mas auxilio que el de las almas sensibles y generosas. El posadero, algo enternecido, se puso á mirarla, y luego la dijo: Pues bien, acomodaos donde pudiéreis; pero no conteis ni con un pedazo de pan, porque aquí nada tengo.

Digitized by Google

Carlota, que siempre llevaba de reserva algunas provisiones, no le pidió mas que el simple albergue: y contenta de haberle hallado, subió con su familia y entró en el primer cuarto que encontró abierto. Permaneció allí; y llegada la noche bajó á preguntar al posadero si le incomodaba que hubiese ocupado aquella estancia. Respondióla que no, pero muy encolerizado; tembló la pobre muchacha al oirle, y le pesó haber entrado en esta casa; pero ya era muy tarde para buscar otra, con que la fué forzoso detenerse allí. Hizo acostar á sus hermanos, y ella se decidió á no dormir en toda la noche, porque un oculto presentimiento la decía que sucedería alguna cosa estraordinaria en aquella casa.

Estaba la luna en su tercer cuarto, tiempo en que este astro no resplandece sino hácia la una de la mañana. Carlota, que hasta este punto había oido subir, bajar, abrir y cerrar puertas y ventanas, se había mantenido en acecho de todo lo que ocurria; vió en el patio al posadero muy agitado, dando patadas y señales de una absoluta desesperacion; y sin poder contenerse le dijo: ¿Qué teneis, amigo? ¿puedo serviros en algo?—¿Cómo? ¿no dormís?—No por cierto.—Tanto peor; pues retiraos y dejad-

me en paz: cuando quisiéreis salir, hallareis la llave de la puerta colgada en este pilar.

¿Qué significa esto, dijo para sí Carlota asustada, cuando quisiere salir?... Pues qué, ¿no se abre esta posada temprano como las demás? Muy agitada ésperó á que amaneciese; ya no oia ruido alguno, mas no por eso calmaba su inquietud. Apenas vió las primeras luces del dia despertó á sus hermanos, los hizo vestir apresuradamente, y salió con ellos para huir de esta casa donde no había podido reposar. No conocía Carlota lo interior del edificio, y atravesó muchos cuartos abiertos sin dar con la escalera ni hallar huésped alguno; lo que la causó la mayor confusion. Empujó una puerta... ¡cielos! ¡qué horroroso espectáculo se ofreció á su vista! ¡una muger llena de puñaladas y bañada en su sangre! Gritó Carlota, y aguijó su jóven familia, temiendo esperimentar la misma suerte. Halló la escalera, bajó al patio.... ¡oh terror! al atravesar por delante de la cocina vió al infeliz posadero que estaba ahorcado: ¡Qué infernal caverna es esta! Carlota se animó, tomó la llave del lugar indicado por el posadero, abrió la puerta, y vió entrar una multitud de gentes armadas, y como conduciéndolas un hombre con trazas de cocinero, que esclamó:

Digitized by Google

¡Veamos si el infeliz ha atentado contra sus dias!
Hallaron en efecto el cadáver del posadero y el de la muger asesinada, y arrestaron á los muchachos para examinarlos. Carlota no pudo decir sino lo que había visto: la preguntaron, y de su interrogatorio y de las conversaciones que oia infirió que el posadero, celoso de su criado, le despidió el dia anterior, así como á todos sus dependientes; que luego había asesinado á su muger, y despues se había quitado la vida. Este criado era el conductor de la justicía; juró que su ama estaba inocente, que su marido era un insensato, y que por esto, temiendo alguna locura de su parte, había acudido, aunque tarde, á la justicia, la cual conociendo la inocencia de Carlota la despidió, y la triste se llenó de regocijo al apartarse de este lugar de horror y espanto. El suceso la había ásustado tanto, que aquel dia no pudo andar sino muy poco, y se retiró temprano á una posada, bien contra toda su voluntad, porque desde el lance referido desconfiaba de esta especie de albergues, y cuando no tenía otro arbitrio, buscaba para pasar la noche las posadas mas concurridas. Nada particular la sucedió hasta París, donde entró con su comitiva con buena salud. Es imposible concebir cómo esta pobre

Digitized by Google

muchacha, con cuatro hermanitos, ha podido hacer tan dilatado viaje, sin mas recurso que el de cinco ó á lo mas seis luises; y ciertamente que ha observado un órden y economía admirables. En fin, se hallaba en París; pero aun no estaba en casa de su tio, y el dinero se le había acabado. Se aseguró de las señas de mi residencia, y quedó atónita cuando la dijeron que tenía que volver atrás. Necesitaba volver á Versalles, y de allí tomar á la izquierda el camino de Chartres. La muchacha hasta este punto había tenido valor; pero viéndose obligada á viajar de nuevo, y careciendo absolutamente de medios, se puso á llorar amargamente. ¿Qué tienes, querida? la preguntó una señora que la había instruido de lo que tenía que hacer. Carlota la refirió sus desgracias y la ocasion de su viaje, de lo que quedó la señora tan compadecida, que la dió doce libras. Un poco sosegada con este socorro, volvió á ponerse en camino, y á fuerza de preguntar á cuantos encontraba, llegó como os he dicho, á mi casa ayer casi á media noche. ¡Qué paciencia, amigos mios, y qué resolucion!.. ¡Andar á pie cerca de ciento cincuenta leguas!.. ¡casi siempre precisada á traer en sus brazos á su hermanito, de cuyo peso rara vez la

Digitized by Google

aliviaban los demás! ¡ved lo que ha hecho esta muchacha! y todo para hallar un tio á quien no conocia, y que podía ser de carácter duro, y darla, como suele decirse, con la puerta en los ojos; porque á la verdad, cinco muchachos son una carga que pocos admitirian; pero me es muy grata la nueva familia que me envia el cielo; y aun sería preciso tener un corazon de acero para no interesarse por tan desgraciadas criaturas. Sí, yo los adopto; serán mis hijos, Carlota los cuidará, y gobernará tambien mi casa, porque es menester confesar que descubre talento para ello. ¿Qué os parece, amigos mios? ¿Mirais á esta admirable niña con ojos llenos de lágrimas de ternura? Sí, miradla, y contempladla bien. Cuando considero que esos pobres niños llegaron á mi casa sin zapatos, con sus delicados pies hinchados y heridos por las espinas y agudas piedras, sobre las cuales han caminado, y que en medio de tantas fatigas disfrutan la salud mas robusta, me admiro, me aturdo, me pasmo.... Perdonad mi entusiasmo, acaso toco en la exageracion; pero mi corazon rebosa de contento, y el dia de la llegada de estos niños á mi casa le miro como el mas feliz de mi vida. Yo seré su padre, y cumpliré con todas las obligaciones de tal, pues de lo con-

Digitized by Google

trario sería el hombre mas inícuo del universo.

Calló Serein, y todos los hijos de Palemon, que miraban á Carlota como á un ente estraordinario, la estrecharon amorosamente en sus brazos. Tambien acariciaron á los demás hermanitos, particularmente al tierno Jacinto, que en su cortísima edad daba esperanzas de un feliz discernimiento. Cosa rara, dijo Leon, sería ver viajar á pie cinco muchachos tan pequeños: os harían muchas preguntas en todos los lugares donde os deteníais.—Infinitas. —Y todos se interesarían en vuestra suerte ¿no es así?—No por cierto; la mayor parte de los que me preguntaban, me oian, me miraban y me volvian la espalda. Casi todos se reían de mí, y con raros gestos daban á entender que había hecho mal en esponerme así á las contingencias de tan largo camino. Sin embargo, algunas personas me ofrecian conducirme, porque tenian que hacer el mismo camino; pero yo nunca quise asociarme con otros. No sé por qué razon me asustaba esto: además me impedia el arreglo de horas y el órden que yo observaba con mis hermanos. No me faltaba resolucion, y nada temía. Solo me aterró el lance del posadero, y creo que si esto me hubiera sucedido en la ciudad donde desembarcamos, quizá

Digitized by Google

no habría tenido aliento para llegar á París. Pero en fin, me hallo bien recompensada de tantas penas con el amor de un tio tan bueno; soy feliz, y lo son tambien mis hermanos: ¿no es verdad? Manuela, Teresa, Joaquin ¿qué decis?

Los tres saltaron al cuello del buen Serein, que lloró de ternura al verse tan acariciado por estos niños. Palemon, á quien había penetrado tan inesperada escena, hizo disponer una abundante merienda, que se despachó alegremente. Despues se retiró Serein con su familia, diciendo antes á Palemon: á Dios, vecino mio; yo sé que sois buen padre, y que os gustan mucho los muchachos; por eso me he tomado la libertad de presentaros los mios, y tal vez cansaros con una relacion tan prolija. — Amigo mio, respondió el anciano, me habeis complacido sobremanera; bien sabeis que no puede serme indiferente nada de cuanto diga relacion á la buena moral y educacion de los jóvenes. Os doy mil gracias por vuestra visita, y suplico que la reitereis muchas veces en compañía de vuestra preciosa familia.

Prometióselo Serein, y se llevó su tierna compañía, que á la verdad necesitaba descansar algunos dias para reponerse de tantas fatigas. Palemon y

Digitized by Google

sus hijos en el resto de la tarde comentaron los hechos de la historia de Carlota, no pudiendo menos de detenerse largo espacio, al llegar al triste suceso del mesonero, á considerar los funestos efectos de la furiosa pasion de los celos, acerca de lo cual Palemon les hizo las juiciosas reflexiones que le sugirió su celo de buen padre.

Digitized by Google

TARDE LI.

LA IMPREVISION.

Si con las armas jugar
Acostumbras imprudente,
Debes tener muy presente
El pago quc suelen dar.
Se hicieron para matar,
Y á la corta ó á la larga
En estocada ó descarga
Producen infausta muerte
Por nuestra pícara suerte;
Que siempre *el diablo las carga*.

Muchos dias transcurrieron sin ir al emparrado, y sin embargo nuestros jóvenes estaban contentos. ¿Por qué?.. Habian formado el proyecto de obsequiar á su padre el dia de su cumpleaños, representando á su presencia una piececita que Leon

Digitized by Google

había compuesto, y aplicados á aprender y ensayar sus respectivos papeles, habian hecho entrar en su complot á Mr. Delacour, para que llevase á paseo á Palemon todas las tardes con el pretesto de que el ejercicio convenía mucho á su salud quebrantada. En este tiempo le tuvieron los muchachos para arreglarlo todo; y aunque algo recelaba Palemon, disimulaba. Llegó por fin el dia de la fiesta; y despues de haber comido alegremente, Mr. Delacour sacó á pasear á Palemon; pero al volver hallaron en casa á Mr. Serein y sus sobrinitos, á Mr. Versevil y sus hijos, y á otras varias gentes de la comarca que habian sido convidadas por nuestros jóvenes. No viendo allí Palemon á sus hijos, preguntó por ellos; y le dijeron que estaban vistiéndose para representar una comedia. Aprobó el pensamiento, y acompañado de los concurrentes se trasladó al lugar de la escena. En medio del bosquecillo contenido en la huerta, los muchachos, auxiliados de los jornaleros de su padre, habían levantado un pequeño teatro cuyo foro y bastidores compusieron con algunas cortinas que les suministró Marcela. Tambien habian traido tres ó cuatro músicos de la ciudad vecina; y para estos gastos habian escotado lo necesario, gracias á los

Digitized by Google

regalillos que de cuando en cuando les hacía Palemon. Toda la concurrencia se reducía á unas treinta personas, y luego que estas se sentaron en las sillas y bancos prevenidos para el efecto, precediendo una graciosa sinfonía, dieron los muchachos principio al siguiente drama.

Digitized by Google

EL AMOR FRATERNAL.

DRAMA EN UN ACTO.

INTERLOCUTORES.

MR. BELMONT. . . .	*Armando.*
MADAMA BELMONT. . .	*Enriqueta.*
PAULINO.	*Julio.*
ENRIQUE.	*Leon.*
MR. EVERARD. . . .	*Benito.*
ADELAIDA.	*Adela.*

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE solo.

Está sentado á una mesa en que hay papeles y recado de escribir.

No me engaño: las cuatro han dado, y todavía no he sacado las cuentas que me puso el maestro: ¡qué cosa tan molesta es la aritmética! nada hay que aborrezca tanto como esta clase de trabajo. Si viniera Paulino me ayudaría, porque en esto de cuentas está bien impuesto; pero yo no entiendo palabra; en vez de un cero pongo un siete, y en

Digitized by Google

vez de un siete un cero, así salen detestables todos mis cálculos. Sin embargo, es preciso hacerlo, porque si no me reñirán mis padres. Vamos á ver: dos veces veinte y cuatro, cuarenta y ocho; tres veces cuarenta... tres veces cuarenta... ¿cuánto hacen?.. ciento y veinte... no, ciento y... qué sé yo... (*Se levanta tirando la pluma, y al mismo tiempo oye un tiro que le asusta, y luego continúa:*

¡Válgame Dios!.. ¡un tiro!.. ha sido muy cerca, porque...

ESCENA SEGUNDA.

PAULINO Y ENRIQUE.

PAULINO (*saliendo azorado*).

Dios mio!.. Dios mio!.. ¡Enrique! yo me muero... ¡qué será de mí!

ENRIQUE.

¿Qué tienes, Paulino? ¿qué te ha sucedido? el tiro.....

PAULINO.

¡Ah, hermano mio!.. escóndeme por Dios... no sé lo que me pasa... he muerto á...

ENRIQUE.

¡Acaba! sácame de tanta angustia.

Digitized by Google

PAULINO.

He muerto á Adelaida, á nuestra querida hermana.....

ENRIQUE.

¿Es posible?.. y tienes valor para presentarte...

PAULINO.

No pienses, Enrique, que ha sido de intento; la fatalidad... la imprevision...

ENRIQUE.

¿Pues cómo ha sucedido?

PAULINO.

Ya sabes que papá, estando comiendo, dijo que quería salir á caballo, y que Juan le arreglase las pistolas. Despues mandó á Adelaida que fuese á ver si todo estaba dispuesto: fuí con ella á la antesala; Juan no estaba en en ella, porque había bajado á avisar al palafrenero para que ensillase el caballo. Por desgracia ví las pistolas sobre la mesa... ¡oh, quién hubiese cegado en este punto!.. ¡si me hubiese muerto!

ENRIQUE.

Paulino, Paulino, vuelve en tí y prosigue.

PAULINO.

Tomé una pistola, y jugando con Adelaida, la

Digitized by Google

apunté y la dije: que te mato... salió el tiro, y la pobre... cayó bañada en su sangre.

ENRIQUE.

¿Quién sabe si acaso será solo una leve herida?.. (*Paséase agitado.*) ¡Si yo pudiera salvarla!... Si pudiera ocultarte... porque ya conoces el genio violento de padre...

PAULINO.

¿No oyes la gritería de los criados, que lloran por Adelaida?... ¿No oyes las voces de padre, los lamentos de madre?... ¡Ah! ¡si pudiera yo huir y precipitarme en el rio!...

ENRIQUE.

¿Y con ese acto de cobardía remediabas el daño que has hecho?... ¿Sería un acto digno el darte la muerte por no arrostrar el castigo á que te has hecho acreedor?... Espera y confia, ó sufre y calla... Pero siento pasos... padre viene...

PAULINO.

¡Ay Adelaida!.. ¡Ay Enrique! (*Cae desmayado.*)

ESCENA III.

Los mismos y Mr. BELMONT.

MR. BELMONT (*con una pistola en la mano*).

¿Quién de vosotros ha dado la muerte á mi hija?

ENRIQUE.

¡Ah, papá!... mirad... Paulino muerto y Adelaida.....

MR. BELMONT.

¿Conque ha sido Paulino?

ENRIQUE.

No, no señor... no fué él; tiradme á mí.

MR. BELMONT.

¿Conque tú has sido, infame?... pues muere. (*Le apunta con la pistola, y Paulino que acaba de volver en sí, se levanta y asiendo el brazo á Belmont separa la direccion del arma y sale el tiro.*)

PAULINO.

¡Cielos! ¿qué vais á hacer, papá mio?... si no ha sido él...

MR. BELMONT.

¿Pues quién ha sido entonces?

PAULINO.

Yo, papá... yo he sido... matadme. (*Se arrodilla.*)

ENRIQUE.

No, papá, no ha sido él, os engaña: he sido yo; disponed de mi vida.

MR. BELMONT.

¡Infames! ¿qué complot infernal habeis formado

Digitized by Google

para alucinarme?.. Pero voto á briós que no lo conseguireis: ó decís la verdad ó morís ambos.

ESCENA IV.

Los mismos y Mr. EVERARD.

MR. EVERARD.

(*Conteniendo á Belmont, que con la pistola asida por el cañon, amenaza á ambos hermanos.*) Por Dios, amigo mio, ¿qué vais á hacer? Con razon temía Madama Belmont vuestros arrebatos.

MR. BELMONT.

¿Con qué derecho venís á impedirme vengar la muerte de mi querida hija?.. apartaos.

MR. EVERARD.

Adelaida no ha muerto.

ENRIQUE y PAULINO.

¡Cielos!... ¡qué felicidad!

MR. BELMONT.

Mr. Everard, pretendeis engañarme para impedir mi venganza... pero os juro...

MR. EVERARD.

No os engaño, amigo mio.

MR. BELMONT.

Estos miserables...

Digitized by Google

MR. EVERARD.

Son inocentes; pues ha sido ella misma segun dice.....

MR. BELMONT.

¿Pero de veras vive Adelaida?.. mas no... ¿no la he visto yo mismo sin movimiento, bañada en su propia sangre?

MR. EVERARD.

Afortunadamente el tiro solo maltrató un poco la piel en un hombro, y el aturdimiento y el susto la hicieron caer en tierra desmayada... Por fortuna llegué á tiempo; la apliqué los remedios convenientes, y dentro de un momento vendrá aquí mismo.

MR. BELMONT.

Al fin respiro... Gracias, Dios mio!... qué contento!

PAULINO Y ENRIQUE.

¡Ah! ¡cuánto nos alegramos! (*Se acercan á Mr. Belmont y van á tomarle las manos.*)

MR. BELMONT.

Apartaos, mónstruos: si mi hija no ha muerto, no tiene que agradecerlo á sus hermanos.

MR. EVERARD.

Os digo que están inocentes. Ella misma dice que jugando...

Digitized by Google

MR. BELMONT.

¡Conque ella y jugando! ¿De cuando acá las balas no salen rectas? ¿No veis que no podía herirse no apuntándose á sí misma?

MR. EVERARD.

(*Aparte.*) Pues tiene razon! no había yo caido en ello.

MR. BELMONT.

Y esos pícaros disputando sobre cuál ha sido el autor...

MR. EVERARD.

Nada mas natural que el tratar de disculparse.

MR. BELMONT.

Pero si es al contrario! si cada cual se imputa el crímen por recibir el castigo!

MR. EVERARD.

¿Es posible? vamos, generosos muchachos, decid ¿cuál de los dos...

PAULINO Y ENRIQUE.

Yo... yo...

MR. EVERARD.

Pues amigo mio, este rasgo los hace dignos de vuestro perdon.

ENRIQUE.

Gracias, gracias, Mr. Everard.

Digitized by Google

PAULINO.

¡Cuánto tenemos que agradecer á vuestra amistad!

ESCENA V.

Los mismos y MADAMA BELMONT que trae del brazo á ADELAIDA bastante pálida. Su padre y hermanos corren á abrazarla.

MR. BELMONT.

Por fin vuelvo á verte! ¡qué dicha la mia!

MADAMA BELMONT.

Y yo á mis hijos! ¡cuánto he temido una desgracia!

MR. BELMONT.

Sin la venida de Mr. Everard, no sé lo que hubiera sucedido; pues aunque ya se había disparado la pistola, y por contenerme Paulino fué no sé donde la bala destinada á Enrique... No respondo yo mismo de lo que hubiera sucedido... No sé lo que iba á hacer en aquel momento de furor.

PAULINO. (*A Adelaida.*)

¿Perdonarás mi aturdimiento, hermana mia?... Sí, bien sabes que no ha sido con malicia.

Digitized by Google

ADELAIDA.

No entiendo lo que dices: ¿acaso no fuí yo misma la que disparó?...

MR. BELMONT. *(Aparte á Mr. Everard y Madama Belmont.)*

Retirémonos de aquí un poco y démosles tiempo para esplicarse: entre tanto voy á esconder esas malditas armas donde no vuelvan á ver el sol.

MADAMA BELMONT.

Harás bien; con eso yo estaré mas tranquila.

MR. BELMONT. *(A sus hijos.)*

Voy á guardar esta pistola, y vuelvo luego á saber quién ha sido la causa del peligro en que se ha visto vuestra hermana. *(Váse con Everard.)*

ESCENA VI.

MADAMA BELMONT, PAULINO, ENRIQUE Y ADELAIDA.

PAULINO.

Conque no por eso me aborrecerás, hermana mia ¿no?

MADAMA BELMONT.

Es decir que tú has sido...

Digitized by Google

ENRIQUE.

No, mamá mia; he sido yo.

ADELAIDA.

Mira, Enrique, mamá es muy tierna para nosotros y debemos decírselo todo. Sí, señora; fué una chanza desgraciada de Paulino; pero en cambio estoy segura de que padecería mucho al verme caer ensangrentada, y su desesperacion no hubiera tenido límites si yo hubiese llegado á perder la vida.

PAULINO.

Creo que me hubiera quitado la mia, á no ser por el generoso Enrique, el que además, cuando entró papá, espuso la suya por librarme.

ENRIQUE.

No hice mas que lo que debía; y á fé que bien pronto acudiste; y á no haber sido por tí, el tiro que papá disparó me hubiera evitado el trabajo de sacar mas problemas.

MADAMA BELMONT.

¿El tiro?

ENRIQUE.

Sí, señora; porque papá disparó la pistola, y me hubiera atravesado el pecho si mi buen hermano Paulino no le hubiera asido el brazo y separado la puntería.

Digitized by Google

ADELAIDA.

¡Dios mio, de cuántas desgracias nos habeis hoy libertado!

MADAMA BELMONT.

Pues nada hemos oido... Ya se vé, estábamos en las habitaciones de atrás. De todos modos demos gracias á Dios, porque nos ha libertado, y porque ha puesto á prueba vuestro amor fraternal. Yo os amo ahora mas que nunca... Pero vuestro padre viene; si insiste en su idea confesadle la verdad.

ESCENA ULTIMA.

TODOS.

MR. BELMONT.

¿Podré ya saber quién fué el temerario?...

PAULINO. (*De rodillas.*)

Yo, padre mio; castigadme.

ENRIQUE Y ADELAIDA. (*Lo mismo.*)

Perdonadle, padre mio.

MR. BELMONT.

Levantaos, hijos: casi debiera yo mismo pediros el perdon que solicitais, por el horrible atentado que me espuse á cometer.

Digitized by Google

PAULINO.

Papá, yo prometo no tomar las armas sino cuando sea necesario.

MR. BELMONT.

Y yo reprimir los ímpetus de mi cólera.

MADAMA BELMONT.

Si así lo haceis, este día será el mas feliz de nuestra vida.

MR. EVERARD.

¡Qué gloria el tener unos hijos tan generosos; unos tan dignos modelos del amor fraternal!

FIN DEL DRAMA.

Acabada la pieza, que fué muy aplaudida, Adela, Enriqueta y Leon, acompañados de la orquesta, cantaron la siguiente felicitacion:

Recibe padre amado
la fé tierna y constante
que nuestro afecto amante
te ofrece con candor.
Recibe de tus hijos
los sinceros tributos,
que de tu amor son frutos

Digitized by Google

y de esa educacion
  Que esmerado les diste
con prudencia y desvelo.
Porque el único anhelo
que escita su atencion,
  Es hoy el complacerte,
servirte, amarte finos,
es ver cual los divinos
favores del Señor
  Se fijan en premiarte
con santas bendiciones
las sábias instrucciones
que por su inspiracion
  Nos distes cariñoso.
Hoy pues agradecidos
suplicamos rendidos
al sumo Criador,
  Que dilatados años
esa apreciable vida
conserve, tan querida
de nuestro fino amor.

Luego bailaron los muchachos una especie de danza alemana, que mereció universal aplauso, con lo cual se dió fin al espectáculo. Palemon llo-

Digitized by Google

raba de alegría; abrazó á sus hijos, y dejándolos para que mudasen vestido, volvió con sus amigos á la casa, donde Marcela había dispuesto cena para todos, á costa de nuestros muchachos, los cuales luego se presentaron y recibieron mil enhorabuenas de los concurrentes. Presidió en la cena la alegría; Leon al postre recitó una oda, que no puedo ofrecer á mis lectores por no haber logrado copiarla; despues se repitieron las letrillas dirigidas al padre, y por fin se bailó hasta las tres de la mañana, á cuya hora se fueron todos los convidados, y los de casa se retiraron á sus respectivos lechos, llenos de imágenes alegres que les conciliaron el sueño mas dulce y tranquilo.
Digitized by Google

TARDE LII.

LA PACIENCIA.

Paciente y tranquilo espera
Y sufre la alternativa
Que complaciente ó esquiva
Te acaricia ó desespera.
En tu mente considera
Que tu vida, cual la agena,
De bienes y males llena
Dispuso la Providéncia;
Y que salva la paciencia
Y el necio furor condena.

Muchos dias fué en la granja objeto de la conversacion general la funcion dada por los jóvenes á su padre. Mucho había agradado á este la composicion de la pieza, que aunque pobre de argumento, tenía un objeto moral y anunciaba un talento precoz en su autor. No obstante, temiendo que llegase á entregarse enteramente á esta ocupacion y por

Digitized by Google

ella descuidase los estudios, le aconsejó que no tomase esta clase de trabajos mas que por puro pasatiempo, pues aunque nada hay mas agradable y penoso que la literatura, es sin embargo una tarea cuyas utilidades no equivalen ni con mucho al trabajo que cuestan.

He aquí, hijo mio, añadió Palemon, lo que quería decirte sin amargura ni enfado, y sin pretender imponerte la dura ley de que nada escribas: ¡no quiera Dios que me aproveche contra tí de una ocasion que me ha causado tanto placer! no, amigo mio; lo que hoy te digo, te lo diria en todo tiempo, porque esto no es mas que hacerte presente unas observaciones generales, que no deben aprisionar tu talento, y mucho menos en unas ocasiones como, por ejemplo, la de mis dias. En semejantes circunstancias serías un ingrato no sacando partido del talento que tienes: pero á no ser para tales objetos, te aconsejo que dejes descansar tu lira, pues otros trabajos te ofrecerán ventajas mas sólidas.

Dicho esto abrazó á Leon, el cual conoció el peso de sus consejos, y le prometió seguir en todo su sábio dictámen, sin dejar de la mano un instante sus ocupaciones ordinarias. Padre é hijo se sepa-

Digitized by Google

raban mútuamente satisfechos, cuando oyeron el ruido de una silla de posta que paró á la puerta de la granja. ¡Qué alegría tan grande fué la de ambos al ver desmontar á Mr. de Lonchamps acompañado de un hombre muy anciano, pero cuya fisonomía era la mas animada y respetable! Mr. de Lonchamps abrazó á entrambos diciéndoles: ¡Ved aquí á mi hombre invisible, mi bienhechor, mi segundo padre! ¡mucho me ha atormentado, pero muy grande ha sido la recompensa! Ea, ¿cómo estan vuestros amables hijos? este me parece que es Leon: ¡cuánto ha crecido!

Corrió Leon á avisar á sus hermanos la llegada de este hombre estraordinario, y todos acudieron á recibirle y abrazarle, fijando los ojos en el anciano con la mayor curiosidad. Sabian que pasaría algunos dias en la granja, y esperaban impacientes el momento en que, reunidos en el terrazo, se seguiría la historia del hombre invisible. Llegó en fin este deseado instante, y Mr. de Lonchamps se esplicó de este modo:

CONTINUACION DE LA HISTORIA DEL HOMBRE INVISIBLE.

Voy á dar principio á una relacion que, al pa-

Digitized by Google

recer, deseais con ánsia oir, y luego suplicaré á mi amigo que la finalice, puesto que se acordará, mejor que yo, de todas las particularidades. Cuando os dejé, hace un año, volví á París, adonde era llamado por órden de mi hombre invisible, que, cómo sabéis, hacía diez años que me seguía por todas partes, sin que yo pudiera verle. En París pues fué donde nuevamente me ocurrieron los sucesos mas raros. Llegué á esta capital, y me alojé en una casa de la calle de Vaugirard, muy cerca del teatro de la comedia francesa. No ignorais que nunca me faltaba dinero ni alguna de las comodidades de la vida; y que solo me afligía el sentimiento de ignorar los secretos de mi familia, y no conocer al hombre que arreglaba mi conducta de un modo tan imperioso. Hacía algun tiempo que se contentaba solo con escribirme de cuando en cuando para ordenarme el lugar donde quería que habitase. Suponiendo yo que continuaría viviendo en París, tomé un criado, al que no había tenido por conveniente confiar mis sucesos, como que nada le interesaban, y porque en su boca podía aventurarse el secreto. Una noche de invierno, cuando volví á mi casa, hallé mucha lumbre en la chimenea, porcion de bugías encendidas, una mesa rodeada de cubiertos, y que

Digitized by Google

mi criado se ocupaba en recogerlos. Le pregunté ¿ha venido alguno?—Vos lo sabreis.—¿Yo? ¿cómo? —¡Bueno es por cierto convidar á las gentes y no parecer!—Pues yo ¿á quién he convidado?—Creo que á un anciano muy respetable: dice que es pariente vuestro; y si dijera que padre, lo creería, segun lo mucho que se os parece.—¡Valgame Dios!... ya sé quién es... ¿á qué hora ha venido?—A cosa de las cinco, y hará un cuarto de hora que se ha marchado. Despues de comer, escribió larguísimo rato sobre esa mesa.

Registré los papeles que tenía en ella, y entre ellos hallé este billete:

«Muda al instante de barrio; si viniere á verte »un sujeto como de cuarenta años, alto, seco y ru»bio, no respondas á sus preguntas sino con algu»na ficcion; guárdate de hablar de mí, que no tar»darás en verme.»

Cumplí exactamente esta órden, y por la mañana ajusté una habitacion en la calle de Montmartre, muy contento con la promesa que me hacía el incógnito de manifestarse en breve. Dos dias despues se presentó en mi casa un hombre parecido al que se mencionaba en el billete; y apenas entró me dijo: ¿Vive aquí Mr. de Lonchamps?—Sí señor.

Digitized by Google

—¿Sois vos por ventura?—Sí por cierto.—Perdonadme, pues, si en nombre de vuestro difunto padre...—¿De mi difunto padre? mi padre vive, y me sería muy sensible el no asegurarlo.—¿No sois el sobrino de Mr. Lerval?—¿Mr. Lerval? no conozco á nadie de semejante apellido.—Creo que os burlais, porque yo sé muy bien quién sois; á mas de esto, sois tan parecido...—¿A mi padre? mucho; pero se halla á mas de cien leguas de aquí, y dudo que le conozcais.—Sin embargo....—Sin embargo de que me parece que venís equivocado ¿puedo serviros en alguna cosa? decídmelo pronto, porque estoy bastante ocupado.—¿Intentais deslumbrarme? ¿os han prevenido acerca de mi visita?—¿Y quién sois vos para hacerme tan indiscretas preguntas?—¡Temblad de saberlo!—¿Cómo! ¿amenazas á mí, y en mi propia casa? Salid de ella al instante, hombre imprudente. ¿Por qué razon os dirigís de ese modo á un forastero, que solo ha venido á París á negocios particulares? ¿Estais loco? Miróme el desconocido, y salió diciendo entre dientes algunas espresiones, de las cuales solo percibí: *¡Ah si no estuvieses tan sostenido!*

Este mismo dia pasé á ocupar mi nueva habitacion, que hasta entonces no estuvo dispuesta, y

Digitized by Google

allí recibí una carta de mi invisible, en que me decía que había respondido muy bien al hombre de la visita; aunque lo había hecho con un tono demasiado altivo, lo cual le infundió muchas sospechas; pero que pronto se aclararía todo. Algunos dias despues paró á mi puerta un coche, salió de él una señora, subió á mi cuarto, tomó asiento, y me dijo que quería hablarme á solas. Mandé retirar á mi criado, y luego la señora me dijo así: Caballero, vengo á haceros una restitucion.—¿A mí, señora? —Sí señor: yo debía la cantidad de mil y doscientas libras á vuestro padre, que me las prestó bajo recibo, pero despues de su muerte, habiendo esperimentado varios contratiempos, no me he visto hasta ahora en disposicion de satisfacer la deuda. —Señora, venís equivocada.—No: vuestro padre tenía mi recibo; pero sin duda le quemó juntamente con los papeles importantes que entregó á las llamas el dia anterior á su muerte; ya veis que estoy bien informada.

Miré atentamente á aquella muger, que noté se hallaba algo alterada, por lo que esforzando el disimulo, la dije: Repito que os engañais, pues mi padre...—Ya os he dicho que le conocí: su esposa, que murió al daros la vida, era mi mayor

Digitized by Google

amiga; no gasteis conmigo disimulos, y tomad vuestro dinero.

Tenía aquella mujer el bolsillo en la mano, parecía que sabía todos los secretos de mi familia, y acaso yo por descubrirlos me hubiera descubierto, á no haber oido la voz de mi criado, que en la escalera cantó estos versos:

No cantes gilguero hermoso,
que descubrirán tu nido
los altivos alcotanes
que te acechan atrevidos.

Perdí el color, y la muger me preguntó si me habia indispuesto; la respondí que sí, y llamé al criado, que entró al punto. La señora insistió en que tomase la cantidad, y yo la aseguré que se engañaba, porque mi padre vivía; que había oido hablar de los sucesos de uno que llevaba mi mismo apellido, y que varios me habian tenido por él; pero que en realidad yo era un sugeto recien llegado á París, y que tenía la dicha de que todavía existiese mi padre. Al cabo de estas y otras razones, concluí suplicándola me dijese su nombre; pero ella se levantó al parecer muy enojada, y salió diciéndome

Digitized by Google

que era inutil se me diese á conocer, una vez que se había equivocado.

Apenas se fué, mi criado Fermin, que era muy bueno y me amaba, me abrazó esclamando: ¡Ah señor! ¡qué bien habeis hecho en no dejaros engañar por esa picarona!—¿Por qué?—Apenas entró cuando.... yo estaba... allí, en la escalera, limpiando el vestido azul..... el que tiene botones de nácar... ¿No sabeis? — Sí, hombre, sí, prosigue. — Pues señor, aquel viejo, que yo creo es vuestro padre, aunque no me lo quereis decir, vino, y hallándome en la escalera, me dijo: ¿estimas á tu amo? —Mucho. — Pues si quieres librarle de un gran peligro, canta en voz alta lo que te diré; yo obedecí, el anciano me dió un luis, y escapó corriendo.

¿Qué nuevo incidente, dije para mí, será este de que he salido con tanta felidad? ¿con que esta muger es mi enemiga? ¡este hombre que me sigue á todas partes, de todos se deja ver y conocer menos de mí, que soy sin duda el único objeto de sus cuidados! me llena de beneficios y los estiende aun á los que me sirven; pero no por eso deja de ser cruel mi estado de incertidumbre: ¿cuándo se acabará?

Mas de un mes pasó sin haber ocurrido novedad alguna, y ya empezaba á tranquilizarme. Ha-

Digitized by Google

bituado á los sucesos mas estraordinarios, no me afectaban tanto como al principio. A la turbacion, al desvelo y á la incertidumbre de mi suerte, á todo me acostumbré; y me entregaba á las diversiones como si tuviera el destino mas feliz y mas asegurado. Mi diversion favorita era el teatro. Fuí á la ópera un dia de mucha concurrencia; concluido el espectáculo salí y tomé el camino de los Boulevars, por hacer algun ejercicio antes de volver á mi casa; ví bastante gente reunida; estaba conmigo Fermin, que me esperó á la salida del teatro, y le dije: Ve á informarte de lo que hace allí tanta gente. Obedeció el criado, y volvió diciéndome, que era una señora muy bien puesta que se había desmayado, y la estaban socorriendo. En esto se me acercó un hombre furioso, y esclamó: Ese es el criado de Lonchamps; le he conocido: ¿sois vos su amo?—Yo soy, le respondí.—Traidor, seas el que detesto, ó cualquiera otro, tú ó yo hemos de dejar aquí la vida.

Al punto conocí que era el hombre que me había visitado, y le dije: ¿Qué significa ese arrebato?—Voy á perder á mi esposa; allí, allí está espirando, y tú y los tuyos sois la causa.—¿Yo? esplicaos.—No tengo que dar esplicaciones.

Digitized by Google

Echó mano á la espada, y como yo no la llevaba, paré sus golpes con el baston: al momento nos rodeó un tropel de gente: Fermin se abrazó con mi enemigo, le separó á un lado y le echó en el suelo. Yo, viendo esta escena, estaba inmóvil, cuando sentí que me ponian disimuladamente un papel en la mano. Quedé asombrado, y mucho mas al reparar que solo me rodeaban gentes mal vestidas, que habian acudido al ruido: abrí el papel, y á la luz de un reverbero, hallé escrito con lápiz lo siguiente:

»Huye, sube en un coche pajizo que hallarás en »el rincon de la calle Granje-Bateliere, y serás »conducido á parte segura.»

Atónito con este nuevo aviso, quise buscar al que me le daba, cuando se acercó Fermin apresurado, y me dijo: Señor, retirémonos; el viejo del otro dia me lo ha encargado.—¿Dónde está?—Se lleva á vuestro contrario, el cual parece que le respeta mucho.—¿Hácia dónde han tomado?—¡Bravo! á buena hora! ya estarán muy lejos de aquí, porque habiéndose metido ambos en un coche, juntamente con la muger del desmayo, han echado á correr cuanto era posible.

Yo no sabia lo que me pasaba; Fermin me

Digitized by Google

guió, y como á una máquina me condujo á la calle Granje-Bateliere, donde en efecto hallamos el insinuado coche, que no dudé sería propio de mi invisible, ni que probablemente quería llevarme á su casa y manifestárseme allí. Mientras yo reflexionaba esto, me dijo el cochero: Vos sois es el que espero; subid pronto y marchemos. Dicho esto, abrió la portezuela, me dió el brazo, tomé asiento, Fermin se puso á la trasera, y partió el coche como un rayo. Acaso, amigos mios, estrañareis mi confianza, que en efecto parece peligrosa: pero yo no dudaba que todo era disposicion de mi bienhechor, y por eso procedí con tanta resolucion. Este respetable anciano había hablado con Fermin, y yo no podía resistirme á sus consejos. Advertí que me hicieron atravesar todo París; despues me llevaron por mil rodeos; y conociendo que esto era precaucion por si me seguian, se me ocurrieron muy tristes reflexiones. ¿Quién soy yo? dije para mí; ¿en qué he ofendido á los malvados que me persiguen? El hombre bárbaro que me ha asaltado esta noche, atribuye á mis parientes y á mí las desgracias de su esposa; mi protector dice que llevo sobre mi frente el sello del deshonor; ¿qué desdichas son las que rodearon mi

cuna? ¿qué vida de novela es la mia? Ya hace diez años que sufro los vaivenes de una suerte injusta, acaso mas por el capricho que por el odio legítimo de los hombres. No sé quién soy, ni á quién pertenezco, ni dónde he nacido, ni me reclama la sociedad. ¿Cuándo se acabarán tantas incertidumbres y persecuciones? ¡hombres crueles, terminad de una vez mis fatigas! ¡decidme cuáles son mis crímenes, y vengaos si os he ofendido! ¿Pero quién es mi enemigo? ¿por qué no recurre á las leyes? ¿y por qué me quitan la facultad de implorarlas en mi favor? El bárbaro que quería asesinarme, y la muger desmayada, ¿qué tienen que imputarme? Pero ellos conocen á mi invisible; le manifiestan respeto, y entran juntos en un coche: ¡qué misterio tan profundo! ¿cuándo será el dia en que le descubra?

Haciendo estas reflexiones y otras aun mas amargas, reparé que el coche paraba á la puerta de una casa de campo, simple y aislada, cuyo esterior me era absulutamente desconocido, y tambien sus inmediaciones. Desmontó el cochero, llamó á la cochera, le abrieron, entró, cerró la puerta por dentro, y me dejó en el coche. Fermin me abrió la portezuela, y al instante le mandé que se informára de alguno quién era el dueño de la casa en que es-

Digitized by Google

tábamos. En esto se abrió enteramente la cochera, se presentó el cochero que me había traido, é hizo entrar el coche en un patio muy vasto. Un anciano, que parecía ser conserge, se presentó tambien, y con mucha urbanidad me rogó que entrase en una sala baja, donde hallé luz y lumbre. Mi criado quiso salir; pero le encargaron que me hiciese compañía, y estuvimos los dos cerca de una hora sin que nadie apareciese. Vinieron luego el anciano y el cochero, dispusieron una mesa muy cómoda y me sirvieron una escelente cena. Preguntéles en qué casa estaba, y el nombre de su amo; pero con mucha sumision me respondieron que tenian órden de no contestar á mis preguntas. Cené, pues, Fermin hizo lo mismo junto á mí; y despues enseñándonos las camas que debíamos ocupar, se retiraron.

Fermin y yo nos mirábamos atónitos; no sabíamos si nos hallábamos en algun sitio encantado. El criado, que ignoraba mis sucesos, empezó á asustarse; y como ya tenía en él mucha confianza, le participé cuanto me había ocurrido. Quedó el pobre mozo tan asombrado, que no podía hablar; pero me prometió secreto y cuanto de él dedependiese. Esta conversacion nos ocupó bastante tiempo; y apenas la habíamos concluido, cuando

Digitized by Google

oimos entrar un coche, y luego una voz que conocí era la de mi invisible, preguntó al conserge: ¿Ha llegado?—Sí señor.—Bueno.

Calló mi invisible, y en vano esperé que se presentára; el gran silencio que luego reinó en la casa me persuadió de que todos se habían acostado. Yo tambien me entregué al sueño, tranquilo en cuanto á mi seguridad, y persuadido que á la mañana siguiente vería á mi favorecedor, que sin duda se habría retirado por hallarse muy fatigado y no ser ya hora de hablar. Estábamos en el rigor del invierno, cuando las noches son tan largas; yo no sabía qué hora era, cuando sentí que alguno me tocaba. La oscuridad mas grande reinaba en la estancia; pero al punto me incorporé, y con tono amenazador y resuelto dije: ¿Quién vá?—Yo soy, Lonchamps, tu amigo, tu protector, y tu desdichado pariente.

Era en efecto mi invisible. ¿Vos, le dije, pariente mio?—Si, lo soy, y tambien tu único apoyo, pues á no ser por mí, mucho tiempo ha que no existieras.—¿Qué decis? ¿pues quién persigue mi vida?—Dos personas, á las cuales has hecho infelices.—¿Yo? ¿cómo?—Algun dia lo sabrás, y te llenarás de horror: oye ahora, que los momentos

Digitized by Google

son preciosos. Luego irás á ocupar una casa que he alquilado para tí, situada al fin de la calle del Infierno, y es la última á la izquierda: tomarás el nombre de Vertange, y no saldrás hasta que yo te avise.—Pero por Dios, que me digais el secreto de...—Es imposible, te perderías y aumentarías mis infortunios. Vendrá un tiempo, y acaso no está distante, en que lo sepas todo; diez años ha que trabajo en preparar este feliz instante; pero no ha llegado todavía, aunque no puede tardar. A un tiempo mismo sabrás tus desgracias y tu felicidad, porque serás el hombre mas dichoso: entonces te agradecerás á tí mismo tu sumision y paciencia. Levántate, despierta á tu criado, y parte al momento. —Por compasion ¡oh vos! á quien oigo con tanto placer, permitidme mirar vuestra respetable presencia: concededme que vea un semblante en que sin duda están impresas la dulzura y la bondad que os caracterizan.—Todavía no puedo complacerte; algun dia sabrás los motivos. Además ¿qué te importa el verme ó no? ¿no me encuentras siempre á tu lado, cuando menos lo piensas? Ayer mismo ¿no te entregué el favorable billete que te ordenaba tomases mi coche y huyeses? Junto á tí estaba, al tiempo de tu pendencia con el insensato que...—

Digitized by Google

¿Y quién es aquel bárbaro?—No te lo puedo decir. A Dios, á Dios, querido Lonchamps: parte antes que amanezca, si quieres complacerme; y sobre todo, guárdate de hacer preguntas á mis criados, pues te espones, y nada sabrás. Abraza á tu protector, y cuenta siempre con él.

Abracé á este hombre admirable que me imponía respeto y silencio; no tuve valor para decirle mas, y le oí cerrar tras sí la puerta de la sala en que yo me hallaba. Muy poco despues entró el conserge con la luz, y me dijo que el coche estaba ya aguardando. Resignado á cumplir hasta los mas leves preceptos de mi protector, que se me hacía invisible mas que nunca, me vestí; y lo mismo hizo Fermin, que lo había oido todo, sin valor para moverse durante nuestra conversacion. No sin admiracion hallé sobre mi cama un saco de dinero, con esta inscripcion: ***Regalo hecho á la docilidad***; le tomé, y juntamente con Fermin ocupé el coche. Todavía era demasiado oscuro para que yo pudiese distinguir los objetos; el cochero con toda cautela dió mil vueltas y revueltas, luego entramos en París, que atravesamos al amanecer, y llegamos al principio de la calle del Infierno, donde nos hizo apear el cochero, diciendo que tenía orden para no

Digitized by Google

llevarnos mas adelante. Quise gratificarle; pero nada admitió y desapareció al momento. Quedé pues solo con Fermin, y, como tenía bien presentes las señas, no tardé en hallar la casa. Llamé; salió á responderme una muger á quien dije: ¿No es esta la habitacion destinada á Mr. de Vertange?—Sí señor, aquí es, y apuesto á que vos sois el que viene á ocuparla.—¿En qué lo conoceis?—En que me han dado muy bien vuestras señas, y porque os pareceis mucho al anciano que ha venido á ajustar la casa, pagando adelantado medio año. La habitacion es bonita y muy bien amueblada; creo que os hallareis contento; venid y la vereis toda.—¿No hay otros inquilinos?—No señor, los dos estaremos solos en la casa, y en ella os serviré con todo el esmero de que soy capaz.

En efecto, la casa me pareció como la muger me la había pintado: luego que hube descansado un rato, envié á Fermin á traer todos mis efectos que había dejado en la habitacion de la calle de Montmartre, donde con mi firma se lo entregaron todo. Viví algunos meses tranquilo en este nuevo asilo. Salía muy poco, siempre de noche, y creia que ya estaba libre de la persècucion de mis enemigos, cuando una nueva desgracia me puso á discrecion

Digitized by Google

de estos. Ya he dicho que en mí el teatro era la pasion dominante; pero hacía mucho tiempo que no disfrutaba de este placer; la vida sedentária que llevaba era demasiado monótona, para no acordarme de mis antiguas diversiones; y como las noches eran tan largas, creí que nada me arriesgaba saliendo y volviendo de noche á mi casa. Una de ellas dije á mi criado que se quedase en casa y me esperase en ella; y como la noche estaba muy oscura me determiné á ir á la comedia; tomé un billete, y me puse en el rincon mas oscuro del teatro. Por casualidad un ratero se había colocado junto á mí; quiso robarme, mas le cojí con la mano metida en mi faltriquera, por lo cual no pude menos de esclamar: *¡Ah pícaro ladron!* Este quiso escaparse pero yo le sujeté; el ruido llamó hácia nosotros toda la atencion de la concurrencia; llegó la guardia, se apoderó del ladron, y me mandaron que les siguiese para prestar mi declaracion. Verificóse esta en el cuerpo de guardia, y concluida volví á entrar en el teatro, donde ocupé diverso sitio, porque el anterior lo estaba por otro. No dejé despues de conocer la imprudencia que había cometido, haciéndome notar de todo el mundo; pero terrible casualidad será, dije para mí, que mis enemigos precisa-

Digitized by Google

mente concurran al teatro en el mismo dia que yo, cuando no he venido en tanto tiempo. Sin embargo de esta reflexion, me propuse tomar un fiacre al salir; pero me costó mucho trabajo, porque llovia y todos buscaban carruage. Al cabo pude apoderarme de uno; no quise decir en alta voz al cochero el lugar de mi domicilio, porque mi intencion era hacerle rodear un poco por las calles para deslumbrar á los que podrian seguirme, y le mandé que se encaminase á la calle de San Florentin. Obedeció el cochero; mas á breve rato noté que el fiacre se paró, el cochero desmontó, y me dijo que no podia proseguir, porque los dos caballos se habian desherrado, y uno de ellos estaba muy enfermo. Conocí que no era verdad lo que esponía, y así le amenacé, le rogué, pero en vano. Al fin, cansado de su obstinacion, bajé del fiacre, determinado á castigar al cochero, cuando dos ó tres hombres, que no habia visto, y estaban á la trasera del fiacre, se arrojaron furiosos sobre mí, y me metieron dentro de una casa. Clamé, pero en vano; quise usar del baston, única arma que tenía, y me le quitaron, asegurándome que no era su intento hacerme mal, sino únicamente que hablase con los señores de la casa.—¿Dónde están?—Subid.

Digitized by Google

Acompañáronme estos hombres, y entré en una sala, donde ví al hombre alto y seco, y á la muger de la fingida restitucion. Infames, les dije, ¿qué quereis de mí despues de haber seducido á mi cochero para esta maldad? ¿quereis mi vida? pues yo la venderé bien cara.—Solo os pedimos, dijo el hombre, una confesion sencilla y verdadera.—Aunque tuviera que hacerla, vuestra bárbara violencia me empeñaría en el silencio.—Mónstruo, dijo la muger con furibundos ojos, y sacando una pistola; habla, declara, ó de no hacerlo soy capaz de abrasarte las entrañas.—¡Horrorosa persecucion! ¿qué quereis que os diga? Yo no puedo sino repetiros lo que os dije á cada uno cuando fuisteis separadamente á visitarme con falsas suposiciones. Estais empeñados en que yo sea el Lonchamps que detestais, no sé por qué; y ya os he dicho, y repito, que yo soy de una familia que ninguna relacion tiene con vosotros. —Siendo así, ¿por qué cada dia estais mudando de habitacion? ¿por qué os ocultais con tanto cuidado? Sin duda alguno os aconseja y precisa á callar la verdad: ¿no sois hijo del Lonchamps que murió en Paris hace diez años, y la víspera de su muerte quemó todos sus papeles? Estos, estos papeles principalmente necesitamos saber si se quema-

Digitized by Google

ron todos, pues sospechamos que vos preservásteis de las llamas y poseeis los mas preciosos, de los cuales depende el honor de nuestra familia. Si teneis estas horribles pruebas del crímen mas atroz, si están en vuestro poder, entregádnoslos, y hallareis en nosotros unos parientes afectuosos, en vez de unos implacables enemigos. —¿Conque sois parientes mios?...

Casi iba á descubrirme, haciendo mil preguntas indiscretas, cuando reflexioné que estas gentes podían suponer cualquiera mentira, con ánimo de sondearme; y no hice mas que repetir que no conocía en Párís pariente alguno.—No quiere declarar, dijo el hombre; y la muger añadió: Mr. de Lerval es quien le aconseja y protege.—¿Mi tio? no es posible.—Ya es forzoso acudir al último recurso.

Al oir esto, me estremecí, y mucho mas cuando me hicieron entrar en una gran sala entapizada de negro. En medio había una gran tumba, y al rededor colgados varios retratos, en los cuales ví el de mi madre, que conocí por su semejanza con el que me había dado en miniatura mi invisible.—Ved á vuestra madre, dijo el hombre: ¿podreis desconocerla? (*Nada respondí.*) ¿podreis no reconocer en este otro retrato á vuestro padre? (*Lo era en efec-*

Digitized by Google

to, pero proseguí callando.) ¿y no veis en este á Mr. de Lerval vuestro tio?

Este último retrato era de un anciano, cuyas facciones se asemejaban mucho á las mias, y desde luego conocí que era mi protector; le estuve mirando silencioso hasta que el hombre prosiguió: ¿No conoceis todas estas personas? ¿pues de qué sirve callar? os aseguro que no saldreis de aquí sin jurar primero que nos entregareis los papeles que habeis hallado en casa de vuestro padre, y cuya contínua lectura era el tormento de su vida. No hay remedio; sed sincero y confiado, y desde luego, abjurando nuestro odio, seremos vuestros mejores amigos.

¡Qué terrible situacion la mia! Impelido por una parte del deseo de conocer los secretos de mi familia, que estos podian revelarme, y por otra sometido ciegamente al plan de conducta que me había prescrito el invisible Mr. de Lerval, no sabía qué partido tomar. Si hablaba, tal vez perdía la proteccion del hombre mas generoso, y probablemente me etregaba á unos mortales enemigos. Si callaba, encendía con mas vigor la cólera de estos, que á pesar de mis negativas estaban empeñados en que yo era el que en efecto buscaban. ¿Qué había

Digitized by Google

de hacer? Mi confesion casi estaba ya en mis lábios; y tal vez me hubiera perdido, si mis dos contrarios no hubiesen oido en el cuarto contiguo una voz que los intimidó. Esta voz era la de mi favorecedor, que sin duda decía á algun criado de confianza: ¿Pero es posible que tengan tan poco juicio? ¿conque no dejarán en paz á ninguno que se apellide del mismo modo? Ya les he dicho que el Lomchamps que buscan, hace años que murió en nuestras colonias.

Despues de estas razones, pronunciadas con fuerza, se abrió una puerta, y yo esperaba ver entrar á Mr. de Lerval, lo que deseaba ardientemente; pero me engañó el deseo, y solo entró un criado muy viejo que en alta voz dijo á sus amos: Mr. Lerval quiere hablaros á los dos en secreto.

Siguieron aquellos tigres al criado, y yo quedé solo en este lugar fúnebre, iluminado por una lámpara propiamente sepulcral. La tumba y los retratos fijaron mi atencion, particularmente el de Mr. de Lerval, que era mi tio, y sin duda lo era tambien de mis crueles enemigos. Ya comenzaba á descubrirse un poco este misterio impenetrable hasta entonces; se acababa de correr una pequeña parte del velo que me ocultaba los secretos de mi familia,

Digitized by Google

pero ignoraba todavía los motivos que animaban contra mí á estas perversas gentes. Aun en el supuesto de que yo poseyese los papeles que pedian, y que habian sido el contínuo martirio de mi padre, ¿qué interés podian tener en quitármelos, y de qué era yo culpable para con ellos? En fin, decía yo, puede que vuelvan con Mr. de Lerval; y sin duda toco ya en el desenlace de este marvilloso suceso. ¡Vana esperanza! Al cabo de una hora se me presentó el anciano criado, y me dijo que podía retirarme.—¿Pues qué, no veré?...—Esta es la órden que me han dado; no puedo deciros mas.

Conocí que desagradaría á mi bienhechor si hacía preguntas, y hallando las puertas libres salí á la calle, donde ví al mismo cochero y coche que me había conducido á la casa de campo de mi invisible. Subid señor, me dijo el cochero, y os llevaré á vuestra casa; acepté el ofrecimiento, y volví á mi casa donde hallé á mi pobre Fermin desesperado por mi tardanza. Referíle este último lance, y me aconsejó que no saliese hasta tener para ello órden espresa de mi tio. Poco tardé en recibir un billete, donde me decía:

«Amado sobrino (porque ya sabes quien soy) »con mucha alegría te participo que tus desgracias

Digitized by Google

»van á terminarse: no tardarás en verme y te ins»truirás de todo. Mañana á las doce en punto irás »á misa á los Carmelitas de la calle de Vaugirard, »donde verás á una jóven, vestida de blanco, acom»pañada de una criada anciana en trage de luto. »Hazte cargo de ella, pero no la hables. Pronto sa»brás mis intenciones.»

Cumplí á la letra lo prevenido en el papel, pero no encontré en el sitio indicado á la jóven que esperaba. Ya iba á retirarme de muy mal humor, cuando efectivamente ví entrar una señorita como de diez y siete años, sobre poco mas ó menos, con su criada vestida de luto; seguíla sin afectacion: la miré mucho, y observé que ella tambien me miraba con atencion. Salió de la iglesia, yo la fuí siguiendo un rato, y reparé que se volvió á mirarme repetidas veces, hablando al mismo tiempo misteriosamente con la criada. Bien podía haberla seguido hasta ver donde paraban; pero creí que esto sería ofender la delicadeza y confianza de mi tio, por lo que me pareció mejor echar por otro lado y retirarme á mi casa, donde esperé con impaciencia la esplicacion de esta aventura. Recibí un nuevo billete de mi tio, que me preguntaba qué tal me parecía la señorita que había visto, y si

Digitized by Google

mi corazon se hallaba libre. Respondíle que, ocupado hasta entonces con mis infortunios, no había tenido gusto ni tiempo para pensar en amores, que me hallaba con plena libertad de corazon, y que si alguna persona podía triunfar de mi indiferencia, sería seguramente la amable señorita que había fijado mi atencion en el Cármen.

Entregué esta contestacion al que me había traido el billete, y apenas se fué, dije para mí: Yo creo que todo esto se reduce á que me case; mas no consentiré en ello, hasta que me espliquen el enigma que tantos años hace me atormenta... ¿Pero acaso presumiré que mi tio que me ha dado tantas pruebas de ternura, quiera ligarme con las cadenas de himeneo, sin quebrantar antes las de las desgracias que me esclavizan? Mi tio es demasiado prudente y esperimentado para obligarme ligeramente á hacer una cosa de la cual depende toda mi dicha. Esperaré, pues, sin olvidarme nunca de que me ha encargado confianza ciega, sumision y docilidad. De este modo, me dijo, llegarás á perfeccionar tu fortuna; y parece se acerca ya este tiempo.

Por fin, dos meses despues llegó el tan deseado momento que debía fijar mi destino. Una mañana, que me disponía á escribir varias observaciones

Digitized by Google

que había hecho acerca de diferentes libros científicos que contínuamente leía, quedé atónito de ver entrar en mi cuarto al cochero de mi tio que me había conducido á la casa de campo. Señor, me dijo, de parte de vuestro tio vengo á llevaros; pero antes es preciso que os sirvais recoger todo cuanto fuere vuestro, porque no volvereis aquí.—¿Pues á dónde me llevais?—Nada temais: os espera una dicha superior á vuestra imaginacion.—¿Cómo?... esplicadme...—Os suplico que no me hagais pregunta alguna, pues no podré contestaros; el tiempo os dará á conocer lo justo de mi reserva, y la fidelidad de un criado que ama cordialmente á su amo.

En efecto, este cochero tenía una fisonomía tan franca, que anunciaba una completa probidad; no quise insistir preguntándole, llamé á Fermin, y acostumbrado á obedecer en todo ciegamente los menores preceptos de mi protector, ayudé á mi criado á recoger todo lo que me pertenecía. Saltaba de contento Fermin, porque estaba creyendo que iban á finalizar mis males; yo no tenía tanta confianza como él, y sin embargo su alegría disipaba mi agitacion é inquietud. Cuando todo estuvo arreglado, llamé á la muger que me había asistido, y me despedí de ella recompensándola liberalmente. En-

Digitized by Google

contré á la puerta el coche pajizo, subí en él con Fermin, y el cochero partió como un rayo. Ví que salíamos de París, y al cabo de algun tiempo reconocí la aldea de Bagneux que atravesamos, y al lado opuesto la casa de campo de mi tio, en la cual paró. Mi corazon sintió una estraordinaria alegría, porque pensé que venía á habitar en esta casa, donde ya antes había estado, y á conocer en ella al respetable anciano, cuyas facciones, aunque solo las había visto pintadas, estaban profundamente grabadas en mi corazon. Me apeé, me recibió el viejo conserge, y me hizo entrar en la misma sala que antes había ocupado. Pregunté por mi tio, y me respondieron que solo en mí consistía el verle prontamente.—Pues si solo consiste en mí, decidme ¿qué debo hacer?—Pronto lo sabreis. Trajo Fermin todos mis efectos á la misma estancia, donde me sirvieron un escelente almuerzo del que tambien participó mi criado, el cual me dijo al oido: Animo, señor, toda la casa está en movimiento, y creo que os preparan alguna gran funcion.

Aunque siempre admirado de la ausencia de mi tio, almorcé con buen apetito; despues se presentó el conserge y me dijo que le siguiera. Hícelo, y con grande admiracion mia, me llevó á una estancia

Digitized by Google

muy separada del cuerpo principal de la casa, abrió una puerta y entré con él en un oratorio, donde hallé á un sacerdote revistiéndose para decir misa. Fermin, que tambien me había seguido, se quedó hecho una estátua. Mientras yo examinaba varias personas desconocidas, sentadas en dos bancos que había en el oratorio, por si entre ellas distinguía á mi tio, el sacerdote, dirigiéndose á mí, me dijo: Caballero: ¿estais dispuesto á seguir enteramente la voluntad de vuestro tio?—¿Pudiera yo hacer otra cosa, despues de tan repetidas finezas como le debo?—Pues sabed que sois amado de una jóven, que solo una vez os ha visto, y vuestro tio desea que sea esposa vuestra.—¿Es posible?...—Yo, señor, solo he venido aquí para daros la bendicion nupcial, con las licencias correspondientes.—A la verdad que el casarse sin saber con quién, es una cosa...—Vos obrareis segun mejor os parezca.—¡Ah! ya penetro quién es esa señorita, y á la verdad sería preciso tener un corazon de hielo para no amarla.—Siendo así preparaos á la piadosa ceremonía que va á celebrarse.—Pero...—En ello consiste que hoy mismo acaben todos vuestros males.—¿Y sabré...—Todo.—¿Y mi tio?—Ya le vereis.—¿Como no está aquí?—Sed dócil, y se correrá

Digitized by Google

enteramente el velo que tanto afan teneis de alzar.

Iba á añadir otras preguntas, que manifestaban mi curiosidad é incertidumbre, cuando la jóven con quien querian casarme de un modo tan raro, se presentó con la misma criada que la habia acompañado en el Cármen. Estaba vestida sin profusion, pero con la mayor elegancia y decencia. Añadid á esto una figura bellísima, una modestia encantadora, y el virginal pudor coloreando su hermoso rostro; en una palabra, figuraos la muger mas perfecta de la tierra, y tendreis una idea adecuada de aquella jóven maravillosa. Enmudecí de admiracion, y no pensé mas que en la felicidad de poseer tantas gracias; ni aun tuve la curiosidad de preguntar su nombre: ¡Ah señor! dije al sacerdote, estoy pronto á contraer el lazo eterno: el premio de mi sumision es muy lisonjero. Entonces el sacerdote dirigiéndose á la jóven, la dijo: Señorita, ¿estais conforme en recibir por esposo vuestro á este caballero? —Mi obligacion sobraba para hacerme obediente; pero debo confesar que mi corazon me hace conocer un sentimiento nuevo, que hará sin duda feliz mi obediencia.

Dejóme embelesado esta respuesta tierna al paso que decente. Nos arrodillamos junto al altar, y el

Digitized by Google

sacerdote formalizó la ceremonia; apenas pronunciamos el sí irrevocable, cuando se abrió una puerta, y salió por ella un anciano, que al instante conocí era mi tio. Corrió hácia mí, y estrechándome en sus brazos, esclamó: Por fin, ya no soy invisible á tus ojos! ¡podemos vernos libremente uno á otro! Ven amado Lonchamps, abraza nuevamente á tu padre.—¿A mi padre?—Hoy has llegado á ser hijo mio casándote con mi hija.—¿Con vuestra hija? ¡oh felicidad!—Si amigo mio: ved aquí descubierta una parte de mis secretos. Mi amada Lucía es la que acabas de recibir por esposa: dime, ¿era posible hacerte un regalo mas precioso, y darte mayor prueba de mi ternura?—¿Cómo la he podido merecer?—A fuerza de docilidad y paciencia en tus infortunios, que desde este punto finalizan, porque este matrimonio te reconcilia para siempre con tus enemigos.—¿Pero por qué?...—Acabemos lo principal; luego te contaré la historia mas rara, y sabrás por qué he observado contigo tan estraordinaria conducta, de la cual, aunque fatigosa, quedo enteramente recompensado.

Mr. de Lerval, rebosando alegría, se puso á mi lado; el sacerdote dijo la misa; y cuando ya estubo todo concluido, abracé á mi tio, á Fermin, al con-

Digitized by Google

serge, á todos: luego pasamos á una sala, donde entraron recado de Mr. y madama Dercour, que venian á ver á mi tio. Este me hizo entrar en un gabinete inmediato, diciéndome: Esta es la última esperiencia de tu docilidad: te presentarás cuando yo te avise, y conocerás estas gentes á quienes trataré como merecen.

Entré pues en el gabinete, desde donde podía oir y ver cuanto pasaba. Entraron Mr. y madama Dercour en quienes reconocí á mis perseguidores. Perdonad tio, dijo Mr. Dercour, si venimos tan tarde, porque nos han detenido negocios importantes. ¿Se ha celebrado ya la ceremonia? ¿está ya mi prima casada?—Sí señor; y os confieso que admiro el poco interés que habeis manifestado en asistir á un acto en que consiste su felicidad.—Pero señor, dijo madama Dercour, ¡habeis hecho tal misterio en ocultar el esposo de Lucía!... Entre parientes creo que debe haber mas confianza. Ignoramos absolutamente quién es el dichoso... pero pues le habeis elegido para yerno, sin duda será digno de toda nuestra estimacion.—Sin duda, un hombre á quien he creido digno de ser esposo de mi hija, debe merecer vuestro afecto; bastante infeliz ha sido, y vosotros habeis tenido la culpa!—¡Nosotros!—Vosotros.

Digitized by Google

Es cierto que yo tambien le aborrecí desde que nació; pero despues la edad, la esperiencia, la razon y sus cualidades morales han desvanecido en mí un odio injusto. Sin dejar de ser fiel al juramento que hice á vuestro desdichado padre, he sabido conciliar la fé del juramento y la indignacion que me inspiraban tantas desgracias, con la justicia, la delicadeza y la sensibilidad. En una palabra, he confundido todo el odio en un lazo que debe sofocar tan funesta pasion, adoptando por hijo á este jóven aborrecido, que ahora debe ser amigo vuestro.—Ese modo de hablar... ¿qué debemos pensar?...—Que el Lonchamps, á quien tanto habeis detestado, no ha muerto en nuestras colonias, como yo os he dicho; que vuestras sospechas acerca del que habeis perseguido, eran fundadas; que sin cesar he procurado destruirlas, temiendo que os arrojáseis á algun atroz esceso; y en fin, que este primo vuestro y objeto infeliz de vuestro enojo, es hoy esposo de mi hija.—¿Qué oigo?—Preséntate hijo mio: ven á hacer la paz con dos parientes injustos, que te amarian si te conociesen tan á fondo como yo.

Salí del gabinete, y al verme Mr. y Madama Dercour se turbaron, perdieron el color, y no se atrevian á mirarme. Ignoro, les dije, los motivos

Digitized by Google

que me han acarreado vuestro odio, pues al parecer me aborreceis desde la cuna sin haberlo merecido. La Providencia, que nunca abandona á los inocentes, me ha proporcionado la proteccion del hombre mas generoso, á quien debo el no haber caido en los lazos que me habeis tendido, y el no verme ya en adelante espuesto á vuestro furor. Mucho mas le debo aun, pues mucho mas es el haberme hecho dueño de tan digna esposa. Espero de vuestra justicia que me hagais conocer los agravios para repararlos, ó que desde este punto olvideis cualquiera motivo de resentimiento, como yo olvidaré mis justas quejas. Miradme como pariente y amigo vuestro, ó huid de mí para siempre: si no puedo atraerme vuestro afecto, soy muy capaz de contrastar vuestra enemistad.—Pero señor, los papeles... — Esos papeles que tanto os inquietan, no los ha visto entre los que su padre le ha dejado; y cuando los tuviera, ¿no está tan interesado actualmente como vosotros en sepultarlos para siempre? No os digo mas, sino que Lonchamps es mi hijo; ved si quereis, siendo enemigos suyos, perder mi afecto, y esponeros á todas las consecuencias de mi indignacion. Ya me entendeis: responded.

Digitized by Google

Pronunció Mr. de Lerval estas últimas palabras con un tono que hizo estremecer á aquellos malvados. Se miraron; y luego, acercándose á mí, me abrazaron llamándome su amado primo. Mi suegro y yo no nos dejamos alucinar de su hipocresía, pues se veian precisados á conducirse así por lo que luego sabreis; pero se portaron bastante bien todo aquel dia que pasé en regocijos hablando con mi esposa, en la cual descubrí desde luego un talento nada vulgar. Mis primos durmieron aquella noche en nuestra casa; y á la mañana siguiente Mr. de Lerval les enseñó una escritura que había hecho algunos dias antes, por la cual les cedía la cuarta parte de sus bienes, otra igual á mi esposa, reservándose él la mitad por los dias de su vida, pasados los cuales, nos dejaba por herederos. Mis dos perversos primos se retiraron muy satisfechos de esta disposicion; y debo confesar que aunque los he tratado muy poco, nunca he esperimentado mal proceder de su parte.

Permanecimos algunos dias en la casa de campo, y volvímos á París, donde Mr. de Lerval nos dió habitacion en su misma casa. Seis meses hace amigos mios, que soy feliz esposo, y dentro de cuatro espero ser padre: ¡juzgad cuál será mi ale-

Digitized by Google

gría! Mi padre y yo tenemos que comprar varias tierras en esta comarca, y he querido venir en su compañía á veros, para cumplir mi promesa y satisfacer mi cariño. Mucho os queda por saber de mi historia; pero mañana la referirá mi padre, y sabreis las desgracias de mi familia, y los motivos de la conducta de mi hombre invisible. Delante le teneis; contemplad bien al que tanto me ha favorecido, y que ha sido objeto de vuestra curiosidad. ¡Ojalá que hubiese podido yo verle y abrazarle mucho tiempo antes.

Calló Mr. de Lonchamps, y los hijos de Palemon abrazaron á aquel anciano, que les inspiraba sin embargo una especie de respeto que algo participaba de terror. Para disiparle enteramente era preciso saber sus aventuras, y esto había de verificarse á la tarde siguiente.

Digitized by Google

TARDE LIII.

EL FALSO HONOR.

No es mas honrado el potente
De oropeles rodeado
Y en el vicio encenagado,
Que el artesano indigente,
A las leyes obediente,
Padre amante y fiel esposo,
Que á la patria hace gustoso
Servicios de gran valía.
Es mas honrado á fé mía,
Y aun mas noble, el mas virtuoso.

CONTINUA LA HISTORIA DEL HOMBRE INVISIBLE.

Sentados al dia siguiente bajo el emparrado, Mr. Lerval empezó su narracion de esta manera: Hasta ayer, buen Palemon, no os conocía, ni tampoco á vuestros hijos, sino por los elogios que repetidas veces me ha hecho mi sobrino de

Digitized by Google

vuestras costumbres, probidad y discernimiento; pero ya os he visto y os amo; es decir, que en adelante podeis mirarme como un amigo fiel y sincero. No me habeis conocido sino por una relacion, que tal vez no me hacia demasiado honor; y cuando Lonchamps, en el anterior estío, os contó una parte de sus desgracias, debísteis mirar al hombre invisible, que le seguía por todas partes y le prescribía los preceptos mas estravagantes, como á un loco que reducía á práctica sus disparatadas ideas, inspiradas por su poco juicio. Ahora sabreis los motivos que me han impelido á obrar así.

Soy el menor de tres hijos que dejó mi padre, que era uno de los hombres mas ricos y condecorados de Francia. Quedamos huérfanos, y mi hermano mayor, que ya tenía veinte y cinco años, entró á gobernar la familia, y fué declarado tutor nuestro. Tenia yo diez años, y quince mi hermana Amelia, jóven llena de hermosura y de las habilidades que se adquieren con una educacion esmerada. Era muy amable; pero al mismo tiempo muy tímida, y de un espíritu bastante débil. Amelia y yo nos amábamos tiernamente; mas no sucedia lo mismo con nuestro hermano, que nos detestaba, no obstante que nosotros le correspondiamos harto bien, porque el te-

Digitized by Google

mor y la sumision mas ciega á su voluntad eran los únicos sentimientos que había sabido inspirarnos. A los treinta años ya se había casado, y tenía dos hijos: abusaba del imperio que tenía sobre nosotros, y éramos miserables víctimas de su despotismo. Vivimos con él hasta nuestra mayor edad, época en la cual nos entregó la parte de herencia que dijo nos pertenecia, dándonos unas cuentas, si no exactas, cumplidas para nuestra satisfaccion. Con todo nos conformamos porque podíamos vivir cómodamente con lo que nos adjudicó. Deslinieres (así se llamaba mi hermano que había tomado el título de una hacienda suya) no había querido casar á Amelia, y esto por razon de interés, pues estaba dominado por una insaciable codicia. Murió su hijo, pero quedó con una niña de diez y ocho meses: esperaba sin duda tener mas hijos, y sin embargo de que podía dejarlos ricos, todavía anhelaba apoderarse de los bienes de Amelia, á quien quería precisar al celibato. Acaso esperaba tambien heredar mi parte. Tenía una muger aun mas mala y mas avarienta que él, la cual cuando se casó con mi hermano era viuda de un militar llamado Mr. Dercour, y tenía un sobrino de nueve años que se criaba á su lado en casa de mi hermano. Se había

Digitized by Google

propuesto casar á este muchacho con la hija de Deslinieres, y deseaba con ánsia reunir en su casa todos los bienes de nuestra familia. Para colmo de desgracias, Madama Deslinieres envidiaba la hermosura de mi hermana: no podía ver á Amelia, que había tenido que sufrir mucho mas que yo durante su menor edad, por los caprichos y altivez de esta muger imperiosa.

Yo, jóven de 26 años, dedicado á la carrera de las armas, corría de guarnicion en guarnicion sin domicilio fijo. Amelia, libre del yugo de su hermano y de las impertinencias de su cuñada, habitaba una hacienda en las inmediaciones de París, y mi hermano con toda su familia residía en la capital. Os he dicho que Amelia tenía un escelente corazon, pero su razon no era de las mas firmes y á veces parecía demente; temblaba solo al oir el nombre de su hermano ó de su cuñada, y por lo tanto aunque al parecer era independiente, estaba tan sometida á su voluntad, que hasta las visitas que había de recibir la prescribian; y tan luego como se presentaba un pretendiente á su mano, procuraban despedirle.

Sin embargo, su corazon estaba preparado al amor, y aun amaba en secreto ya hacía algunos

Digitized by Google

años. Tenia en su casa un mayordomo llamado Santbon, de famila noble y que había sido rica, pero que despues había decaido. Quedó huérfano desde muy niño, dedicóse á la agricultura, y como tampoco tenía mérito personal, Deslinieres había creido que no contrariaría sus miras respecto al forzado celibato de Amelia; pero su conversacion era sumamente agradable, y la jóven se había acostumbrado á ella en términos que no acertaba á estar un momento sin él. Santbon por su parte estaba prendado del mérito de Amelia, y aunque no se le ocultaba la debilidad de su juicio, veía con dolor la despótica conducta de Deslinieres y su muger, y deseaba aliviar la suerte de aquella desventurada. De forma que ambos se amaban, pero el uno por delicadeza y la otra por pudor se ocultaban mutuamente sus sentitimientos.

Una mañana de primavera paseaban juntos Amelia y Santbon por los jardines de su quinta: llamó la atencion de Amelia un puente chinesco que aquel, para sorprenderla, había hecho colocar la noche anterior sobre un riachuelo que por allí atravesaba. Quiso aquella estrenarle, pero como el puente no estaba firme cayó en el rio; perdió el sentido y al volver en sí se encontró sobre la yerba de la ri-

Digitized by Google

bera: vuelve la vista, pues estaba sola, y ve cerca de sí á Santbon sin sentido y derramando raudales de sangre por una herida que en la frente se había hecho al tiempo de arrojarse al agua á sacar á su ama.

A las voces que esta dió acudieron los criados, detuvieron la sangre, condujeron al herido á su lecho, y llamaron para asistirle á los cirujanos mas instruidos del pais. No confió Amelia la asistencia de su mayordomo á los demas criados. Pasaba los dias y las noches á su cabecera suministrándole por su mano los alimentos y medicinas, y condoliéndose de sus padecimientos. Esta asiduidad dió bastantemente á conocer á Santbon que era amado, y no tardaron mucho en declararse el uno al otro su pasion.

El término que esta debía tener en dos personas pundonorosas y timoratas no podía ser otro que el del matrimonio. En vano opuso Santbon los inconvenientes de la desigualdad de clases y las miras interesadas de los Deslinieres.—Casémonos secretamente, dijo Amelia... y luego que se sepa, si mi hermano y su muger quieren tratarme como hasta aquí... desgraciado del que se me oponga; le despedazaré el corazon. Efectivamente se estendie-

Digitized by Google

ron las capitulaciones en las cuales, en el caso de fallecer sin sucesion Amelia, cedía todos los bienes á su esposo, y reunidos los documentos y licencias necesarias se celebró secretamente el desposorio.

Todo fué felicidad para ellos durante algunos meses; por este tiempo obtuve yo licencia para ir á mi casa y fuí desde luego á ver á mi hermano mayor, el cual y su muger me recibieron con su orgullo acostumbrado, y supe por ellos mismos que estaban sumamente contentos de la sumision de mi hermana á quien visitaban con frecuencia. Fuí á ver seguidamente á Amelia y la encontré tan tierna, tan afectuosa conmigo como siempre. Cuando estuvimos solos me reveló su casamiento secreto, y sentí tanto este suceso, que cuando mi hermana me presentó á su esposo le saludé con frialdad; él hizo lo mismo conmigo, y nos despedimos sin abrazarnos, sin darnos el dulce título de hermanos.

No era yo capaz de revelar el secreto de mi hermana; pero una criada á quien Santbon había reconvenido severamente por varios defectos graves, concibió y llevó á cabo el designio de perder á los dos esposos. Salióse de la casa, fué á la de los Desliniers y les descubrió el secreto del matrimonio de Amelia con Santbon.

Digitized by Google

Enfurecidos aquellos con semejante noticia, al siguiente dia fueron á casa de su hermana, llenaron de improperios á ambos esposos, y cuando Santbon quiso hacer valer sus derechos de marido y dueño de la casa para hacer salir de ella á los Deslinieres, y que dejasen de insultarlos, estos últimos dijeron que el que tenía que salir de allí era Santbon; que la escritura matrimonial era falsa, el sacerdote que les había unido un impostor, los testigos gentes sobornadas y el matrimonio en fin no había sido mas que una apariencia de sacramentos. Por último Santbon se revistió de toda la energía de que era capaz, y consiguió hacer salir de allí á mis pérfidos hermanos, los cuales al marcharse intimaron á Amelia la órden de despedir á Santbon, pues su matrimonio era falso y simulado.

Consternados quedaron los dos esposos: Amelia se creia ya separada de su marido y encerrada en una prision por toda su vida; lo que la hizo caer en una especie de delirio que la hacía decir mil despropósitos. Santbon, lleno de pesadumbre por la debilidad del juicio de su esposa, y ambos temiendo un porvenir lleno de pesares y sobresaltos, tanto mas temibles cuanto que mi hermana se hallaba en cinta ya hacía algunos meses. Llegué yo en aquel mo-

Digitized by Google

mento, y aunque no me asombré del atrevimiento de los Deslinieres, cuya perfidia conocía, temí el peligro en que Amelia y su esposo se encontraban; procuré tranquilizar á aquella, y les prometí ponerme de su parte para contrariar los inicuos planes de mi hermano mayor. Mientras yo acompañaba y tranquilizaba á Amelia, Santhon fué á consultar con un letrado, el cual le dijo que el matrimonio era válido, como tambien la escritura, y que ningun requisito le faltaba por donde pudiese adolecer de nulidad.

Fuí á París al siguiente dia, y encontré á Deslinieres solo en casa; me habló del casamiento de Amelia, y se admiró de que ya estuviese yo enterado de él, y mucho mas de que no me pusiese de su parte para perseguir á los dos esposos. Me habló con imperio, me amenazó, pero yo le contesté con una dignidad y energía que no creía encontrar en mí, diciéndole que de ningun modo contase conmigo para atormentar á mi hermana y su marido. Todo al contrario, me pondría de parte de estos para defenderlos.

En esto entró madama Deslinieres, y dejándose caer en un sofá manifestó que segun el parecer de los jurisconsultos el acto era válido... y que el úni-

Digitized by Google

co medio que había era encerrar á mi hermana como loca... ¡Qué horror! esclamé yo. Al oir estas palabras la Deslinieres comprendió que yo no era de su partido y se desató en injurias contra mí, las que desprecié retirándome á desempeñar varias negociaciones relativas á mi regimiento, de que venía encargado, en las cuales ocupé algun tiempo y durante él transcurrieron sucesos que estaba yo muy distante de prever.

Dos dias emplearon los Deslinières consultando abogados, y sus pareceres fueron en todo uniformes y favorables á Amelia: imploraron la proteccion de los amigos, acudieron á los tribunales y nadie se prestó á sus inicuos proyectos. Viendo ya que todos sus esfuerzos por las vias legales eran inútiles, acudieron á un ardid que por de pronto les surtió todo el efecto que deseaban. Deslinières falsificó una órden de uno de los primeros magistrados, y desfigurándose el rostro con supuestas cicatrices, cubriéndose con una peluca la cabeza, en forma que era imposible conocerle, se vistió de comisario de policía; sobornó media docena de hombres perdidos y vistiéndolos de alguaciles y soldados, protegidos por la oscuridad de la noche se dirigieron á casa de Amelia, donde tomando la voz del Rey, hizo que le

Digitized by Google

abriesen las puertas. Llegados al cuarto de Santbont y Amelia, mostraron la supuesta órden. Aquel clamó contra la impostura con que había sido obtenida, y quiso valerse de la fuerza para rechazar la agresion; disparó las pistolas contra el supuesto comisario, pero no dieron fuego. Amelia por su parte hacía mil estravagantes estremos que evidenciaban su locura y desesperaban á su esposo; por último se apoderaron de los dos los fingidos esbirros, el comisario se llevó á mi hermana, y los demás á Santbon, á quien soltaron tan luego como vieron que el coche estaba muy distante.

A la siguiente mañana me hallaba yo en mi cuarto muy ageno de pensar en lo que había ocurrido, y creyendo que todas estas cosas seguirian el curso ordinario, cuando se presentó á mí el desdichado Santbon traspasado de dolor, y me refirió los sucesos de aquella noche infausta. Lo peor de todo era ignorarse el paradero de mi hermana, porque no podian practicarse diligencias en su favor. Cuantas hicimos por descubrirla eran en vano, porque mi hermano mayor á cuya casa me dirigí se me negó; mi cuñada no quiso recibirme, y en la superintendencia de policía me manifestaron que ninguna noticia tenian de aquel asunto: ¿quién, pues, había

Digitized by Google

dado la órden de arresto contra la infeliz Amelia?

Volví á casa, participé al infeliz Santbon la inutilidad de mis investigaciones, y le ví en tal estado de dolor y de enagenacion puede decirse, que me hizo derramar tiernas lágrimas. Por último le aconsejé se retirase á su casa, que solo distaba media legua de Paris, donde acaso Amelia le enviaría algun mensaje, y pareciéndole bien mi consejo se retiró.

Era ya tarde y Palemon interrumpió á Mr. Lerval, quedando aplazada la conclusion de esta interesante historia para la tarde siguiente.

Digitized by Google

TARDE LIV Y ÚLTIMA.

EL PROTECTOR.

Al magnate protector
Del talento y la inocencia;
Que en santa beneficencia
Se ejercita con ardor,
En trasunto del Señor
Su carídad le transforma;
De aspecto cambia y de forma
La poblacion en que habita;
La miseria en ella evita,
Y las costumbres reforma.

Reunida la interesante familia en la tarde siguiente, continuó Mr. Lerval su historia en estos términos:

FIN DE LA HISTORIA DEL HOMBRE INVISIBLE.

Poco despues de volver Santbon á su casa se presentó á él un demandadero del convento de san-

Digitized by Google

ta Aurea, con una carta de Amelia, que decia así:

«¡Sin duda, amado esposo, derramas tantas »lágrimas como yo! sabe que los bárbaros que me »arrebataron de tu lado me han traido á Paris, »sin hablarme una palabra en todo el camino; »luego me han depositado en el convento de san»ta Aurea, calle de Postas, cerca de la Estrapa»da, especie de prision destinada para mugeres, »ó de vida sospechosa, ó insensatas, que deben »permanecer aquí el resto de sus dias. Todavía »nada sé de este convento. No he tenido tiem»po sino para pensar en tí, y escribirte esto poco, »que confio á un hombre que la casualidad me »ha presentado, y á quien recompensarás genero»samente. ¡Ay! aquí no puedes verme ni hablarme, »pues tú solo eres esceptuado de lo que á todos »los demás se permite. Trabaja por mi libertad, y »cuenta siempre con mi firme amor.»

El conductor de esta carta, agradecido á la generosa recompensa que recibió de Santbon, le ofreció sus servicios, y en efecto se encargó de otra para Amelia, en que su esposo la prometía hacer lo posible por obtener su libertad, y la encargaba como medio mas á propósito para conseguirlo que procurase dominar su razon, para que no pu-

Digitized by Google

diesen argüirla de demente, y por último la hacía las protestas de amor mas espresivas.

Despedido el demandadero, fué Santbon á darme noticias del paradero de Amelia, y yo le aconsejé, conociendo la perfidia de Deslinieres, que mudase de domicilio y no volviese á su casa sino muy raras veces, y que para seguir la comunicacion con Amelia se viese con el demandadero en parajes ocultos y horas desusadas, lo cual ejecutó con puntualidad, y de este modo siguieron su secreta correspondencia.

Seguidamente fuí á casa de mi hermano y con las mas amargas espresiones reprendí su proceder, logrando que tanto él como su muger me tratasen con la mayor altanería. Me dirijí donde estaba mi hermana, y diciendo quién era me permitieron verla: dijo tantas necedades que llegué á persuadirme que había perdido el juicio, por lo que me retiré penetrado de dolor.

Durante los siguientes tres meses, mi hermano entabló el recurso de nulidad del casamiento de Santbon con mi hermana, acusando á aquel de intrigante que había abusado de la falta de juicio de esta, para que se casase con él y le cediese sus bienes. Amelia entre tanto seguía presa y lo que mas

Digitized by Google

llamaba la atencion era que habiendo sido sacada de su casa por un comisario y con órden de la autoridad, tal órden no aparecía en el proceso, y en el convento había sido entregada á la superiora, no por el comisario, sino por su hermano Deslinieres. Santbon había justificado plenamente la agresion en su casa de un hombre público con fuerza armada, y este problema nadie sabía esplicarle. Pero el hecho fué que Deslinieres acompañó á su hermana hasta cerca del convento en traje de comisario; allí inmediato bajó del coche y en casa de un confidente suyo dejó el disfraz, volviendo al carruaje con sus vestidos usuales, y de este modo se dió á conocer á la priora, consiguiendo que recibiese á Amelia.

Por último tanto hizo mi hermano y tanto dinero derramó, que Amelia fué declarada demente, despojada de la administracion de sus bienes, la que se confió á Deslinieres; el matrimonio se anuló como celebrado entre un intrigante y una loca, y Santbon, por haber abusado de la confianza de una señora rica pero insensata, fué condenado á perpétua prision.

Yo, que siempre había deseado favorecer á los dos desgraciados esposos, pedí al momento un testi-

Digitized by Google

monio de la sentencia, con el cual requerí á la priora para que me entregase á mi hermana, lo que ejecutó; la llevé inmediatamente á mi casa donde la esperaba el infeliz Santbon, y despues que hubieron dado libre curso á la alegria de abrazarse y al pesar del mal éxito de su proceso, les dí el dinero necesario para que partieran al instante de París, encargándoles me avisasen el punto que eligieran para su residencia.

Pasé despues á casa de Deslinieres, donde reunidos lós que habian secundado sus intentos en el éxito del proceso, celebraban con esplendidez su resultado. Alegraos, les dije, celebrad vuestra injusticia; pero vuestras intenciones se han frustrado. A estas horas está Amelia con su esposo fuera de vuestros alcances... y ¡ay de vosotros todos, el dia que se llegue á aclarar vuestra injusticia! ¡ay de vosotros el dia que llegue á descubrirse el fingido comisario raptor de Amelía! Pronuncié estas palabras con tal energía, que todos quedaron asombrados. Deslinieres y su muger me lanzaron una mirada de indignacion; yo les dirigí otra de desprecio, prometí no volver á verlos en su casa y me retiré. Al bajar por la escalera oí á Deslinieres que me decia: Vé, miserable y deshonra á tu familia; pierde á tu hermano

Digitized by Google

por salvar á una loca y un intrigante. Me retiré á mi casa y tranquilizado resolví continuar favoreciendo á mi hermana con medios pecuniarios, y en lo demas dejar que los negocios siguiesen su curso natural sin mezclarme yo en ellos.

Entre tanto habian llegado á Ruan Amelia y su marido, y este, que era escelente fisonomista, al volver una esquina de aquella ciudad había conocido al que hacía de gefe de los soldados que asistieron al rapto de mi hermana; el pícaro quiso huir al reconocerle, pero Santbon corrió tras él, logró asirle, y por su declaracion supo que el fingido comisario había sido Deslinieres; condujo al bribon á un cuerpo de guardia, dió parte á las autoridades, ante las cuales formalizó su declaracion manifestando quiénes habian sido los demás cómplices, y haciendo remitir las actuaciones á Paris, donde comisionó un agente activo y entendido, en menos de un mes puso el negocio tan en claro, que anulándose la sentencia anterior se condenó á Deslinieres á prision perpétua y restitucion de los bienes de Amelia, cuyo matrimonio fué declarado válido.

Deslinieres me creyó autor de este cambio, y despidiéndose de su muger, hija y sobrino, á quienes no debía volver á ver, se dirigió á Ruan adonde supo-

Digitized by Google

nía encontrarme, y en efecto me había encaminado á dicha ciudad con ánimo de afear á Santbon su encarnizamiento contra mi hermano, y mediar entre ambos á fin de si era posible, reconciliarlos. Cuando llegué á aquella ciudad, encontré á mi hermana próxima á un parto trabajoso, tanto que al dar á luz un hermoso niño, dejó de existir, causando un dolor tan profundo en todos y mas principalmente en su marido, que saliéndose de casa como frenético, pasaron dos dias enteros sin que supiésemos su paradero. Así es que yo en medio del dolor que me devoraba, tuve que atender á los funerales de Amelia, y al cuidado del recien nacido.

Un dia, cuando yo iba á salir en investigacion del paradero de mi cuñado, veo que le traen á casa en una camilla, traspasado de heridas y próximo á espirar; se le suministraron cuantos socorros exigía su estado, y al cabo de algunas horas se consiguió que recobrase el sentido y el habla, y ante los magistrados que le habian conducido declaró: que trastornado su juicio por la pérdida de su esposa, recorría las calles de Ruan sin objeto ni direccion hacía cuarenta y ocho horas, cuando un embozado se presentó á él gritándole: ¡Ah traidor! ya te encontré por fin, ahora morirás á mis manos. Este embozado era

Digitized by Google

Deslinieres, que sacando un puñal, antes que Santbon pudiera defenderse, le acometió con tal encarnizamiento, que aun despues de tendido en el suelo continuó hiriéndole sin reparar en la gente que acudía á los gritos de los vecinos. Por último le separaron varias personas, se apoderó de él la justicia y lo llevaron á la cárcel pública; con respecto á Santbon no tuvo tiempo mas que para dar las señas de su casa, y quedó inmediatamente sin sentido.

Afortunademente las heridas no eran mortales y al cabo de algun tiempo pudo sanar de ellas. Entre tanto se había formado causa contra el agresor, que fué reconocido como tal por Santbon, quien tuvo la dureza de imputarle la muerte de Amelia; cuyo proceder poco delicado me le hizo odioso y dió motivo á que le abandonase. Acumulados en la causa de Deslinieres, todos sus delitos, no obstante lo mucho que gestioné en favor suyo, fué condenado á muerte afrentosa: Ya lo ves, jóven inconsiderado, me dijo; estos son los efectos de la proteccion que has prestado á esos miserables. Ahora serás señalado como hermano de un asesino castigado por la espada de la ley. Si quieres que muera tranquilo, júrame que *ni Santbon ni su hijo volverán á ver tu rostro.*

Pronunció con tal energía estas palabras, que no

Digitized by Google

pudiendo yo resistir á su última voluntad, hice el juramento que exigía de mí, con lo cual le abracé llorando y nos despedimos. Al siguiente dia supe que había fallecido en el calabozo: corrió la voz de que se había envenenado por no salir al cadalso, y efectivamente se le encontró en el bolsillo un pomito de veneno. Salí de Ruan sin despedirme de Santbon, volví á París y hallé á la familia de Deslinieres inconsolable; no conocian que la muerte de mi hermano había sido un evidente castigo del cielo por los escesos que su avaricia le habia hecho cometer.

Al principio tuve que sufrir algunos insultos por parte de mi cuñada; despues mi proceder me reconcilió con ella. Deseando borrar en lo posible la memoria de la condenacion de Deslinieres, y vengarse despues á toda costa de Santbon y su hijo, quiso apoderarse de los procedimientos originales, á cuyo fin fuimos á Ruan, y á fuerza de dinero logramos que nos los entregase el escribano; aunque no nos dijo lo que despues casualmente supimos, y fué que había dado una copia de ellos á Santbon, cosa que le interesaba demasiado, porque además de la sentencia contra mi hermano, estaban tambien allí las pruebas legales de su casamiento. Esta noticia nos contrarió, mas no obstante hubimos de consolarnos

Digitized by Google

con saber que solo había un hombre que poseyese las pruebas de nuestro deshonor.

Santbon, débil y padeciendo de sus heridas como de la memoria de sus desdichas, había vuelto á París con su hijo, que todavía estaba en la cuna. Avergonzado de su conducta con los Deslinieres, conducta que le habian dictado el odio y el resentimiento, se hallaba atormentado de los remordimientos. Había perdido á mi hermana y el amor que yo anteriormente le profesaba. Desesperado de no verme, se determinó á buscarme en mi casa. Por casualidad estaba yo á la ventana, y viendo entrar á un hombre pálido, flaco, y apoyado en un báculo, conocí que era Santbon. Al instante mandé á mi criado que le despidiese; pero que procurase saber dónde vivia, pidiéndole señas exactas de su casa. Dijo pues el criado á Santbon que yo estaba fuera, y sin dificultad supo de él cuanto yo solicitaba, pues me conocía demasiado Santbon para recelarse de mí. Yo no me proponía volverle la visita; pero un resto de interés me hablaba en su favor, y estaba dispuesto á preservarle de la venganza de mi cuñada, en caso que quisiese ejecutarla en él ó en su inocente hijo. No sé cómo el criado que le recibió tuvo la osadía de contarlo todo á mi cuñada, y dar-

Digitized by Google

la las señas que me había dejado. Madama Deslinieres, contentísima por saber el paradero de su enemigo, envió un dia á verle, en mi nombre, á su sobrino Dercour, á quien Santbon no conocía. Este muchacho en efecto se le presentó, y le dijo: Mr. de Lerval se halla indispuesto, y no puede venir á veros; pero me ha encargado que os entregue de su parte esta corta espresion para vos y para el hijo de su hermana Amelia, á quien tanto amaba.

Consistía este regalo en frutas, dulces y varias cosas de pasta. Admirado Santbon de recibir esta fineza, quedó un rato suspenso. (Bien se deja conocer en esta ocasion el poco juicio de mi cuñada.) Recibió, pues, el regalo; al ponerle sobre una mesa se cayó un pastelillo, y un perro, que siempre le acompañaba, se le comió al instante; luego empezó á dar terribles alaridos y cayó muerto. Al punto Santbon llamó á un vecino, que era oficial de justicia, y vivia en un cuarto contiguo al suyo. Acudió este hombre á las voces, y reconviniendo al muchacho, le hizo confesar la verdad, y determinó llevarle preso; pero Santbon tuvo la consideracion de avisarme antes que se verificára la traslacion de Dercour á la cárcel. Acudí inmediatamente; por casualidad el oficial de justicia era amigo mio, y pude sofocar el

Digitized by Google

asunto en su mismo orígen. Santbon, por mediacion mia cedió su derecho; y con esto adelantó mucho para conmigo; así fué que al instante que volví á mi casa le escribí lo siguiente:

«No ignorais que sois causa de mi deshonor, y »de la pérdida de cuanto amaba en el mundo. Estais »arruinado y teneis enemigos poderosos y vengati»vos. A pesar de todos los motivos que tengo para »aborreceros, quiero ser vuestro apoyo y protejeros, »si os someteis á todos mis consejos. He visto á »vuestro hijo, y me ha conmovido; aunque en edad »tan tierna he reconocido en él todas las facciones »de su madre, que son las mias, pues Amelia se me »parecía mucho. No puedo abandonaros; pero exijo »que olvideis todo motivo de queja contra mi cu»ñada, cuyo resentimiento es legítimo; evitad la »venganza de esta, para que no haya mas víctimas »del odio en mi desdichada familia. Habreis estra»ñado que no os haya visto ni hablado sino lo »muy préciso para la composicion del último lance, »en cuya ocasion ví á vuestro hijo; pero este es un »secreto que no debo revelaros. Básteos saber que »no me es dado el veros; pero vivid persuadido de que »cuidaré de vuestra seguridad y de la de vuestro ni»ño. Confiad en mí y sed dócil. Mudad al punto

Digitized by Google

»vuestro nombre en el de Lonchamps, que solo de »mí será conocido, y tomad otra habitacion en al»gun barrio distante del en que ahora vivís. Yo ha»ré creer que habeis pasado á nuestras colonias, y »vuestros enemigos no os perseguirán. Reflexionad »bien, y contestadme ó para huir de vos para siem»pre, ó para ser vuestro protector.»

Santbon, que me estimaba mucho, me respondió que haría todo cuanto fuese de mi agrado. Este hombre estaba arruinado por la malignidad de Deslinieres, que había contrahecho la firma de mi hermana, fingiendo deudas que escedian á su capital. Los supuestos acreedores se apoderaron de todo; y aunque se les podía entablar un pleito sobre la legitimidad de estas deudas, hubiera sido nunca acabar; y Santbon, además de quedar espuesto á los tiros de mi cuñada, se resentía contínuamente de las heridas. Aceptó, pues, mis ofrecimientos, y le fué bien. Vivió tranquilo é ignorado bajo el nombre de Lonchamps, que trasmitió á su hijo, hasta una edad bastante avanzada. Nunca le ví; pero le colmé de beneficios; mantuve su casa con opulencia; su hijo fué muy bien educado, y nadie sino yo supo las desgracias que le habian precisado á mudar de nombre. Sin embargo, devorado por los remordi-

Digitized by Google

dimientos, viendo siempre ante sus ojos la sombra de su esposa y la de su cuñado, perdió poco á poco el juicio. Nunca salía, y encerrado en su gabinete pasaba dias enteros leyendo las cartas que su muger le había escrito desde el convento, todas las piezas del primer proceso que había perdido, y las del último que eran el objeto de los deseos de Madama Deslinieres. Con esta ocupacion se exaltaba cada dia mas su cabeza; y ya sabeis que, sin saber por qué, la víspera de su muerte quemó todos estos papeles. Por este medio nos hizo un favor que tanto habíamos deseado. En mucho tiempo no supe que Santbont había quemado estos documentos, y apenas hace seis meses que lo he sabido por un criado que entonces le servía; pero volvamos á su hijo.

Yo había dicho á mi implacable cuñada que Santbon había marchado á las colonias, y lo creyó; pero un dia, casualmente, pasó por una calle en que se halló detenida por la pompa de un entierro. Detrás del acompañamiento vió á un jóxen vestido de luto, que lloraba amargamente, ¡y tan parecido á Amelia que la chocó, recordándola objetos que tanto detestaba. Informóse del nombre del difunto, y la dijeron que se llamaba Mr. de Lonchamps, mostrándole su hijo y casa. Sospechó que su enemigo hubie-

se cambiado de nombre; fué á la casa de donde había salido el acompañamiento, y se aumentaron sus sospechas con las noticias que adquirió. Persundida de que yo estaba dispuesto como ella á la venganza, me comunicó sus recelos, y por medio de su sobrino Dercour, á quien despues casó con su hija, solicitó una órden para hacer salir de Paris á un vagamundo llamado Lonchamps. Dercour, que tenía bastante influjo, obtuvo fácilmente la órden; y el jóven Lonchamps, no habiendo salido de París, á pesar de habérselo yo mandado, fué espiado, y se supo que vivía en la calle de la Universidad; pero yo desvanecí todas las ideas de mi cuñada, haciendo revocar la órden. Por un retrato que yo tenía de mi hermana Amelia, hice sacar otro en miniatura, y se le envié á su hijo juntamente con un reloj y una sortija, que habian sido alhajas suyas; pero me opuse á que se estableciese en ninguna de las oficinas de París, y contrarié todas sus diligencias. Ya no era yo jóven, me habia casado ocho años antes de la muerte de Santbon; y mi esposa, que murió dos despues de nuestro matrimonio, me había dejado una niña, la cual, en la época en que me declaré protector de Lonchamps, tenia seis años. Siempre había cuidado de este, y el amor que tuve á mi hermana me empeñaba

Digitized by Google

á mirar por su hijo, que se hallaba inocente de todas las desgracias ocurridas en mi familia. Sin embargo, quizá por un necio escrúpulo, mantenía la palabra que había dado á mi hermano; pero resolví eludir su objeto, salvando las apariencias, diciendo entre mí: Mi hermano quiso que ninguno de los de Santbon me viese, y así bastará que en cierto modo me haga invisible á los ojos del jóven Lonchamps; pero como todo debe tener un término, y el odio mucho mas, si este jóven se presta dócilmente á mis preceptos, y si adquiere buenas cualidades, á su debido tiempo le casaré con mi Lucía, y por este medio confundiré todos los motivos de odio; pero Justino (que este es su nombre) es aun muy jóven, y para llevar á cabo mi plan es preciso que pasen todavía diez años. Le haré viajar, y en tanto acaso podré conciliar en su favor los corazones de su tia y de sus primos. ¡Oh hermano mio! pienso que esto es cuanto puedo hacer por tu memoria.

Tomado este partido, y para inutilizar las persecuciones de la Deslinieres y sus partidarios, mandé á Lonchamps que viajase; pero temiendo las cautelas de sus enemigos, yo mismo le seguí por todas partes. Ahora direis ¿cómo pudísteis saber tan exactamente todos sus pasos, y hasta sus mas leves acciones, así

Digitized by Google

como los diferentes asilos que eligió durante el curso de sus viajes? Nada de esto me fué difícil, pues un hombre de mi confianza, á quien no conocía Lonchamps, le seguía por todas partes á caballo, y me daba cuenta de todos los sitios en que se detenía, y las posadas donde paraba. Así es como le seguí á Chartres, á Tours, á Burdeos, etc. etc. En todas partes le veía á mi satisfacion, sin que me conociese, y examinaba con placer sus facciones, por ser tan parecidas á las de mi hermana. Sin embargo, temía que me descubriese, porque le habian dicho que yo me parecía mucho á él, y recelé algunas veces observando que con el mayor cuidado examinaba las fisonomías de cuantos le rodeaban, entre los cuales regularmente me hallaba yo. Muchas veces la ternura que me inspiraba me impelía á descubrirme á él, y con esta intencion iba algunas veces á verle; pero por una rara casualidad nunca le hallé cuando fuí á visitarle con esta idea. Esto me sucedió en la casa en que vivía en París, en la de la madre de su amigo en Tours, y aun en el café de Burdeos, donde, mas que nunca, le ví á toda mi satisfaccion. Casi me descubrió en el jardin de Castel, donde me oyó cantar un romance que en otro tiempo compuse sobre su nacimiento, pero salí bien de este apuro. Por donde quie-
Digitized by Google

ra, mi prudencia y la sagacidad del hombre que le seguía, me hacian patentes sus acciones, sin que él penetrase el modo con que las descubría. Así viajó diez años, en los cuales tuve bastante trabajo para oponerme á las activas investigaciones de sus enemigos. En fin, mientras estaba en esta granja, el año pasado, supe la muerte de Madama Deslinieres; y entonces, viendo que ya no existía el enemigo mas terrible de mi protegido, mandé á este que fuese á París, y lo cumplió con su acostumbrada docilidad. Es cierto que ya no vivía la Deslinieres; pero había trasmitido á sus hijos todo el odio que había jurado á la sangre de Santbon, mandándoles que se vengasen en su hijo por todos los medios posibles, y que á toda costa procurasen hacerse con los papeles en que constaba su deshonor. Dercour y su esposa, hija de mi desdichado hermano, habian, por decirlo así, heredado el carácter altivo y perverso de los Deslinieres. Se me presentaron á preguntarme si sabía algo del hijo de Santbon; y para que cesasen en sus persecuciones, les respondí que este jóven despues de la muerte de su padre, había pasado á nuestras islas, de donde nunca volvería. No quedaron satisfechos de mi respuesta, y justamente sospecharon que me interesaba en la suerte de su primo; mas no atre-

Digitized by Google

viéndose á romper abiertamente conmigo, espiaron con sigilo mis pasos, y descubrieron que yo protegía á un tal Lonchamps, que desde entonces se les hizo sospechoso.

Mi papel se hacía mas difícil cada dia. Por una parte necesitaba velar sobre mi protegido, sin darme á conocer á él antes de la época del matrimonio que meditaba como único medio para concluir este asunto; por otra debía instruirme de todos los proyectos de los Dercour, porque conocía que andaban recelosos. Gané para este efecto á un antiguo criado suyo, que era su confidente, y me avisaba de todos sus planes. Así supe que Dercour había descubierto la habitacion de Lonchamps en la calle de Vaugirard, y que debía ir á verle y examinar con alguna cautela si era el hijo de Santbon. Avisé á Lonchamps, para que estuviese prevenido contra la perfidia de esta visita, y así Dercour se quedó con las mismas sospechas. Luego fué á verle madama Dercour, y yo no tuve mas arbitrio que hacer á Fermin que cantase en la escalera para precaver cualquiera indiscrecion de su amo. Conocía que Dercour era capaz de batirse con el hijo de Santbon, y aun de asesinarle cobardemente, lo que estuvo á pique de suceder una

Digitized by Google

noche que entrambos habian ido al teatro de la ópera. La pieza que se ejecutó era *el Prisionero Americano*, y en ella se representaba la muerte afrentosa de un preso. Madama Dercour renovó la memoria del fin trágico de su padre, y acompañada de su esposo salió del teatro dirigiéndose hácia el boulevar, donde su afliccion la hizo perder el sentido, á tiempo que Dercour reconoció en el mismo parage á Lonchamps y le atacó, sin mas causa, como ya habeis oido. Yo, que por una feliz casualidad me hallaba allí, hice llevar á Lonchamps á mi casa de Bagneux; y entrando en el coche de los Dercour, los acompañé á su casa, donde les reprendí ágriamente su proceder respecto de un hombre que, aunque era conocido mio, nada tenía que ver con sus resentimientos particulares. No se mostraron muy satisfechos con mis razones; y esto me obligó á ocultar con mas cuidado al desdichado que perseguian. Hice que se retirase á una casa próxima al boulevar del norte, y le mandé que no saliera, particularmente de dia; pero su imprudencia le hizo descubrirse nuevamente, y encendió la rabia de sus enemigos, que llegaron á hacerle conducir á su misma casa, donde en una sala habian erigido, creo que por pura va-

Digitized by Google

nidad, un cenotafio á la memoria de su padre y madre, colocando en él los retratos de estos y los de todos sus parientes. Lonchamps había caido en un terrible lazo; pero el antiguo criado de Dercour me avisó del caso, y acudí al remedio, presentándome en casa de los Dercour, amenazándoles con todo el peso de mi indignacion, y con la resolucion que había formado de hacer pública su conducta, si continuaban persiguiendo á un jóven infeliz á quien yo favorecía, y nada sabía de cuanto le habian preguntado.

Recobró Lonchamps su libertad, y yo prendado de su discrecion, y de la prudencia con que sin conocerme ayudaba mis ideas, resolví adelantar el plazo de su felicidad. Mi hija me amaba, y yo estaba seguro de que Lucía tenía muy libre su corazon; la confié mis pensamientos, é hice que viera á su primo en el Cármen. Mutuamente quedaron satisfechos, y desde entonces preparé su union en mi oratorio de Bagneux, que se verificó en la forma que mi sobrino os ha referido.

Yo había convidado para esta funcion á los Dercour, sin decirles quién era el destinado á ser feliz esposo de mi hija. Fueron muy tarde á Bagneux, y por Lonchamps sabeis cuán atónitos quedaron al

Digitized by Google

saber que mi yerno era efectivamente el hijo de Santbont como lo habian sospechado; pero mi ascendiente sobre ellos, mi autoridad, el respeto que me debian, y mas que todo, el temor de que fuesen perseguidos por la justicia á causa del lance referido del veneno, reprimió su furor, y estinguió la sed de su venganza. Además les prometí una parte de mi hacienda; y esto solo bastaba para calmar dos corazones tan codiciosos como los de sus padres. Desde entonces nos visitan, y bien sea por afecto, ó por pura política, proceden muy bien con nosotros.

Tal es, amigos mios, la singular historia de las desgracias de vuestro amigo Lonchamps, y tales han sido los motivos que me han obligado á no presentarme á sus ojos por espacio de diez años: motivos sin duda estravagantes, bien lo conozco; pero eran los medios mas seguros para lograr mis fines. Estas aventuras, hijos mios, os manifiestan que el lazo que une á los padres y los hermanos es sagrado; y que una vez roto, puede exaltar todas las pasiones, y sumergir á cualquiera familia en toda especie de infortunios.

Mr. Lerval terminó así su relacion, y nuestros jóvenes admiraron las virtudes de este anciano, que durante su vida habia debidamente desempeñado

Digitized by Google

las funciones de buen hermano, escelente amigo, tio generoso y padre sensible, y se propusieron tomarle por modelo si alguna vez se veian en tales circunstancias, aunque huyendo siempre de misterios, y mas aun de juramentos innecesarios.

Digitized by Google

CONCLUSION DE LA OBRA.

La entrada del invierno terminó las reuniones de nuestra familia bajo el emparrado. Por otra parte los hijos de Palemon, ya no necesitaban mas lecciones de virtud y moral que las que les había prodigado su buen padre. Eran ya hombres sensatos y reflexivos, y Palemon recogía el fruto de la educacion que les había dado. ¡Cuánto se complacía de los muchos trabajos que le había costado el grabar profundamente la virtud en sus corazones! Los había instruido con ejemplos, y con sumo placer veía que ellos los daban muy grandes y agradables de respeto filial, de amor fraterno, y de todas las virtudes sociales. Dos años habian hecho en ellos un prodigioso efecto. Armando tenía ya mas de diez y ocho: su padre le envió á París, donde se perfeccionó en las matemáticas, tanto que obtuvo la cátedra de esta ciencia, y cinco años despues se casó con Enriqueta, que aunque había perdido á su padre, no dejó de hallar otro en nuestro buen Palemon. Julio trabajó al lado de su protector, y se hizo el mejor agricultor de la comarca. Palemon, ya muy viejo y bastante achacoso, necesitando apoyo y

Digitized by Google

descanso, le cedió su granja y campos, dándole al mismo tiempo la mano de Adela, que fué muy buena esposa y madre.

Benito siempre era turbulento y vivo; su padre quería que fuese marino, pero él no quiso separarse tanto de Palemon. Dibujaba perfectamente, adquirió conocimientos en todas las artes, y llegó á ser un escelente arquitecto: se casó en París, y prosperó en sus negocios.

Leon se aplicó al comercio; pero no pudo abandonar las Musas, que habian sido el embeleso de su juventud; se ilustró en este precioso ramo de literatura, y en el dia es uno de nuestros autores mas distinguidos, y la delicia de su anciano padre, el cual consiguió de Mr. y madama de Leclerc que le dieran por esposa á su sobrina Rosalía.

Todos cuantos participaron de la diversion de las tardes continuaron siendo amigos de Palemon y sus hijos, que siempre vivieron exentos de los males que el hombre insensato se proporciona á sí mismo, gracias á la buena educacion que Palemon los habia dado, y á la docilidad con que ellos habian recibido sus lecciones.

FIN DEL IV Y ULTIMO TOMO.

Digitized by Google

TARDES

CONTENIDAS

EN ESTE TOMO CUARTO.

Digitized by Google

Digitized by Google

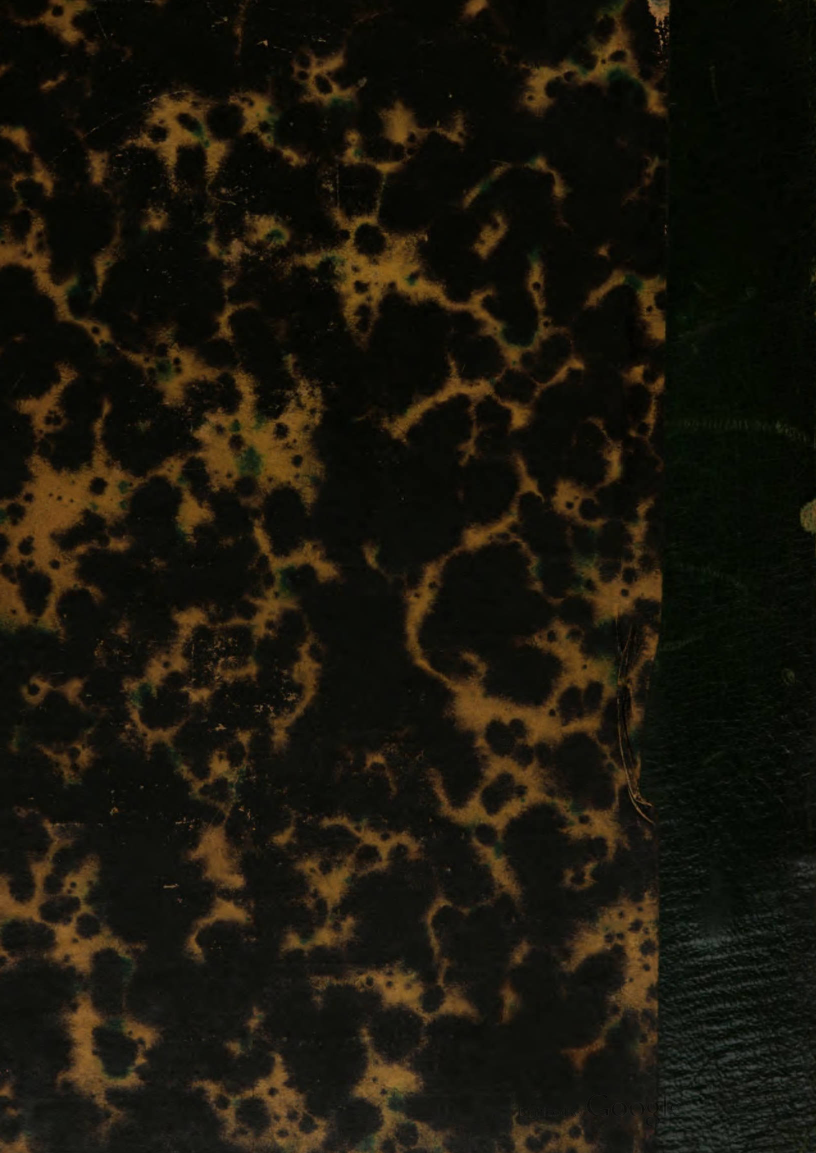
Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google